ROBERT BADEN-POWELL



Lecciones de la universidad de la vida

Lessons from the Varsity of Life

1933

EDICIÓN REVISADA

Lecciones de la universidad de la vida

(Lessons from the Varsity of Life)

ROBERT BADEN-POWELL

Lecciones de la universidad de la vida. (Lessons from the Varsity of Life)

© 1933 Robert Baden-Powell

Texto original de Robert Baden-Powell, de dominio público. Traducción al castellano difundida por siemprescout.org y reproducida con permiso (traductor y edición de origen en la «Nota sobre esta edición»). Reedición digital revisada (2026): corrección ortográfica y gramatical, lenguaje actualizado al español de España, sin ilustraciones.

Primera edición: 1933

Índice

Nota sobre esta edición 7

Nota sobre el contexto histórico 9

Dedicatoria 11

Introducción del traductor 13

Mis disculpas 17

1. Mi educación 23

2. El arte: acción 45

3. Deportes 77

4. Espionaje y exploración 147

5. Vida de soldado 185

6. Matabeleland 219

7. La guerra de Sudáfrica 255

8. La Policía de Sudáfrica 277

9. Inspector general de la caballería 319

10. Vida número dos 345

11. La guerra 395

12. Mirando hacia atrás 399

Nota sobre esta edición

Lecciones de la universidad de la vida es la traducción de *Lessons from the 'Varsity of Life*, el libro en el que Baden-Powell, fundador del Movimiento Scout, repasó en 1933 su propia vida. La versión al castellano es obra de Fernando Soto-Hay García, S. J., y la publicó por primera vez en julio de 1996 la Dirección Nacional de Publicaciones de la Asociación de Scouts de México, A. C. Esta reedición digital parte de aquella traducción: corrige la ortografía y la gramática, actualiza el lenguaje al español de España y conserva las ilustraciones originales, sin cambiar el contenido. Las notas del traductor que aclaran algún punto se han integrado en el texto entre paréntesis.

Nota sobre el contexto histórico



Este libro se escribió hace casi un siglo, en tiempos del Imperio británico, y refleja las ideas, el lenguaje y los valores de su época. Algunos pasajes contienen expresiones y opiniones sobre otros pueblos, razas y culturas que hoy consideramos racistas o coloniales; hablan de la caza, la guerra, la violencia o los castigos con una naturalidad que hoy no compartimos; presentan una visión de los papeles de hombres y mujeres, de la religión o de la sexualidad propia de entonces, o recogen consejos de salud y de primeros auxilios que la medicina actual desaconseja.

Esos pasajes se han conservado tal como están, sin suprimirlos ni suavizarlos, porque forman parte del documento histórico y ayudan a entender cómo nació el Escultismo y cuánto ha cambiado desde entonces. Mantenerlos no significa compartirlos. Los consejos prácticos de seguridad, salud y primeros auxilios no deben seguirse sin contrastarlos con las recomendaciones actuales.

Si este libro lo leen niños o jóvenes, conviene que lo hagan acompañados de un adulto que pueda comentar con ellos esos pasajes.

Dedicatoria



Aquella que me dio el éxito —es decir, la felicidad—: mi esposa.

Introducción del traductor



Parece mentira que, hasta hace poco, no hubiera en español biografías serias, hechas con rigor, sobre Baden-Powell. No hace mucho apareció en Venezuela la traducción al español de *Dos vidas de un héroe*, la obra monumental de William Hillcourt, traducida por Federico Díaz Legórburu. Pero la mala suerte se cebó con los lectores de habla hispana: aquella edición ardió casi entera en el incendio del almacén donde estaba guardada, ya lista para su distribución y venta.

Ahora sale a la luz, esta vez en México, este libro, al que se suele llamar la autobiografía de Baden-Powell, aunque el propio Fundador niega en el prólogo que lo sea; por eso lo tituló *Lecciones de la universidad de la vida*. *(N. del T.: en inglés el libro se titula* Lessons from the 'Varsity of Life*. «Varsity» es una forma coloquial de decir «universidad», algo así como nuestra «uni». La traducción portuguesa usa la palabra «escuela», pero preferí mantener «universidad».)*

En la traducción he intentado ser lo más fiel posible al vocabulario y a los giros que usa Baden-Powell a lo largo de la obra. Sin embargo, una vez más me he convencido de que en las traducciones se pierde mucho de lo que se expresó en la lengua original. Como dicen los italianos: *Traduttore, traditore*, es decir, «el traductor es un traidor». No es fácil traducir mod-

ismos y juegos de palabras, y menos aún lo que B.-P. escribe no con palabras, sino con el corazón.

Más que una autobiografía, este libro puede leerse desde varios ángulos que, sumados, dan el conjunto de lo que Baden-Powell quiso escribir:

1. La tesis principal del libro es que se aprende más en la vida que en la escuela; de ahí nace su título, *Lecciones de la universidad de la vida*. A lo largo de los capítulos el autor nos enseña cómo fue aprendiendo y cómo se fue formando en las distintas circunstancias que vivió. Es interesante ver lo que aprende de las personas: de sus superiores, de sus iguales y de sus subordinados. Baden-Powell tenía el corazón abierto para recibir y, por tanto, para dar a los demás lo que había aprendido.
2. El libro contiene gran cantidad de anécdotas, unas conocidas y otras no, que muestran su forma de pensar y de actuar ante los acontecimientos que le tocó vivir en las «dos vidas» en que divide el libro. Esa forma de actuar enseña cómo un niño huérfano, sin dinero, de familia pobre y que no destacó en los estudios llegó, sin pasar por las escuelas de guerra, a los grados más altos del ejército británico.
3. En muchas páginas nos habla de lo que fue su vida, de los éxitos y de los fracasos a los que tuvo que hacer frente. Baden-Powell aparece así como un hombre corriente que llegó a ser el genio que fue gracias a la actitud que mostró en cada acción y en cada momento de su larga vida. En este sentido hay que destacar la importancia que da a lo que él llama «sentido común», que aplicaba en todo lo que hacía. Es fácil sacar la conclusión de que, si Baden-Powell llegó a ser lo que fue, se debió sobre todo al sentido común con el que actuó en cada momento de su vida.
4. Pero quizá lo más interesante de toda la obra es que nos revela no solo la vida, sino sobre todo el corazón de un hombre que tenía la sana

ambición de llegar a ser alguien, y que lo logró con creces. Y, al mismo tiempo, el de un hombre que quería hacer algo por los demás, ya fueran los soldados con los que le tocó convivir o los scouts y las guías que fundó para ayudar a la juventud, y por los que consiguió hacer mucho más de lo que él mismo se había propuesto. Para mí, este libro es el camino ideal no solo para conocer la vida de Baden-Powell, que puede conocerse por otras muchas vías, sino para saber lo que pensaba, lo que pretendía y lo que esperaba de una idea que tuvo para ayudar a los muchachos de su país. Esa idea, sin que él lo supiera ni mucho menos lo buscara, se convirtió en un gran movimiento extendido por todo el mundo, al que llamamos Escultismo.

5. Hay, además, otro hilo conductor a lo largo de la obra: la idea de la felicidad. Al escribir este libro, ya en el otoño de su vida, Baden-Powell analiza lo feliz que ha sido a lo largo de los años y enseña cómo serlo. Si escribe una autobiografía, no lo hace por el deseo de ser reconocido o alabado. Él mismo dice que intenta que sus lectores, jóvenes sobre todo, sepan encontrar también ese camino hacia la felicidad, sea cual sea el camino en que se encuentren.

Al terminar de traducir el libro me vino a la cabeza una idea que ya había visto reflejada en muchas otras obras del mismo autor: Baden-Powell no es un fracasado en la vida, y no concibe que alguien que es scout pueda serlo. La vida es para los audaces; quien se conforma con la mediocridad será siempre un mediocre. B.-P. fue audaz toda su vida, como militar y como fundador del Movimiento Scout y Guía, y esa audacia lo sacó de la masa informe en la que tantos otros se quedaron.

Por todo ello, creo que en esta autobiografía —que en realidad no lo es, como advierte el autor desde las primeras líneas y como se comprueba con solo leer el índice y el texto— debemos buscar una idea: para Baden-

Powell, los scouters deben ser personas que triunfen en la vida, porque así serán el modelo o el ejemplo que necesitan los muchachos para triunfar a su vez y para que dejemos este mundo mejor de como lo recibimos. Un mediocre no puede ser scout, y mucho menos scouter.

Mis disculpas



¡Qué buena es la vida del hombre, el simple hecho de vivirla!

Robert Browning

Este mundo en que vivimos es muy difícil de vencer: desde luego, cada rosa tiene espinas, pero ¿acaso no son dulces las rosas?

Frank L. Stanton

«Nadie puede pasar por la vida, igual que nadie puede cruzar un trozo de campo, sin dejar huellas, y esas huellas pueden ser útiles muchas veces a quienes vienen detrás buscando su camino.»

Siempre recuerdo las palabras de despedida de mi viejo tutor: «Muchacho, nunca...». No las escribiré aquí. Como un tonto, no les hice caso, y lo pagué, y lo pagué. Si tuviera un hijo, se las repetiría con mucha más insistencia. ¡Qué tontos somos de jóvenes! Nos creemos sabios y olvidamos que los mayores se han graduado en la universidad del mundo, la más grande de todas, y que deberíamos aprender de ellos cada día.

Janes, en la Fishing Gazette

No quería escribir esta historia sobre mí mismo: una verdadera biografía está llena de egoístas repeticiones del «yo». Pero muchas personas me han pedido que cuente algunas de mis experiencias, porque podrían ayudar a los jóvenes a orientar su vida.

Así que escribo sobre todo para ellos —y bajo la palabra «muchachos» incluyo tanto a los chicos como a las chicas—, teniendo en cuenta que yo he pasado por esa universidad del mundo de la que hablaba la cita anterior.

No me propongo hacer una biografía formal que empiece por la niñez y avance año tras año por mi vida. Será más bien una especie de mezcolanza, como un *plum-pudding (N. del T.: pastel de Navidad típico de Inglaterra, hecho con ciruelas pasas y una buena cantidad de ingredientes)*, en el que me temo que las ciruelas serán pocas y tendrás que sacarlas tú mismo de entre toda la masa.

Cómo llegar a ser rico

Pensarás que, durante mi paso por el mundo, lo he pasado tan bien como el que más, así que puedo escribir con conocimiento de causa.

Hace poco, un periodista del *Manchester Guardian (N. del T.: periódico inglés)* al que no conozco me describió como «el hombre más rico del mundo».

Suena exagerado, pero, pensándolo bien, creo que no anda del todo errado.

Un hombre rico no es el que tiene una olla llena de dinero, sino el que es verdaderamente feliz. Y yo lo soy.

He conocido a muchos millonarios que no eran felices: no tenían todo lo que querían y, por tanto, no habían logrado triunfar en la vida.

Un proverbio cingalés dice: «El que es feliz es rico, pero de ahí no se sigue que el rico sea feliz».

El hombre verdaderamente rico es el que tiene pocos deseos.

Pocas biografías ofrecen ideas útiles para triunfar en la vida, pero ninguna mejor ni más inagotable que la de Cristo.

Si has leído *Roverismo hacia el éxito* (*Rovering to Success*), te habrás dado cuenta de que, para mí, triunfar en la vida es ser feliz. Y la felicidad, como dice sir Henry Newbolt, se consigue sobre todo haciendo felices a los demás.

Algo de lo que muchos muchachos no parecen darse cuenta al principio es que el éxito depende de uno mismo, y no de la suerte, de los enchufes o de los amigos poderosos.

He repetido una y otra vez que el objetivo de los Movimientos de Boy Scouts y de Girl Guides es formar hombres y mujeres que sean ciudadanos sanos, felices y serviciales.

Los hombres y las mujeres que consiguen reunir estos tres atributos se han asegurado los elementos principales para triunfar en la vida.

El otro día me preguntaron si podía resumir en pocas palabras, digamos en cincuenta, mi idea de la mejor forma de vivir la vida.

Contesté que podía hacerlo en tres: UN MATRIMONIO FELIZ. Quiero decir que quien consigue el cariño duradero de una esposa verdaderamente buena ha conseguido el elemento más importante para triunfar en la vida.

Y por matrimonio feliz no entiendo una alegre luna de miel de unas semanas o unos meses, seguida de una tolerancia mutua, sino una luna de miel que se prolonga a lo largo de los años. *Experto crede! (N. del T.: expresión latina que significa «cree al experto»).*

Aún hace falta otro elemento para que el éxito sea completo: entregarse al servicio de los demás en la comunidad. Sin él, la mera satisfacción

de los deseos egoístas nunca llega a su plenitud.

Mi doble vida

Otra excusa para atreverme a escribir es que he tenido la experiencia, única, de vivir a lo largo de mi vida una doble vida.

¡No quiero decir exactamente lo que estás pensando!

Vida número uno. Me refiero a que empecé a vivir mi vida al salir de la escuela, como joven oficial del ejército, y que, gracias a una suerte extraordinaria unida a un amor inexplicable por mi trabajo, ascendí rápidamente por los sucesivos grados.

Aquella vida tuvo el romanticismo de conocer países extraños a costa de mi propia patria, con destinos sucesivos en la India, Afganistán, Sudáfrica, África Occidental y Egipto. Hubo campañas, deporte y camaradería; hubo también penalidades, enfermedades y despedidas, que eran las sombras que le permitían a uno apreciar mejor la luz del sol.

Hice trabajos grandes y pequeños. Como ayudante, como comandante de escuadrón y, por último, como coronel al mando de mi regimiento, tuve en su momento las responsabilidades más gratas que pueden tocarle a un hombre, y en todas ellas estaba en contacto directo con mis compañeros.

Pero me llegaron trabajos todavía mayores, de los que hablaré en un capítulo posterior: formar un contingente de exploradores nativos para la expedición de Ashanti, actuar como jefe del Estado Mayor en la campaña de Matabeleland, mandar aquel gran número de hombres y mujeres que defendieron Mafeking en la guerra de los bóeres y, la mayor de todas, organizar la policía de Sudáfrica (*South African Constabulary*) para estabilizar el país después de esa campaña.

Por último llegué a lo más alto de mi rama del servicio como inspector general de Caballería, lo que me animó a preparar a nuestros centauros para la Gran Guerra, cuando llegara.

Así, a la «temprana» edad de cuarenta y dos años, me encontré con el grado de mayor general *(N. del T.: equivale al de general de división)* y a los cincuenta y tres, tras un maravilloso golpe de suerte, terminé mi carrera de soldado y me retiré con mi pensión.

Vida número dos. Entonces empecé la vida número dos, algo totalmente nuevo: una vida en un plano distinto, aunque parecida a la primera, que incluía el Escultismo.

Me casé con la que iba a ser mi mano derecha para criar no solo a nuestros hijos, sino también a la gran familia de los Boy Scouts y las Girl Guides, cuando llegaron a existir.

Tuvimos la extraordinaria experiencia de ver crecer estos Movimientos desde la tierna bellota de veinticinco muchachos acampados en la isla de Brownsea hasta una hermandad que abarca casi todos los países civilizados del mundo, con un censo este año de dos millones novecientos mil miembros.

Bueno, esta es mi vida en pocas líneas. La resumo para que veas el rumbo general que tomará este libro al tratar algunos de sus detalles.



Vida número uno y vida número dos, enlazadas por el Escultismo

1. Mi educación

¿Cuál fue mi preparación para la vida? ¿Cuál fue mi educación?

Mi educación me llegó de varias fuentes: el hogar, la escuela, los viajes, el deporte, etc.

Alguno de vosotros pensará: «Sí, pero tú (es decir, yo) empezaste con ventaja: mucho dinero y toneladas de suerte».

Toneladas de suerte, desde luego, sí que tuve. Pero la suerte se parece al valor: puede llegarte algo por sí sola, pero también puedes aumentarla tú mismo.

Dinero, en cambio, no tenía. Cuando tu padre es un clérigo *(N. del T.: el padre de Baden-Powell era clérigo anglicano y se casó tres veces)* con catorce hijos y tú eres el segundo empezando por el más pequeño, no hay mucho dinero volando a tu alrededor.

De mi padre recibí poca educación, porque murió cuando yo tenía tres años. Fue una gran pérdida para mí, porque era un hombre de muchos talentos.

Por suerte para mí, unos nueve años después de su muerte, el doctor Pusey atacó su figura en unos escritos contra sus ideas cristianas, y eso

provocó un coro de indignación y de réplicas por parte de quienes lo habían conocido y admiraban la amplitud de su criterio.

Si sus opiniones se adelantaban un poco a su época (porque era a la vez científico y predicador), hoy en día son generalmente aceptadas.

De no haber sido por aquella defensa, yo nunca habría conocido sus cualidades.

Mi madre

Todo el secreto de mi progreso está en mi madre. No sé ni puedo entender cómo se las arregló aquella magnífica mujer para educarnos de modo que ninguno de nosotros se torciera, ni cómo no se quitó la vida con tanta angustia y tanta tensión.

Aunque era una viuda pobre, no solo se ocupó de alimentarnos, vestirnos y educarnos, sino que encontró tiempo para otras tareas en el mundo; entre ellas destaca que fue una de las fundadoras del Girls' High School Movement, que tanto ha hecho por las mujeres de hoy. Su influencia me guio a lo largo de la vida más que los preceptos o la disciplina que hubiera podido aprender en la escuela.

Primeras ambiciones

De pequeño, como es natural, yo quería ser maquinista de tren, que es el sueño dorado del 99 % de los niños, creo yo.

Pero en mi caso había una razón más: mi padrino de bautismo había sido Robert Stephenson, el ingeniero *(N. del T.: inventor de la locomotora)*.

Es curioso pensar que en aquella época la idea del ferrocarril provocaba burlas. El viejo Stephenson tuvo que explicar que lo peor se lo llevaría

la vaca si se cruzaba con una locomotora. John Leech dibujó una caricatura de la máquina de vapor como si fuera un juguete para niños.

Cuando solo tenía ocho años me hice reformista y socialista de lo más rojo.

Escribí unas «Leyes para mí para cuando sea mayor»:

> «Haré que la gente pobre sea tan rica como nosotros (que no era decir mucho). También tendrán derecho a ser tan felices como nosotros. Todos los que pasen por la calle deben dar algo de dinero al barrendero, y deberíamos dar gracias a Dios por lo que nos ha dado. Él ha hecho a la gente pobre para que sea pobre y a la gente rica para que sea rica, y te puedo decir cómo ser bueno. Y ahora te lo diré. Debes rezar a Dios siempre que puedas, pero no puedes ser bueno solo rezando, sino que debes esforzarte mucho por ser bueno.»
>
> *26 de febrero de 1865*

Mi abuelo, el almirante Smyth, me escribió a propósito de ellas:

> «... sobre tu ley, ¡oh, ley! La ley no es como una danza campestre, en la que la gente va de arriba abajo hasta que apenas puede mover las piernas, como dice Milton.»
>
> «La ley es como los purgantes: cuanto menos se toma, mejor.»
>
> «Sin embargo, tu intención de hacer "cuando seas mayor" que ricos y pobres sean iguales en cuanto al bolsillo no hace más que seguir el método de Jack Cade, que despejó el camino cortando la cabeza a los abogados. Este caballero decretó, cuando tomó el Puente de Londres, que en adelante todos debían ser tratados por igual. Y así fue, porque perdió su propia cabeza y su decreto se cumplió.»

Charterhouse

A los trece años fui a Edimburgo y me presenté a una beca en el Fettes College. Tuve la suerte de conseguir una de las llamadas becas de los Fundadores Originales.

Pero al final no la aproveché, porque mi suerte siguió adelante: solo una o dos semanas después me concedieron una beca de fundación en Charterhouse *(N. del T.: el colegio tenía una serie de becas fundacionales, y Baden-Powell obtuvo una de ellas)*. Esa sí la acepté.

No era un muchacho inteligente ni, me duele decirlo, tan aplicado como debería. Según los informes escolares, empecé bastante bien en conducta, pero fui empeorando con el tiempo.

El otro día quise animar a mi hijo Peter a estudiar más y a conseguir buenos informes de sus profesores *(N. del T.: en aquellos informes no se ponían notas numéricas, sino comentarios de los profesores sobre cada alumno)*, así que saqué mis viejos informes escolares y lo invité a verlos.

—Mira esto —le dije—. Bueno, este quizá no. —En ese, monsieur Buisson había escrito de mí: «Aceptable; podría portarse mejor».

—Bueno, pues este. Tampoco. —En ese, Mr. Doone me calificaba de «insatisfactorio», y mi profesor de clásicas *(N. del T.: en la educación inglesa tenía mucho peso el estudio de los «clásicos», es decir, del latín y el griego)* decía que yo «se interesa muy poco por su trabajo».

A pesar de estos comentarios tan poco halagadores logré llegar al sexto curso. Mi nuevo profesor de clásicas, el conocido doctor T. E. Page, calificó con generosidad mi actividad diciendo que era «satisfactoria en todos los aspectos». Pero la autoridad en matemáticas lo contradecía al afirmar que yo «había abandonado todo intento de estudiar matemáticas»;

e con frecuencia en clase», y en ciencias naturales, que «no presta la menor atención».

Como ves, por regla general mis profesores no tenían muy buena opinión de mis cualidades. Sin embargo, el director del colegio, el doctor Haig-Brown, ese gran formador del carácter, supo ver algo prometedor en mí a pesar de las críticas, e informó de que mi «capacidad era mayor de lo que sugerían los resultados de mi trabajo académico» y de que estaba «muy satisfecho con mi conducta».

Esa chispa de ánimo se convirtió más tarde en una llamarada de energía, cuando de verdad la necesité en el trabajo.

El griego era griego para mí

(N. del T.: en inglés, la expresión That is Greek to me *significa que algo no se entiende; equivale a nuestro «me suena a chino».)*

Me consoló descubrir que grandes hombres tampoco fueron unos genios en las asignaturas escolares. Winston Churchill, en su delicioso libro *Mis primeros años* (*My Early Life*), confiesa que en el colegio no entendía ni las clásicas ni las matemáticas.

El honorable John Comer admite que no sacó nada de la educación clásica en Eton, y lord Darling dio hace poco esta opinión: «Nuestro país sufre males sin fin solo porque el griego es asignatura obligatoria en las escuelas. Por eso se ha echado a perder un buen número de personas sensatas, en especial el difunto Mr. Gladstone, que comprometió a su país en un sinfín de obligaciones por culpa de los griegos, y todo porque había leído sobre Helena y Ulises, que, a mi modo de ver, era un personaje de mala reputación».



Han leído sobre Helena y Ulises

Lord Darling, igual que Mr. Winston Churchill, se alegra de no haber «perdido el tiempo aprendiendo griego», sino de haberlo empleado «en algo mucho más útil: aprender inglés».

Del mismo modo, el difunto lord Birkenhead, de brillante inteligencia, confesó su completa ignorancia de los clásicos.

Lord Balfour, en su autobiografía, podría hablar por mí cuando escribe: «Sabes, cuando miro mi pasado me aterra ver lo poco que he

o en setenta años. Si tengo que escribir sobre mí mismo, debo mostrar a la gente que soy un perezoso que siempre ha tenido algún trabajo entre manos. No soy un erudito, pero tengo conocimientos superficiales de muchas cosas... No fue culpa de mis profesores que les fallara a dos de ellos, al de latín y al de griego; tampoco fue culpa mía: no se me enseñó otra lengua».

El mariscal de campo sir Henry Wilson suspendió dos veces el examen de ingreso en el ejército.

Mis conocimientos de clásicas no eran mejores que los de matemáticas, pero no veo cuándo ni dónde me habrían sido útiles en la vida. En cambio, sí veo que saber una o dos lenguas además del inglés, así como ciencias, contabilidad, historia universal y geografía —o, al menos, el método y la práctica para aprenderlas—, debe de ser de un valor incalculable.

Imponer la gramática latina y la griega a muchachos que no tienen ningún interés en aprenderlas me parece tan estúpido como hacer perder el tiempo a niñas sin aptitudes musicales, obligándolas a pasarse horas tocando escalas al piano.

Sé que al decir esto demuestro mi ignorancia de la ciencia y la teoría de la educación, pero hablo sobre todo de los resultados que he visto en el mundo.

Alguien ha dicho con acierto que lo más importante del sistema escolar es que, aunque no den conocimientos, las escuelas proporcionan sentido común, buenos modales y tenacidad.

En cualquier caso, ha quedado demostrado que pueden formar hombres a prueba de corrupción y de sobornos, hombres capaces de tomar la iniciativa, de ser disciplinados y de asumir responsabilidades; como dijo Mr. Roxburgh en *Eleutheros*: «Hombres aceptables en un baile e insustituibles en un naufragio».

Desde luego, mis críticas no valen para la escuela de hoy. La educación ha progresado y mejorado mucho en el medio siglo transcurrido desde que yo era alumno. Pero los métodos tradicionales son difíciles de erradicar, y no logran sacar, de entre los miles de jóvenes que las escuelas envían cada año al mundo, todos los líderes capaces y servidores de la sociedad que deberían.

Hay muchos zánganos en nuestra colmena. Es un gran desperdicio de material humano que, sobre todo en estos momentos, sería de un valor incalculable para nuestra patria si se educara como es debido en el gusto por la aventura y en la energía del servicio.

Scouting

(N. del T.: se conserva la palabra inglesa scouting *porque Baden-Powell juega con sus dos sentidos: «escultismo» y «exploración».)*

A lo largo de toda mi carrera militar corre una vena —llámala manía o como quieras— que me obsesionaba y que, además de dar interés a mi trabajo, acabó siendo útil para el servicio.

Más tarde resultó ser el lazo de unión entre mis dos vidas, por lo demás tan distintas.

Esa vena era la exploración.

La exploración abarca muchísimo trabajo. En pocas palabras, es el arte o la ciencia de obtener información. Antes de la guerra o durante ella, la información sobre los preparativos del enemigo, sus fuerzas, sus intenciones, su territorio, su situación, sus movimientos, etc., es absolutamente esencial para un comandante que quiera vencer. El enemigo, por su parte, mantiene en secreto todos esos detalles en la medida en que puede.

Por eso, el trabajo de quien tiene que conseguir la información es difícil y arriesgado. Si lo hace de incógnito, lo llamarán espía y se expone a

que lo fusilen; si lo hace de uniforme, como explorador, se le ve más, y también corre el riesgo de encontrar su final.

Hacer bien este trabajo exige conocer a fondo la táctica y la organización militar. Exige también, en muy alto grado, iniciativa personal e imaginación, además de las cuatro ces de las que he hablado en otro lugar como necesarias para ser un buen soldado: valor, sentido común, astucia y cooperación alegre *(N. del T.: en inglés, las cuatro palabras empiezan por «c»:* courage, common sense, cunning *y* cheerful cooperation*)*.

La comodidad y la seguridad personal no vienen al caso.

La exploración es, sin duda, un juego fascinante para quien la practica, y tiene mérito tanto por sus riesgos como por su enorme valor para el propio bando.

Además de lo que aprendí en la escuela, que no fue gran cosa como para presumir, aprendí fuera de las aulas muchas cosas que me resultaron útiles. Y en las vacaciones aprendí todavía más, gracias a mis hermanos.

Esas otras fuentes de mi educación fueron el teatro, el bosque y la navegación. Más tarde recibí lecciones más avanzadas de otras: los viajes al extranjero, la caza mayor y el servicio activo.

Antes de seguir, debo decir que estuve pensando en titular este libro *Los bombazos de mi vida*. El motivo es que los pasos más importantes de mi carrera fueron explosiones inesperadas que estallaron ante mí, unas por suerte y otras por causas ajenas a mí.

Teatro

El primer bombazo me cayó encima cuando era un chaval en Charterhouse: de repente recibí la orden de interpretar el papel principal, Bob Nettles, en una comedia titulada *To Parents and Guardians* (*A los padres y tutores*).



Bob Nettles y Waddilove

El doctor Haig-Brown, que tenía ideas adelantadas a su época, veía el teatro como un medio útil para educar ciertos talentos de los muchachos, así que animaba a montar obras, o más bien las ordenaba.

Yo fui uno de los afortunados a los que les tocó, y le estoy agradecido por haberme iniciado en esta actividad. Me sirvió de formación para hablar en público y para expresarme, pero sobre todo para el espionaje, porque desarrolló en mí la habilidad, esencial en ese oficio, de cambiar de carácter, de voz y de aspecto cuando la ocasión lo requería.

El bosque

Cuando era alumno de Charterhouse, al otro lado de los muros del colegio estaba «el Matorral», una larga franja de bosque en una ladera empinada que se extendía alrededor de una milla (algo más de kilómetro y medio) a lo largo de los campos de juego.

Allí me imaginaba que era cazador, trampero y explorador. Me arrastraba buscando rastros e intentando acercarme para observar conejos, ardillas, ratas y pájaros.



Arrastrándome por el Matorral

Como trampero, ponía mis trampas, y cuando cazaba un conejo o una liebre, cosa que no pasaba muy a menudo, aprendí a base de dolorosa experiencia a despellejarlos, limpiarlos y cocinarlos. Pero, como sabía que los pieles rojas andaban cerca —en forma de profesores que buscaban a los alumnos que se habían salido de los límites del colegio—, encendía un fuego pequeño y sin humo para no delatar mi posición.

De paso, me volví bastante hábil subiendo a los árboles cuando me amenazaba ese tipo de peligro, porque la experiencia me había enseñado que los profesores que salían a la caza de muchachos casi nunca miraban hacia arriba.

Los griegos se equivocaron al llamar al hombre *anthropos*, «el que mira hacia arriba», porque en la práctica casi nunca mira por encima de su propia altura.



Profesores que no miran hacia arriba

Aquellos conocimientos me ayudaron mucho no solo en la caza, sino también al dirigir exploradores. Además, crearon en mí la costumbre de fijarme en los pequeños detalles o «señales» y de leer su significado juntando unas con otras; dicho de otro modo, me dieron el valiosísimo hábito de observar y deducir.

Escultismo marino

Aunque me faltó la guía de mi padre, como séptimo hijo recibí de mis hermanos una buena formación durante las vacaciones. Todos ellos estaban muy en serio con los deportes y eran buenos compañeros entre sí: nadadores de primera, futbolistas, remeros, etc. Y todos eran buenos inventando lo que no podían comprar, hasta el punto de construir un barco.

Construíamos nuestras propias chozas, hacíamos nuestras redes para pescar y cazar conejos o pájaros, y con lo que atrapábamos nos cocinábamos la comida, para alegría de nuestro corazón y de nuestro estómago.

En todo esto, yo, como el más pequeño, tenía que hacer mi parte del trabajo, sobre todo la que se le podía encargar al menor: limpiar los peces o los conejos (un trabajo bastante sucio), algo de cocina y buena parte del fregado.

Pero todo aquello me venía muy bien.

Cuando hubo algo de dinero, pudimos comprar un bote desmontable. Con él, entre otras expediciones, tres de nosotros remontamos el Támesis hasta casi su nacimiento; luego lo cargamos por las colinas, bajamos por el Avon, pasamos por Bristol, cruzamos el Severn y subimos por el Wye hasta nuestra casita de Gales. Fue un alegre viaje de aventuras, sobre todo cuando cruzamos siete millas (más de once kilómetros) del Severn en aquella cáscara de nuez que era nuestro bote, y fue muy educativo para mí.

Más adelante, cuando el dinero alcanzó para ello, los hermanos llegamos a tener un pequeño barco de diez toneladas, construido según el diseño de mi hermano Warington, con el que navegamos por las costas de Escocia e Inglaterra en cualquier época del año. Muchas veces nos vimos en apuros y salimos adelante, y así adquirimos mucha experiencia y práctica.

De algunas de estas aventuras hablaré más adelante. Pero, desde el punto de vista educativo, la disciplina, la tenacidad para afrontar las dificultades y el hecho de plantar cara al peligro en nuestras travesías nos dejaron una formación para toda la vida.

Viajes y deporte

Las demás escuelas por las que pasé llegaron más tarde, cuando mis días de colegial ya habían quedado atrás: fueron los viajes, la caza y el servicio activo.

Los viajes me dieron la oportunidad de ver cómo viven otras naciones y cómo vivimos nosotros en nuestro propio país en comparación con ellas.

Y, sobre todo, de las personas que conocí en mis viajes obtuve experiencias nuevas y un punto de vista más amplio, lo que fue un capítulo muy necesario de mi educación.

Con el deporte en la selva estuve cerca de la naturaleza, una experiencia que abre el alma. Así adquirí habilidad para el rastreo y para cazar al acecho, para montar campamentos y para afrontar riesgos, todo lo cual resultó de un valor incalculable para el posterior *scouting*.

Durante el servicio activo completé mi educación con la práctica sobre el terreno.

Exploración en la guerra

Si miraras atrás en tu vida, ¿qué parte te atraería más?

En mi vida ha habido una gran cantidad de momentos agradables, y cuando me pregunto cuál fue el mejor, la memoria vuela sin dudarlo a una llanura de Rodesia, ardiente y abrasada por el sol. Allí la única sombra que me protege del sol es la de mi chaqueta colgada de un pequeño matorral; la ropa está hecha jirones; la comida es un trozo de carne de caballo y una doble ración de harina (que, por falta de tiempo, solíamos mezclar con agua y bebernos), y estamos cansados y débiles de tantas marchas nocturnas persiguiendo a un salvaje escurridizo y astuto.

Una llanura reseca; vamos vestidos con ropa basta y llevamos la cara y las manos adornadas con una capa de grasa de los carros. Nuestros caballos son unos pequeños sacos de huesos, y están cansados, muy cansados.

Y aunque estamos enfermos y curtidos, cada día había una nueva aventura, más emoción y más inquietud, y todos éramos buenos y leales camaradas. Todo aquello era una aventura gloriosa y despreocupada.

Y al llegar la noche, esas noches claras y frías, bajo la bóveda del cielo, las estrellas brillan nítidas y centellean con aire burlón mientras te miran arrastrarte en tu silencioso acecho (con todas las posibilidades de que, al mismo tiempo, alguien te esté acechando a ti).

Avanzas a tientas en plena oscuridad, desconfiando de cada roca y de cada arbusto, con todos los sentidos —ojos, oídos y nariz— alerta al máximo para captar cualquier sonido, olor o visión del enemigo.

Te arrastras pegado al suelo, despacio, con una paciencia infinita, en un juego de escondite a ciegas. Estás solo y dependes por completo de tu propio arte de explorador para ponerte a salvo, para salvar la vida, pero sobre todo para no volver con las manos vacías.



Arrastrándome por los montes Matopos

¿Riesgos? Pues claro que los hay. Son la sal que da sabor a todo esto. ¡Cómo me latía el corazón la primera vez que los matabeles me vieron en las faldas de aquellas colinas!

Pero cuando descubrí que, con mis zapatos de suela de goma, podía saltar más lejos y correr más deprisa de lo que ellos eran capaces de seguir,

aquello se convirtió en una aventura feliz, a la que acabé entregándome en nueve ocasiones distintas.

Aun así, me producía lo que un francés llamaría un buen estremecimiento cuando se lanzaban tras de mí a grito pelado, exactamente igual que una jauría tras su presa.

La orden amenazadora que los jefes daban a sus corredores —«¡No le disparéis, cogedlo con vuestras propias manos!»— era un estímulo, si es que hacía falta alguno. Un solo paso en falso o un tobillo torcido habrían bastado para acabar igual: con una larga tortura antes del golpe final que me habría dado una muerte misericordiosa.

Pero en la emoción del momento no había tiempo para pensar en esas cosas. Lo único que sé es que el recuerdo me lleva allí, junto con la sensación saludable de la vida del explorador, que es una vida que merece la pena vivir.

Es un trabajo de HOMBRES, y me encanta.

Escultismo para la paz

Después de hablar de la exploración en la guerra, de sus dificultades y de sus alegrías, debo explicar que también existe un escultismo para la paz, que igualmente tiene sus emociones y sus peligros.

Igual que el explorador militar va por delante de su ejército para abrirle camino, conseguir información y hacer posible su avance, el scout de la paz se adelanta hacia regiones inexploradas para obtener información y encontrar nuevos lugares donde asentarse, en favor del avance de la civilización *(N. del T.: Baden-Powell anima constantemente a los muchachos a marcharse a las colonias, como una forma de encontrar mejores oportunidades y de ayudar a esos países)*.

Esos scouts son los exploradores, los pioneros, los misioneros, los tramperos y los hombres de la frontera. Tienen que ser duros, llenos de recursos y seguros de su capacidad para abrirse camino sin ayuda de nadie. Deben saber salir de cualquier situación cuando vienen mal dadas y estar listos para hacer su trabajo en cuanto surja la oportunidad. Tienen que mantener un espíritu alegre y optimista aunque las cosas se pongan negras, y ser hombres de los que uno pueda fiarse de que harán su trabajo sin que nadie los vigile ni los aplauda.

En la práctica, uno se encuentra con que estos hombres de la frontera siempre están dispuestos a echar una mano a los demás cuando amenazan el peligro o las dificultades.

He visto a estos scouts de la paz británicos trabajando en todos los rincones del mundo: tanto en los arenales de las islas de los mares del Sur como entre los icebergs de Terranova; remontando ríos en los lejanos bosques canadienses para llevar energía a la población; haciendo crecer el maíz en Kenia donde nunca antes había crecido nada; buscando hierro para su aprovechamiento futuro en Rodesia; conquistando los desiertos de Australia y de Sudáfrica, y llevando la paz y la luz a los nativos de Nigeria o de Sudán.

Estos scouts siempre empujan hacia delante, sin que nadie los vea ni los alabe, pero sin rendirse nunca.

Las cualidades de los exploradores de guerra son esenciales para los scouts de la paz en los bosques: sobre todo la energía, la confianza en sí mismos, el valor y el espíritu de sacrificio personal en el servicio.

Pero estas cualidades son igual de deseables en los ciudadanos de las regiones civilizadas.

Sin embargo, no son cualidades que puedan enseñarse en la escuela: cada uno tiene que hacerlas suyas y desarrollarlas. No se puede llevar a cada niño y a cada niña al bosque para que las aprendan, pero sí se puede

acercarles algo del bosque, y eso es lo que hacemos a través del Movimiento de los Boy Scouts y las Girl Guides.

Y así es como mis dos vidas, la número uno, militar, y la número dos, civil, quedan unidas por un lazo común: el *scouting*, que ha estado presente en ambas.

2. El arte: acción

En Charterhouse

Estoy convencido de que representar obras de teatro, algo que fomentaba entre nosotros, cuando éramos muchachos, aquel director de la escuela de criterio amplio y mirada puesta en el futuro, el doctor Haig-Brown, tuvo un gran valor en nuestra vida posterior.

Valor educativo de representar obras de teatro

Si el director nos animaba a actuar, no era necesariamente pensando en que siguiéramos la carrera de los escenarios, sino sobre todo porque lo consideraba una parte de nuestra educación general.

Por ejemplo, gracias al teatro empezamos a apreciar, por primera vez, algo del valor y de la belleza de la expresión poética. Aprendimos a memorizar discursos, a expresarnos delante de un público sin la torpeza de quien se siente observado, a articular con claridad, a usar frases correctas y a modular la voz y el gesto para captar la atención y el interés de quienes nos escuchaban. Y, más aún, aprendimos algo muy valioso para el éxito:

saber dominar los nervios. Todo eso me resultaría útil más tarde, al hablar en público.



Articular con claridad, modular la voz y el gesto, captar al oyente

Algunas experiencias de actuación

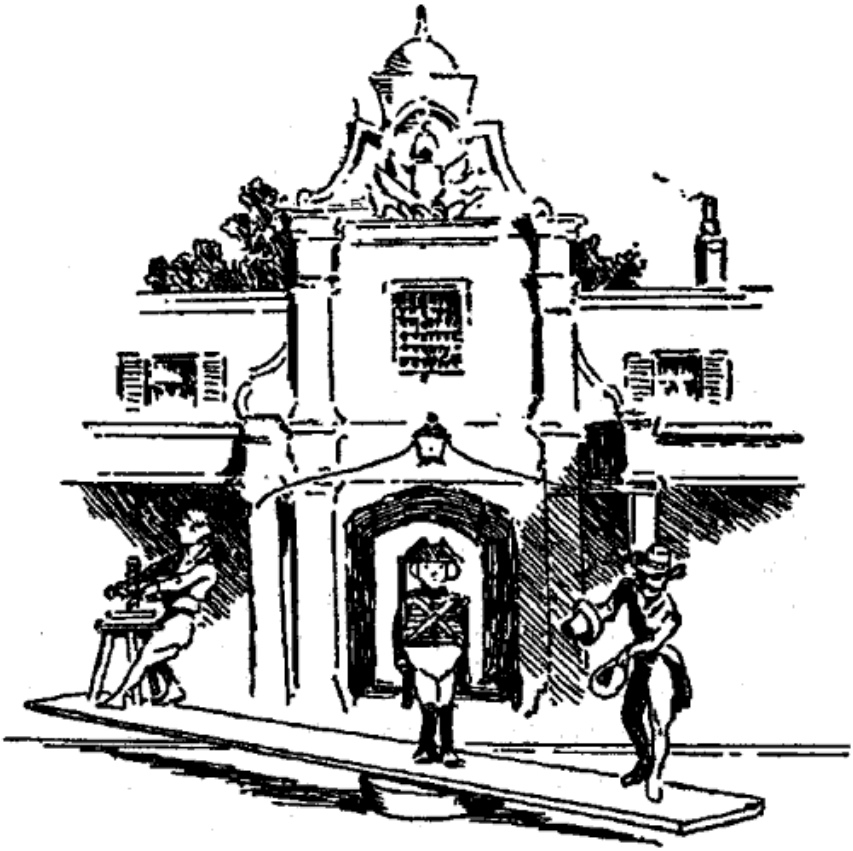
Echando la vista atrás, recuerdo que el ya fallecido lord Grenfell, que en aquellos días era mayor de brigada en Shorncliffe, me encargó dar a la guarnición una serie de charlas sobre, entre otras materias, las siguientes:

- «Sobre los organillos de la antigua Roma».
- «Sobre toda clase de máquinas de vapor».
- «Sobre el caballo muerto y similares».

Como se ve, se esperaba de mí una amplia gama de conocimientos.

Un viejo programa me recuerda que interpreté al capitán O'Scuttle en la obra *Poor Pillicoddy*. Fue una función preparada por la familia Carr Glyn en Hanford, cerca de Blandford, donde vivía lord Wolverton, que tenía una magnífica jauría de sabuesos para cazar en el valle de Blackmore.

Cox and Box, la inmortal opereta de Burnand y Sullivan, es una obra que creo haber representado en veintiséis ocasiones distintas. La más notable fue la del Castillo de Ciudad del Cabo. Para esa ocasión diseñé el programa: en él se veía a Printer dentro de la casa, a Hatter fuera y al sargento Bouncer manteniendo el equilibrio entre los dos. En la parte de atrás aparecía la portada del castillo.



Diseño del programa de «Cox and Box» en el Castillo de Ciudad del Cabo

Hoy en día, cuando las jóvenes miran a sus predecesoras de la época victoriana, las encuentran ridículas y se hacen ideas imaginarias sobre lo remilgadas que eran.

Yo podría, si quisiera —pero no quiero—, contar algunas cosas de aquellas muchachas victorianas que harían que se levantaran de la silla y

as que se han atrevido a cortarse el pelo y a fumar, te aseguro que hace mucho tiempo, en 1876, una dama tomó parte en una representación teatral en Charterhouse con el pelo corto y fumando, y no cigarrillos diminutos, sino puros grandes y como es debido. Estaba en la residencia de Girdlestone, y un muchacho que irrumpió en el estudio con un mensaje para el profesor, al ver aquella apariencia de feminidad moderna, se quedó tan desconcertado que balbuceó: «Señor..., quiero decir, señora..., señor..., señora, quiero decir...», y se retiró sin llegar a explicar que en la casa había un pleitista buscando problemas.

No sé decir ahora si lo hacía por el gusto de llamar la atención, pero lo cierto es que disfrutaba con la actuación por sí misma, y su práctica me llevó a experiencias nuevas e interesantes.

En una ocasión me uní a una compañía itinerante, formada en parte por aficionados y en parte por profesionales, que dirigía el autor dramático sir Charles Young y cuya primera actriz era lady Monckton. Fue una experiencia de «buenos compañeros» en la vida real.

Allí llega uno a apreciar lo dura que es la vida del actor profesional. Los ensayos eran severos y estrictos, y entonces se comprende por qué tantos actores aficionados, que están muy bien para una o dos funciones, fracasan como profesionales cuando tienen que encarnar el mismo personaje noche tras noche, semana tras semana, mes tras mes.

Un experimento en la obra «Caste»

En otra ocasión iba a representar el papel de Sam Gerridge, el fontanero de la obra *Caste*. Esta función tenía algo notable: los actores interpretaban el papel que tenían en la vida real, salvo el mayor Lacey, que hacía del viejo borracho Eccles, y yo, que hacía de fontanero.

Rosina Vokes interpretaba a Polly Eccles, bailarina de ballet, y los dos oficiales de caballería lo eran también en la vida real. Lacey prometió que haría todo lo posible por prepararse su papel a base de ingerir grandes cantidades de alcohol, así que a mí solo me quedaba aprender a ser fontanero.

Me puse en manos del señor Greenburg, sastre de los trabajadores de Chelsea, que me equipó con un traje usado de diario y otro de domingo. Su propaganda impresa, que yo tenía, me dio una idea de la calidad de su género:

> INSOLENTE CORTADOR DE TRAPOS... «Visite a C. Greenburg, en la calle White Lion, para harapos vistosos».
>
> «El campeón cortador antes citado ruega a sus clientes que se enteren de que ha encontrado algo sensacional, que está en exposición».
>
> «Puede proporcionarle unos pantalones de pana o un traje lleno de pliegues laterales desde diez chelines. O trajes muy modernos, entallados, bien hechos y de telas vistosas, por nueve chelines».

Completé mi atuendo dejándome crecer una pequeña barba y sometiendo mi mano izquierda a una cura de abstinencia de agua y jabón. Me vendé la mano derecha y la colgué en un cabestrillo. Lo hice en parte para explicar por qué no estaba trabajando, y también para tener excusa si había pelea y las normas de la calle exigían echar una mano a un compañero.

Pocos días después estaba estudiando a mis modelos en los talleres y bares de los alrededores de la calle comercial.

Una mañana me uní a la multitud que se había reunido ante la verja del palacio de Buckingham para ver llegar el desfile de invitados de rango y elegancia que acudían a una recepción real.

Cerca de mí, entre el gentío, había dos muchachas bien vestidas y de buen ver.

Estaban las dos admirando un vestido que habían visto cuando un fanfarrón sucio y medio borracho las empujó para ponerse en mejor sitio y ver el espectáculo, gruñendo: «Apártese, señora».

Al instante, aunque yo no tenía intención de ponerle la zancadilla, el hombre se encontró de espaldas en el suelo. Se levantó enseguida y, a una distancia prudente, empezó a soltar una sarta de groserías mientras buscaba una piedra para darles más énfasis.

Pero antes de que pudiera hacer nada, se acercó la policía, que jugó al viejo juego de «este no es asunto mío» y miró hacia otro lado.

Mientras tanto, las muchachas me daban las gracias como si les hubiera salvado la vida y esperaban que mi brazo vendado no hubiera sufrido por su culpa. Se había roto el hielo, y pronto estábamos charlando como amigos; yo les iba diciendo quién era quién entre los personajes importantes que llegaban.

Cuando la gente se dispersó, después del espectáculo, nos despedimos; pero, a los pocos pasos, ellas volvieron corriendo a buscarme, acompañadas por un joven. Me lo presentaron: se llamaba Jim Bates, era carpintero y sería el futuro marido de Kate. Y ellas me elogiaron abiertamente como a un héroe.

Jim Bates no se anduvo con medias tintas: quisiera o no, me fui con él a tomar el té a casa de su madre, en una callejuela detrás de Westminster, y desde aquel momento quedé como buen amigo de la familia. Fui con frecuencia compañero de Jim en el trabajo y en sus ratos de ocio, y llegué a considerarlo el trabajador inglés ideal.

Gracias a sus enseñanzas, tan competentes como involuntarias, aprendí rápidamente lo que necesitaba saber sobre la forma de actuar y las costumbres de su clase, y por un método mucho más agradable de lo que habría esperado. En la familia me conocían como Charlie, y tenía libertad para entrar y salir a mi antojo.

Cuando llegó la función y pasó, las visitas a Jim cesaron de forma natural, y no volví a verlo hasta años más tarde.

Me encontraba en la revista militar del Jubileo en Aldershot *(N. del T.: el Jubileo celebraba los sesenta años de reinado de la reina Victoria, que subió al trono en 1837 y murió en 1901)*, galopando con mi uniforme de húsar para cumplir un encargo, cuando casi atropello a un padre acalorado que llevaba a su pequeño en brazos y, al mismo tiempo, ayudaba a su mujer.

—¡Hola, Jim! ¿Cómo está usted, señora Bates? ¿No se acuerdan de mí? Soy Charlie. Tomen, enseñen esta tarjeta en la puerta del recinto y les darán un sitio mejor para ver el espectáculo. ¡Adiós!

Fue la última vez que vi a Jim Bates. Pero siempre le he guardado gratitud por haberme ayudado, sin saberlo, a representar mi papel de Sam Gerridge.

Improvisar

Una vez me llamó una compañía profesional para sustituir en *Iolanthe* a un actor que se había puesto enfermo. No había tiempo para ensayar, pero el papel de Willis, el centinela, era especialmente fácil: solo tenía que cantar una canción y hacer guardia sin hablar con los demás personajes.

Acababa de cantar y de dar la entrada a la protagonista cuando, en el curso de mi ronda, pasé junto al apuntador, que me dijo en voz baja:

—No está lista. Improvisa un poco.

Y me puse a improvisar. Después de mirar con cuidado a mi alrededor para asegurarme de que no había ningún oficial cerca, bajé el fusil, me lo tomé con calma y, en un monólogo, di mi opinión sobre el oficio de centinela desde el punto de vista, muy particular, del soldado: aludí a los divers-

os métodos con los que un soldado astuto puede librarse fácilmente de la guardia sin que lo descubran.

Con un público de soldados, entre los que se encontraba Su Alteza Real el duque de Connaught *(N. del T.: uno de los hijos de la reina Victoria)*, mis observaciones dieron en el blanco. Tanto gustaron que el empresario insistió en que volviera a actuar la noche siguiente y repitiera mi parlamento de centinela.

En circunstancias normales me habría resultado difícil, con las prisas del momento, pronunciar un discurso sin preparación previa; pero he comprobado una y otra vez que, cuando uno tiene la atención completamente concentrada en lo que está haciendo, como ocurre en el escenario, las ideas adecuadas brotan en la mente de un modo sorprendente.

Improvisar, que suele considerarse un defecto, es en cierto modo una virtud. Sin duda desarrolla una cualidad útil para hablar en público, sobre todo si uno es diputado y tiene que lidiar con alborotadores.

Quizá lo que voy a contarte sea un chiste, pero no por eso deja de ser un buen ejemplo de improvisación.

En plena discusión política, sir George Reid, alto comisionado de Australia, fue interrumpido por un hombre del público que gritó:

—¡Es usted un villano con dos caras!

Reid se quedó mirando al alborotador una décima de segundo y respondió:

—Bueno, eso es más de lo que tiene usted... ¿O es que se ha dejado en casa la que usa allí?

Trabajar metales

Acababa de llegar a Malta después de una estancia en Sicilia. En aquella isla había comprado, como curiosidad, una de esas grandes sillas de mont-

ar con las que los nativos adornan sus caballos y mulas.

Tenía en la parte delantera una hilera de perillas de bronce sobre una especie de clavos, rematada arriba por un conjunto de banderitas de bronce. A los lados había otras perillas de bronce, más grandes y más altas.

Un amigo que me vio llegar con aquel extraño objeto me preguntó:

—¿Es un instrumento musical?

—¿Qué otra cosa crees que puede ser? —le contesté.

Entonces, con toda la seriedad de su autoridad, me pidió que lo tocara en un concierto la semana siguiente. Y lo hice.

Acordé con la orquesta que interpretaría un nocturno de gran calidad en el que yo haría de solista con mi «selurráfono». Até el instrumento con una cinta para llevarlo colgado del cuello, delante del pecho, y me puse ante la boca un peine envuelto en papel. Durante la actuación «canté» a través del peine con un falsete agudo, mientras hacía girar el instrumento por sus banderitas, tocaba las notas en las clavijas de arriba y abajo de la parte delantera y conseguía los efectos graves y agudos moviendo las clavijas de los lados.



El «selurráfono», un nuevo instrumento musical

Nadie adivinó que no era un instrumento musical de verdad.

Engaño en Simla

El capitán Quentin Agnew, ayudante de campo del comandante en jefe, sir George White, era un hombre que debería haber tenido más sentido común, pero me arrastró.

Había alquilado un palco en el teatro para un grupo de amigos nuestros y encargado una cena en el club para después de la función. Mientras nos vestíamos para la velada, se le ocurrió que podíamos disfrazarnos y presentarnos ante nuestros compañeros como desconocidos.

Dicho y hecho.

Él se vistió de corresponsal de un periódico inglés, y yo de conde italiano que trabajaba como enviado de un periódico italiano, *El Roma*. Supuestamente acabábamos de llegar de Europa, de camino hacia la guerra que por entonces amenazaba en la frontera de Afganistán.

Convencimos a otro ayudante de campo del comandante en jefe para que nos acompañara al teatro y nos presentara a nuestros amigos, que ya estaban en el palco. Les explicó que los dos extranjeros traíamos cartas de presentación para el comandante en jefe, y que el capitán Agnew y yo estábamos retenidos en una cena con el jefe.

—¿Podrían atender ustedes a estos extranjeros mientras tanto?

Naturalmente, esperábamos que nos descubrieran a los pocos minutos, pero, por un golpe de suerte, nuestros amigos no sospecharon nada, y la aventura salió tan bien que al final del primer acto nos presentaron a otros conocidos del teatro.

Nadie sospechó quiénes éramos; al contrario, la gente hizo a aquellos aparentes desconocidos confidencias que no habría hecho a sus propios amigos.

Viendo que al final de la velada seguíamos sin ser descubiertos, se nos ocurrió acudir a nuestra cena, no como anfitriones, sino como invitados.

A toda prisa envié una nota a un joven oficial de mi regimiento que estaba de permiso: le pedía que fuera al club, hiciera de anfitrión en mi nombre y recibiera a nuestros invitados, ya que yo estaba retenido en la cena del comandante en jefe.

En una posdata añadía que entre los invitados había dos corresponsales de guerra que no conocían el lugar y a los que debía atender de forma especial, porque uno de ellos era un conde italiano.

Cuando llegamos al club, allí estaba el crédulo subalterno esperándonos. Como no sabía italiano, se puso a hablarme en un francés más bien justito, y me entró la risa.

Por mucho que intentaba dominar los músculos de la cara, se me saltaron las lágrimas, y él me preguntó, preocupado: «Est-ce que vous êtes malade aux yeux?» *(N. del T.: «¿Está usted enfermo de los ojos?»)*. A lo que respondí, con acento fingido: «I am a leetle sick in ze eyes» *(N. del T.: frase que imita a un francés hablando inglés: «Estoy un poco enfermo de los ojos»)*.

Desde entonces, y durante algunos meses, la frase se hizo célebre en Simla. Cuando alguien preguntaba a otro «¿Cómo estás?», la respuesta invariable era: «I am a leetle sick in ze eyes».

Hacia el final de la cena llegó el descubrimiento. Por el rabillo del ojo vi que una de las invitadas, al pasar detrás de Agnew, lo reconocía por la espalda y se volvía para hablarle. Para su sorpresa, se encontró cara a cara con un barbudo que hablaba con acento *(N. del T.: el acento típico de los barrios bajos de Londres)*.

Ella se alejó y le contó en secreto sus sospechas a un amigo... Comprendí que tenía que hacer algo desesperado. Así que di muestras de haber bebido más vino de la cuenta, con lo que las damas que estaban cerca

de mí pensaron que era hora de retirarse. Cuando me levanté empeñado en seguirlas, el hombre que tenía más cerca me interceptó enseguida y me sujetó.

Pero yo seguí forcejeando para ir tras las damas, que se dirigían al salón contiguo, hasta que se alarmaron de verdad. Entonces me arranqué la peluca y les mostré que todo iba bien... para ellas, aunque no para mí, porque enseguida me sujetaron, me envolvieron en la alfombra y se me sentaron encima.

Al día siguiente me llamó el ayudante general, y su primera pregunta, en un tono muy serio, fue:

—¿Es usted el oficial al mando del 5.º Regimiento de Dragones?

Me pareció ver en el brillo de sus ojos que ya sospechaba algo, así que respondí con audacia:

—No, señor, aquí no. Mi regimiento está en Meerut.

Entonces se rio y dijo:

—¿Y por qué no vino anoche a mi palco del teatro?

—Señor, yo estaba con el ayudante general —respondí tranquilamente.

A eso atribuyo que me apuntara en su registro y que, poco tiempo después, me enviaran al servicio activo.

Gastar bromas, fingir, improvisar o como queráis llamarlo está muy bien, pero, como ocurre con la caricatura, aunque el objetivo sea divertir al artista y a los espectadores, normalmente sale perjudicado el que la sufre. Tomando algunas precauciones para evitarlo, hacer el tonto es un buen recurso para los espíritus jóvenes. La dificultad está en que, con demasiada frecuencia, el espíritu joven no tiene sentido para ver dónde hay que poner el límite: se excita demasiado y se deja llevar por la tontería hasta que esta se convierte en un despropósito y en un desmadre.

La caracterización tiene su valor y, en cierto sentido, puede ser muy educativa para algunas profesiones. La habilidad de disfrazarse, dar la impresión de ser otro y sostenerlo con éxito es un don que puede tener un valor inmenso en el servicio de inteligencia.

Pero para lograrlo hace falta mucha seguridad en uno mismo y confianza para salir airoso cuando la propia vida depende de ello, así que conviene haber practicado antes bastante la improvisación. (¡Estoy seguro de que los oficiales de alto rango me bendecirán por dar esta idea a sus subalternos!)

Espionaje

Con el tiempo acabé haciendo trabajo de inteligencia en países extranjeros, y allí mi experiencia, la que fuera, en la actuación, el maquillaje y la caracterización me sirvió de mucho. En mi libro *Aventuras de un espía* (*The Adventures of a Spy*) he contado algunos episodios de este trabajo; en muchos de ellos el éxito dependía por completo de la propia actuación, del vestuario, de los gestos y de cosas por el estilo.

Por supuesto, hay que adaptar el personaje a las condiciones del lugar, pero, en general, la actitud que mejor resultado daba era la de una estupidez exagerada. A veces resultaba casi doloroso tener que contener la risa que bullía por dentro y no dejar asomar ni un brillo en los ojos cuando, por ejemplo, un oficial ruritano intentaba hacerle entender a uno los planes estratégicos secretos que uno había descubierto: cuanto más torpe me mostraba yo, más empeño ponía él en explicarme los detalles.

La menor muestra de interés por aprenderlos lo habría puesto en guardia *(N. del T.: en el original, «qui vive», el clásico «¿quién vive?» con que el centinela pide el santo y seña)*; y, por otro lado, un desinterés demasiado absoluto le habría hecho darme por imposible. El delicado término

medio entre ambos extremos solo se conseguía actuando con mucho cuidado. Era delicioso.

Hacer felices a los demás

La actuación da todavía otra alegría, a la que me introdujo mi coronel, sir Baker Russell: la diversión de entretener a los demás. Es un deporte tan bueno como cualquier otro en la vida, sobre todo en tiempos en que abundan el cólera y el tifus y el miedo a la muerte se extiende entre los hombres.

Un gran éxito fue el local conocido como «La Cataplasma», en Malta. Cuando estaba destinado allí en el estado mayor, me interesé por ofrecer a los soldados algún lugar de recreo fuera de los cuarteles, y mi propósito era que fuera lo más distinto posible de ellos.

Ocupamos un antiguo hospital del pueblo que estaba en desuso y lo transformamos en un club verdaderamente agradable, con teatro, salón de baile, billar, sala de lectura, gimnasio, comedor y bar (allí se permitía tomar vino, cerveza y otras bebidas alcohólicas), salas de baile y unos cuarenta dormitorios.

Un edificio contiguo se convirtió en un club de descanso y merienda para las mujeres y los niños de la guarnición.

La institución dio beneficios desde el principio, no solo económicos, sino también morales. Desde el primer día la gestionaban por completo los propios soldados: cada día se nombraban camareros entre ellos, que se encargaban de mantener el orden.

Sin embargo, surgieron protestas contra el club, en parte de los dueños de las tabernas —lo que tomamos como un elogio inestimable— y también de algunos capellanes. Así que más tarde me reuní con ellos para escuchar sus críticas.

La principal era que el club estaba situado en la peor parte de la ciudad, entre tabernas y casas de la peor reputación.

Les pregunté inocentemente:

—Si usted tuviera una llaga, ¿dónde pondría la cataplasma?

Hubo una pausa momentánea; enseguida entendieron mi punto de vista, las nubes se disiparon entre risas y desde entonces apoyaron el proyecto con entusiasmo.

Pero el nombre se quedó, y mi maravilloso club fue conocido por todo el mundo como «La Cataplasma».

Esos actores

Como fui compañero de tantos actores, encontré en ellos y en su agradable círculo una amistad cordial y duradera.

Entre otras cosas, hace pocos años fui padrino de boda de Cyril Maude, quien, para corresponderme, me acusó en su deliciosa autobiografía de lo siguiente: cuenta que, en un examen de religión, me preguntaron: «¿Qué dijo Eliseo cuando vio a Elías subir al cielo en un carro de fuego?». Y dice que yo respondí: «¿A que nunca habías visto nada igual?».

Todavía sospecho que Elías pudo decir algo por el estilo, pero en el examen mi respuesta no se dio por buena.

Un día me invitaron a comer en casa de sir Squire Bancroft, y justo cuando llegaba a la puerta vi a una dama conocida mía tocando el timbre.

Le pregunté qué hacía allí. Iba a comer con los Bancroft.

—¿Puedo entrar con usted para que me los presente? —le pedí.

—Me temo que no es posible. Voy a comer con ellos ahora —me contestó.

Pero no tomé en serio su negativa y, cuando abrieron la puerta, entré con ella.

Ella protestó, y yo insistí. Subió las escaleras y yo la seguí, y me pidió enfadada que me marchara.

Entró en el salón furiosa, y yo seguía pegado a ella.

Pero, al final, no pudo contener la risa cuando se dio cuenta de que yo era uno de los invitados.

En una de las alegres veladas de Beerbohm Tree, este me sentó junto al actor estadounidense Nat Goodwin y me dijo:

—Ya verás qué persona tan agradable es.

Pero durante un rato Nat permaneció muy callado, y lo tomé más bien por un hombre frío. De repente se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Ha visto alguna vez subir un globo?

—Pues sí.

—Ah, pero ¿lo ha visto subir teniendo tortícolis?

—No, eso nunca.

—Pues yo tengo tortícolis.

Y nos ofreció la demostración más deliciosa de cómo se contempla la subida de un globo a través de los ojos de los demás cuando uno no puede levantar la cabeza, juzgando el carácter de cada persona por sus botas antes de preguntarle cómo iba el globo.

En aquella misma ocasión, Weedon Grossmith nos ofreció una recitación de lo más viva sobre unos labradores llamados a filas.

Enseguida encendió en nosotros el fervor patriótico. Nos condujo a la batalla, nos conmovió profundamente con su patetismo y, por último, nos arrebató con una explosión de entusiasmo leal..., sin pronunciar una sola palabra coherente en todo el discurso.

No, no quiero decir que Weedon hubiera bebido más de lo prudente; nada de eso: simplemente imitaba a un recitador que articula las palabras

hasta el extremo de la superarticulación.

Sir Herbert Tree, ya mayor, me contó una vez que había encontrado a una de sus hijas, el día que cumplía doce años, vestida con ropa de chico.

Cuando le pidió que se explicara, ella dijo:

—He estado leyendo Historia y he escogido tres personajes de cada sexo para estudiarlos. He descubierto que las mujeres son malas y los hombres, espléndidos; así que, de ahora en adelante, ya no voy a ser una niña, voy a ser un hombre.

Su padre le pidió amablemente que le dijera qué hombres en concreto la habían llevado a una conclusión tan disparatada.

Ella mencionó a Ricardo Corazón de León, con toda su caballerosidad; luego, tras enumerar las virtudes de Saúl, añadió:

—Y también estás tú, papá.

Con eso bastó. Lo había conquistado.

—Pero ¿de dónde has sacado esa ropa de chico?

—Oh, se la compré por dieciocho peniques a Johnny Smile, el de al lado. Acaba de coger la escarlatina y, ahora que está en la cama, no la quiere.

Dibujar

Supongo que uno de los deseos más comunes en todo ser humano es el de expresarse mediante algún arte, ya sea la escritura, la poesía, la música, la actuación, el dibujo o la escultura.

Personalmente, me he divertido mucho metiéndome, aunque sea superficialmente, en la mayoría de estas formas de expresión artística.

Me gusta intentar dibujar. Cuando dibujo algo, es para mí una aventura emocionante, porque nunca sé cómo va a acabar. En la escuela no aprendí a dibujar, porque era una asignatura «extra» y no tenía dinero

para pagarla, pero procuré aprender por mi cuenta, estudiando y copiando cuadros de artistas y fijándome en cómo conseguían sus efectos. Siempre he sacado ideas de las pinturas rupestres de los hombres primitivos: aunque eran toscas y no tuvieron maestros de ninguna clase, transmitían la vida y el movimiento de un modo admirable.



Dibujos primitivos que transmiten la vida y la acción

de bocetos, a modo de diario ilustrado. Por eso tengo ahora una colección de dibujos muy completa, que me resulta útil y es un buen recuerdo de otros tiempos.

Los habría hecho mejor si hubiera tomado clases de dibujo, pero siempre es difícil encontrar tiempo para eso.

Aun así, he recibido una formación de lo más práctica desde que el Club de Dibujantes de Londres me nombró miembro honorario. Eso fue hace muchos años, y todavía hoy me permiten asistir como miembro activo. De modo que, cuando voy a sus reuniones semanales de los viernes por la tarde, cuento con su amable ayuda y sus críticas, además del inestimable privilegio de verlos trabajar y observar sus métodos.

Entre sus miembros figuran John Hassall, Dudley Hardy, Lawson Wood, Heath Robinson, Harry Rowntree, Starr Wood, René Bull, F. Shepherd y muchos otros.

¡Qué grupo tan diestro, brillante y alegre, bendito sea Dios!

Dibujar, además de darme un cuaderno de bitácora de mis viajes y algo de dinero, me enseñó a reconocer bellezas de la naturaleza que de otro modo se me habrían escapado.

Poco después de llegar por primera vez a la India, el periódico *The Graphic* me ofreció pagarme por bocetos interesantes del frente de guerra. Lo intenté y, para mi sorpresa y satisfacción, recibí un cheque de seis guineas por el primer envío.

No tardé en mandar otros, y así empezó una larga y alegre colaboración con ese periódico. Gracias a ella entablé una relación personal y fraternal con el señor Carmichael Thomas, por entonces propietario y director del periódico. Además, me proporcionó un dinero extra muy útil para completar mi escaso sueldo de subalterno, y así pude jugar al polo y participar en la caza del jabalí, cosas que de otro modo me habrían resultado imposibles.

Sir Harry Johnston

Otro que colaboraba mucho en el periódico en aquellos días era sir Harry Johnston, de cuyos dibujos el señor Thomas tenía la más alta opinión. Sir Harry era un «admirable Crichton» *(N. del T.: alusión a James Crichton, aventurero escocés del siglo XVI célebre por sus muchos talentos)*: además de sus cualidades como explorador y administrador, destacaba por su elegancia en el vestir, por sus estudios sobre religión, por sus conocimientos de naturalista y por su talento como pintor realista.

Sus cuadros son notables no solo por el colorido y el buen dibujo, sino también por un cuidado extraordinario del detalle. Una de sus obras más conocidas es *Guerrero masái muerto en combate*. Para conseguir un efecto verdadero, tumbó a un masái en el suelo de su estudio como si estuviera muerto y empleó un galón de sangre de cordero para dar realismo a la pintura.

Mientras estaba ocupado trasladando la escena al lienzo, le anunciaron la llegada de un grupo de jefes, que entraron en el estudio sin más. La desagradable escena que encontraron fue demasiado para ellos: salieron corriendo en todas direcciones y difundieron la noticia de que, cuando el pequeño Gran Jefe quería pintar a un muerto, no tardaba en matar a alguien.

Otra lección que saco de la pintura es que los dibujos de cualquier clase me interesan y me dan más placer del que me darían de otro modo, y así soy capaz de apreciar mejor la inspiración y el mensaje que transmiten.

En estos tiempos de prisa, ruido y materialismo cada vez mayores, dibujar tiene la ventaja de sacarlo a uno del estruendo de las ocupaciones humanas y llevarlo a la atmósfera tranquila de la naturaleza, para descubrir las bellezas y maravillas que Dios ha creado para que las disfrutemos.

Escultura

Incluso he probado suerte con la escultura.

Hace muchos años, cuando estaba destinado en Malta, llegó de Italia un escultor para tallar un monumento para la catedral, y me permitió observarlo mientras trabajaba.

Un día llegué al estudio cuando él no estaba y, para pasar el rato, cogí un trozo de barro y lo modelé hasta darle la forma de la cabeza y los hombros de un marinero fumando en pipa.

Lo coloqué en la pared para divertir a sus dos o tres aprendices.

Cuando volvió y vio semejante obra de arte, preguntó quién la había hecho, y luego me dijo que fuera al día siguiente para empezar a modelar del natural.

Me consiguió un modelo de verdad: un viejo negro de Nubia, medio ciego y de aspecto lastimoso. Con unos rasgos tan marcados, el sujeto no era difícil, y el busto que hice de él tuvo éxito; tanto que, cuando se exhibió en una exposición de arte, recibió comentarios muy favorables de los críticos.

El capitán John Smith

Aquello me llenó de entusiasmo y, más tarde, de vuelta en Inglaterra, me lancé a un tema más ambicioso: un busto de mi héroe, el capitán John Smith, de Virginia.

No podía pagarme un modelo ni tampoco encontrar tiempo durante el día, así que me dediqué a ello en las horas de sueño.

Con un espejo de afeitar de tres hojas plegables pude usar mi propia cabeza, mis orejas y mi nuca como modelo. Las facciones las modelé de

memoria e imaginación, tratando de reflejar en lo posible la riqueza y la fuerza de su carácter.

John Smith fue un soldado de cierto renombre y un navegante de gran experiencia, además de geógrafo, explorador y gobernador colonial.

Luchó con notable gallardía en el ejército de Segismundo contra los turcos y, tras vencer a tres de sus campeones en combate singular, recibió como distinción el derecho a llevar en su escudo de armas tres cabezas de turco cortadas.

Más tarde lo pusieron al mando de una expedición de tres barcos para explorar la costa de América, pero, al ver que aquellos barcos eran del todo inadecuados para la misión, adoptó una solución sencilla y rápida: zarpó hacia Francia, donde combatió y capturó tres naves más grandes.

Luego llevó a un grupo de colonos hasta Virginia y los estableció en un lugar a orillas del río James. Salió a explorar un poco por su cuenta, y de paso a cazar algún pato, con un indio como guía; y, para evitar que desertara, lo ató a sí mismo con sus propias ligas.

Los atacaron unos indios hostiles y, al intentar escapar, el guía cayó en un pantano y arrastró a John Smith tras él. Fue capturado y llevado ante el jefe, Powhatan, y solo se salvó de la muerte gracias a la intercesión de la hija del jefe, Pocahontas.

Después se hicieron grandes amigos. Pocahontas se convirtió al cristianismo y se casó con Rolfe, de una antigua familia del norte, que era teniente de Smith.



Boceto del busto del capitán John Smith

Smith resultó gravemente herido en una explosión y volvió a su casa en Inglaterra, donde descansó algunos años; finalmente murió a causa de aquella herida.

Pero hasta el final de sus días fue el más alegre de los mortales, y cuando dictaba su biografía se reía tanto de algunas de sus desventuras que su secretario confesó haberlas anotado de forma bastante imprecisa.

Era, pues, una cabeza interesante para modelar, y por suerte el resultado fue tan satisfactorio que la mandé fundir en bronce.

Poco después me invitaron a enviar algunos trabajos a una exposición de obras de arte hechas por oficiales de la Marina y del Ejército, y mandé al viejo John Smith.

El director de la galería se empeñó en llevarlo más arriba, porque pensaba que tenía algo que merecía la pena, y lo envió a la Royal Academy, que por entonces admitía esculturas. Y, para mi asombro, el busto fue aceptado.

¡Otro bombazo en mi vida!

Después no hubo continuación, porque mis obligaciones militares se volvieron muy pesadas en aquel momento y no pude hacer más. También pensé que no estaba bien tentar así a la fortuna y que lo más sensato era dormirme en los laureles. Eso hice y, salvo modelar una o dos estatuillas, desde entonces he descansado.

¿Pero qué tiene que ver todo esto con el Escultismo?

Pues que, una vez que has intentado modelar cabezas, cada vez que miras a una persona la ves desde un punto de vista distinto. Te fijas en la forma de su cabeza, en sus rasgos y en su expresión como nunca lo habías hecho antes.

Sencillamente, no puedes evitarlo. Los dedos te cosquillean por modelar esa nariz o esas cejas con un trozo de barro.

Con esta práctica llegas a recordar a personas a las que solo has visto una vez, y eso, para un detective de cualquier categoría o para un explorador, es una habilidad muy valiosa.

Cuando eres capaz de modelar una cara o una figura de memoria, puedes hacer las mejores caricaturas. En esa hora deliciosa entre el té y la cena, después de un día de caza, he hecho muchas estatuillas caricaturescas de personajes, hombres y caballos que había visto en el campo durante el día.

Bailar

También soy un gran partidario del baile, y siempre he creído que la práctica que adquirí aprendiendo a bailar fue la principal responsable de la relativa facilidad con que, más tarde, dejaba atrás a mis perseguidores cuando los guerreros matabeles me daban caza entre las rocas de las colinas de Matopo, en Rodesia.

El baile me dio equilibrio y dominio de los pies y las piernas, de modo que podía saltar con seguridad de un saliente a otro, mientras que los matabeles, que eran hombres de las llanuras y no estaban acostumbrados a ese terreno, trepaban y tropezaban trabajosamente detrás de mí.

Así que hasta el baile acabó siendo una preparación útil para ser explorador.

Escuela de música: instrumental

Cuando estaba en Charterhouse, entré en el cuerpo de cadetes como corneta, tocaba el corno inglés en la banda y el violín en la orquesta.

En la orquesta teníamos un sistema muy bueno: cada muchacho la dirigía por turnos.

Este aprendizaje dio dos resultados útiles cuando me incorporé a mi regimiento. Como conocía bien la música de banda, con el tiempo me

nombraron presidente de la banda, y sin duda debí de ser una molestia considerable para su director.

Aun así, cuando él estaba ausente, yo era capaz de ocupar su puesto y dirigir la orquesta del regimiento.

Además, como estaba acostumbrado al toque de clarín, podía tocar mi propia trompeta (quizá pienses que ya me la estoy tocando bastante en estas páginas) y así transmitir mis órdenes al instante, sin el retraso habitual de tener que decirle al corneta lo que debía tocar.

Esos fueron mis primeros pasos en la música vocal e instrumental en la escuela, que más adelante me sirvieron de diversas maneras en mi carrera.

«Home, Sweet Home»

John Hullah era nuestro maestro de coro en Charterhouse. El primer día que estuve allí descubrió que yo tenía voz de falsete, como él.

Y hablando de John Hullah y de su canto, otro músico muy conocido, Paolo Tosti, venía a menudo a nuestra casa, y yo disfrutaba oyéndole cantar «Good-bye». Creo, por lo que recuerdo, que su voz no estaba a la altura del sentimiento que ponía al cantar.

Supongo que fui uno de los últimos en oír a Adelina Patti en su incomparable interpretación de «Home, Sweet Home». Fue después de una comida privada en su casa, cuando la convencimos para que cantara, mucho después de haberse retirado de los escenarios.

Probablemente su voz ya no habría lucido en una sala de conciertos, pero, contenida como estaba, en su propio salón sonaba perfecta y nos dejó embelesados. Cuando terminó, nos quedamos en silencio.

Qué poca gente recuerda al autor de esa canción. Yo he visto su tumba varias veces: yace en un pequeño cementerio abarrotado, en una calle

secundaria de Túnez, donde Payne había sido secretario del consulado estadounidense. Murió en el olvido, pero su canción ha sobrevivido.

El ritmo gobierna algo más que el mundo: reina en todo el universo. Pero en esta época de prisas y velocidad corría peligro de quedar ahogado, hasta que llegó el jazz y lo reforzó con un tambor. Así que hasta en el jazz hay algo que vale la pena, si sabes encontrarlo.

El tambor de Melba

Y hablando de tambores... Una vez comí con Melba en su preciosa casa de Australia y, entre otras experiencias interesantes, pasé revista a su Tropa Scout. Entre los muchachos había uno que, según me dijeron, tocaba el tambor como un ángel.

Hasta entonces yo había creído que a los ángeles les iban más las arpas. Pero cuando aquel chico empezó a tocar me di cuenta, por primera vez en mi vida, de que aquello era algo más que golpear a tiempo, algo más que ritmo: era verdadera música, bien tocada en un tambor.

La afición al arte tiene su utilidad

Me temo que, por lo dicho, sospecharás que, aunque fui aficionado al arte, nunca me lo tomé muy en serio. Y aciertas.

Me tendrás por una especie de charlatán que se justifica por haber hecho de cantante cómico, de actor o de bailarín. Te sentirás tentado a decirme: «¿Es que no tienes sentido de la dignidad?», y cosas por el estilo.

Pero no me arrepiento, y además tengo detrás de mí una buena autoridad, Horace Walpole, que dice: «Una canción despreocupada, con un poco de disparate de vez en cuando, no desdice ni de un monarca». ¡Pues ya está!

Me perdonarás que me tome a broma esta confesión pública de mis gustos, buenos o malos, y de una educación que fue la preparación para la carrera que acabé siguiendo, como militar y como scout, y para el gozo de la felicidad de vivir.

Como ya dije, la felicidad no consiste solo en disfrutar de las cosas buenas de la vida y de las bellezas y maravillas de la naturaleza, sino que nace sobre todo de la costumbre de hacer felices a los demás.

En realidad, buena parte de mi aire de frívolo aficionado a las artes no fue inútil, porque sirvió para divertir a otros, que muchas veces tenían una gran necesidad de diversión.

3. Deportes



Hace ya mucho tiempo, nada menos que en 1570, Roger Ascham recomendaba montar a caballo, nadar y practicar deportes al aire libre como ayuda necesaria para la educación.

Los juegos de equipo, como el fútbol, el hockey, el polo y otros parecidos, fomentan la disciplina, porque enseñan a obedecer las reglas y al capitán, a jugar limpio, a apoyar a los compañeros y a jugar todos para el mismo bando, no cada uno para sí y para su propia gloria.



La camaradería en el deporte

Ya lo sabes, desde luego. Pero lo que quiero subrayar ahora es que esto no vale solo para el fútbol y los demás juegos, sino también para el gran juego de la vida: para ocupar tu puesto como ciudadano en el equipo de todos.

Navegación

En el primer capítulo conté cuánto debo a mi primera formación en la navegación. Uno de sus grandes méritos es que da al muchacho la oportunidad de enfrentarse al peligro e ir acostumbrándose a él, de modo que, cuando llegue una crisis o se vea cerca de ella, la proximidad de la muerte no le haga perder la calma.

Lo mismo ocurre en Canadá, donde muchos de los viajes y actividades deportivas por los bosques hay que hacerlos en canoa.

En la balandra que teníamos en casa, una embarcación más grande, cuya tripulación formábamos los hermanos, corríamos más riesgos de los que suele traer consigo la navegación a vela. En parte se debía a que nuestro hermano mayor, que era marino y hacía de capitán, tenía la descabellada idea de que, si algún día lográbamos dar con un barco en apuros y ayudábamos a salvarlo, no solo haríamos una buena acción, sino que de paso podríamos ganar una fortuna con el premio del rescate. ¡Una gran idea!

Los hermanos pequeños rezábamos para que no hubiera ningún pobre barco en peligro, aunque, a decir verdad, no lo pedíamos del todo pensando en el barco.

Un día llegó la ocasión, mientras estábamos fondeados en el puerto de Harwich. Harwich es un lugar encantador, salvo cuando sopla un temporal de verano: entonces es espantoso.

Aquel día soplaba un temporal de verano especialmente malo. El bote salvavidas salió en respuesta a unas señales de socorro, y nosotros, tras poner las velas de tormenta lo antes posible, salimos también en su busca por otro canal entre los bancos de arena, hacia un mar amarillento y muy traicionero. Una vez fuera, avanzábamos tan trabajosamente y el oleaje era

tan enorme que enseguida perdimos de vista el bote salvavidas, y lo pasamos francamente mal. Seguimos adelante, porque no quedaba otro remedio, luchando a brazo partido hora tras hora sin ver nada.

Nuestro marino estaba en su elemento todo el tiempo, y al anochecer solo comentó: «¡Ah, esto está bien! Con la oscuridad lo localizaremos mucho más fácilmente por las bengalas».

Pero fracasamos. Y al volver descubrimos que tampoco el bote salvavidas había encontrado el barco en apuros: mientras tanto lo había recogido un remolcador, y ya estaba a salvo en el puerto.

Así que perdimos el rescate, pero ganamos experiencia. Y seguimos divirtiéndonos de la misma manera todo el tiempo que nos dedicamos a aquello. Ganamos práctica, destreza y costumbre de arriesgarnos, pero nunca cobramos ningún rescate.

En otra ocasión lo pasamos mal cuando bajábamos por el canal de la Mancha contra un temporal del suroeste que iba en aumento. Intentábamos llegar a Dartmouth, pero la marea y el oleaje pudieron con nosotros: nos rompieron el barbiquejo, dañaron el bauprés y destrozaron la claraboya.

Tuvimos que virar para retirarnos, un momento angustioso, porque al dar la vuelta con aquel mar tan grueso el barco tenía todas las papeletas para volcar con nosotros encima. ¡Uf!

Después pasamos una noche entera de navegación horrorosa, una auténtica pesadilla, con grandes olas oscuras que nos perseguían por detrás, intentando alcanzarnos e inundarnos. Hora tras hora estuvimos atados a nuestros puestos como monos, con la cuerda justa para poder hacer el trabajo que nos tocaba en nuestro rincón, agarrando cabos duros como el acero con las manos heridas, llenas de sal y medio congeladas.



¡Agarra ese bichero!

Nos enseñó disciplina y habilidad manual siempre a punto, a no perder la cabeza ante el peligro y a trabajar en equipo, cada uno poniendo su talento y su mejor voluntad al servicio de la seguridad de todos.

Pesca

Hablar de Canadá y de las canoas me hace volver con la memoria a la pesca de la trucha y de la perca americana en aquellos maravillosos lagos y ríos, entre los espesos bosques canadienses.

¡Ah, qué maravilla!

Tenía como guía a un *voyageur*, un trampero franco-canadiense. Era un verdadero artista con el hacha, lo mismo para talar un árbol que para sacarle punta a un lápiz. Era un tipo alto y corpulento, de manos enormes, que presumía de poder cargar trescientas libras (unos 136 kilos), y sin embargo saltaba a la canoa ligero como una pluma, y era capaz de atar una delicada mosca con la que pescábamos.

En su curioso inglés chapurreado, estaba lleno de historias interesantes sobre las regiones remotas y sus misterios.

Me contó que una noche de luna se despertó en su tienda y vio la silueta de una sombra proyectada desde fuera. Tenía exactamente la forma de su compañero, que aquel día no había vuelto de pescar.

Pensó que el hombre estaba allí, con los brazos abiertos sobre la lona, intentando mirar dentro de la tienda. Lo llamó para que entrara, pero no hubo respuesta.

De repente se apoderó de él un horror que no pudo soportar. Saltó de entre las mantas y la sombra desapareció.

Salió de la tienda, y aquella misma mañana, muy lejos río abajo, encontró a su amigo muerto, aplastado por una maraña de troncos, con los

brazos abiertos y la cara hacia fuera, tal como lo había visto junto a su tienda.

En Sudáfrica disfruté de una pesca magnífica, realzada por un paisaje glorioso, en los arroyos trucheros que bajan del Drakensberg; las truchas arcoíris que crían hacen de ella un deporte espléndido.

Nueva Zelanda, con sus truchas inmensas, rivaliza con Australia, y sobre todo con Tasmania. Llegué a Launceston en los últimos días de la temporada de pesca, recorrí a toda prisa setenta millas (unos 110 kilómetros) en coche y llegué al Gran Lago al caer la tarde, en medio de un temporal violento y desapacible que arrastraba la lluvia. Aun así salí, justo cuando empezaba a oscurecer, y pesqué una trucha enorme. Nunca había visto un diablo tan vivo y tan tozudo. Fue una gran pelea, pero al final la saqué. Desde luego, tengo la ilusión de volver a Tasmania antes de morir.

¿Qué es mejor, pescar salmón o trucha? No lo sé.

Son cosas tan distintas que solo puedo decir que a mí me gustan las dos.

Pescar salmón es el trabajo más pesado, duro y exasperante que hay. Pero cuando, tras horas y días de esfuerzos en balde, notas un tirón en el sedal y crees que ya lo tienes, no hay palabras para expresarlo: más vale no tener el corazón débil, porque ese órgano recibe un golpe violento y una emoción que lo pone a latir desbocado.

La pesca de la trucha, en cambio, exige mucha habilidad y astucia. Es un arte muy delicado y, aunque emociona menos, divierte más.

Hace algunos años me preguntaron qué quería a cambio de hacer una visita de inspección a unos scouts de Gales. Conociendo los gustos de mi anfitrión, el difunto lord Glanusk, contesté que mis honorarios serían un día de pesca. Aceptó encantado y me llevó a su agradable casita junto al río Wye.

La mañana siguiente a mi llegada, que era domingo, su hija me llevó a ver el río antes de ir a la iglesia. La tentación fue demasiado grande. Cogí una caña del armero solo para probar en aquella poza maravillosa. Un solo lance. Pero, ¡ay!, piqué un pez, y además grande.

Durante unos minutos estuvo dando vueltas tranquilamente por la poza, tirando a mi favor; luego salió disparado río arriba, llevándose el sedal del carrete en su arrebato.

Tenía que seguirlo, pero la orilla se volvía rocosa, y estaba claro que tendría que meterme en el agua y vadear, aunque no iba preparado para ello. Mi valiente y joven anfitriona me advirtió del peligro, porque entre las rocas había pozas de veinte pies (unos seis metros) de profundidad. Así que, usando el bichero como bastón para vadear, se metió en el agua hasta la cintura tanteando el fondo y me dijo que me agarrara a ella con una mano siempre que pudiera soltar la caña. Y así me guio para seguir al pez, que seguía lanzándose río arriba.



Ella me guía después de que nuestro pez picara y tirara río arriba

Lo seguimos un buen trecho, hasta que llegó a un tramo estrecho y hondo donde nos era imposible avanzar, y el pez ya se había llevado todo el sedal de la caña. Había llegado el momento: o lo sacaba yo o me vencía él. Pasé un rato de muerte, esperando que el sedal se rompiera en cualquier momento, pero aguantó. De pronto el pez dio la vuelta y bajó a

toda velocidad hacia donde estábamos. Yo recogía con el carrete tan rápido como podía, pero el sedal estuvo flojo un tiempo angustiosamente largo. Pensé que se había soltado, pero, para mi sorpresa, volví a notar el tirón. Entonces nos arrastró río abajo por encima de las rocas hasta su poza de partida, donde por fin lo rematamos. Era un salmón recién subido del mar, de treinta y cinco libras (unos 16 kilos).



El salmón me arrastra río abajo

Cuando lo sacamos a tierra, sonó detrás de nosotros un gran aplauso y, para nuestro asombro, descubrimos que en el camino cercano se había reunido un montón de gente que había presenciado el desenlace de la pelea con el pez.

Pero no fue lo último que oí de aquel episodio. Aquella gente difundió la noticia, y llegó al periódico local.

Una semana después recibí un documento en galés y en inglés de una asamblea religiosa en el que se decretaba que ningún muchacho ni muchacha de aquella congregación podía unirse a los Boy Scouts o a las Girl Guides, porque yo era culpable de haber pescado en sabbat. *(N. del T.: el sabbat es el sábado judío, pero en la terminología inglesa designa el descanso dominical, que en muchas partes del Reino Unido se guarda con bastante rigor).*

La Jock Scott es la mejor mosca para el salmón. Debe su nombre a un antiguo ayudante de pesca de Makerstoun, que la ideó para la duquesa de Roxburgh de entonces, para que la llevara a Noruega; desde entonces se convirtió en una de las moscas más populares que se conocen.

Otro famoso ayudante de pesca de Makerstoun fue Rob o' the Trows. Por lo visto tenía un carácter excelente, si su historia es cierta. Cuentan que estaba de ayudante de cierto noble cuando este enganchó y sacó un salmón. El noble se tomó un trago reconfortante de su botella y volvió a guardarla en el bolsillo.

Rob había mirado la botella con cierta esperanza de que se respetara la costumbre habitual de ofrecer también un trago al ayudante.

Luego el señor pescó otro salmón, volvió a beber, y Rob volvió a esperar en vano.

Pasó lo mismo por tercera vez, y Rob saltó a la barca y empezó a remar hacia su casa.

El pescador le gritó: «¿Adónde vas?». Y Rob se limitó a gruñir: «Quien bebe solo, pesca solo», y se marchó a casa.

Como educación, la pesca paciente es la mejor escuela que existe. A cualquier hombre le hace bien.

Fíjate en todos esos hombres que se pasan el día sentados en una barca en el Támesis, o en los seiscientos que se alinean en la orilla del río Trent en un concurso que dura horas. Y lo hacen tan felices. Pregúntale a cualquiera de ellos si se lo ha pasado bien. «Sí, mucho», te contestará, aunque tenga la cesta vacía.

Van a pescar, no a coger peces.

Es más: aprendes paciencia cuando pescas con mosca en pleno vendaval y el delicado bajo de línea se te enreda en una maraña imposible de deshacer. Ya es malo si te pasa en Inglaterra, pero es diez veces peor si te pasa, como a mí en Australia, con un cucaburra (el «burro que ríe») riéndose de ti desde un árbol cercano cada vez que te enganchas en un arbusto.

En cierto modo, la ausencia de civilización a tu alrededor añade encanto a la pesca: ya sea en las frondosas praderas de Galway, en las montañas de Natal o en los bosques de Canadá o de Tasmania, lo salvaje tiene su atractivo.



Lo rústico tiene su encanto

Al mismo tiempo, tienen un suave atractivo las aguas cercanas a casa, en las exuberantes praderas de Hampshire, con el ganado metido hasta las rodillas entre los botones de oro y un rumor adormecedor en lo alto de los magníficos olmos. Allí vagas acechando la trucha en una quietud y una soledad infinitas, lejos del barullo del gentío, del ruido y del ajetreo de

la vida moderna en las ciudades, como un camarada más de las aves y las ratas de agua.

La pesca de la trucha es la mejor cura de reposo del mundo.

En esos momentos, el ayudante sobra: echa a perder el espectáculo. Un hombre que no es capaz de sacar a tierra su propio pez no es un pescador.

Caza

Hace nada, alguien decía hablando de caza: «La caza de la becada es el deporte más peligroso del mundo».

Y es bastante peligrosa cuando cazas en los sotos de Inglaterra y el muy pillo esquiva todos los obstáculos, mientras cada una de las escopetas que lo tienen a la vista se arriesga a dispararle.

Pero en su propia tierra, por ejemplo en Albania, donde no es ninguna rareza, puedes disparar con calma, con más cuidado y mejores resultados.

Era un país agreste para cazar. Ahora se está civilizando demasiado, pero hace unos cuantos años, cuando fui allí en yate (la única manera de llegar), fondeamos en una pequeña bahía perfecta y bien resguardada, y desembarcábamos todos los días para cazar.

La ley obligaba a llevar un soldado como escolta. Su paga era de seis peniques al día y tabaco sin límite. Además, uno buscaba a unos cuantos aldeanos con sus perros para que hicieran de ojeadores. Eran una banda de rufianes de aspecto muy pintoresco, y era natural, porque su otro oficio era el de bandidos: si no hubiera estado uno bajo la protección del Gobierno, como demostraba la escolta militar, podían haberlo secuestrado para pedir un rescate.

Pero como ojeadores eran unos tipos excelentes, duros y alegres compañeros, y buenos deportistas.

Los perros de aquel país eran un elemento especial del cuadro. Estaban adiestrados para atacar a los extraños, con el fin de evitar el robo de ovejas. Si veías un rebaño pastando en las colinas, tenías que andarte con mucho cuidado, porque cada rebaño estaba guardado por tres o cuatro perros.

Aquellos rufianes podían estar tumbados tan tranquilos mientras las ovejas pastaban, pero si aparecía un desconocido, el perro más cercano se lanzaba a por él llamando a los demás al ataque, y no paraban hasta derribarlo.

Había leyes muy estrictas contra quien matara a uno de esos perros, aunque fuera en defensa propia, con castigos muy duros; pero sí estaba permitido herirlos con un arma blanca si se acercaban lo bastante como para alcanzarlos.

Cuando desembarcábamos, llevábamos a algunos tripulantes como ojeadores, armados con pértigas que servían igual para batir el monte que como lanzas para defenderse de los perros.

Un deportista muy conocido de Essex, que había cazado en Albania, me contó que una vez lo atacó uno de aquellos perros y que lo mató en defensa propia.

Entonces, acordándose de la ley, se puso enseguida a enterrar al perro antes de que nadie pudiera verlo.

Pero justo cuando estaba en plena faena, ¡apareció el dueño del perro!

—¡Dios mío! —le dije—. ¿Y qué hiciste entonces?

—Bah, no había otra cosa que hacer. Lo enterré a él también.

En Malta

En un libro sobre la caza en el Mediterráneo se menciona que conseguí un récord de perdices en Malta. He olvidado cuál era la cifra de ese récord, pero no pudo ser muy grande, porque, que yo recuerde, nunca cobré más de media docena por temporada.

Cuando las perdices llegaban en su migración anual, preferían los naranjales del palacio de campo del gobernador, en Verdala. Al enterarme, acordé con el jardinero jefe que, cuando viera alguna perdiz por allí, izara una bandera amarilla en la torre. La bandera se veía desde mi despacho en La Valeta, a ocho millas (unos 13 kilómetros). En cuanto la veía ondear, saltaba al coche y conducía hasta Verdala; mientras tanto, el jardinero habría reunido a unos cuantos ojeadores, y así nos poníamos a cazar la perdiz.

Cazar en Malta es un deporte peligroso, porque los campos están cercados por muros de piedra de cinco pies (metro y medio) de alto, y cuando había aves por allí había también un tirador con su escopeta en cada uno de los demás campos. Disparaban en cualquier dirección, y los perdigones que daban en las paredes rebotaban en las esquinas. Yo era prudente y, viendo el peligro, tomé precauciones para protegerme de accidentes, sobre todo los ojos. Aun así, comprobé que el polo me costaba muchas más lesiones leves que la caza.

El campo de polo de Marsa era de roca viva en muchos sitios, lo que hacía que la bola saltara con una fuerza terrible y te diera en la cara; y si te caías, como pasaba de vez en cuando, te llevabas cortes y contusiones tremendos, si no te rompías algún hueso.

En Sudáfrica

Tengo en Sudáfrica un amigo, un viejo bóer, que al cosechar el maíz dejaba en pie franjas estrechas donde se refugiaban las codornices.

Así era muy fácil hacerlas volar. El primer día que fui a cazar a sus tierras me acompañó en su carro del Cabo con algo de refrigerio.

Cuando abatí mi primera codorniz, estalló en admiración, pero cuando poco después cobré otras a derecha e izquierda y las fui metiendo en el morral, su entusiasmo no tuvo límites. Dijo que nunca había visto nada igual y que había que celebrarlo, así que descorchó la botella de barro de un brandy especial y me ofreció un trago.

Luego examinó mi arma con gran curiosidad y admiración. Me di cuenta de que nunca había visto una escopeta, y le había asombrado que yo hubiera cazado aquellos pajarillos con un rifle.

En Túnez

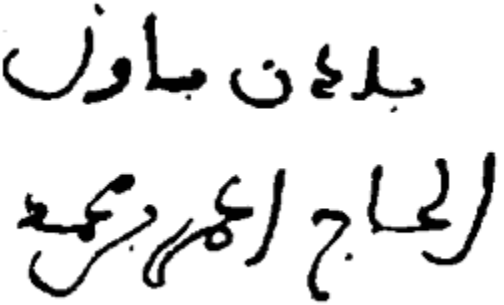
También tuve ocasión de cazar codornices en Egipto, en Sudán y en la India, así como otras aves espléndidas.

En Túnez cacé además en unas circunstancias un tanto románticas. Tenía allí un amigo que llevaba muchos años viviendo en una finca inglesa, en un agradable distrito de caza. Él me presentó a un árabe muy educado que llegó a ser mi compañero inseparable y mi anfitrión en las distintas ocasiones en que visité aquel país.



Guardia de Hadj Amor

Pasé una noche deliciosa en su campamento, en Sidi Salem el Owain, «la tumba del hombrecillo inválido». Me preparó un cuscús, servido en un cuenco, de arroz, pollo y cabrito guisados a fuego lento con otros condimentos; un plato sabrosísimo que comíamos con los dedos. También tomamos un poco de murga con sorgo, acompañada de unos chapatis finos como hojas de lanza.



Firma de Hadj Amor

Después nos sentamos alrededor de una hoguera de troncos, porque las noches eran frías, bajo las estrellas brillantes, charlando y escuchando a lo lejos, en la noche, el canto de sus hombres. Y a la hora de dormir lo hacíamos juntos bajo su manta.

Era un anfitrión de lo más agradable y un perfecto caballero árabe. Tiempo después descubrí que era el jefe de una tribu árabe de Argelia, y que su verdadero nombre era Cherif Ben Ali Sed Kaoui. Siguiendo la costumbre tradicional de su clase, había matado a un adversario en una lucha a muerte entre tribus; por ello las autoridades francesas lo juzgaron, lo condenaron y lo enviaron a Cayena, una colonia penitenciaria al otro lado del mar. Al cabo de uno o dos años logró escapar y volvió a Túnez, donde vivía protegido por los hombres de su tribu para que no lo detuvieran.

De ahí que procurara no cruzarse con oficiales franceses.

Unos meses más tarde leí en un periódico francés que la policía había descubierto y rodeado su escondite, y que lo habían capturado y ejecutado.

Gracias a él hice muchos amigos entre los beduinos, cuya hospitalidad y afición a la caza me alegraron mucho. Aquellos hijos del desierto tenían

muchas cualidades simpáticas.



Un hijo del desierto

no puede sucederle ningún mal. Como prueba de sus intenciones hospitalarias, clavan las estacas lo más lejos posible de las tiendas, como si quisieran atrapar a algún huésped.

En aquella misma zona conocí a un joven granjero francés que me invitó a cazar en un pantano de su finca.

Me contó que allí había cazado mucha gente, pero que consideraban el pantano embrujado, porque nunca se cobraban en él ni más ni menos de dieciocho aves.

Cuando cacé yo, creí haber batido el récord con mi decimonoveno blanco, pero, aunque cayó en un lugar completamente despejado, nunca logramos encontrarlo. ¡Así que mi morral se quedó en las dieciocho de siempre!

Un curioso consejo de primeros auxilios que aprendí de los árabes es que las libélulas, cuando se las atrapa, se aferran a cualquier cosa que puedan morder con la tenacidad de un bulldog, y los árabes las usan como nosotros usamos las pinzas para sacarnos las espinas que se nos clavan.

También me enseñaron una tumba donde acababan de enterrar a un joven árabe. Un marido celoso lo había sorprendido merodeando alrededor de su tienda; lo atrapó, le ató las manos a la espalda y le disparó.

Como aquello se consideraba que iba un poco más allá de lo que permitían las leyes árabes, el marido había sido detenido y estaba bajo custodia, condenado a muerte. La ejecución debía hacerse por estrangulamiento, de esta manera: un hombre le pasaba un lazo corredizo por la cabeza y tiraba con fuerza, mientras otro le pasaba un segundo lazo y tiraba en dirección contraria hasta que el desdichado moría.

Una manera muy alegre de hacer las cosas.



Solo cazo para la olla

En Inglaterra

Nunca fui de los que buscan grandes perchas. Por lo general, solo cazaba para llenar la cazuela; desde luego, cuando estaba fuera de Inglaterra, lejos de sus cotos y de sus leyes de caza.

Aquí, en una ocasión, batí todas mis marcas.

Mi mejor marca, y solo en una ocasión, fue de unas cincuenta aves, habiendo disparado únicamente veinte cartuchos.

Mi anfitrión había contratado a los Boy Scouts del lugar como ojeadores, y puso a un scout detrás de cada escopeta para que se fijara en dónde caían las piezas y recogiera las que cobrara su tirador.

Al terminar la batida, cuando me di la vuelta para dejar mi puesto, encontré un montón de aves supuestamente abatidas por mí. Entonces caí en la cuenta de que, por detrás de la línea de escopetas, los muchachos habían ido pasando a escondidas algunas de las piezas de los demás cazadores, como contribución a mi montón.

Ese es el espíritu de cuerpo de los Boy Scouts.

Por alguna razón, la caza en soto no tiene para mí el mismo interés que la caza en plena naturaleza salvaje. Una posible razón es la que me dio el mayor Powell-Cotton, el célebre cazador de caza mayor, para no practicar la caza en soto: «Es que soy un tirador condenadamente malo».

Caza de antílopes en África

Hablando de caza, guardo un recuerdo feliz de mi estancia en casa de un bóer, Bertie van der Byl, en Bredasdorp, cerca del cabo Agulhas. Tenía una enorme granja de avestruces donde había caza variada, e incluso habíamos probado a cazar con lanza los cerdos asilvestrados, descendientes de cerdos domésticos.

En aquella granja se conservaba una manada de bonteboks, una variedad de blesbok que estaba prácticamente extinguida en la Colonia del Cabo. Mi anfitrión me permitió abatir uno como ejemplar de colección. Fue una ocasión única, no solo por la rareza de la especie, sino también por la manera de cazarlo.

Van der Byl conducía una calesa de dos ruedas tirada por cuatro mulas, y nos lanzamos directamente por la sabana hasta avistar la manada. Al vernos, los antílopes echaron a galopar a toda velocidad. El látigo restallaba —¡zas!, ¡zas!— mientras los seguíamos de cerca. Fue una persecución vertiginosa: dábamos saltos por aquel terreno difícil, a veces sobre una sola rueda, a veces sobre ninguna, yo agarrándome para salvar la vida y mi conductor, tan excitado y astuto como un niño, exigiendo a sus mulas que dieran lo mejor de sí.

Durante un rato pareció una persecución sin esperanza, pero, como la manada cambió de rumbo y dio un rodeo, pudimos atajar y acercarnos poco a poco.

Frente a nosotros aparecieron dos colinas bastante grandes, una junto a otra. Mientras la manada pasaba por la derecha de las colinas, Van der Byl tiró hacia la izquierda, y cuando nos acercamos al hueco entre ambas, me gritó: «¡Ya!». Frenó el tiro y yo salté justo a tiempo de disparar a un macho mientras cruzaba el hueco.

Por suerte, mi disparo alcanzó a un buen macho y le atravesó el cuello, de modo que cayó de cabeza. Era, afortunadamente, un buen ejemplar.

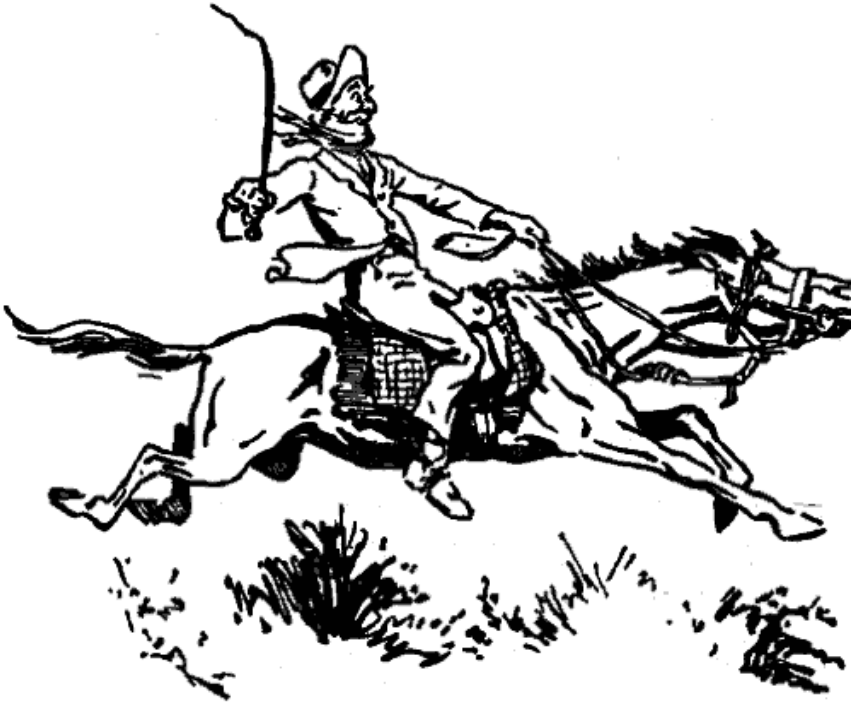
Unos años después, Van der Byl se trasladó a otra granja en el Transvaal, se llevó la manada y los animales vivieron en un gran parque.

Cuando estalló la guerra bóer, las tropas británicas invadieron la región y, al llegar a su granja, mataron a toda la manada creyendo haber encontrado buena carne.

Me temo que los bonteboks deben de estar ya prácticamente extinguidos.

Caza del zorro

Entre los holandeses del Cabo tenía muchos buenos amigos deportistas. Durante una temporada fui el *master* (jefe de la cacería) de la jauría de zorros del Cabo. Teníamos algunos aficionados muy hábiles, aunque de aspecto algo peculiar. Lo que hacían lo dejé escrito en el libro *El deporte en la guerra* (*Sport in War*). Aquello fue hace mucho tiempo, antes de la desdichada guerra bóer. Estoy seguro de que, si se hubiera dejado que continuara aquel vínculo de buena deportividad, habría unido a bóeres y británicos como los unía en el campo de caza, y hoy existiría entre ellos un sentimiento de estrecha amistad, si no una fusión de las dos razas en aquellas tierras.



Un bóer cazador de zorros

La caza del zorro como escuela

La caza del zorro, si uno se para a pensarlo, es una institución verdaderamente maravillosa. Aunque se haya convertido en un deporte artificial en un país completamente civilizado, se mantiene en toda Inglaterra a pesar de la guerra, de los impuestos y de los costes elevados. Es una de las pocas instituciones antiguas que quedan y que nos mantienen en contacto con las tradiciones y el espíritu de la vieja Inglaterra.

Hay además otro aspecto. Como he visto la mayoría de las caballerías del mundo *(N. del T.: Baden-Powell, como inspector general de la caballería del Reino Unido, viajó para conocer la caballería de otros países)*, no tengo ninguna duda de cuál es la más eficaz para el trabajo de guerra, ni tampoco de que esa eficacia se debe, con mucho, a la caza del zorro.

La verdad es que la nación tiene mucho que agradecer a la caza del zorro por lo que ha hecho por la caballería, compensando su escaso número con su excelente calidad, y todo ello sin tener que imponer nuevos impuestos.

El antiguo káiser lo reconoció abiertamente, antes de comprobar esa calidad en la Gran Guerra, y estableció en Hannover una jauría de sabuesos como parte de las instalaciones de la escuela de caballería.

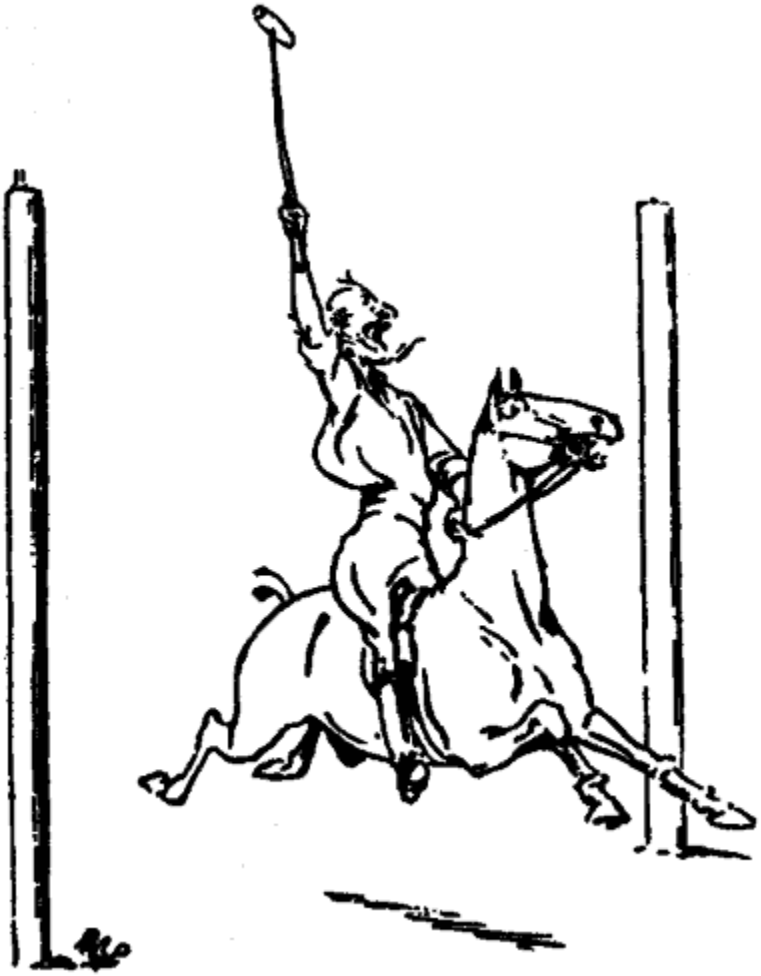
Por supuesto, estaba militarizada: tenía un capitán como *master*, un sargento mayor como encargado de la jauría, un sargento como primer perrero, y así sucesivamente hacia abajo.

No cabe duda de que la caza del zorro ha sido una escuela que ha formado a hombres capaces de cabalgar sin miedo por cualquier clase de terreno. Ha hecho de ellos jinetes prácticos, que saben administrar las fuerzas del caballo y juzgar cuándo cuidarlo y cuándo darle rienda suelta.

También los ha formado en esa cualidad inestimable que es «ver el terreno», y no mediante áridas lecciones o pesados días de maniobras, sino mediante un deporte que los llena de entusiasmo y que, al mismo tiempo, les da salud y alegría.

Polo

Junto con la caza del zorro, el polo es también una escuela valiosa para los oficiales de caballería, y tampoco le cuesta nada al contribuyente, aunque a los jugadores les sale muy caro.



Polo dum vivo (polo mientras viva)

Winston Churchill habla sobre el polo

Winston Churchill, en su reciente autobiografía, omite que tuvo que pronunciar un discurso en un banquete de polo, el primer discurso que se hizo nunca sobre esta materia.

Trató el asunto con elocuencia y fue demostrando paso a paso que el polo no solo es el mejor y más admirable juego del mundo, sino también la aventura más heroica y deportiva que existe.

Al llegar a la peroración, ya no pudimos contener por más tiempo nuestro entusiasmo y recibimos su discurso con una ovación.

Después alguien propuso que «ya está bien de Winston», lo que se aprobó con un solo voto en contra, y a Winston lo metieron debajo de un sofá volcado para que se quedara allí el resto de la velada, con un rollizo alférez sentado encima.

Pero enseguida asomó por debajo de uno de los brazos del sofá y soltó lo que podría tomarse por una frase histórica: «No sirve de nada sentarse encima de mí: soy de goma, lo aguanto todo».

Caza del jabalí con lanza

El jabalí

Una vez le pedí a Rudyard Kipling que añadiera a sus cuentos de la selva algo sobre dos de los personajes más importantes de la jungla, cuya existencia, en mi opinión, había pasado por alto por completo en *El libro de la selva*: el jabalí y el pato salvaje, ambos animales con carácter.

El jabalí (en inglés *Boar*), que merece escribirse con mayúscula cada vez que se le menciona, es el rey de la jungla. Es la única fiera a la que

una otra planta cara, con la posible excepción del viejo y despistado rinoceronte. Cuando baja a beber a la charca, todos los demás habitantes, incluidos el búfalo y el elefante, sobre todo este último, se escabullen y piensan que, después de todo, no tienen tanta sed, o que ya beberán en otra parte.

No es que resople ni que babee: es que con esos colmillos resulta muy desagradable. Es el único animal que irá a por ti sin que tú lo provoques primero, porque es la única fiera que es agresiva por costumbre.

El viejo búfalo africano o el bisonte canadiense tienen, desde luego, su encanto áspero y nada amable, pero el jabalí siempre anda irritado por una cosa o por otra.



El bisonte canadiense tiene

El bisonte canadiense también tiene su lado áspero

Es nervudo y correoso, rápido como un caballo, y salta por donde un caballo no puede. Erguido es tan alto como una mesa, y tiene las patas largas y muy musculosas. No duda en cruzar a nado un río aunque esté lleno de cocodrilos. Parece pensar que los nativos cultivan melones, caña de azúcar, grano y demás para que él se los coma, y lo hace a conciencia; y si algo se le pone por delante, lo derriba e intenta destrozarlo con sus colmillos ensangrentados.

Pues bien, a este tipo es al que cazábamos en la India a caballo y con lanza, y no hay deporte que pueda igualar a la caza del jabalí, ni por la emoción ni por su inestimable valor formativo.

La cacería

Tres o cuatro jinetes forman una «partida». Los ojeadores sacan al jabalí de su encame en la jungla y la partida sale tras él, aunque en los primeros tres cuartos de milla (algo más de un kilómetro) suele dejarlos atrás.

El honor es para el primero que lo alcanza y le clava la lanza. Pero en cuanto el jabalí se ve a punto de ser alcanzado, una de dos: o esquiva, es decir, se lanza de lado, o se da la vuelta y carga contra el cazador.

Una lanzada, si no da en un punto vital, apenas sirve más que para enfurecerlo todavía más. Entonces empieza una buena refriega por ambas partes, y no siempre es el jabalí quien sale peor parado.

Tiene una habilidad asombrosa para usar los colmillos con rapidez y eficacia, y muchas veces un buen caballo ha recibido una herida mortal del animal que perseguía.

Entre los príncipes y los jefes de caballería indios hay un buen número de cazadores de jabalí con lanza, y en este terreno común del buen deporte los oficiales de los regimientos británicos e indios llegan a hacerse muy amigos.

Un gran cazador de jabalíes fue lord William Beresford, por entonces secretario militar del virrey. Recuerdo una caída suya que habría matado a cualquier hombre corriente, cuando iba tras un jabalí en la yeguada de Saharanpur.

Allí los cercados estaban hechos con postes robustos, vallas de travesaños y puertas de madera. Su jabalí, en lugar de saltar la valla, cargó contra la puerta, rompió el travesaño de abajo y la sacó del pestillo; pero justo cuando el caballo de Beresford se levantaba para saltar, la puerta se abrió bajo sus patas, cayeron sobre ella y acabaron hechos un ovillo en el duro camino.



Bill Beresford cae de cabeza

Pero Beresford era irlandés y no le pasó nada.

Puesto a prueba en la caza del jabalí

La mayor parte de mis cacerías de jabalí las hice durante los tres gloriosos años que pasé con mi regimiento en Muttra. Nunca me tomé el permiso habitual para subir a las colinas en la temporada de calor, porque era incapaz de apartarme del deporte.

Unos catorce años después, tras servir en Sudáfrica y en Inglaterra, volví a la India para tomar el mando del 5.º Regimiento de la Guardia de Dragones.

A los pocos días de incorporarme al regimiento, los oficiales me preguntaron muy educadamente si no podríamos organizar un día de caza del jabalí.

Noté en los huesos que detrás de aquella pregunta había algo más, y que aquellos jóvenes estaban deseando poner a prueba a su coronel en el terreno de la caza para ver de qué pasta estaba hecho.

Fue un momento angustioso para mí. No estaba seguro de que mi instinto para la caza hubiera sobrevivido a tantos años sin practicar aquel deporte (y hace falta cierto instinto).

Sin embargo, en cuanto levantamos el jabalí, olvidé todas mis dudas. Tuvimos una gran carrera, en la que el jabalí acabó metiéndose en una franja aislada de monte bajo.

Galopé hasta el extremo opuesto para vigilar si salía, mientras los demás vigilaban los lados. Sabiendo que estaba allí dentro, llamamos a los ojeadores y batieron la zona de punta a punta. ¡Ni rastro de él!

Así que me bajé del caballo y entré yo mismo con los ojeadores, llevando la lanza, para asegurarme de que se registraba el lugar a fondo.

Cuando avanzábamos por el monte por tercera vez, me fijé en que los ojeadores del centro de la línea se iban desviando hacia fuera a medida que se acercaban a un matorral especialmente espeso.

Me adelanté hacia él, animándolos a cerrar filas y a sacar de allí al viejo rufián. Pero mis exhortaciones apenas hacían falta, porque salió por su propia cuenta, no solo de buena gana, sino con verdaderas ganas de pelea y directo hacia mí.

Tuve el tiempo justo de bajar la lanza mientras cargaba contra ella, y se le clavó profundamente en el pecho. Pero la fuerza del choque me tiró de espaldas y, mientras yo seguía agarrado con fuerza al mango de la lanza, el jabalí quedó justo encima de mí, intentando alcanzarme con los colmillos, aunque la lanza clavada lo mantenía a suficiente distancia.

Los nativos, unos tipos fornidos, salieron al instante de la jungla gritando a los jinetes en indostaní: «¡Todo bien! ¡El cerdo estaba ahí y ha matado al coronel sahib!».

En un momento los jinetes desmontaron y corrieron a rescatarme. Un oficial bajito, con su ímpetu, le tiró una lanzada al jabalí, falló limpiamente y cayó encima de él. Pero otros esfuerzos más acertados se impusieron y el jabalí quedó rematado enseguida.

Entonces vino la pregunta de rigor: «¿Siempre caza usted a pie, señor?». Y, por defenderme, tuve que contestar: «Claro, ¿por qué no?».

Pero aquello me obligó a repetir la hazaña a menudo, hasta que al final lo adoptamos como costumbre, y añadía emoción a la persecución. Desde luego, le daba un sabor especial.

La Copa Kadir

Todos los años se celebra un concurso de caza del jabalí con lanza en la jungla de Kadir, en Meerut. Allí se reúnen deportistas de toda la India

para disputar las eliminatorias, persiguiendo jabalíes, hasta la final que decide quién se lleva la copa.

Este certamen se conoce como la Copa de Caza del Jabalí.

El príncipe de Gales, durante su visita a la India, acudió como espectador a la Copa Kadir y dijo que le gustaría participar en la ronda final de la Copa de Caza del Jabalí. Pero como estaba reservada a quienes hubieran participado en la Copa Kadir, le dijeron que era imposible; y se lo dijeron porque nadie quería verlo a caballo por aquellos parajes, donde las caídas eran la norma, y muchas veces caídas graves.

Sin embargo, Su Alteza Real insistió en tomar la salida, en el bien entendido de que quedaría descalificado. Fue uno de los pocos que no se cayeron y, aunque no conocía en absoluto aquella clase de terreno, ganó la carrera, y no lo descalificaron. Una actuación magnífica.



El príncipe de Gales gana la copa de caza del jabalí

Como era un gran aficionado a la caza del jabalí, era natural que inscribiera mis caballos en la Copa Kadir, y así lo hice en tres ocasiones distintas. La última fue cuando estaba en el 5.º de la Guardia de Dragones. Los otros dos participantes de mi eliminatoria eran también de mi regimiento.

Tuvimos un galope muy reñido tras el jabalí. Poco después de salir, uno de ellos se cayó, y la competición quedó entre el otro y yo. Íbamos

eza con cabeza cuando, de repente, mi rival se desplomó de cabeza contra el suelo, y yo me quedé con un jabalí agotado justo delante de mí.

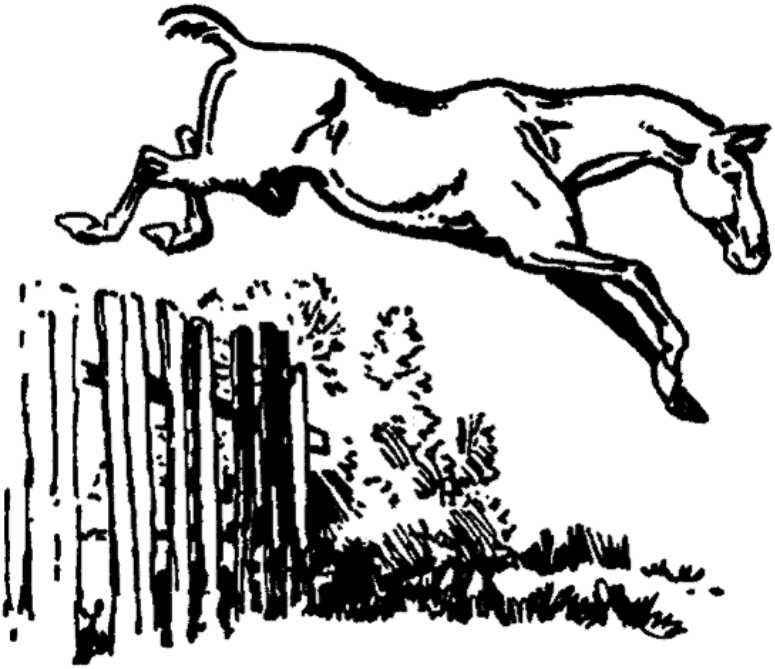
Solo tenía que seguir adelante, clavarle la lanza y ganar. Pero miré atrás para ver cómo estaba mi rival, Dunbar. Vi que tanto el hombre como el caballo estaban aturdidos, y que él yacía con la cabeza demasiado cerca de las pezuñas del caballo como para estar a salvo. Así que me despedí del jabalí, di la vuelta y arrastré al muchacho hasta ponerlo a salvo. Después de dejarle descansar, el juez nos permitió ir tras otro jabalí. Esta vez Dunbar, creo que muy a su pesar, me adelantó, alanceó al jabalí como es debido y ganó la eliminatoria. Eso lo llevó a la final, que acabó ganando, y trajo al regimiento la copa de todas las pruebas.

En las dos ocasiones anteriores en que participé, logré clasificarme para la ronda final, y en una de ellas me llevé una de las grandes sorpresas de mi vida al ganar la Copa Kadir.

Había ganado las eliminatorias anteriores con dos caballos, Hagarene y Patience, que en la final debían competir contra un tercer rival.

Yo monté a Hagarene, mi favorito, y Ding MacDougall, compañero de armas del 13.º, montó a Patience en mi lugar. Hagarene dejó atrás a sus rivales y fue en cabeza durante un buen trecho, hasta que el jabalí se metió por un espeso zarzal, como un seto.

Cuando Hagarene lo saltó, me di cuenta de que al otro lado no había tierra firme, sino un desnivel que caía a un río. Caímos de golpe al agua, cerca de la cabeza del jabalí, que dio media vuelta y salió a rastras por donde había entrado. Y mientras yo salía por un lado y Hagarene por otro, el jabalí se topó con MacDougall, que llegaba montando a Patience, y este lo alanceó enseguida. Así que gané la copa por mano de MacDougall.



Hagarene, una amiga de verdad: disfruta de la vida y se pasa el día saltando por puro gusto

Un deporte brutal

Tú, que estás sentado en casa, lo condenarás, naturalmente. Pero te repito lo que el borracho le dijo al clérigo: pruébalo antes de juzgar.

Mira cómo disfruta el caballo; mira cómo el propio jabalí, loco de ira, se lanza con fiereza a la pelea; mira cómo tú mismo, con el ánimo excitado a fondo y con cautela, disfrutas de la ocasión de darle rienda suelta.

Sí, la caza del jabalí es un deporte brutal, y sin embargo la quiero, como se quiere a un viejo compañero contra el que uno peleó una vez.

ros que sean coherentes? Digamos lo que digamos, bajo nuestro barniz de civilización los instintos del hombre primitivo no están muy por debajo de la superficie. El instinto de matar acaba saliendo. ¿Acaso no lo vemos en todo su horror en la guerra?

Y por lo visto las Iglesias lo reconocen, porque, que yo recuerde, no hicieron ningún intento de impedirnos matar a nuestros semejantes, a nuestros hermanos cristianos. Mientras no llevemos la educación a unos cimientos más espirituales, en lugar de conformarnos con la mera instrucción académica, y no demos más importancia a la educación del carácter que a la acumulación de conocimientos, solo tendremos ese barniz.

Caza mayor

Aparte de la caza del jabalí y la del zorro, por lo general no se practican otras cacerías a caballo.

Una vez tuve una buena carrera persiguiendo a un lobo con un grupo de jinetes cerca de Kandahar. Normalmente, un lobo puede mantener a distancia a un caballo corriente, pero aquella vez tomó una dirección equivocada, y quizá acababa de comer. En cualquier caso, después de un buen galope, lo acorralamos en el foso de un fuerte y allí lo alanceamos.



Una buena carrera tras un lobo

También cabalgué tras una hiena con un grupo de árabes, uno de los juegos más alarmantes en que he participado, porque el plan consistía en perseguirla a caballo, rodearla y que cada participante le disparara. Al estar en círculo, disparábamos hacia dentro, unos contra otros; pero, por suerte, como íbamos montados, los fusiles apuntaban hacia abajo, y las muchas balas que no daban a la hiena acababan en la arena.

Con ayuda de perros, cacé a caballo un antílope acuático en Sudáfrica y lo maté con una azagaya *(N. del T.: lanza corta o jabalina de los pueblos indígenas de Sudáfrica)*, y otra vez cacé un antílope negro en la India con mi pistola.

Iba de marcha con el regimiento al que me acababan de destinar cuando vimos un precioso antílope negro, de cuernos extraordinariamente grandes, que corría muy excitado por la llanura abierta. Encontré un pilar de mampostería y, junto a él, nos detuvimos; fui moviéndome despac-

io hasta que el pilar quedó justo entre el antílope y yo, y entonces galopé por la llanura hasta alcanzarlo sin que me viera, aunque sí me oyó.

Pude hacerle un disparo rápido con mi pistola Mauser justo cuando se daba la vuelta y se alejaba al galope. Saltó una tapia de barro a pocas yardas y desapareció de mi vista.

Oí un «¡oh!» de decepción en las filas del regimiento mientras galopaba tras él. Al mirar por encima de la tapia hacia la llanura no se le veía por ninguna parte, pero de pronto lo descubrí tendido, muerto, al pie de la tapia. El disparo le había atravesado el corazón, y el salto por encima del muro había sido su último esfuerzo convulso.

En la India era frecuente toparse con panteras mientras se cazaba el jabalí y, aunque yo nunca tuve la suerte de hacerlo, muchos deportistas han cabalgado tras ellas y las han matado con lanza. Pero es una caza muy peligrosa, porque, con su piel suelta y resistente, cuesta mucho infligirles una herida mortal; y, cuando se ven perseguidas, tienden a apartarse de golpe, dejar que hombre y caballo pasen de largo y luego saltar sobre los cuartos traseros del caballo para atrapar al jinete por detrás.

Las dos únicas panteras que he cazado fueron una cría, que capturé viva y tuve como mascota, y otra a la que disparé en el bosque de Knysna, en Sudáfrica.



La pantera a la que disparé en Knysna

Por aquel entonces estábamos de permiso, en una expedición de caza por aquel bosque, que era precioso, con paisajes de montañas salvajes. Acampamos en lo más profundo del bosque y empezamos a poner trampas para elefantes. A juzgar por lo que contaban los lugareños, ¡el peligro era más bien que los elefantes nos cazaran a nosotros!

Un leñador italiano, por ejemplo, nos dijo que la forma más sencilla de tener cerca a esas bestias era hacerse pasar por leñador y ponerse a talar un árbol: enseguida acudían corriendo. Dijo que en ese momento él salía corriendo «como un rayo» y se subía al árbol más cercano.

Un viejo granjero holandés también nos dijo que abundaban, pero añadió, muy en su estilo: «Si el elefante no me deja otro camino, me vuelvo a casa».

Sin embargo, los animales no nos acosaron. Anduvimos millas y millas sin ver ninguno. Estábamos en una selva asfixiante de helechos que nos sobrepasaban la cabeza en al menos tres pies (casi un metro), enmarañ

ados con una densa vegetación de enredaderas, helechos trepadores y matorrales rotos, que formaban un buen laberinto de sendas de elefantes, muy trilladas y estrechas, que corrían en todas direcciones.

Algún tiempo después, el gran cazador de elefantes Selous visitó el lugar y, al ver aquella jungla casi impenetrable, salió de allí lo más deprisa que pudo, dando gracias por irse de aquel sitio peligroso antes de que apareciera algún elefante.

Nosotros, que no sabíamos nada de elefantes ni de sus costumbres, nos metimos temerariamente donde los ángeles no se atreverían a pisar.

Desde una pequeña colina despejada vimos una manada de elefantes que comía en los pastizales bajos, en la ladera de enfrente; sus grandes ancas redondas y sus orejas en movimiento brillaban al sol.

Nos deslizamos abriéndonos paso durante una hora a través de una espesa jungla de helechos. Por fin estuvimos lo bastante cerca como para oírlos desgajar ramas, resoplar y hacer sus ruidos.

Poco a poco, el crujido de las ramas y los arranques de brotes se hicieron más fuertes a medida que los animales se acercaban, hasta que los oíamos muy cerca y a nuestro alrededor; pero, por lo espeso de la maleza, no podíamos verlos.

De repente hubo un movimiento en el bosque, un poco apartado del punto al que mirábamos. Se apartó una rama y apareció algo que parecía un tronco quemado de color sucio; y entonces, durante un segundo, surgieron dos grandes colmillos blancos, una cabeza inmensa y las orejas de un elefante salvaje. Al momento volvió a ocultarse entre el movimiento de las ramas.

Había otros dos elefantes cerca de mí, uno a cada lado, pero completamente invisibles salvo cuando se movían. Además, costaba distinguirlos entre los árboles, en la sombra oscura que los rodeaba.

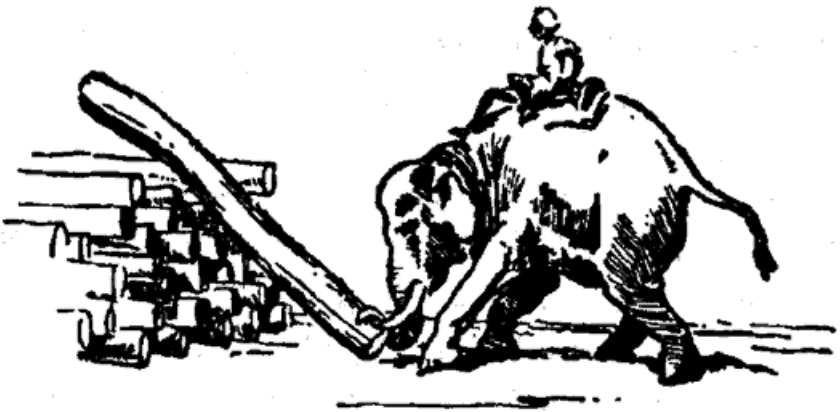
No los veía lo bastante bien para dispararles y, aunque hubiera podido, dudaba de dónde apuntar. Y no era por prudencia, sino porque estaba fascinado mirándolos y, bueno, siempre he sentido que, por decirlo así, un elefante es algo demasiado grande y demasiado sagrado para que lo domine un hombre diminuto.

Siguieron adelante, destrozando, masticando, abriéndose paso y arrasando. Y entonces, de repente, se hizo un silencio total y tenso. Ni un ruido. Pensé que quizá nos habían olido u oído y estaban alerta.

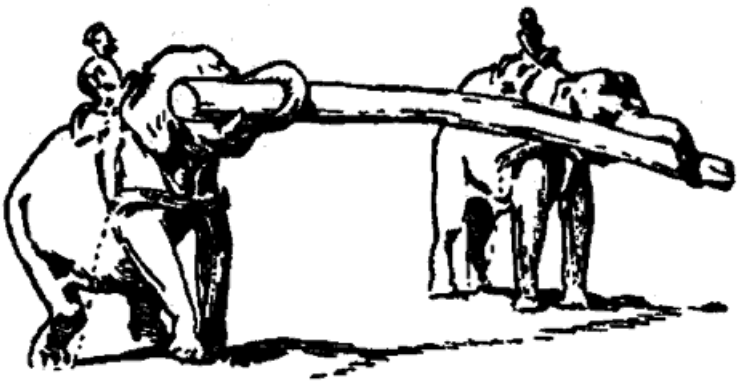
Pero mi guía rompió el silencio: «Se han ido». Y así era. Se habían marchado deslizándose sin hacer ningún ruido, sin romper ni una ramita, como si anduvieran de puntillas.

Si observar a los elefantes salvajes resulta interesante, mucho más lo es observarlos domesticados.

En Moulmein, en Birmania, puedes verlos hacer su trabajo diario, apilando troncos de teca y trabajando en el aserradero con una inteligencia casi superior a la del hombre.



Elefantes apilando troncos de teca



Elefantes apilando troncos de teca. Abajo, cooperación

Un solo ejemplo: se vio a un elefante que llevaba un gran tronco sobre los colmillos hacia el aserradero, cuando tuvo que pasar por un pasillo angosto entre máquinas de sierras giratorias que zumbaban.

Pero tuvo el instinto de volver la cabeza y girar el tronco de lado sobre la plataforma del aserradero, y de colocarlo con precisión en su sitio, con

un último empujón aquí y allá con la trompa, hasta dejarlo perfectamente alineado. Al salir, cogió todo un haz de tablas de desecho para llevarlas al montón de la basura. Pasó junto a tres hombres que arrastraban un tronco pesado que se les había atascado en un obstáculo. Lo vio por el rabillo del ojo y, sin que nadie le dijera nada, al pasar le dio al tronco un fuerte empujón con la pata trasera para que salvara el obstáculo. Y todo ello con el mejor espíritu de ayuda.

Después pasó junto a un depósito de agua y, como tenía sed, abrió el grifo con la trompa y bebió hasta hartarse, pero lo dejó abierto. Su dueño me dijo que tenía esa mala costumbre: siempre se le olvidaba cerrar el grifo.

Tuve otras pruebas del magnífico talento y la docilidad de los elefantes cuando me asignaron uno en el Terai para ir de caza. Su nombre en hindi sonaba algo así como *Dandelion*, así que la llamamos Dandelion. Era cómoda de montar, cosa que no ocurre con muchos elefantes, que tropiezan y te sacuden todos los huesos del cuerpo a cada paso.

Y cuando atraviesas la jungla de hierba, que tiene seis pies de altura (casi dos metros), y la elefanta parece ir rodando a través de ella con un silbido de hierba a su paso, te sientes exactamente como si fueras en un bote en el mar. La ilusión no se rompía ni siquiera cuando se paraba de golpe, porque nunca se detenía del todo: seguía balanceándose de un lado a otro con un vaivén adormecedor. Pero era tan rápida como un perro de muestra para olfatear la caza, ya fuera una perdiz o un tigre, y en cuanto daba con la pieza se quedaba firme como una roca.

De vez en cuando me avisaba de que había caza cuando yo, por mi cuenta, no había visto nada.

Una vez subíamos desde el fondo de un barranco profundo en la selva. Ella hacía todo el trabajo, arrastrando su mole por la pendiente, cuando de repente se quedó inmóvil. Había caza cerca.

Miré a mi alrededor y durante un instante o dos no vi nada. Entonces, recortado contra el cielo y muy cerca de nosotros, distinguí unas pulgadas del lomo peludo de un oso negro.

Un disparo rápido le dio en el espinazo; vino rodando, de cabeza y patas por alto, y pasó junto a Dandelion, pero ella no se movió ni una pulgada y lo dejó caer hasta el fondo del barranco.



Dandelion, mi inteligente elefanta, llevando a casa el oso negro

Claro que los elefantes no siempre se portan tan bien. Un elefante de transporte asignado a mi regimiento cruzaba un río cargado de tiendas de campaña cuando metió una pata en arenas movedizas. Al instante agarró

con la trompa, uno tras otro, a tres culíes *(N. del T.: peones en China o en la India)* que caminaban a su lado y los hundió bajo la pata para rellenar el hoyo y tener así un punto de apoyo.



Cargando con el peso de las tiendas

Fue una idea inteligente por su parte, pero no era algo que se hiciera en los mejores círculos elefantinos, y en consecuencia el pobre animal fue

condenado a llevar pesados grilletes en cada pata durante el resto de su vida.

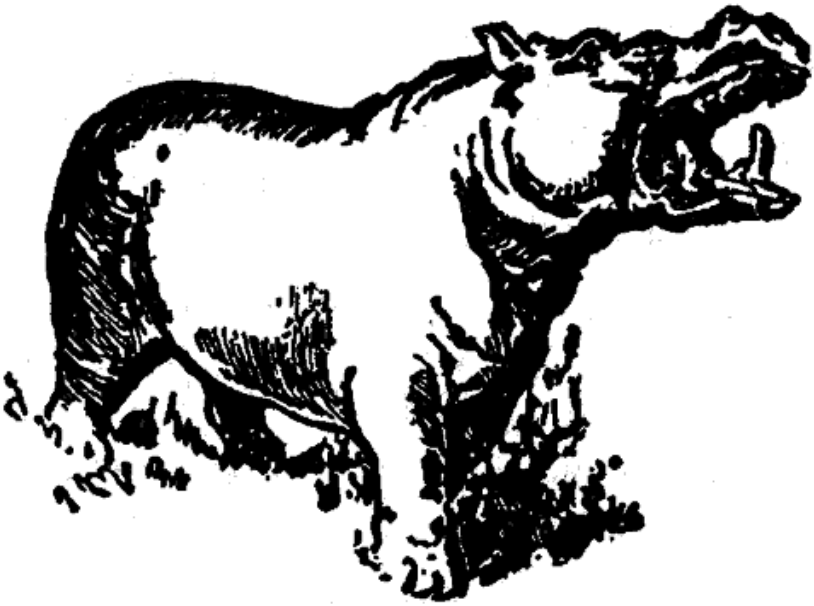
Una vez, cuando teníamos veinte elefantes en el campamento, uno de ellos le guardaba rencor a su *mahout (N. del T.: el cuidador y conductor de elefantes)*. Al verlo dormido durante el descanso del mediodía, levantó la pata para aplastarlo, pero no acertó de lleno y solo le rompió el muslo.

Se armó un gran alboroto. Los demás *mahouts* se llevaron al elefante culpable y lo ataron a un árbol. Luego formaron a los diecinueve restantes, les explicaron solemnemente la falta que había cometido el número veinte y les invitaron a darle una paliza. Y eso hicieron, tal como se les ordenó: cada elefante cogió un trozo de cadena de su carga, desfilaron en fila india por detrás del culpable y, al pasar, cada uno le azotó los cuartos traseros con la cadena con una furia tremenda.

Hipopótamos

No me importa confesar que tengo debilidad por los hipopótamos. Si tuviera que tener una mascota, creo que, aunque no sea precisamente el animal más apropiado para ello, me encantaría que fuera un hipopótamo.

Desde luego, no son lo que se dice hermosos, pero se salen de lo común en todos los sentidos. Id a estudiarlos al zoo. Yo puedo pasarme una hora entera mirándolos, ¡y sencillamente me encantan!



Desde luego, no es lo que se dice hermoso

Hablando del zoo, una vez se escapó un hipopótamo.

Era temprano por la mañana, antes de que los visitantes empezaran a pasear por los jardines. Los cuidadores no sabían cómo hacerlo volver a su jaula. Lo tentaron con pacas de paja jugosa, pero el animal se comió la paja y siguió adelante, hacia campo abierto.

¿Qué se podía hacer? Al señor Bartlett, el director, se le ocurrió una idea brillante. Recordó que Obash, que así se llamaba el animal, le tenía una manía especial a uno de los cuidadores, un tal Scott, y solía echar a correr tras él cada vez que lo veía.

Así que el señor Bartlett mandó llamar a Scott, le puso un cheque en la mano y le dijo:

—Ahora ve y déjate ver por Obash, y cuando venga a por ti, corre como una liebre hacia su jaula y escabúllete por encima de los barrotes del fondo.

Scott, que era muy deportista, no se lo pensó. Se acercó al hipopótamo y le gritó:

—¡Eh, tú, Obash! ¡Eres un bicho feo!

Obash levantó la vista de su comida, sorprendido, y al ver quién era soltó el bocado de paja que estaba masticando, dio media vuelta y salió tras Scott a una velocidad tremenda.

Scott no perdió el tiempo, y nadie se lo puede reprochar: corrió todo lo que pudo hacia la jaula, con el viejo Obash pisándole los talones.

Consiguió llegar a los barrotes del fondo y trepar hasta arriba justo a tiempo de escapar de la poderosa bestia, que quedó de nuevo encerrada en su jaula.



Scott no perdió el tiempo

Como no podía darme el gusto de tener un hipopótamo como mascota en una casa inglesa, tuve que conformarme con lo más parecido: su osamenta como recuerdo. Y así es como cacé al bribón.

Un amigo y yo estábamos acampados cerca de un lago donde había montones de hipopótamos. Los nativos de la zona estaban al borde de la

hambruna y querían carne. Pero los hipopótamos eran astutos: no asomaban del agua mientras estábamos cerca, así que era difícil acertarles.

Un día fuimos a acecharlos a una parte alejada de la orilla. Los hipopótamos pueden pasar mucho tiempo bajo el agua, pero de vez en cuando tienen que subir a respirar. Cuando lo hacen, tienen la precaución de sacar solo los orificios nasales: lanzan un pequeño chorro de agua y vuelven a sumergirse. Lo único que se ve de ellos son seis manchitas —los dos orificios de la nariz, los ojos y las orejas—, y solo durante tres segundos.

Pero siempre salen en el mismo sitio, así que la cuestión es tener el rifle preparado, apuntando a ese punto, y apretar el gatillo en cuanto asoman los ojos, antes de que la bestia vuelva a hundirse.

Mi amigo y yo hicimos una competición para ver quién mataba a un hipopótamo grande que hacía eso justo enfrente de donde estábamos. Yo me tumbé para apuntar con más firmeza. Fue esa costumbre de tumbarme la que inspiró a los nativos que me acompañaban el apodo de *M'hlalapanzi*, que significa «el hombre que se tumba para disparar» y, en un segundo sentido, «el hombre que prepara sus planes con cuidado antes de llevarlos a cabo».

Y ese apodo me acompañó siempre durante el tiempo que pasé entre los nativos y nuestros cazadores.



M'hlalapanzi

Apunté con cuidado al lugar por donde aparecería el ojo del bribón cuando saliera, mantuve el rifle fijo en ese punto mientras estaba bajo el agua y, cuando volvió a subir, estaba listo para él y disparé.

El monstruo se impulsó hasta sacar medio cuerpo del agua con un estornudo tremendo, luego se hundió entre la espuma y no lo volvimos a ver.

Apareció otro no muy lejos, y mi amigo le disparó y también lo hizo saltar.

Un hipopótamo muerto suele hundirse hasta el fondo, pero cuatro o cinco horas después, por los gases que se forman en su interior, sale flotando a la superficie.

Nuestros nativos esperaban con mucha expectación los cuerpos de los dos hipopótamos, y por la tarde llegó al campamento un mensajero muy excitado a decirnos que uno de ellos ya flotaba muerto.

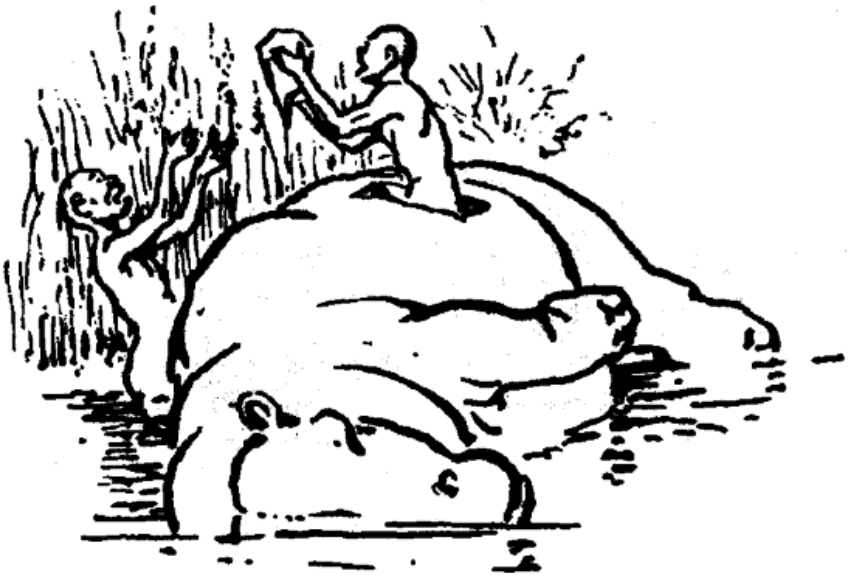
Corrimos a examinarlo, y allí estaba: un monstruo enorme y gordo, tumbado de costado y varado en la corriente.

No encontramos ninguna herida hasta que le levantamos el párpado: el ojo estaba destrozado. La bala había entrado justo por donde la había apuntado y había llegado hasta el cerebro.

Por supuesto, cada uno de nosotros reclamó el animal como suyo.

Yo había disparado con un rifle del Gobierno, mientras que mi amigo había usado un *express*. Cuando conseguimos recuperar la bala, llevaba en la base la flecha ancha, la marca oficial. Era una bala del Gobierno y, por tanto, el hipopótamo era mío.

Tendríais que haber visto lo que hicieron nuestros nativos con aquel hipopótamo. Primero le abrieron en el costado un agujero cuadrado lo bastante grande para que cupiera un hombre. Un hombre se metió dentro con su cuchillo y fue cortando en trozos todo el interior para hacerse sitio: hígado, corazón, etc., que pasaba a sus amigos.



Hipopótamo para almorzar

De todas las imágenes espantosas que uno pueda imaginar, aquel negro sonriente, literalmente cubierto de sangre de pies a cabeza, era todo un cuadro. Estábamos entonces en una región desierta, donde parecía haber pocos habitantes, o ninguno. Pero al caer la noche había cerca de cien nativos alrededor del cadáver. Para esta gente, un trozo de carne cruda da tanta alegría como un buen pudin a un chico en Navidad, sobre todo cuando están al borde de morir de hambre.

Aquella noche nuestro campamento fue escenario de un banquete tremendo y de mucha fiesta. Cada hombre encendió su propia hoguera y, tras repartir grandes raciones de carne entre los suyos, las colocaba alrededor del fuego. Luego se sentaban y, muy solemnes, se ponían manos a la obra hasta terminarse su ración entera.

La carne no tenía tiempo de cocinarse: se la comían cruda o medio templada.

Toda la noche, cada vez que nos despertábamos, oíamos a los hombres masticando.

Leones

Serían las cuatro de la mañana. Dormíamos tranquilos, las hogueras ardían bajas y hasta los más hambrientos de nuestros «muchachos» estaban adormilados. Uno de los perros me despertó con sus gruñidos continuos y su inquietud; luego el alboroto aumentó con el balido agudo de alarma de una cabra asustada en la oscuridad; y al momento llegó una acometida repentina, un crujido de algo que se rompía y un confuso ruido de pezuñas: cuatro bueyes huían de su cercado y se refugiaban en el bosque.

En un segundo estábamos todos despiertos y en pie. Salí a toda prisa de la tienda, con la lanza de cazar jabalíes en la mano, y encontré a los «muchachos» excitadísimos, con una sola palabra en la boca: *N'gonyama* (leones).

Por lo visto, una banda de leones vagabundos, atraída por el olor del hipopótamo asado, por nuestro ganado y por los ponis —y un poni es para un león lo que la sopa de tortuga para un concejal—, había irrumpido en estampida en el campamento, y el ganado había huido, perseguido por sus atacantes.

Todavía estábamos comentando la situación cuando un bramido agudo en el bosque, a poca distancia del campamento, nos contó la suerte que había corrido uno de nuestros pobres animales.

En cuanto se hizo de día, seguimos el rastro y pronto los alcanzamos. Allí estaba el viejo león desayunándose el buey muerto, mientras cuatro

leones jóvenes esperaban tumbados alrededor a que el viejo terminara para poder comer ellos.

Sin embargo, nuestra aparición en escena les estropeó los planes y todos huyeron lo más deprisa que pudieron. Nosotros seguimos las huellas del león grande en la arena.

Lo rastreamos durante muchas horas, intentando darle alcance, pero siempre se nos escabullía antes de que pudiéramos verlo, hasta que por fin, al cruzar un claro del bosque, lo vimos meterse en una espesa mata de arbustos espinosos, donde se escondió.

Llegamos lo antes posible y rodeamos la mata, listos para disparar por el lado que saliera. Pero no salió. Entonces nuestro rastreador jefe, un viejo guerrero zulú, propuso un plan para cazarlo.

La mata se parecía mucho a uno de esos grandes macizos de retama que se ven en cualquier terreno comunal: muy espesa y espinosa por arriba, pero con muchos túneles por debajo.

El plan era que yo entrara a gatas en un túnel con mi rifle y que el zulú me siguiera muy de cerca. En cuanto viera al león, yo debía dispararle y quedarme pegado al suelo, boca abajo. El zulú pondría su gran lanza por encima de los dos y, cuando el león cargara contra nosotros, se clavaría la azagaya en la panza.

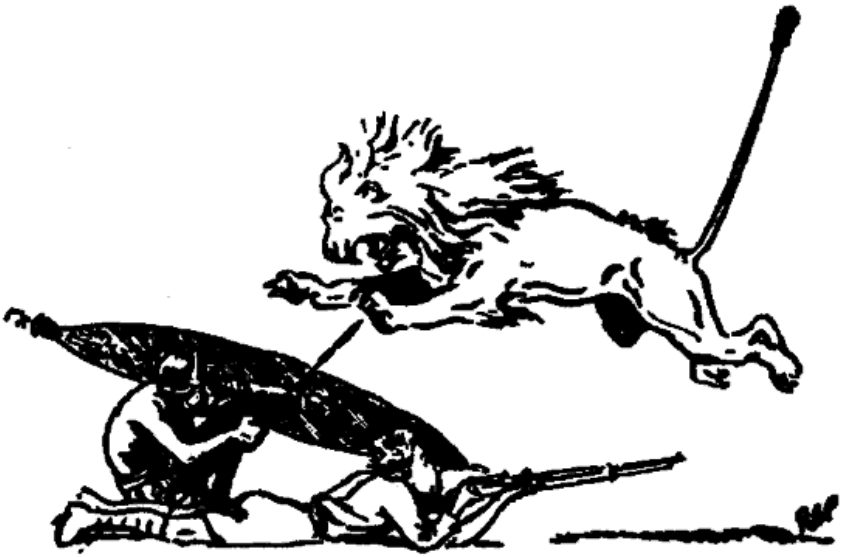
Me pareció un plan excelente, salvo en la parte que me tocaba a mí. No me gustaba nada la idea de aquel juego de arrastrarse; se me ponían los pelos de punta solo de pensarlo. Pero de pequeño me habían enseñado la ley de la manada: debía dejar a un lado mis propios sentimientos y deseos, y procurar siempre llevar a buen término lo que tocaba.

En aquel momento sentí una fuerte tentación de saltarme esa ley y hacer mi voluntad. Pero me alegra decir que me aferré a ella y me metí en el túnel. A medida que avanzábamos, se me ponían los pelos cada vez más de punta, hasta que, al doblar un recodo del túnel, vi delante de mí... la

luz del día al otro lado. Entonces me volvió el valor: el león no estaba allí. Salí a rastras al claro del otro lado sintiéndome todo un héroe.

El león se había escapado sin que lo viéramos.

Cuando lo ves de cerca, el león no es tan fiero como lo pintan. Aunque también me topé con uno que se puso muy desagradable al verme y, para no alargar la historia, yo sigo vivo y su cabeza y su piel adornan ahora mi cuarto.



Una manera sencilla de matar un león

Mascotas

Ya dije antes que amo a mis enemigos; lo recomiendo a menudo, aunque no lo practico mucho. En este caso, por enemigo me refiero al jabalí.

Tuve la gran suerte de capturar en la selva un jabato muy pequeño, que es como se llama a las crías del jabalí. Me lo llevé a casa y lo tuve mucho tiempo, y resultó ser un amiguito delicado e interesante. Vivía suelto en mi casa y conservaba todo su carácter salvaje: se escondía entre sus arbustos cada vez que llegaba un extraño.

Le enseñé a acudir cuando lo llamaba para comer, y hacía lo mismo con el basurero cuando este le ofrecía comida. Invariablemente embestía al basurero con sus colmillos afilados para indicarle que quería comer, aunque lo hacía porque deseaba su compañía.

En el jardín había un viejo tocón alrededor del cual Algernon (así se llamaba) no se cansaba nunca de correr. Lo usaba para practicar carreras en forma de ocho a su alrededor, y le daba un mordisco con sus pequeños colmillos cada vez que pasaba, alternando derecha e izquierda. Así se entrenaba para combatir cuando llegara la ocasión.

Yo tenía una vieja yegua inglesa que dejaba suelta por donde vivía. Como había sido una fiel cazadora de jabalíes, solía perseguir a Algernon cada vez que lo veía, y el pequeño bribón disfrutaba de lo lindo dejándose perseguir hasta que ella se daba por vencida, con las orejas echadas hacia atrás, deseando pisotearlo o cocearlo si conseguía acercarse lo suficiente.

Por desgracia, un día unos perros que rondaban por allí vieron la persecución y se unieron a ella. Pronto alcanzaron al pobre Algernon y lo mordieron y destrozaron tan gravemente que hubo que sacrificarlo. Se le dio muerte con la lanza, como correspondía a su rango.

La única otra mascota salvaje que tuve fue una pequeña pantera llamada Squirks. Me hablaron de una pantera en cierto lugar del Kadir y salí a buscarla montado en un elefante.

Avanzando por la selva de hierba, vi lo que me pareció la garra de una pantera asomando detrás de una mata de hierba. Así que disparé adonde calculé que debía de estar el cuerpo del animal.



Disparando a la garra de la pantera

El disparo hizo que la garra se moviera y, al moverse, vi que se trataba de una pantera completa pero en tamaño muy pequeño. Así que me bajé, la recogí y me la llevé al campamento.



Squirks de pequeña

Aquella noche dormí al raso sobre un catre nativo, con mi perrito y mi nueva adquisición a mi lado. Durante la noche la pantera empezó a maullar en su idioma de pantera, pero pronto volvió a tumbarse callada junto a mi perrito, con el que ya había hecho amistad.



Squirks conoce a mi perro

A la mañana siguiente encontramos las huellas de una pantera que había dado vueltas alrededor de mi cama, sin duda por los maullidos. Seguramente era su madre, pero no había reunido el valor suficiente para saltar a rescatarla.

Así que Squirks vivió conmigo cerca de un año. Era la compañera más alegre y juguetona, mansa como un perro, aunque ni mucho menos tan de fiar.

Cuando me marché de la India, mucha gente se ofreció a quedarse con Squirks. Yo les hacía probar veinticuatro horas con ella, pero en todos los casos me la devolvieron con amables disculpas. Era demasiado fuerte y demasiado juguetona, así que al final se la entregué a Jamrach.



Era muy fuerte y traviesa

Por supuesto, he tenido innumerables perros y caballos, no siempre hermosos, pero ninguno menos querido. Supongo que habrá habido algún poni más feo que Hércules, pero fue mi primera posesión equina. Se lo compré por muy poco dinero a un cortador de hierba hindú que lo usaba para llevar forraje al mercado.

Con cuidados y buena comida se convirtió en un animal muy útil, un gran saltador en las carreras de caza y un poni de polo muy práctico y sensato.

Desde «Boswell's Life of Johnson», un perrito que murió de indigestión cuando yo era muy pequeño, hasta Shawgm, el de hoy en día, casi nunca he estado sin un perro, o dos, o tres.

Shawgm, un precioso labrador de pelo brillante y grandes ojos marrones y solemnes, me lo regalaron con ocasión de una concentración scout de cinco condados: Shropshire, Herefordshire, Worcestershire, Gloucestershire y Monmouth. Por eso su nombre se formó con las iniciales de los condados.

Ese perro tiene una inteligencia y una capacidad de comprensión perfectamente humanas.

Hace poco leí que la diferencia entre el hombre y los animales es que el hombre tiene sentido del humor y los animales no.

El autor de ese comentario nunca tuvo un perro.

Acechar

El acecho, en el que uno mide su astucia con la de la presa, me fascina enormemente, aunque solo sea arrastrarse hacia un pájaro o un conejo y quedarse quieto como un tronco para que no te descubran mientras observas de cerca cada uno de sus movimientos.

Más emocionante, claro está, es acechar caza salvaje en otros países, como la cabra montés en el Himalaya o el ciervo en Escocia, o mejor aún, esas bestias que tienen la capacidad de atacarte.

Cuando hablo de acechar al ciervo, no me refiero a lo que normalmente se entiende por eso en Escocia, es decir, arrastrarse siguiendo a un guía hasta que te señala la pieza y te pasa el rifle.

Para mí, el momento del rifle es el momento en que se acaba el placer del acecho. Es verdad que tienes la emoción de ver si el disparo acierta o falla, y por tanto si mata o solo hiere.

En cualquier caso, aunque se supone que debería estar acostumbrado, a mí el disparo siempre me deja remordimientos. Odio ver cómo el hermoso ojo de una gacela me pregunta con dulzura: «¿Qué daño te he hecho para que me dispares?», y luego se queda inmóvil en la muerte.

En todos los años que han pasado desde entonces, nunca he conseguido sobreponerme del todo al remordimiento que sentí cuando, siendo muy pequeño, maté mi primer pájaro.

Pero, como ya he dicho, soy muy incoherente: hay una satisfacción tremenda en derribar limpiamente un faisán que vuela alto y rápido, o un urogallo que viene directo hacia ti, igual que la hay en abatir un gamo a la carrera o un animal peligroso.

En cambio, matar a un elefante grande y venerable me parecería una impertinencia tan grande como volar un trozo de la Torre de Londres. Pero acecharlo con una cámara sería harina de otro costal: el mejor deporte posible.

Acecho del ciervo escocés

De esto he hecho muy poco, así que apenas estoy capacitado para hablar, pero lo bastante para saber que no me entusiasma. He acechado muchas clases de ciervos y de caza mayor en otras regiones, pero cuando se trata de que un guía te lleve por los páramos de Escocia, pierdo el interés. Para mí, toda la gracia del acecho está en avistar al ciervo y en planear y llevar a cabo la aproximación por tus propios medios. Si consigues ponerte a tiro, eso es todo lo que hace falta (sobre todo si es a tiro de una cámara de teleobjetivo). Por lo que a mí respecta, que lo mate quien quiera.

Odio que otro me lleve el rifle, y encima metido en la funda. En mi primera salida al monte, donde se hacía así, planteé lo siguiente:

—Supongamos que de pronto nos encontramos con una pieza.

—¡Ah, eso no va a pasar!

Y en la siguiente revuelta del camino pasó exactamente eso. ¡Qué lío sacar el rifle de la funda, cargarlo y pasármelo! Para entonces, el ciervo ya se había perdido de vista, valle abajo. Cuando por fin, acechando, nos pusimos a tiro de otro ciervo, este nos olió con el viento y se marchó al trote rodeando un montón de troncos. Rifle en mano, atajé para cortarle el paso, ¡mientras el guía se quedaba atrás protestando que esa no era la manera! Por lo visto, estaba infringiendo alguna regla de etiqueta del acecho.

Pero el ciervo ya venía cruzando por delante de mí, a unas 160 yardas (unos 145 metros) y al trote, y con mi endiablada buena suerte le acerté de lleno en el cuello y lo hice rodar, muerto.

El guía se deshizo en halagos, pero todo el rato tuve la impresión de que con ellos disimulaba cierto disgusto por mi comportamiento. Más tarde tuvo motivos para disgustarse de verdad.

Subía yo por el monte con una conocida aficionada al acecho. Ella insistió en llevar el rifle cargado por si había alguna sorpresa. De repente apareció un ciervo delante de nosotros y ella le hizo un disparo rápido mientras se alejaba a toda velocidad y se metía en la espesura. No pudimos ver nada más de él, pero un perro que nos acompañaba salió en su persecución y enseguida se puso a ladrar como si hubiera encontrado el rastro. Corrimos tras él, pero yo no estaba conforme y, de todos modos, iba buscando señales en el suelo.

Casi enseguida las encontré: una o dos manchas de sangre, luego una huella de pezuña y más, que me fueron guiando por la espesura en dirección contraria a la de la persecución. Solo tuve que recorrer unas cincuenta o cien yardas para encontrar al ciervo, ya muerto. El perro corría desorientado.

Acechando con una cámara

La caza mayor con cámara está ocupando el lugar de la caza con rifle como deporte reconocido. Igual que los cazadores solían comparar sus rifles, ahora comparan sus cámaras con no menos interés. Esto exige un acecho más astuto y más audacia y destreza que antes.

Los trofeos, sobre todo si se consiguen con una cámara de cine, son un recuerdo mucho más emocionante, para ti y para tus amigos, que unos cuernos muertos y una piel.

Esto tiende a convertir la caza mayor en cosa de naturalistas más que de carniceros, y deja intacta la fauna para que nuestros hijos puedan cazarla a su vez con la misma fascinación y aprender así las valiosísimas lecciones que se aprenden en la escuela de la jungla.

Montañismo

Hay otro deporte más que me habría gustado incluir en mi vida: escalar montañas.

He recorrido con total libertad, de arriba abajo, las cumbres menores del Himalaya, de los Andes y de las Montañas Rocosas, pero, aunque contemplé fijamente y con respetuosa admiración sus nieves prodigiosas, nunca subí a esas alturas sublimes.

Para mí hay algo sagrado en su calma apartada, lejos del mundo de abajo, y me parecería una presunción que un hombre tan pequeño dejara allí las huellas de sus pies.

El montañismo me atrae no solo como deporte, igual que acechar un gamo, ni por el simple gusto de escalar, sino porque tiene algo de espiritual y de elevación: es bueno para el alma y ejercita el cuerpo.

Hace poco leí en alguna parte:

«En las montañas uno se convierte en una especie de yogui: allí solo puedes caminar, dormir y pensar.

»No sé por qué decimos que la gente que vive por encima de los mil cuatrocientos pies es budista. Las montañas casi te convencen de ello. En el silencio de la noche oyes sus voces y te sientes movido a acariciar todo lo que te rodea. Entonces, cuando el desánimo de las preocupaciones inmediatas se desvanece, el espíritu se expande y se te abren círculos más amplios de conciencia.

»En las ciudades templadas, donde los hombres se amontonan, uno necesita algo que lo aísle, un salvador personal, una linterna en una mano segura y amable que te reconforte con su voz desde la oscuridad.

»Pero aquí no te esfuerzas, bien lo sabes: te desvaneces. Hay en la naturaleza un propósito místico con el que estás comprometido en soledad, no como individuo.

»Puedes soñar por tu cuenta, pero eres uno con todas las semillas de la hierba y las piedrecitas redondas, sin privilegios».

La escuela de la jungla

Estas lecciones de la vida en plena naturaleza son indispensables para los scouts, ya sea para la exploración pacífica y el gusto por ella, ya para la exploración militar.

Las cualidades de observación y deducción, resistencia, valor, paciencia, ingenio, confianza en uno mismo, vigor y juicio no se pueden desarrollar con ninguna otra formación.

Pero, además, se adquiere una idea más amplia de la fraternidad entre los hombres, cuando las privaciones y los peligros se comparten con confianza con los menos civilizados, los nativos.

Y al vivir en contacto continuo con la naturaleza se desarrolla una apreciación más plena y más alta de su orden y de su Creador.

4. Espionaje y exploración



Llego ahora a la tarea más interesante de las que corresponden a los oficiales del ejército, la que constituye el hilo conductor de mi actividad tanto en mi primera vida como en la segunda, es decir, el Escultismo.

Relacionado con la exploración *(N. del T.: uso «exploración» para traducir lo que Baden-Powell llama* scouting*, la misma palabra que emplea para lo que entendemos por Escultismo)** está el espionaje.

El espionaje consiste en obtener en secreto información militar en tiempos de paz, como preparación para lo que pueda ocurrir. Los espías son como los fantasmas: la gente tiene una idea general de cómo deberían ser, pero en el fondo no cree en ellos porque nunca los ha visto.

Pero los espías existen de verdad, y en gran número, no solo en Inglaterra, sino en todos los países de Europa. Un espía no es necesariamente el individuo villano y despreciable que sugiere la palabra; al contrario, siempre es inteligente y valiente.

El espía alemán Karl Lody, cuando fue capturado y juzgado por un consejo de guerra durante la Guerra *(N. del T.: el libro se escribió en 1933; se refiere a la Primera Guerra Mundial, 1914-1918)*, declaró que «no pedía clemencia; que no se avergonzaba de nada de lo que había hecho; que

había empeñado su palabra de honor de no revelar los nombres de quienes lo habían empleado en su misión; que no le habían pagado por hacerlo, sino que lo había hecho por el bien de su país, y que sabía que arriesgaba la vida».

Lo fusilaron por espía, y hasta en nuestra Cámara de los Comunes *(N. del T.: la cámara baja del Parlamento británico)* se habló de él como de «un patriota que murió por su patria tanto como cualquier soldado caído en el campo de batalla».

La exploración, en cambio, consiste en conseguir información en el curso de las operaciones militares, en campaña.

Mi inicio en la exploración

Hacía poco que me había incorporado a mi regimiento, después de dejar el colegio, cuando nos ordenaron ir a Afganistán. Estando acampados, se desató una tormenta repentina de viento y lluvia que se llevó por delante la mitad de nuestras tiendas. Un toldo salió volando por los aires y cayó entre los caballos, que estaban atados en fila. Los animales, como es natural, se aterrorizaron, rompieron las ataduras y salieron en estampida en todas direcciones.

Al día siguiente, en cuanto hubo luz, el regimiento se dedicó a recogerlos por todas partes, hasta que solo faltó uno: el mejor caballo del regimiento, el A44, que montaba el sargento mayor.

Hubo un revuelo enorme por este motivo, sobre todo porque el coronel estaba muy disgustado por la pérdida.

Así que salí por mi cuenta tras las huellas del caballo. Las seguí varias millas desde el campamento hasta que empezaron a subir hacia las montañas. Al levantar la vista de las huellas, vi al fugitivo arriba, recortado cont-

ra el cielo en la cumbre de una pequeña montaña. Dejé mi caballo al pie, escalé la ladera escarpada y conseguí traer de vuelta, sano y salvo, al A44.

Este pequeño episodio fue, por sus consecuencias posteriores, un gran paso adelante para mí.

Cuando estábamos destinados en Beluchistán, cerca de Quetta, el general, durante unas maniobras, estableció una línea de avanzadas y retó a la caballería a averiguar lo que pasaba detrás de ella.

Me tocó guardia en plena noche, una noche oscura y fría.

Entre otras cosas, tenía el encargo de localizar las avanzadas del enemigo y, si era posible, atravesar su línea e informar de todo lo que encontrara.

Así que, una vez más, puse en práctica el arrastrarme con paciencia, como había practicado en el bosquecillo del colegio. Paso a paso, despacio, me colé a través de la línea de avanzadas y descubrí dónde estaban las provisiones y las reservas. Una vez conseguida la información, marqué el lugar lo más rápido que pude clavando una estaca con uno de mis guantes en la punta, y me arrastré de vuelta hacia mis propias fuerzas.

Al día siguiente, al terminar las operaciones, los oficiales teníamos que contarle al general lo que habíamos hecho cada uno.

Expliqué dónde había estado, y el oficial al mando de las avanzadas dijo que yo era un Ananías *(N. del T.: personaje del Nuevo Testamento que es símbolo de la mentira)*, o algo por el estilo, porque era imposible llegar al lugar donde yo decía haber estado.

Entonces les hablé de mi guante, que encontraron en el sitio que yo había indicado.

De la India, mi regimiento fue trasladado a Sudáfrica, donde se organizó una expedición al mando de sir Charles Warren contra unos aventureros bóeres que pretendían anexionarse una parte del territorio situado al norte de la Colonia del Cabo, en Bechuanalandia.

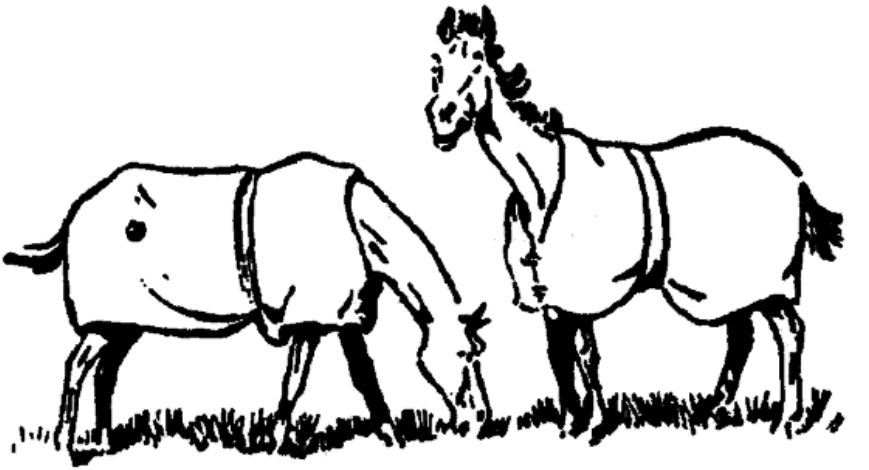
Nos enviaron a toda prisa desde Bombay sin nuestros caballos, y al llegar a Natal nos proporcionaron unas monturas completamente cerriles y salvajes. Allí, otra vez, tuvimos una noche una estampida: un grupo de animales excitados se escapó y no apareció en un par de días.

El coronel me buscó y me dijo que hiciera lo de siempre y encontrara esos caballos.

Así que, aprovechando mi experiencia anterior, aunque no había nieve ni barro donde quedaran huellas —el terreno era de pastos y montañoso—, me dediqué a subir a las colinas y a buscarlos por las cumbres.

Lo único vivo que encontré, después de un día entero de búsqueda, fue un rebaño de ganado arriba, en las montañas.

Lo observé con el catalejo y me fijé en que uno de aquellos animales era de un color amarillo muy peculiar. Luego vi otro amarillo, y enseguida me di cuenta de que eran caballos que se habían unido al rebaño y que llevaban puestas sus mantas amarillas.



Unas bestias de aspecto peculiar

Así que, muy contento, subí, capturé a los dos que había visto y los llevé de vuelta al campamento.

Otra palmadita en la espalda del coronel.

Tenía la suerte de tener muy buena vista, lo que me permitía distinguir cosas a lo lejos cuando muchos otros necesitaban catalejo. Mi coronel también tenía una vista excelente y le gustaba ver cosas que los demás no habían visto. Un día, durante unas prácticas de tiro, el coronel me preguntó de pronto con su vozarrón:

—¿Qué está haciendo aquel hombre de allí?

Sabía que se pondría furioso si le preguntaba qué hombre y dónde, así que eché un vistazo rápido alrededor para ver a qué se refería y, con mucha suerte, distinguí la cabeza de un hombre que se movía justo detrás de la cresta de una colina cercana.

Al ver la dirección que llevaba, hacia una gran granja donde sabía que los sargentos compraban verduras para su comedor, me arriesgué a decir:

—Es el sargento Russell, señor, el encargado del comedor de sargentos, que va a comprar verduras.

—¡Tonterías! —rugió, y mandó a su ordenanza al galope para alcanzar a aquel hombre lejano y averiguar quién era.

El ordenanza volvió con la respuesta:

—El sargento Russell, señor, que va a comprar verduras.

El coronel se marchó sin decir palabra, pero poco después me eligió para una importante misión de exploración, una de las más interesantes que he tenido.

Mi primera expedición de espionaje

Perdonadme que cuente estas historietas tontas bajo un encabezado tan importante como «espionaje», pero está bien ver cómo de pequeños

ienzos pueden salir grandes cosas.

Poco después de aquella recuperación de caballos extraviados, el coronel me mandó llamar una mañana y me soltó una bomba: iba a formar una columna de tropas montadas y artillería, lista para avanzar a través del país hacia territorio bóer por si la expedición de sir Charles Warren encontraba resistencia en Bechuanalandia.

Como paso previo, quería información precisa sobre los posibles pasos por los que se podía cruzar la cordillera del Drakensberg, que formaba la frontera entre Natal y las provincias bóeres del Estado Libre de Orange y el Transvaal. Y yo TENÍA QUE IR A CONSEGUIR ESA INFORMACIÓN.

Tenía que hacerse en el más absoluto secreto.

Había dos pasos muy conocidos por los que los caminos llegaban al Transvaal y al Estado Libre de Orange, respectivamente. Como es natural, estos estaban en manos de nuestros adversarios.

Antiguamente había habido otros pasos a través de las montañas, pero nuestros ingenieros los habían volado y destruido a propósito para impedir que los nativos de Basutolandia avanzaran hacia Natal.

Yo tenía que averiguar si alguno de ellos podía ponerse en uso rápidamente en caso de emergencia.

La expedición me llevó un mes y supuso un viaje de seiscientas millas (casi mil kilómetros). Montaba un caballo y llevaba otro del ramal, cargado con mis mantas y mis provisiones. Me creció una barba rala y debía de tener pinta de rufián feo. En cualquier caso, el disfraz era sin duda eficaz, porque un día me crucé con el comandante de mi regimiento en un pueblo por el que pasaba y que él visitaba porque estaba de permiso. Era un viejo cascarrabias.



Montaba un caballo y llevaba otro del ramal

Olvidándome por completo de mi aspecto, lo saludé con el habitual:

—Buenos días, mi comandante.

Se volvió, me miró un momento y, al parecer tomándome por un vagabundo sin un céntimo, gruñó con ferocidad:

—¡Lárgate!

Y siguió su camino, y yo el mío, con la satisfacción de saber que nadie podía tomarme por un oficial británico.

Normalmente me alojaba en las granjas que encontraba al caer la noche. La excusa para vagar con aquella facha era que trabajaba como reportero de un periódico y buscaba información para recomendar aquellos lug-

ares a los inmigrantes. Así llegué a conocer a muchos granjeros, tanto bóeres como británicos, y sus distintas opiniones sobre el futuro del país.

Me di cuenta de que el mapa que llevaba para orientarme tenía bastantes errores, así que me propuse añadirle algo de lo que iba descubriendo y hacer algunas correcciones que pudieran ser útiles desde el punto de vista militar.

Al menos una de ellas, en todo caso, no la tuvieron en cuenta las autoridades a las que la envié más tarde. Cuando llegó la guerra bóer y Redvers Buller libró la batalla de Colenso, creyó que había una montaña lejos del río Tugela, como indicaba un mapa antiguo, pero yo había comprobado que estaba cerca. Por lo visto, aquel error no se había corregido en el mapa oficial a raíz de lo que yo había descubierto.

También decía expresamente en mi informe que, si nuestra columna procedente de Natal tenía que replegarse en su avance hacia el norte, debía retirarse al sur del Tugela y no quedarse de ningún modo en Ladysmith.

Si se hubiera tenido esto en cuenta en la guerra bóer, creo que la división de sir George White no habría sufrido el asedio de los bóeres durante más de cuatro meses.

Se decía a menudo que los zulúes podían hacer marchas más largas que el soldado británico corriente. Desde luego, a este le perjudican la ropa pesada y el equipo, pero yo dudaba que, aun sin ellos y sin práctica, pudiera ganar a un zulú en una marcha.

Un día del viaje salí de Greytown a la vez que un joven zulú con su novia. Fui al galope hasta el sitio habitual de descanso y allí me detuve una hora o así, di de comer a los caballos y comí yo también. Al poco rato, la pareja de zulúes pasó al trote y se me adelantó. Más tarde volví a pasarlos y seguí adelante, y otra vez, cuando me detuve, ellos me adelantaron.

Así estuvimos todo el día, y cuando llegué a mi destino, a cuarenta millas del punto de partida, allí estaban ellos, muy contentos y seguramente dispuestos a hacer lo mismo al día siguiente.

A lo largo del viaje conocí a personajes muy interesantes entre los colonos y entre la policía, muchos de ellos de familias muy conocidas.

Un comerciante en cuya casa pasé una noche me señaló un incendio lejano de hierba en la sabana y me dijo que le recordaba las luces de Ryde, en la isla de Wight. Resultó ser un gran aficionado a la vela: cada dos años, más o menos, iba a Inglaterra con el dinero que ganaba en su tienda, y su único descanso era alquilar un yate durante la temporada y disfrutar navegando por el Solent.

Se había casado con una mujer nativa muy capaz, que le llevaba la casa y se ocupaba de la tienda cuando él se iba a Cowes.

Resultó que yo había llegado en un mal día, porque había un funeral en la familia. Me contó que su hijo pequeño había muerto la noche anterior y que lo había enterrado ese mismo día. Como no tenía un ataúd en condiciones, lo había enterrado en una caja de vino de la marca Heidsieck Dry Monopole, cosa que le parecía especialmente apropiada, ya que el niño se llamaba Baco.

Espía en países extranjeros

Mi primer ensayo como espía me resultó tan interesante que repetí la experiencia en cuanto tuve ocasión.

Este deseo crece en uno con tanta fuerza como el de beber en algunas personas, así que, cuando estuve destinado en Inglaterra, aproveché para viajar al extranjero y aprender todo lo posible de sus ejércitos y de su forma de actuar.

Asistí a maniobras siempre que pude, como un turista corriente que recorría el país, hasta que por fin me encargaron oficialmente este trabajo.

Así fue como visité los Dardanelos en un vapor que transportaba grano desde Odesa: un barco comodísimo, con un capitán escocés muy agradable y su encantadora esposa, ya mayor, que era una cocinera excelente y una anfitriona maternal.

El capitán, que estaba al tanto de mi propósito, cuando llegábamos a un fuerte que me interesaba especialmente, echaba el ancla y bajaba un bote para que yo pudiera «pescar».

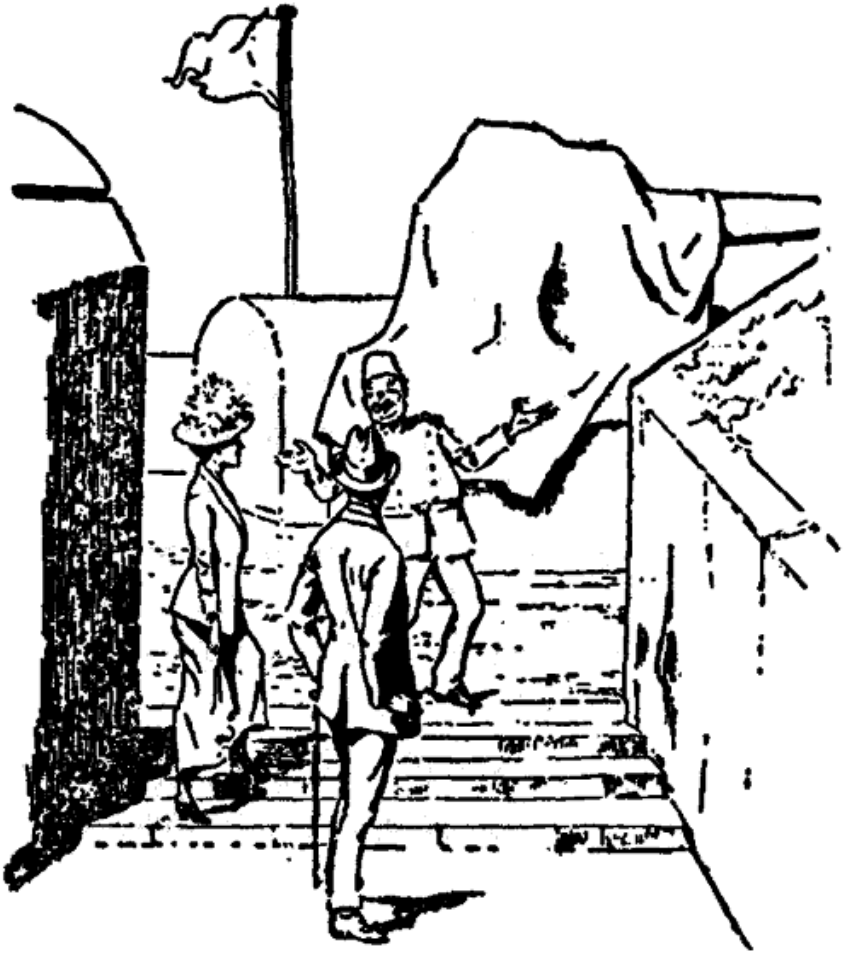
Muchas veces se le acercaban botes de patrulla de los fuertes para pedirle que saliera de aquellas aguas. Él les hacía notar el ruidoso martilleo que salía del vientre del barco y les explicaba que se le había averiado la máquina y que, en cuanto la reparasen, seguiría encantado su camino; mientras tanto, ¿podrían aconsejar a su sobrino, allí en el bote, sobre cuál era el mejor cebo para pescar? Su «sobrino» estaba ocupado, efectivamente, pescando en otro sentido: tomando los ángulos de las distintas piezas de artillería y de los frentes del fuerte. *(N. del T.: Baden-Powell juega con la palabra* angling*, «pescar con caña», que recuerda a* angle*, «ángulo».)*

Se decía que algunos de aquellos fuertes estaban armados con un tipo de cañón totalmente nuevo, que despertaba muchas preguntas. Pude llegar al fondo del asunto gracias a una amiga mía, una señora que vivía en Constantinopla y tenía amistad con un comandante turco, uno de los principales responsables de las obras de defensa.

Ella lo convenció de que la invitara a tomar el té en su cuartel y de que me dejara acompañarla.

Paseando después del té, me fijé en uno de aquellos misteriosos cañones, completamente tapado con lonas. Él, riéndose, levantó una esquina de la funda y me explicó:

—Son cañones viejos que llevan aquí muchos años, pero, en vista de ciertos movimientos de una potencia vecina, nos pareció prudente hacerles creer que nos estábamos rearmando con algo muy nuevo y temible.



Los mismos cañones viejos

Como he contado en mi libro *Aventuras de un espía* (*Adventures of a Spy*), en otra ocasión me hice pasar por pintor mientras reunía información sobre la calidad de las tropas de montaña en una frontera complicada.

Me encontré con uno de esos soldados, que en la conversación me contó que su unidad, formada por infantería y artillería, estaba arriba, en la nieve, haciendo maniobras contra una fuerza similar que operaba desde otro valle. Me indicó aproximadamente dónde acampaba su unidad: cerca de un pico alto llamado «el Diente del Lobo».

Me dijo que las maniobras se hacían con gran secreto y que el sendero que iba en esa dirección estaba vigilado por la policía militar.

Aquella noche, cuando oscureció, salí discretamente de mi alojamiento y, abriéndome paso por un cauce seco, subí lejos de los caminos de mulas, guiándome solo por la silueta del Diente del Lobo recortada contra las estrellas.

Fue una subida difícil y dura que me llevó prácticamente toda la noche, pero llegué al amanecer, y desde la cumbre contemplé uno de los paisajes más asombrosos de mi vida: la salida del sol sobre las montañas que tenía delante.

Allí, para justificar mi presencia como alguien que viajaba para pintar, hice rápidamente una acuarela de la escena, y de pronto me vi rodeado por una invasión de los oficiales que dirigían las maniobras.

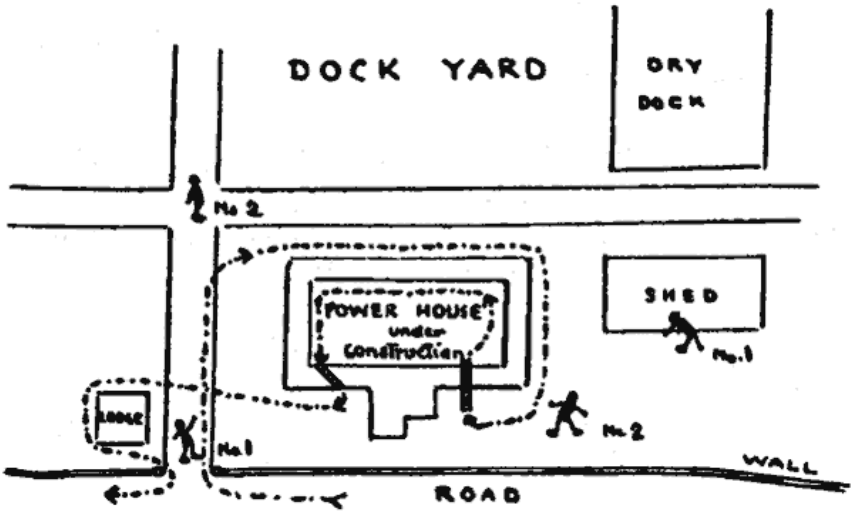
Al ver en mí a un pintor inofensivo, se mostraron muy amables: me enseñaron sus mapas y me explicaron sus procedimientos, y pasé todo el día maravillado por la ingeniosa manera en que resolvían la dificultad de subir una montaña con su artillería y sus mulas, y de llegar a los glaciares con sus hombres encordados.

Fue el dibujo lo que me salvó de algo peor que despertar sospechas.

Viví una experiencia emocionante esquivando a unos gendarmes en un astillero nuevo donde no se me había perdido nada.

También esto lo he contado, con el plano de la persecución, en mis *Aventuras de un espía*.

Me colé por la puerta del astillero a la vez que entraba una camioneta, que me tapaba de la vista del gendarme número 1; pero cuando la camioneta giró más adelante a la derecha, cerca del número 2, el número 1 me vio y me llamó.



Plano del astillero

No le hice caso y seguí andando hasta quedar detrás de la central eléctrica, que entonces estaba en construcción. Una vez fuera de su vista, eché a correr, rodeé el edificio por el otro extremo y alcancé una escalera de mano que subía al andamio.

Iba por la mitad cuando uno de los policías apareció por la esquina. Me quedé inmóvil, sin mover un músculo. Estaba a unos quince pies

(unos cuatro metros y medio) del suelo y a no menos de veinte yardas de él. Como había aprendido en Charterhouse con los profesores, a menos que se les ocurra, los hombres rara vez miran hacia arriba, y yo esperaba conteniendo el aliento que aquel tipo siguiera la costumbre.

Se detuvo, indeciso, con las piernas abiertas, agachándose y mirando a un lado y a otro en todas direcciones para ver por dónde me había ido, muy nervioso e inquieto.

Yo estaba igual de nervioso, pero sin moverme.

De pronto se acercó todavía más a mi escalera y, curiosamente, me sentí más seguro cuando se colocó debajo de mí y pasó casi justo por debajo, mirando hacia las puertas del edificio sin terminar.

Luego se volvió dudando y miró hacia atrás, pensando quizá que me había ido por allí, y por fin echó a correr y dobló la siguiente esquina del edificio.

En cuanto desapareció, terminé de subir la escalera y llegué a salvo a la plataforma del andamio. Busqué enseguida otra escalera como vía de escape, porque siempre conviene tener una salida de emergencia cuando uno está explorando.

Encontré una escalera corta, pero solo llegaba desde mi plataforma hasta el piso de abajo, no hasta el suelo. Asomándome con sigilo por el andamio, vi a mi amigo el policía justo debajo, todavía sin ninguna pista, así que me senté a observar lo que me rodeaba y a reunir toda la información que pudiera desde aquel puesto de observación tan especialmente bueno.

Me di cuenta de que estaba en la nueva central eléctrica, desde donde tenía una vista excelente del astillero, y a unos cien pies de mí estaba la excavación del nuevo muelle, cuyas dimensiones podía calcular fácilmente.

Con mi brújula prismática tomé las marcaciones de los puntos más visibles de las colinas cercanas y así fijé la posición de la central eléctrica,

para que se pudiera situar en un mapa a gran escala con el fin de bombardearla si llegaba a ser necesario.

Por una rendija entre dos tablones observé a mi perseguidor, que se había reunido con su compañero. Estaban registrando los alrededores: uno entraba en el edificio mientras el otro esperaba para atraparme si salía, y por casualidad se quedaba cerca del pie de mi escalera.

Mientras estaban en esto, se habían alejado de la puerta principal del recinto, y supe que era el momento de salir, si es que podía.

Así que avancé sin hacer ruido por el andamio hasta llegar a la escalera corta, bajé al piso inferior y luego me deslicé rápidamente por la cuerda de una de las poleas del andamio. Aterricé en el suelo justo fuera de la vista del policía que vigilaba la escalera y, manteniendo la esquina del edificio entre los dos, salí por la puerta sin que nadie me viera.

En una ocasión, por un descuido debido al exceso de confianza, me atraparon. Fue al principio de mi carrera, en Rusia.

Llevaba una semana observando unas maniobras nocturnas en las que se hacían experimentos interesantes con reflectores, y ya conocía bien los aparatos y su funcionamiento, porque me acercaba al fuerte desde el que se manejaban.

Era la última noche de las maniobras, y el propio zar iba a asistir.

Ya había reunido toda la información que quería, pero como se anunciaba un despliegue extraordinario, fui a ver si sacaba algo más.

Mi hermano trabajaba conmigo en aquella ocasión. Quedamos en que él iría con las tropas que atacaban el fuerte, mientras yo observaba la defensa. Para empezar, el sitio que había elegido para aquella ocasión especial se llenó de miembros del Estado Mayor y de policías, y pensé que lo más prudente era despejar el lugar, y así lo hice.

Cuando me retiraba por el camino, en la oscuridad, vi que se acercaban de frente varios carruajes del séquito del zar. Al pasar el primero por

delante de mí, hice una estupidez: bajé la cabeza para que no me reconocieran.

Eso me hizo sospechoso a ojos de los ocupantes del carruaje, que eran oficiales del Estado Mayor.

Pararon el carruaje, me agarraron enseguida, me metieron dentro a empujones y siguieron adelante sin decir nada, para que no pudiera ver el resto.

Después me interrogaron sobre quién era y qué hacía allí, y al final, al llegar al fuerte, me entregaron a unos oficiales de la guarnición.

Les dije la verdad: que era inglés, que había estado viendo las maniobras como espectador y que me había perdido de camino a la estación, y que les agradecería que me indicaran cómo llegar. Lo hicieron, desde luego: me pusieron a cargo de un oficial, que me entregó a la policía, y la policía me envió a la capital.

Al llegar allí me pusieron bajo arresto; es decir, me dejaron alojarme en un hotel, pero no podía salir de la ciudad. En el hotel me ofreció su amistad un oficial alemán que trabajaba de camarero por motivos propios, y tuvo la cortesía de señalarme cuál de los clientes habituales era el detective encargado de vigilarme.

Luego me llegó un aviso: lo mejor que podía hacer era marcharme sin perder un momento, porque los cargos contra mí podían costarme cinco años de cárcel sin juicio. Eso sí, ya se había acordado con el capitán de un barco inglés que zarpaba de un puerto cercano que nos llevaría a mi hermano y a mí como miembros de la tripulación.

Burlé la vigilancia del detective y nos pusimos en camino dando rodeos para despistar a cualquiera que nos siguiera. Conseguimos llegar a bordo, y cuando revisaron los pasaportes pasamos la inspección sin problemas, porque figurábamos como parte de la tripulación.

No tengo nada más que contar sobre espionaje, salvo que, al parecer, durante la Primera Guerra Mundial me capturaron y me fusilaron como espía. Así relató mi muerte la prensa estadounidense.

La primera noticia llegó en este cable:

> «Los periódicos del domingo informan de que Baden-Powell ha sido fusilado como espía en la Torre de Londres a su regreso de Alemania. Lo capturaron con planos de fortificaciones que intentaba entregar al enemigo. El señor Walterbury nos dio la noticia a su vuelta de Pittsburgh; se la había transmitido su hermano, un oficial inglés que asistió al juicio y lo vio caer fusilado».

Y la prensa, a tono con tan desagradable episodio, lo publicó así:

> BADEN-POWELL, FUSILADO POR ESPÍA
>
> Pittsburgh (Pensilvania), 15 de enero de 1916.
>
> «Ha muerto fusilado a manos de soldados ingleses, como espía alemán, a su regreso a Inglaterra.
>
> Esto le ha sucedido al general de división Robertson *(N. del T.: así aparece en el original)* Stephenson Smyth Baden-Powell, héroe de la defensa de Mafeking en la guerra de los bóeres y organizador de los Boy Scouts, cuando volvió a Londres y le encontraron entre sus pertenencias unos papeles con planos de fortificaciones de Gran Bretaña, que, según se dice, había enviado a los enemigos de Inglaterra. Lo ha declarado un hombre que dice ser británico, y la ejecución la ha confirmado su hermano.
>
> "Mi historia es cierta —ha declarado esta noche—, y no puedo decir más. Mi hermano vio la ejecución con sus propios ojos. Dice que Baden-Powell caminó hasta el lugar de la ejecución sin inmutarse, y que, cuando le vendaron los ojos, solo pronunció estas palabras: 'Dios

> mío, ten misericordia'. Si es cierto, y estoy seguro de que mi hermano dijo la verdad, Inglaterra ha quitado de en medio a uno de sus soldados más valientes, que siempre estuvo al frente de sus tropas en tierras extranjeras"».

Para conseguir un epitafio tan bonito, ser fusilado como espía es todo un honor.

Esta pequeña confusión sobre mi nacionalidad no es nada comparada con la vez en que las obreras de una fábrica de una ciudad escocesa me quemaron en efigie la noche en que se levantó el sitio de Mafeking, solo por el pequeño y poco afortunado error de confundirme con el presidente Kruger.

Hace poco, sin embargo, el general Smuts me dio una posible explicación. Después de la guerra de los bóeres, un viejo bóer del veld le contó que había habido cierta confusión entre «Oom Paul» (Kruger) y «Baden Pole» *(N. del T.: así aparece en el original)*.

En realidad, yo no estuve en Alemania durante la guerra, aunque fuentes muy fiables me han asegurado que sí estuve.

Un oficial de Marina, por ejemplo, me dijo hace poco que me había escoltado de vuelta a casa cuando regresé de Normandía durante la guerra. Sabía hasta el nombre del barco en que viajaba yo (un nombre que jamás había oído), y su patrullero lo había tomado bajo su protección especial para evitar que lo capturaran o lo torpedearan por el camino.

El Estado Mayor alemán también sabía que yo estaba en Alemania, y dio órdenes especiales para capturarme.

Creo que estos rumores nacieron probablemente en nuestro Ministerio de la Guerra, donde a veces se tenía la costumbre de echar a rodar un rumor para comprobar si la información confidencial se filtraba sin autorización.

Los espías no se emplean solo en tiempo de paz, sino también en campaña, en tiempo de guerra. Durante la Gran Guerra todos los frentes estaban llenos de ellos, en los dos bandos.

Tengo colgada en la pared una curiosa reliquia: un cartel en el que estaba escrita, en tres idiomas —francés, inglés y flamenco—, la historia de su dueño, un lisiado:

> «Queridos amigos: estuve metido en agua helada para salvar a un niño que se ahogaba y he perdido el uso de mis piernas y mis brazos. Ayúdenme».

Durante la guerra, este hombre se sentaba en un carrito en Ypres, y la gente, por lástima, le echaba de vez en cuando un billete de un franco. Un día, uno de esos billetes salió volando; un soldado de la Infantería Ligera de Durham lo cogió y, al devolverlo, se dio cuenta de que no era un billete, sino una nota escrita en alemán.

Lo denunció, y se descubrió que aquel hombre no era ningún lisiado, sino un agente muy activo, o un correo, al servicio de los espías alemanes: recogía así sus informes, haciéndolos pasar por billetes, y cuando oscurecía los llevaba hasta las líneas alemanas.

Lo juzgaron y lo ejecutaron, y yo conservo su cartel como recuerdo de un hombre valiente.

El éxito en el espionaje depende sobre todo, como es natural, del disfraz que se adopte. Y no me refiero solo al disfraz teatral, a maquillarse con la pata de liebre, sino a saber adoptar un carácter distinto del tuyo: reprimir cualquier costumbre propia que te delate o adoptar una especial para la ocasión, como cojear al andar, sorber por la nariz, hablar con voz ronca, etc.

Un punto muy importante al disfrazarte es cambiar tu aspecto visto por detrás.

Una vez me vigilaba un detective que cambiaba de aspecto cada día: un día parecía un militar, al siguiente un inválido con un parche en el ojo, y así sucesivamente; pero yo lo reconocía siempre al verlo caminar de espaldas.

A veces hace falta cambiar de aspecto deprisa, y a mí me tocó hacerlo más de una vez.

Ya sabes que, cuando hablas con un hombre, en lo que más te fijas es en su corbata y, seguramente, en su sombrero.

Una vez me entrevistó un periodista en una estación de ferrocarril. Pocos minutos después, entre la multitud, me encontré cerca de él justo cuando le contaba lo que yo le había dicho a otro colega suyo, que estaba deseando encontrarme; yo, en cambio, no tenía ningún deseo de que me encontrara.

—Está en uno de los últimos vagones del tren —le decía—. Lleva un sombrero verde, una corbata roja y un traje azul.

Por suerte llevaba al brazo un abrigo gris, y en el bolsillo tenía mi gorra de viaje y mi bufanda. Me metí a toda prisa en la sala de espera e hice un cambio rápido: me guardé el sombrero arrugado en el bolsillo y salí cojeando como un inválido, justo por delante de las narices del periodista, que seguía esperando, mientras me dirigía a mi vagón.



Un cambio rápido de sombrero, abrigo, corbata y pantalones

Exploración

La exploración se diferencia del espionaje en que consiste en obtener información sobre el enemigo o sobre su país en el curso normal de las operaciones militares.

La definición de explorador *(N. del T.: en inglés, scout)* la dio ya en el año 1560 Maquiavelo, en su *El arte de la guerra* (*Arts of Warre*, según la ortografía antigua de aquella edición inglesa):

> «No he hallado que, para guardar su campamento por la noche, mantuvieran más vigilancia que la de dentro de la trinchera, sin emplear hombres como esos a los que hoy llaman exploradores. Toda la fuerza de la guardia estaba dentro de la trinchera, porque temían que los hombres apostados delante del ejército pudieran ser engañados, o sorprendidos, o sobornados por el enemigo».

Es decir, que los exploradores se emplean en lugar de los puestos avanzados. Y se suele decir que «hay muy pocas batallas en la historia que no se hayan ganado o perdido en proporción al valor del reconocimiento previo».

Pese a esta importancia de la exploración, cuando entré en el servicio no había ninguna formación específica en esta ciencia tan particular. Es verdad que nos enseñaban a dibujar mapas y a redactar informes, pero no a reunir los datos necesarios en un país enemigo, y menos aún a llevar a cabo la tarea, tan importante, de obtener información sobre el propio enemigo.

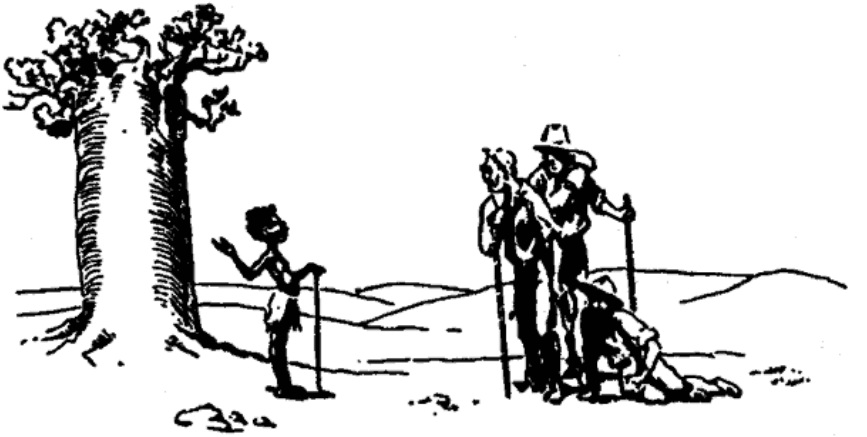
He leído que el oficial británico corriente era «tan ignorante en este arte como un chimpancé en el arte de patinar».

A mí me llevaron a la exploración, como ya he contado, las misiones que me encargaba mi coronel para reunir información, porque al parecer había adquirido la costumbre de fijarme en pequeños indicios y de leer su significado; en otras palabras: observación y deducción.

Gracias a eso viví las experiencias más maravillosas que un soldado puede desear, porque es un trabajo de detective en su máxima expresión.

Lo que sigue no es un cuento, sino algo que ocurrió no hace mucho. Un grupo de científicos y exploradores realizaba una expedición científica por el interior de Australia.

Salvaron la vida gracias a la capacidad de observación, de deducción y al ingenio de una niña nativa de catorce años que habían encontrado por el camino. Estaban medio muertos de sed y buscaban la manera de conseguir aunque fuera una gota de agua, cuando la niña se fijó en unas hormigas que subían por el tronco de un árbol y se metían por un agujero de la parte de atrás. Dedujo que iban allí con algún propósito, metió una vara por el agujero y descubrió que en el fondo había agua. Entonces peló la vara y unas ramitas verdes para formar una serie de tubitos, los encajó unos en otros e introdujo el extremo de aquel tubo por el agujero del árbol. Así fabricó un instrumento con el que cada miembro del grupo pudo sorber su ración de agua.



Sabios en el desierto: una muchacha nativa los guía

No los salvaron sus conocimientos de griego ni de matemáticas superiores, sino el saber natural de alguien que se había criado en las cosas esenciales de la vida.

Igual que aquellos sabios, también yo aprendí de un nativo una lección de observación y deducción.

Ocurrió hace muchos años, durante una incursión contra el enemigo en tierra de los matabeles.

Una mañana temprano, mi guía zulú y yo cabalgábamos por una llanura de pastos abiertos cuando dimos con las huellas de varias mujeres que se dirigían hacia unas colinas situadas a algunas millas, donde creíamos que se escondía el enemigo.

A unas diez yardas (unos nueve metros) del rastro había una hoja de mahobahoba. No había árboles de esa clase cerca de nosotros, pero sabíamos que los había en una aldea a quince millas, en la dirección de donde venía el rastro.

Este «indicio» apuntaba a que aquellas mujeres habían venido de esa aldea, trayendo consigo la hoja, y seguían camino hacia las colinas.

La hoja estaba húmeda y olía a cerveza indígena, así que dedujimos que llevaban sobre la cabeza vasijas de esa cerveza, con la boca tapada, como era costumbre, con manojos de hojas.



Una hoja de la vasija de cerveza cuenta la historia

Aquella hoja se había caído y el viento la había arrastrado diez yardas fuera del rastro. Pero desde las cinco de la mañana no había soplado nada de viento, y ahora eran las siete.

Así supimos que un grupo de mujeres había llevado cerveza durante la noche desde la aldea para el enemigo de las colinas, adonde habrían llegado hacia las seis. Lo más probable era que los hombres se hubieran puesto a beber enseguida (porque esa cerveza se agria si se guarda mucho tiempo) y que, cuando llegáramos nosotros, estuvieran adormilados por la bebida; por tanto, tendríamos una buena ocasión para atacar su posición.

Actuamos según esa información, con un éxito rotundo.

No parece justo que esta ciencia de la observación y la deducción, que tiene tanto valor para el carácter de una persona, no se haya incluido todavía en los planes de estudio, salvo en los colegios que han adoptado la formación de los Boy Scouts.

Para empezar, tiene un gran valor educativo para el niño o la niña. Como dice una autoridad en la materia:

> «La observación desarrolla en grado notable la eficacia y la agudeza de los sentidos; con la práctica continua, la vista se vuelve más fuerte y más rápida, y lo mismo ocurre con el oído, el olfato y el tacto.
>
> La deducción estimula de la manera más eficaz la agilidad de la mente, porque desarrolla la capacidad de razonar, la imaginación, la búsqueda paciente, el sentido común y la memoria.
>
> Es una ciencia que, además, resulta muy atractiva e interesante para el joven, de modo que, una vez iniciado en ella, vuelve a su estudio cada vez con más destreza y la practica por su cuenta».

Y esto vale también para los mayores.

El valor práctico de una educación así, que añade una cualidad nueva al carácter de las personas, es incalculable, sea cual sea el camino que se elija en la vida. Ya se escoja el derecho o la medicina, la exploración o la investigación, los negocios o el ejército, el trabajo policial o la caza mayor, o cualquier otra cosa, su utilidad se nota a diario.

Es imprescindible para quien tenga que conocer hechos concretos, o interpretar el carácter de los demás, o ponerse en el lugar de otros y comprender sus sentimientos; para quien quiera disfrutar de los muchos pequeños placeres que la naturaleza ofrece a un ojo atento; y, desde luego, para quien quiera aprovechar al máximo los talentos que Dios le ha dado.

En otra ocasión, durante el sitio de Mafeking, pasamos dos semanas en un cuerpo a cuerpo entre nuestras trincheras y las de los bóeres, separadas por solo sesenta y ocho yardas (unos sesenta y dos metros). Al final hicimos un esfuerzo decidido por acabar con aquello, sobre todo abriéndonos paso hasta la trinchera de comunicación que unía su posición avanzada con su base, en la retaguardia.

En pleno trabajo, hacia las tres de la madrugada, oímos a los bóeres armar mucho ruido, llamándose unos a otros para retirarse, y los oímos marcharse por su trinchera de comunicación. Estaba claro que estaban abandonando su primera línea.

Mis hombres, encantados, querían lanzarse a ocupar la posición, pero los detuve.

Observación: ¿por qué se iba a retirar el enemigo haciendo ruido, cuando lo lógico sería que lo hiciera en silencio?

Deducción: había algo sospechoso y convenía tener cuidado.

Así que mandamos por delante a dos exploradores de confianza para averiguar qué pasaba. Se metieron en la trinchera de comunicación y avanzaban a tientas por la posición principal recién abandonada, cuando notaron que la pared de la trinchera estaba húmeda al tacto y descubrier-

on que por ella corría un cable, recién cubierto de barro, sin duda para esconderlo.

Cortamos el cable y lo seguimos hasta la trinchera principal, donde llevaba a una preciosa mina enterrada con doscientas libras (unos noventa kilos) de nitroglicerina, que nos habría mandado por los aires si hubiéramos estado dentro.

No contentos con este descubrimiento, encontramos el otro extremo del cable y nos quedamos con unas cien yardas de buen hilo de cobre, con el que a partir de entonces pudimos enterrar nuestras propias minas, usando la nitroglicerina en pequeñas cantidades.

Nuestros hombres lanzaron tres hurras por la reina, mientras nuestros amigos del otro lado intentaban hacer estallar su mina y maldecían su suerte porque no explotaba.

Rastrear

Por todo lo que he dicho sobre la observación, seguramente te habrás dado cuenta de lo importante que es para la exploración el arte de rastrear.

Se ha dicho que explorar sin rastrear es como el pan con mantequilla sin el pan. Para un explorador, rastrear se convierte en un hábito: de forma inconsciente está viendo y leyendo indicios todo el tiempo, aunque esté ocupado en otras cosas.

Supongamos que guía una columna por un sendero para sorprender un poblado de hotentotes que está a unas quince millas. A cierta distancia, entre los matorrales a la izquierda del camino, se fija en las marcas de unos dedos de pie, y a la derecha en la marca de un talón. Son recientes (la hierba todavía está aplastada) y son de un hombre que corría (las marcas de los dedos están muy espaciadas) en diagonal y en la misma dirección

que la columna, y que lo hacía a escondidas (había saltado por encima del sendero para no dejar rastro en él).

El explorador se detiene y dice que no tiene sentido seguir: les han avisado de nuestra llegada.

A un explorador entrenado le ocurren cosas así a cada momento del día.

La exploración es un arte que puedes practicar toda la vida y, aun así, siendo un hombre blanco, rara vez alcanzarás la maestría de un rastreador nativo, como los del Sudán o los hombres de los bosques de Sudáfrica, los gonds de la India o los aborígenes de Australia, que se educan en ello desde la infancia, porque para ellos el rastreo es su periódico y su guía infalible para la caza y la guerra.

Cuando salía a explorar con Fred Burnham, él se daba cuenta de los indicios antes que yo, pero cuando me los señalaba me preguntaba:

—A ver, señor Sherlock, ¿qué deduce usted de esto?

Por desgracia, los británicos apenas aprovechamos este arte, ni en nuestra formación civil ni en la militar, y por eso, cuando salimos a campaña, como no tenemos la costumbre de rastrear, a menudo nos olvidamos de hacerlo, aunque el terreno que tenemos delante esté abierto como un libro lleno de información.

Una vez me enviaron a reunirme con una columna que se dirigía a Matabelelandia, y mientras cabalgaba junto al comandante en jefe me fijé en las huellas frescas de un nativo que, evidentemente, se movía muy cerca de nosotros. Eran tan llamativas que le pregunté al coronel si sus exploradores le habían dado alguna información. Me contestó que no tenía exploradores, porque no valía la pena cansar a hombres y caballos en un país donde no se veía al enemigo.

Me quedé horrorizado, y le aseguré que, si no los veía, muy pronto los iba a notar, porque, por lo que yo podía ver, estaban por todas partes a

nuestro alrededor.

Gracias a Dios no nos atacaron. Más tarde, cuando se rindieron, supe por sus impis *(N. del T.: regimientos de guerreros)* que habían dejado avanzar a la columna por aquella zona sin molestarla porque no querían llamar la atención sobre su presencia en un lugar donde estaban consiguiendo buena comida. Eso sí, les había sorprendido ver a su comandante cabalgando en cabeza, y por eso le pusieron el mote de «el carnero que guiaba a su rebaño».

Los indicios no son solo huellas de pies: incluyen señales de todo tipo que pueden captarse con los sentidos. Así, un compañero al que encuentras a medianoche en lo alto de la ladera de una colina y que te cuenta que el enemigo lo sorprendió allí arriba puede ser también un indicio.

Una vez, una joven me bajó los humos cuando presumía de mis dotes de rastreador. Era la hija del difunto lord Meath. Paseábamos por los jardines de Syon House cuando, de repente, me señaló unas huellas en el sendero y me preguntó qué significaban.

Yo le dije, muy listo:

—Por este camino ha pasado un gato corriente.

—Sí, eso también lo sé decir yo —me respondió—, pero además puedo decirte de qué color era el gato. ¿Puedes tú?

Así que me armé de valor y me puse a examinar cada ramita y cada mota de polvo que pudiera haber retenido algún pelo del animal, siguiendo más o menos el principio por el que Zadig sabía que por el bosque había pasado un caballo ruano de seis palmos de alzada.

Pero por más que busqué, no encontré ningún rastro que indicara el color del gato. Mi acompañante volvió a mirar la huella de cerca y dijo:

—Sí, no me había equivocado: era un gato atigrado claro, color carey.

Yo también miré la hierba con más atención, pero no encontré ningún indicio que me sirviera. Al final me di por vencido y le pregunté:

—¿Cómo has sabido el color?

—Vi al gato —me contestó.

Un buen ejemplo de rastreo me lo dio un rastreador egipcio. Al volver de una jornada de trabajo en el desierto, me di cuenta de que había perdido mis prismáticos. Trajeron a un rastreador, que examinó los cascos de mi caballo y lo observó mientras lo paseaban arriba y abajo para que lo estudiara.

Como yo había cabalgado a la cabeza del regimiento, lo lógico era que mis huellas se hubieran borrado. Sin embargo, el rastreador se fue lleno de confianza y al rato volvió con mis prismáticos. Había localizado las huellas de mi caballo en el punto donde yo me había apartado solo para observar las maniobras; las había reconocido entre otras muchas que había en el suelo, y lo habían llevado hasta donde estaban los prismáticos.



Un rastreador árabe

Buena parte del trabajo de exploración se hace de noche. Es, de nuevo, una tarea que exige mucha práctica, y esa práctica rara vez se consigue en los países civilizados. Creo que, en servicio activo, trabajé más de noche que de día, y desde luego fue entonces cuando me empapé de exploración.

Para empezar, en Matabelelandia y en Zululandia había que llegar a toda costa hasta cerca de la posición enemiga al amparo de la oscuridad, esconderse durante las horas de luz, cuando se podía observar lo que hacía el enemigo sin ser visto, y marcharse al caer la noche.

Y a menudo, después de eso, había que guiar de noche a una columna y llevarla a una posición de ataque al despuntar el día. Cuando haces esto sientes una gran responsabilidad sobre los hombros: no puedes equivocarte de dirección ni llevar a toda la tropa a una emboscada.

Ese trabajo de guía exige hasta la última gota de concentración. No soy de carácter brusco, pero nunca en la vida he sido tan grosero con nadie como con un joven oficial que, creyendo que me sentiría solo caminando sin compañía, se acercó a mí con la mejor intención y empezó una conversación animada y amistosa. Mi respuesta no fue nada cortés, y él volvió a su sitio algo dolido.

Los puntos de referencia del terreno son muy distintos de noche que de día, y eso es algo que un principiante no capta. Y luego están las estrellas, esas guías infalibles... infalibles hasta la noche decisiva, cuando, invariablemente, las nubes las tapan, y entonces das gracias al cielo por haber tomado nota de las referencias del terreno.

Jan Grootboom

«Tenía el valor de un hombre blanco bajo la piel de un hombre negro».

Esa fue la referencia con la que Jan llegó a mí en Rodesia. Era un zulú que había recibido cierta educación y tenía mucha y buena experiencia: había viajado y había tratado con europeos de la clase adecuada.

Aunque yo conocía Zululandia, era nuevo en Rodesia y no conocía a su gente, así que necesitaba un guía de confianza y un compañero de exploración.

Cuando hay que escoger a un hombre para un trabajo así, en el que tu vida va a depender de él y en el que, cosa también muy importante, a veces su vida va a depender de ti, la elección no puede hacerse a la ligera.

Es tan delicado como escoger un caballo o una esposa: dependen muchas cosas de ello.

Pero en mi caso no había tiempo para ensayos ni pruebas previas con aquellos hombres, y tuve que aceptar a Jan por su reputación y por lo que transmitía su cara. Y resultó que ambas cosas me convencieron, y nunca tuve que arrepentirme de mi decisión. La referencia que me habían dado de él lo describía con exactitud: demostró ser el hombre más valiente que he conocido.

Muchos jóvenes, en sus primeros viajes al extranjero, se apresuran demasiado a mostrar su «superioridad» y a mirar por encima del hombro al «negro». Los veteranos, que han compartido peligros y cacerías con los nativos, conocen sus virtudes y enseguida reconocen los puntos débiles de los recién llegados que los explotan.

Pero voy a hablaros de Jan Grootboom.

Para hacer nuestro trabajo, él y yo solíamos salir a caballo de nuestros puestos en cuanto caía la noche. Así podíamos recorrer las veinticinco millas de terreno con tiempo de sobra para estar cerca de la posición enemiga al amanecer y localizar sus campamentos observando las hogueras que encendían para preparar el desayuno.

En aquella tarea había mucho de Sherlock Holmes.

Una mañana, por ejemplo, nos costó bastante colarnos entre los puestos de vigilancia enemigos y, con ese retraso, no llegamos a la zona más peligrosa, cerca de su campamento principal, hasta que ya era de día.

En cuanto encontrábamos un buen escondite para nosotros y los caballos, nos turnábamos para examinar la posición enemiga.

Pero Jan no trepaba bien por las montañas, y como casi todo nuestro trabajo se desarrollaba en terreno rocoso, descubrí que con mis zapatos de suela de goma avanzaba más deprisa que él y, desde luego, como ya he contado, más deprisa que el enemigo.

En ese sentido, el enemigo llegó a conocerme bastante bien, y me pusieron el mote de «Impeesa», la bestia que se arrastra de noche.

Una noche nos acercamos sigilosamente a la fortaleza enemiga y esperamos a que encendieran las hogueras de la mañana para comprobar su posición. Al poco se encendió la primera, luego otra, y otra más.

Pero antes de que hubiera media docena encendidas, Jan gruñó de repente:

—¡Los muy brutos! Nos están tendiendo una trampa.

En ese momento no entendí qué quería decir, pero él añadió:

—Si esperas aquí, iré a echar un vistazo.

Se quitó toda la ropa, la dejó colgada de una mata y desapareció en la oscuridad prácticamente desnudo. Estaba claro que iba a hacerles una visita para ver qué pasaba.

Lo peor del espionaje es que te vuelve desconfiado hasta de tus propios amigos. Así que, en cuanto Grootboom se fue en una dirección, yo me arrastré en otra, llevándome los caballos, y me situé entre unas rocas, en un pequeño saliente desde el que tendría cierta ventaja si él tuviera intención de traicionarme y de traer a los matabeles para que me capturaran.

Pasé allí una hora o algo más, mientras salía el sol, hasta que por fin vi a Jan que avanzaba solo entre la hierba. Avergonzado de mis sospechas, me arrastré hasta él y lo encontré sonriendo satisfecho mientras volvía a vestirse.

Me dijo que, tal como esperaba, había encontrado una emboscada preparada para nosotros.

Lo que le había hecho sospechar era que las hogueras, en vez de encenderse a la vez en distintos puntos de toda la ladera, se habían ido encendiendo una detrás de otra, como si las prendiera un solo hombre que iba de una a otra.

Aquello le pareció sospechoso y supuso que el enemigo creía que tal vez anduviéramos por los alrededores y estaba intentando atraernos para que nos acercáramos a examinar el lugar.

Él se había acercado dando un rodeo, y desde allí había podido ver a un grupo de ellos tumbados en la hierba junto al camino que probablemente habríamos elegido para avanzar.

Pasó sin que lo vieran y, al llegar a un punto cercano a la fortaleza, volvió hacia ellos haciéndose pasar por uno más. Charlando con ellos, se enteró de lo que pensaban hacer con nosotros y también de sus planes para más adelante.

Al despedirse, caminó con toda tranquilidad hacia la fortaleza y, en cuanto lo perdieron de vista, se deslizó entre las rocas y volvió en silencio hasta donde yo estaba.

Un trabajo así, hecho a sangre fría y con la muerte segura si fallaba, exigía un valor de una clase muy elevada, más incluso que el del soldado que carga en el fragor de la batalla.

Jan arriesgó su vida de esa manera una y otra vez.

Cuando, al terminar la campaña, me marché de Matabelelandia, nos despedimos como verdaderos amigos.

Tres años después, en plena guerra de los bóeres, yo mandaba una columna en un rincón apartado del Transvaal cuando me avisaron de que un nativo quería verme.

Era Jan. Había viajado desde Matabelelandia atravesando territorio bóer y se había presentado en el campamento con un caballo espléndido, una mula muy buena, dos fusiles de primera y munición en abundancia.

Al encontrarnos, ninguno de los dos pudo hablar durante un momento, y algún desalmado nos hizo una foto. Los dos éramos, sencillamente, una enorme sonrisa.

Cuando le pregunté cómo se las había arreglado para llegar tan bien equipado, me contó que se había enterado de que yo estaba en el Transvaal y se había puesto en camino a pie para encontrarme; por el camino se había hecho con varios caballos del enemigo, además de fusiles y munición, que me enseñó con cierta satisfacción.

Cuando me fui de Sudáfrica, Jan entró al servicio de George Grey, el célebre cazador de leones y gran amigo mío. Lo sirvió bien y acabó muriendo al defenderlo. Al propio Grey lo mató más tarde un león.

Sí, Jan demostró ser un hombre blanco, aunque tuviera la piel negra.

5. Vida de soldado



Lanzado al ejército

La segunda bomba de mi vida me estalló encima unos cuatro meses después de dejar el colegio. Estaba a bordo del *Gertrude*, un yate del profesor Acland, catedrático regio de Medicina en Oxford *(N. del T.: título que se da al profesor que ocupa una cátedra fundada por el rey)*, viejo amigo de mi padre y colega suyo cuando este era profesor saviliano de Geometría.

Entre los invitados a bordo estaba el deán de Christ Church, el célebre y bondadoso teólogo, el anciano doctor Liddell.

Una mañana, el deán vino a decirme que, según el periódico, alguien con mi mismo nombre y apellido había aprobado el examen de ingreso en el ejército. ¡Y allí estaba mi nombre, negro sobre blanco!

Bueno, a estas alturas el Consejo del Ejército ya no me puede dar de baja, así que puedo confesar que entré en el ejército prácticamente gracias a un fraude. Me explico: entré por examen, pero un examen no sirve de mucho para medir la capacidad de nadie.

Cuando me presenté al examen del ejército, lo hice, como es natural, sin muchas esperanzas de aprobar. En realidad me lo tomé con calma, como un paseo a caballo por la pista.

En Euclides nunca conseguí pasar del *pons asinorum (N. del T.: «el puente de los asnos», un teorema tan fácil que hasta los burros lo superaban; es decir, que no aprendió nada)*, pero con cierta astucia lo puse todo por escrito según el método de Loisette, que era el sistema Pelman de aquellos tiempos, y me aprendí de memoria los libros de Euclides que exigía el examen del ejército. El éxito fue completo, aunque el verdadero significado de aquellos problemas fue entonces, y sigue siendo hoy, un libro cerrado para mí.

Otro consejo para aprobar exámenes

Al principio de mi carrera militar empecé mi vida de autor escribiendo un pequeño manual para uso de mis subordinados, titulado *Reconocimiento y exploración* (*Reconnaissance and Scouting*). Más tarde, cuando me presenté al examen de ascenso y llegué a la materia de reconocimiento, el examinador me preguntó si yo era el autor del manual sobre el tema y tuvo la delicadeza de aprobarme sin hacerme ninguna otra pregunta.

Así que mi consejo, para cualquier candidato que dude de su capacidad para aprobar una materia, es que escriba un libro sobre ella y se lo haga saber al examinador. El material para ese libro, por supuesto, puede sacarlo de los muchos libros que ya existen sobre la misma materia.

En el Estado Mayor

Con el tiempo entré en el Estado Mayor en el humilde puesto de ayudante de campo del general H. A. Smyth, comandante en jefe en Sudáfrica.

Cuando llegó al regimiento la noticia de que me habían concedido aquel puesto, los hombres de mi escuadrón me regalaron una felicitación ilustrada, impresa en raso blanco, en la que me deseaban generosamente

toda clase de éxitos. Los obsequios de la tropa a sus oficiales están terminantemente prohibidos; pero, pregunto yo, ¿qué puedes hacer cuando te lo ponen en la mano ellos mismos? En cualquier caso, es uno de los mayores tesoros que tengo.

Mi experiencia anterior en el Estado Mayor había sido en la India, cuando me destinaron temporalmente al del duque de Connaught, mientras Su Alteza Real mandaba una división en Meerut. Nunca hubo tres jefes militares de métodos y carácter más distintos que aquellos tres a cuyas órdenes serví directa y personalmente.

Sir Baker Russell, un jefe de caballería lleno de empuje, no sabía ni una palabra de mando tal como viene en los manuales, pero se lanzaba a la acción con un conocimiento instintivo de lo que hacía falta y, a fuerza de empuje y de determinación, sacaba adelante el asunto en cualquier terreno, tanto si la pelea era en el campo contra el enemigo como si era sobre el papel contra «las autoridades».

El duque de Connaught, hombre de gran mundo, tenía el don extraordinario de ver el lado humano de cada empresa. Sabía hasta dónde podían llegar sus oficiales y sus hombres y, gracias a su simpatía personal y a que recordaba a cada persona con la que trataba, se ganaba la entrega total y la dedicación al trabajo en equipo de quienes estaban a sus órdenes.

Mi nuevo jefe, sir Henry Smyth, era casi lo contrario de sir Baker Russell: muy lento y cuidadoso al deliberar, estudiaba cada cuestión o cada plan desde todos los puntos de vista, en sus principios y en sus detalles, con un juicio equilibrado, y gracias a su reflexión serena y a su experiencia se libró de caer en muchos errores fatales.

Para un joven oficial que aprendía el oficio en el Estado Mayor, aquellos maestros eran una guía de valor incalculable, siempre que tuviera el sentido y la capacidad de seguir su ejemplo.

La vida de un ayudante de campo

La vida en el Estado Mayor de El Cabo, a las órdenes de un general muy querido y de su apreciada esposa, fue una experiencia feliz y agradable. No era precisamente lo que se dice vida militar, pero había mucho trabajo de cuartel general, sobre todo porque el puesto de secretario militar estaba vacante por un tiempo y me encargaron ocuparlo, además de mis obligaciones como ayudante de campo. Eso me dio una formación y una experiencia valiosísimas en el trabajo de Estado Mayor.

En mis ratos libres tampoco me faltaba ocupación, porque era secretario honorario del club de polo, y organicé fiestas y gymkhanas para recaudar fondos con los que construir nuestro campo y nuestro pabellón.

Y, además de todo eso, tenía que echar una mano en el teatro, en los espectáculos de *pierrots*, en la Sociedad de Dibujo, etc.; era segundo montero y, durante una breve temporada, director de la jauría de caza del zorro de El Cabo.

En aquella época el gobernador de El Cabo era sir Hercules Robinson, más tarde lord Rosmead. Era el típico gobernador colonial, muy británico, diplomático y deportista, y conseguía parecer las tres cosas a la vez.

Lady Robinson, por su parte, tenía todo el aspecto de una duquesa, serena y muy segura de sí misma. Y me hizo pasar uno de los ratos más aterradores que me tenía reservados la vida.

Quería conseguir su patrocinio para un concierto que estaba organizando, y fui a la residencia del gobernador con ese fin. Yo era un oficial muy tímido y esperé hasta el último momento que no estuviera en casa. Pero allí estaba, así que no tuve más remedio que presentarme.

Aunque me examinó con sus impertinentes, Su Señoría no los necesitaba para ver que yo estaba aterrado. Me sometió a un minucioso

atorio sobre lo que sentía por cada una de las encantadoras jovencitas de El Cabo, y parecía que me tenía en menos a medida que repasábamos la lista sin hacer ningún descubrimiento emocionante.

Por fin, cuando yo ya era un manojo de nervios, me preguntó:

—¿Y el concierto? ¿Va a cantar usted alguna de sus imitaciones de *prima donna*?

Pensando que así le daría gusto, le dije que sí.

—Entonces cántela ahora —me ordenó.

No había escapatoria. Titubeé, busqué alguna salida, pero no había más remedio. ¿Os lo imagináis? Solo e indefenso bajo aquella mirada implacable, empecé a cantar a duras penas, con mi falsete ridículo y agudo, aquellos números que me habían convertido en un héroe sobre el escenario.

Ahora no quedaba mucho del héroe. Pero poco a poco me iba animando cuando, en mitad de una proeza vocal que estremecía las notas más altas de mi registro, se abrió la puerta y entró un criado seguido de un imponente mayordomo que nos traía el té. No sabía si parar o qué hacer. Lo único que quería era que me tragara la tierra. Pero seguí adelante, llevé mi actuación hasta el final y puse en juego todas mis dotes dramáticas para explicarle a ella, en beneficio del mayordomo, que aquella era la clase de cosas que esperábamos ofrecer en el concierto.



Lo que vio el mayordomo

Entonces me sirvió el té, y pronto descubrí que, bajo aquel exterior que a mí me resultaba tan temible, había un alma llena de humor y un corazón rebosante de bondad.

En conjunto, me movía ahora en un ambiente muy diferente del militar, y durante un tiempo fue un cambio agradable. Era, desde luego, muy divertido y se comía muy bien, cuando... ¡estalló una bomba!

Zululandia

Llegó de Zululandia un telegrama alarmante: los usutus *(N. del T.: así llama Baden-Powell a los guerreros zulúes de Dinuzulu)* se habían alzado en armas. Habían derrotado a la policía, y unas tropas de Natal enviadas para

reforzar a las fuerzas civiles habían sido rechazadas con bajas. Ya estaba el lío armado.

El gobernador de Natal (que lo era también, casualmente, de Zululandia) estaba muy preocupado. Quería más tropas como refuerzo, pero, como era por su cargo «comandante en jefe» de Natal, no quería generales militares metidos en la lucha. Sin embargo, el general Smyth comprendió que, si había tropas, tenía que haber transporte, intendencia, organización, hospitales y remonta, y que cada hora de retraso agravaría el alboroto; así que, sin más complicaciones, dio las órdenes necesarias y embarcó enseguida con su Estado Mayor hacia Natal y Zululandia.

Una vez más, la suerte estaba de mi lado. El puesto de secretario militar seguía vacante en aquellos días, a la espera de un oficial superior que debía venir nombrado desde Inglaterra, y me designaron para ocuparlo provisionalmente con el grado de oficial superior.

El Estado Mayor estaba formado así:

- Comandante en jefe: teniente general H. A. Smyth.
- Ayudante general: coronel Curtis, C.M.G. (Compañero de la Orden de San Miguel y San Jorge).
- Delegado del ayudante general adjunto: mayor Gordon.
- Secretario militar: capitán Baden-Powell.
- Ayudante de campo: capitán H. Robinson.
- Jefe del Cuerpo de Servicios del Ejército: coronel Christie.
- Jefe de Sanidad: coronel médico Faught.
- Comandante de la leva nativa: coronel sir F. Carrington.

John Dunn

Nunca olvidaré mi primer encuentro con un ejército zulú. Iba con mis tropas camino de Zululandia cuando nos topamos con un grupo de guerreros encabezado por un hombre blanco a caballo. Era John Dunn, seguido por unos cuantos de sus hombres de confianza. John Dunn era un viejo comerciante escocés que había vivido entre los zulúes desde niño, y estos lo apreciaban y confiaban tanto en él por su honradez y su valor que había llegado a ser el principal consejero de Cetshwayo.



John Dunn

Incluso cuando los zulúes rompieron las hostilidades contra los británicos y Cetshwayo, creyéndose invencible, pensaba invadir y conquistar todo Natal, nadie le hizo daño a Dunn. Llegó a intentar convencer a aquel gran jefe de que su rebelión acabaría en desastre.

Si alguien de su propio pueblo se hubiera atrevido a decirle eso, Cetshwayo lo habría matado en el acto; pero a Dunn le tenía un gran respeto.

No hizo caso de su consejo, y vivió para lamentarlo cuando su enorme ejército fue aplastado en la batalla de Ulundi y él mismo cayó prisionero.

Tras esta derrota, lord Wolseley dividió Zululandia en ocho provincias, cada una al mando de un jefe distinto, y John Dunn fue uno de ellos.

Cuando nos encontramos con John Dunn, nos dijo que traía su regimiento, su impi, para unir fuerzas contra lo que quedaba de la nación zulú.

Un impi zulú

Poco después oí un sonido a lo lejos. Al principio me pareció un órgano tocando en una iglesia, y por un momento pensé que debíamos de estar acercándonos a alguna misión en lo alto de la colina.

Pero al llegar a la cima vimos avanzar junto a nosotros tres largas hileras de hombres que marchaban en fila india cantando himnos magníficos.

Tanto la vista como el sonido eran impresionantes.

Y los hombres tenían un aspecto igual de espléndido. Por lo general eran tipos bien formados, fuertes y musculosos, de caras alegres y atractivas de un intenso color bronce, adornados con plumas, pieles y colas de vaca.

Llevaban muy poca ropa; tenían el cuerpo moreno untado de aceite y parecían estatuas de bronce. Se cubrían la cabeza con plumas de avestruz y llevaban faldellines ondulantes de colas de zorro y tiras de piel, y alrededor de las rodillas y los codos lucían colas de vaca bien ceñidas, en señal de que estaban en pie de guerra.

Llevaban grandes escudos de piel de buey en el hombro izquierdo, de un color distinto para cada regimiento, y en la mano derecha dos o tres azagayas arrojadizas para atacar al enemigo y una azagaya de hoja ancha que reservaban para el cuerpo a cuerpo; de la cintura les colgaba una porra o un hacha con el mismo fin.



En pie de guerra

Además de ellos, nuestras fuerzas estaban formadas por destacamentos de:

- El 6.º Regimiento de Dragones (Inniskilling).
- La Artillería Montada.
- Los Royal Scots.
- Los Fusileros de Inniskilling.
- El Regimiento de North Staffordshire.
- 200 basutos montados.
- Una tropa de voluntarios montados.

Una columna volante

El general, nada más llegar al país, se puso manos a la obra sin perder tiempo. Aprovechando el éxito del mayor McKean en el sur, estableció una línea de puestos fortificados para impedir que el enemigo volviera, y preparó el ataque contra los distintos impis hostiles, uno por uno, antes de que pudieran reunirse.

Pero lo primero y más urgente era liberar a Pretorius, un magistrado al que los zulúes tenían sitiado en su casa. Para ello se formó rápidamente una columna volante compuesta por 400 soldados de infantería montada y dragones, dos cañones, 200 hombres entre basutos y policía nativa, y los 2000 zulúes de John Dunn.

Esta fuerza quedó al mando del mayor McKean, que me llevó como oficial de Estado Mayor.

Nos pusimos en marcha el 7 de julio y en dos días cubrimos las primeras cincuenta millas, con el enemigo rondando a nuestro alrededor. El primer día no se atrevieron a atacar, pero el segundo cargaron contra

nuestra retaguardia y mataron a cuatro de nuestros hombres. Aun así, los rechazamos con facilidad.

Después del combate pasamos una noche húmeda y espantosa que nunca se me ha borrado de la memoria. Viajábamos ligeros, sin tiendas, solo con unos pocos carros tirados por mulas que llevaban las raciones y el forraje.

McKean y yo nos echamos a dormir debajo de uno de los carros, pero aquello era un refugio de pena: el suelo era barro blando, húmedo y muy frío, y la lluvia se colaba entre las tablas del fondo del carro y nos caía encima como un arroyo continuo.

Nos las arreglamos para encender un fuego cerca y nos sentamos a su lado con las mantas impermeables sobre la cabeza.

Uno de nuestros zulúes volvió del combate cargando a la espalda a una niña herida. Nos sorprendió que un zulú salvara a alguien del bando enemigo, así que le preguntamos por qué lo había hecho. Nos contestó que era su sobrina, que vivía en una choza cerca de la línea de fuego; una bala le había entrado por el vientre y la había atravesado de lado a lado.

No teníamos médico, así que McKean y yo nos ocupamos de ella. Era muy valiente y se arrodillaba cuando se lo pedíamos para que pudiéramos curarle las heridas. Lo único que llevaba puesto era un cinturón de cuentas y un collar, también de cuentas blancas y negras. Así que le buscamos un saco grande y grueso, le hicimos agujeros para la cabeza y los brazos, se lo pusimos y la acomodamos junto al fuego. Después calentamos un poco de sopa, se la dimos, y dejamos a la niña al cuidado de su tío mientras nos retirábamos a nuestro dormitorio bajo el carro, con pocas esperanzas de dormir.

Debajo del carro estás tumbado de lado sobre el barro, intentando entrar en calor, y la imaginación echa a volar. Pero cuando se te cansa la cadera y te das la vuelta, el barro nuevo está tan frío y tan húmedo que no te

quedan ganas de volver a hacerlo. La lluvia que te cae encima moja de verdad, pero tiene una ventaja: lava buena parte del barro que te salpica y te chorrea sin parar por culpa de las mulas que chapotean en el fango alrededor del carro.

Fue una noche deliciosa.

Al cabo de un rato, la pobre niña que estaba junto al fuego empezó a gemir. Me levanté y fui a ver cómo estaba. Allí estaba otra vez desnuda, empapada por la lluvia, mientras su tío, acurrucado, se había echado el saco de ella sobre los hombros y fumaba en pipa. Fui hacia él furioso y le di una patada antes de que desapareciera en la oscuridad llevándose el saco.

McKean vino a echarme una mano para intentar que la niña estuviera más cómoda. La tapamos con su impermeable y le dimos más sopa. Pero antes del amanecer murió.

Teníamos que ponernos en marcha muy temprano, antes de que despuntara el día, así que entre los dos la metimos en la madriguera de un oso hormiguero, la cubrimos lo mejor que pudimos y echamos un montón de ramas espinosas sobre la tumba para mantener alejadas a las hienas.

Después de enterrarla me tomé la libertad de quedarme con su collar, y lo he conservado desde entonces como recuerdo.

Liberamos a Pretorius y lo encontramos en su puesto, bien fortificado y abarrotado de comerciantes con sus mujeres y sus hijos, y de nativos amigos de los alrededores. Había resistido con éxito un fuerte ataque, pero había tenido cuarenta muertos y catorce heridos antes de rechazarlo. Él mismo había hecho algunos disparos muy certeros y había matado a dos hombres que estaban bajo un árbol a unas novecientas yardas (más de ochocientos metros) del fuerte.

Mejoramos sus fortificaciones, le dejamos una pequeña guarnición para protegerlo y volvimos al cuartel general llevándonos a las mujeres

blancas y a los niños.

También nos llevamos a uno o dos nativos gravemente heridos en la defensa de la posición de Pretorius, y a un comerciante que se había salvado de milagro cuando los zulúes le capturaron el carro. Tenía dos heridas en la pierna.

Como médico aficionado de la columna, tuve mucho trabajo con los heridos; algunas de sus heridas no se habían curado ni atendido de ningún modo desde que las recibieron.

Una de las mujeres blancas estaba muy enferma de disentería, así que tuve un aprendizaje práctico de verdad.

Maori Brown

Con nuestro contingente nativo iba un oficial blanco al que en toda Sudáfrica se conocía como Maori Brown, un aventurero de verdad aguerrido, hijo de un general y de una buena y antigua familia irlandesa. Si solo la mitad de lo que contaba era cierto, había vivido una vida de aventuras asombrosas.

Después de formarse para el ejército se metió en varias peleas, y su padre lo habría echado de casa de no ser por la intervención de otro viejo general. Acordaron una reconciliación. Los dos viejos caballeros lo invitaron a comer a su club para celebrarlo: le echaron un sermón, él prometió enmendarse, se dieron la mano y sellaron la amistad con un vaso de oporto. Entonces Brown, como gesto de agradecimiento y de paz a la vez, ofreció un puro a su padre y al otro general. Cuando los dos encendieron sus puros al mismo tiempo, ambos habanos estallaron. Se le había olvidado por completo que había metido petardos en algunos puros para gastarle una broma a un amigo.

Aquello acabó con él, y se embarcó en el primer barco que salía para Nueva Zelanda. Allí se las arregló para entrar como oficial en la policía, y le iba bien, hasta que se produjo un asesinato: un hombre blanco conocido suyo había muerto a manos de un maorí desconocido.

Salió a toda prisa hacia el lugar con una cuadrilla armada de policías y, en plena selva, se cruzó con tres o cuatro nativos que llevaban puesta la ropa del hombre asesinado.

Siguiendo el principio de *Bis dat qui cito dat (N. del T.: frase latina que se traduce «Quien da pronto da dos veces»)*, los detuvo y los fusiló allí mismo, sin más juicio. Por su ocurrencia lo expulsaron de la policía.

Después la corriente lo arrastró hasta Sudáfrica, donde vivió un sinfín de aventuras extraordinarias en las guerras cafres y en las minas de oro. Por fin lo conoció aquel célebre luchador de Sudáfrica, Sir Frederick Carrington, que lo puso al mando de la leva de nativos.

En aquella pequeña campaña descubrí en él a un compañero estupendo.



Maori Brown, tal como le gustaría que lo fotografiaran

Años más tarde, ya en Inglaterra, leí en el periódico una noticia que contaba que un tal coronel Brown había caído en desgracia y que el Ejérc-

ito de Salvación se había hecho cargo de él en el East End de Londres *(N. del T.: barrio pobre de Londres)*. Fui a verlo y comprobé que era mi viejo amigo: arruinado, con fiebre y envejecido, pero sonriente todavía. Y tenía motivos para sonreír, porque una dama, generosa colaboradora del Ejército de Salvación, que se compadeció de su situación y lo visitaba a menudo, acabó casándose con él, y vivieron felices para siempre.

La escalinata del salón de baile

En cuanto terminó la resistencia inicial, se enviaron pequeñas columnas por todo el país para reunir a los que se rendían y recoger sus armas. Aquí y allá hubo pequeñas escaramuzas, pero, por regla general, los usutus se rindieron de verdad.

Una vez, acompañando a una de estas patrullas que reunían el ganado, llegué al borde de un peñasco muy alto cubierto de espesa maleza.

Estábamos bajando al valle para averiguar qué había sido de unos exploradores enemigos a los que seguíamos, cuando mi oficial de guardia me gritó:

—¡Cuidado, señor, detrás de usted!

Me di la vuelta de un salto y allí estaba, de pie, la espléndida figura de un guerrero zulú, con todo el esplendor de su piel cobriza y el tocado de plumas blancas que ha valido a los usutus el apodo de «tyokabais».

Con su gran escudo de piel de buey y sus relucientes azagayas, ofrecía una estampa soberbia. Había subido por el otro lado de la colina para observarme, pero, al encontrarse con otro hombre, no se paró a discutir: dio un salto y volvió a ponerse a cubierto. Lo veía a él y a otro correr por una especie de sendero entre la maleza, y yo los seguía desde arriba con la pistola preparada. Poco después cruzaron un tramo de terreno despejado delante de unas rocas, y me dieron la ocasión.

Pero no la aproveché. Quería ver adónde iban, y enseguida desaparecieron en lo que, a todas luces, era la boca de una cueva. Mi amigo, en plena carrera, se había enganchado el escudo en un arbusto y, antes que retrasarse, lo dejó allí.

Así que bajé por el sendero con mi ordenanza y recogí el escudo. Siguiendo el camino descubrí que, en lugar de una cueva, había una grieta profunda en la ladera de la colina que bajaba hasta la llanura.

Al asomarme, me encontré con un espectáculo extraño. La grieta estaba repleta de caras morenas de ojos vivos y dientes blancos: cientos de mujeres y niños refugiados que se escondían de nosotros. Más abajo, cerca de la llanura, había multitudes de guerreros que, evidentemente, esperaban un ataque por ese lado. ¡Yo había entrado por la puerta de atrás!

Mandé a Basto, mi ordenanza, que dijera a los usutus que la batalla había terminado y que no se les haría ningún daño si se rendían en silencio, y en lo más hondo de mi corazón confiaba en que así lo hicieran. Justo entonces volvió nuestro grupo de flanqueo, avanzando por el pie del barranco, y eso les ayudó a decidirse deprisa, porque ya estaban bastante desconcertados por nuestra aparición inesperada por la puerta de atrás. Así que pidieron la *pax (N. del T.: en latín, «paz»)*.

Entonces me abrí paso entre ellos. Las mujeres parecían creer que aquello era el principio de una matanza y se pusieron a gritar y a empujarse para escapar de mi alcance. En el tumulto, un niño pequeño se cayó de la roca en la que estaba, así que, como es natural, lo levanté, lo volví a poner en su sitio y le di algo para que jugara. Aquello tuvo un efecto milagroso: la desconfianza desapareció, los comentarios corrieron de boca en boca y pude pasar entre ellos sin más problemas.

Uno de mis compañeros de abajo, que me vio hacerlo, gritó:

—¿Qué tal se está ahí arriba?

—Igual que en un baile de Londres —le contesté.

Y a raíz de esta brillante ocurrencia, el lugar pasó a llamarse la Escalinata del Salón de Baile.

Al final, Dinizulu se refugió en su fortaleza, el monte de Ceza. Si se hubiera quedado allí, nos habría costado mucho tomarla, porque el lugar

era un amasijo de peñascos, matorrales y cuevas sobre el paso de las montañas.

Pero resultó que levantó sus campamentos y, a los pocos días, vino a rendirse.

John Dunn en su casa

Antes de salir de Zululandia, al terminar las operaciones, hice una visita, llena de interés, a la casa de aquel gran cazador y jefe que era John Dunn.

El lugar se llamaba Mangate y consistía en tres casas muy juntas en medio de un precioso jardín. Él vivía en una y otra la ocupaba un grupo de sus esposas y de sus hijos.

Vimos a varios de ellos. Las damas eran negras, hijas de distintos jefes de sangre real, por lo que tenía que casarse con ellas un jefe. Iban vestidas a la europea. Los niños eran mestizos y, en muchos casos, prácticamente blancos. Tenían una escuela para ellos que dirigía una institutriz blanca.

Dunn tenía otras dos fincas, Inyazone e Ingoya.

Cenamos hacia las seis y media. El único criado era un zulú desnudo que, para la ocasión, se había puesto un calzón corto, muy corto. Dunn parecía muy callado, incluso triste, y algo sordo. Pero sabía ver y disfrutar una broma cuando surgía. Su mirada, rápida y clara, llamaba enseguida la atención.

Después de la cena leí parte de su autobiografía. Era muy interesante leer sobre la inmensa cantidad de animales que solía ver en el país que había recorrido, donde nosotros apenas habíamos visto alguno.

¡John Dunn, a pesar de haberse casado tantas veces, era un hombre muy religioso y muy escocés!

El fin del espectáculo

En conjunto, la campaña fue un ejemplo más de lo inútil que resulta dividir la autoridad entre los poderes civil y militar una vez que se ha recurrido a la fuerza militar.

A los soldados, en cualquier caso, nos sirvió de experiencia, sobre todo a los oficiales jóvenes, entre los que estaban el futuro mariscal de campo lord Allenby (de los Dragones de Inniskilling), el general Sir M. Rimington (del mismo regimiento) y el general Sir Archibald Murray.

En cuanto a mí, disfruté de la salida, y no solo me aportó experiencias valiosas, sino también un ascenso. Las autoridades seguían objetando que no podía ocupar el puesto de secretario militar porque no era más que capitán, y el general les replicó que, puesto que yo había desempeñado esas funciones en servicio activo, estaba perfectamente capacitado, y que, para resolver la dificultad, lo mejor era nombrarme mayor. ¡Y eso hicieron!

Así que me ascendían antes de tiempo por cuarta vez. ¡Y luego dicen que la suerte no existe!

Después de Sudáfrica pasé tres años en Malta como secretario militar y oficial de inteligencia; un trabajo fascinante.

Estando destinado en Irlanda con mi regimiento, metí la pata de una manera que tuvo grandes consecuencias en mi carrera.

Un día que estábamos de maniobras en el campo, mandé a algunos de mis hombres que arrastraran ramas de árbol por un camino polvoriento para atraer la atención del enemigo mientras yo capturaba sus cañones.

El truco salió bien, pero lo había visto el comandante en jefe, lord Wolseley, y, para mi alarma, me mandó llamar. Esperaba que me expulsaran del servicio sin más por hacer el ridículo, pero, para mi sorpresa, me recomendó encarecidamente para un ascenso.



Imitación de caballería

Poco después me llamó al Ministerio de la Guerra y me dijo que me había elegido para ir a la costa occidental de África a reclutar y mandar un contingente de nativos para la expedición de Ashanti.

—No es un servicio de caballería —me explicó—, pero sí uno en el que podrá aprovechar sus habilidades.

Con una leva de nativos en Ashanti

Desembarqué en Cape Coast Castle con el capitán Graham, del 5.º de Lanceros, como ayudante, y me puse a trabajar en organizar un contingente de ochocientos guerreros nativos de ocho tribus de la zona. Cada tribu formaba una compañía al mando de su rey. *(N. del T.: el capitán Graham tenía la D.S.O., medalla de la Orden de Servicios Distinguidos.)*



Recluta nativo

Trabajos de pionero

La tarea de mi fuerza consistía en adelantarse al grueso de la tropa, formado por soldados blancos y tropas del Caribe británico, para explorar la espesura con algunos días de ventaja y averiguar los movimientos del enemigo y cualquier otra cosa sobre él. También teníamos que hacer de pioneros, abriendo un camino a través de la selva para que lo siguieran las tropas; y aquello resultó ser un trabajo nada ligero.

Más o menos cada siete millas preparábamos un campamento de descanso para la tropa: despejábamos un gran claro en el bosque y levantábamos cobertizos de madera techados con hojas, con grandes camastros de bambú para que los hombres pudieran tumbarse. Construíamos también almacenes donde descargar las provisiones y, alrededor de todo, levantábamos empalizadas para defender el lugar si hacía falta.

De vez en cuando teníamos pequeños motines. Los constructores de puentes, por ejemplo, se negaron un día a trabajar porque no les habían dado suficiente sal en la ración, y una vez tuve que mandar a otra compañía a detener a su rey y hacerles entrar en razón de una forma u otra.

Los primeros en amotinarse fueron los de mi propia guardia personal, hombres traídos de Sierra Leona. Había salido del campamento a pasear con mi rifle por el camino por el que habíamos venido y, al volver, me encontré a mis ocho guardaespaldas intentando escabullirse por el camino de la costa.

Se quedaron horrorizados ante aquel encuentro inesperado y, como iban en fila india por el camino, les hice ver con un ruido de mi rifle de repetición que los tenía apuntados y les dije que dieran media vuelta y desanduvieran sus pasos, o el rifle empezaría a «hablar».

Al volver al campamento llamé a Alí, mi ordenanza hausa, y los dejé detenidos bajo su custodia.

Un hausa tiene un carácter muy distinto del común de los hombres de la costa y goza entre los demás de un prestigio considerable, como le ocurre a un zulú entre los otros cafres de Sudáfrica.

Desde mi tienda observé con interés cómo trataba después a los prisioneros.

Cortó un arbolito y lo colocó a un pie del suelo; luego hizo que los ocho hombres se sentaran en el suelo con las piernas metidas por debajo del tronco y los pies al otro lado. Entonces cada uno tenía que inclinarse hacia delante hasta tocarse los dedos de los pies con los de las manos, y el hausa fue atándole a cada uno los pulgares a los dedos gordos de los pies.

Esa era su idea de un cepo, y así los dejó para que pasaran la noche. Sin embargo, a los prisioneros se les ocurrió un método para quedar libres, o al menos eso creyeron. Uno de ellos se puso a dar alaridos lastimeros con todas sus fuerzas y, en cuanto se le acababa el aliento, el siguiente tomaba el relevo, y así sucesivamente. Pensaban que así me molestarían lo bastante como para que ordenara soltarlos.

Pero antes de que yo pudiera sugerirle una solución, el hausa ya había encontrado una. Cortó una vara delgada y flexible, se acercó al cantor, le dio un azote en la espalda y se quedó de pie detrás del siguiente, listo para actuar en cuanto empezara su canto.

El canto cesó como por encanto y no volvió a oírse.

El efecto moral de este pequeño episodio en el resto de mi fuerza fue excelente.

Cómo dieron por muerto a Ginger

Mi oficial blanco cayó enfermo de fiebre y lo sustituyó otro, y a este otro más, hasta llegar a no menos de cinco relevos, pero yo tuve la suerte de librarme de la enfermedad. Tenía tantas cosas que hacer que, en realidad, no me quedaba tiempo para ponerme enfermo.

En una ocasión tenía a mis órdenes a «Ginger» Gordon, del 15.º de Húsares, y lo puse al frente de una parte de mi columna para abrir un camino paralelo al mío, a tres o cuatro millas de distancia, con el fin de intentar rodear el flanco del enemigo, que se había concentrado en masa en Kumasi.

En aquella soledad, y como íbamos por delante de los carros de abastecimiento del ejército, la buena comida no abundaba. Así que fue todo un lujo el día en que mis exploradores se las arreglaron para conseguir un cabrito.

Pensando en compartir aquel lujo con Gordon, le envié una parte con un corredor nativo, con una etiqueta atada en la que había escrito «Mayor Gordon» y la fecha en que se había matado el cabrito.

Lo normal habría sido que él pusiera sus iniciales en la etiqueta y la devolviera para demostrar que había recibido el regalo sin problemas. Pero el mensajero no pudo encontrarme, porque yo había cambiado de posición. En cambio, dio con una avanzadilla de mi columna principal y entregó la etiqueta al oficial al mando, que leyó: «Mayor Gordon muerto el 14 de abril», y debajo unas iniciales ilegibles. Convencido de que era una noticia auténtica, el oficial envió un parte al cuartel general diciendo que el mayor Gordon había muerto.



Una etiqueta sin importancia

La expedición logró tomar Kumasi y capturar al rey Prempeh. Se hizo sin derramamiento de sangre, sobre todo gracias a la rapidez de los movimientos y a que superamos al enemigo en maniobra. Se puso fin a los sacrificios humanos, y Kumasi, que había sido el «Lugar de la Sangre», es hoy una ciudad moderna y trabajadora.

El Gran Cuenco de las Ejecuciones, que yo me llevé del santuario de Bantama, puede verse ahora en el Royal United Service Museum de Whitehall.



El cuenco de la sangre de Bantama

El viaje de vuelta

La última etapa la hicimos en parte de noche, así que al amanecer pude pagar y licenciar a mi ejército en Cape Coast Castle.

Luego, para tomar un buen desayuno, subí a bordo del buque hospital *Coromandel*. Me recibieron con mucha cordialidad y me senté en una tumbona de cubierta a esperar el desayuno; con todas las responsabilidades quitadas de encima, me quedé dormido. No me desperté hasta el día siguiente, y me encontré en la cama de un camarote muy cómodo.

Me habían dado pasaje para volver a casa en aquel barco como invitado del capellán, un antiguo compañero de colegio. Y fui testigo de un incidente divertido que sirvió de broche a la campaña.

Al llegar a los muelles de Londres, un gran barco atracó justo antes que nosotros. Mientras lo hacía, una banda empezó a tocar «Ya llega el héroe vencedor» (*See the Conquering Hero Comes*), y un nutrido grupo de generales y de oficiales del Estado Mayor del Ministerio de la Guerra formó sobre una alfombra roja para recibirlo a su llegada.

Cuando remolcaron nuestro barco al otro lado del muelle, la banda dejó de tocar de golpe, y se vio a los músicos, a los generales y al Estado Mayor dejar el primer barco y rodear el muelle a toda prisa para recibirnos a nosotros. Había sido un pequeño error.

El primer barco era el que traía de Sudáfrica, como prisioneros, a los oficiales y soldados implicados en el caso Jameson, para que fueran juzgados y castigados en Inglaterra. Ni «héroes vencedores» ni alfombras rojas venían muy a cuento.

> «Para extender la idea y la administración británicas por toda esta nueva región (Ashanti), habrá que hacerla producir gloriosos frutos en el comercio y en las finanzas... No es pequeña ventaja para nuestros comerciantes descubrir en Ashanti un nuevo mercado que, bien organizado, debería generar en pocos años dos o tres millones de libras anuales en pago de productos británicos. Más aún, al imponer de forma definitiva y firme la paz de la Reina sobre esta gran región nativa, en lugar del régimen degradante, desmoralizador y empobrecedor

que ahora domina, quizá llevaremos a cuatro o cinco millones de nativos todas las ventajas de la industria, del comercio pacífico y del alto principio del orden, la justicia y la buena voluntad para con todos los hombres, que son, después de todo, los principios rectores que enseña nuestra firme religión nacional».

Sir George Baden-Powell, *Política y riqueza en Ashanti* (*Policy and Wealth in Ashanti*), 1896

La profecía de mi hermano se ha cumplido. Ashanti es hoy una colonia muy próspera del Imperio, y Kumasi, una ciudad moderna con ferrocarril, luz eléctrica, cines y coches.

El soldado de antes y el de ahora

He tenido la suerte de servir tanto con soldados de servicio largo como con soldados de servicio corto.

Estuve a punto de llorar cuando vi marcharse en tren a un grupo de hombres de mi regimiento que habían cumplido su tiempo: unos, doce años de servicio militar, y otros, veintiuno. Eran unos compañeros espléndidos en la cumbre de su condición militar: pulcros, despiertos, eficaces, llenos de *esprit de corps* y orgullosos de sí mismos y de su regimiento.

Aún hoy puedo recordar a la mayoría por su nombre y por su cara, aunque de aquellos días hace ya cincuenta años.

Eran muy distintos de los soldados de hoy: otro tipo de hombre, con otro tipo de formación.

El soldado de servicio corto de hoy se forma para ser un miembro inteligente del equipo. Su disciplina nace sobre todo de dentro, de modo que es más sobrio y se porta mejor; es un individuo más inteligente y mejor combatiente que sus predecesores.

Al soldado de antes se le formaba con un patrón común, mediante un largo curso de disciplina, para convertirlo en un engranaje de la máquina, fiel como un perro a sus oficiales y tan dependiente de ellos como un perro de su amo.

Pero incluso en aquella máquina que los hacía a todos iguales se encontraban caracteres singulares.

En mi escuadrón había, entre otros, un viejo con mucha personalidad, el herrador Gauld, un escocés que se nos había unido procedente del 92.º de Highlanders. Era un tipo fornido, tosco y entrado en años, muy reservado, que pasaba sus ratos libres tejiendo plácidamente sus calcetines.

Pero si, en alguna rara ocasión, se le calentaba la sangre, tenía un puño como un martillo de herrero. Una de esas ocasiones se presentó cuando a nuestro regimiento lo trasladaron de improviso a un nuevo destino para sustituir a otro que habían tenido que retirar por sus roces con los vecinos.

La misma tarde de nuestra llegada al nuevo acuartelamiento, Gauld se encendió. Estaba dando un paseo tranquilo para conocer el nuevo acantonamiento cuando le salieron al paso tres hombres del regimiento que aún quedaban allí. Pero los derribó a los tres y se trajo a uno como trofeo.

Luego se supo que sus asaltantes no sabían nada del cambio de regimientos y que, al ver que era de caballería, lo habían tomado por uno de sus antiguos enemigos.

La fama de su fuerza corrió enseguida y valió a nuestro regimiento la admiración absoluta de los vecinos, y a Gauld, una buena ración extra de cerveza.

6. Matabeleland

Después de la campaña de Ashanti estaba acuartelado en Belfast con mi escuadrón del 13.º de Húsares.

Un día recibí un telegrama del general Sir Frederick Carrington. Le habían ordenado partir de servicio a Sudáfrica en un plazo de tres días y, si yo podía unirme a él, me nombraría jefe de su Estado Mayor. Esto ocurrió el 29 de abril, y el 2 de mayo yo ya estaba embarcado.



Cecil Rhodes charlando con el general Sir Frederick Carrington (dibujados del natural)

Salí de inmediato y, ya en viaje, envié un telegrama a mi coronel, al cuartel general de Dundalk, para decirle que había partido hacia Sudáfrica y pedirle permiso. No es un procedimiento muy ortodoxo, pero, dadas las circunstancias, me pareció disculpable.

El coronel no me hizo volver, así que seguí mi camino, y desde entonces tengo con él una deuda de gratitud, porque sin saberlo me dejó marchar a la mejor aventura de mi vida.

El motivo del llamamiento repentino del general Carrington era que la tribu matabele de Sudáfrica se había sublevado y sus guerreros estaban asesinando a los colonos blancos de la zona.

Los matabeles eran en origen zulúes que, al mando de Mzilikazi, hijo de Matshobane, habían sido enviados por el rey zulú Shaka a una expedición de conquista en 1847.

Como su ataque fracasó, lo que se esperaba de ellos, según la costumbre, era que volvieran, los desarmaran y las mujeres de la tribu les rompieran el cuello. Pero en esta ocasión no lo vieron del mismo modo y prefirieron no volver a casa, sino seguir por su cuenta, con el cuello intacto, hacia el norte, hasta encontrar un lugar adecuado donde asentarse.

Lo encontraron al fin en lo que hoy se conoce como Rodesia del Sur. Allí arrasaron a los pacíficos makalakas, se apoderaron de sus mujeres y de su ganado, se asentaron en Gubulawayo y formaron una nueva tribu. Esto fue en 1850.

Mzilikazi, un viejo guerrero, murió en 1868 y le sucedió Lobengula. En 1888, Rhodes consiguió un acuerdo con Lobengula para ocupar y colonizar Mashonaland, el territorio situado al este de Matabeleland. En 1890 lo puso bajo el gobierno de su amigo el doctor Jameson, pero los matabeles no conseguían quitarse la costumbre de atacar a sus vecinos y siguieron haciendo incursiones por la frontera, hasta que acabaron enfrentándose a la Policía de Mashonaland y matando a algunos de sus hombres.



Guerrero matabele

engula huyó hacia el norte siguiendo el río Shangani hasta reunirse con una parte de su ejército que estaba descansada, a las órdenes de M'jaan y Gamba, que había estado guerreando lejos y no había llegado a tiempo de participar en la lucha contra los británicos.

El mayor Wilson, con una avanzadilla de treinta y cuatro jinetes de la columna del mayor Forbes, persiguió a Lobengula con la intención de capturarlo, pero tuvo la mala suerte de acosarlo solo hasta que llegó a ese ejército de guerreros descansados.

Para colmo, el río que acababan de cruzar creció a sus espaldas y los separó de su columna de apoyo.

Así que, rodeados por una horda de guerreros invictos, y aunque lucharon con valor hasta el final, todos los hombres de la patrulla murieron.

La historia de su último combate se ha convertido en una epopeya del país, y sus restos están enterrados cerca de los del propio Rhodes, en el lugar llamado «La Vista del Mundo» (*World's View*), en los montes Matopos.

Nityana, el jefe que encabezó el último ataque contra ellos, describió así el final de Wilson:

—El induna estaba embrujado. Le disparamos con seis rifles y siguió peleando. Un herido le pasaba un arma nueva todo el tiempo. Pero al fin lo matamos, y el herido, que ya no podía pelear, solo se tapó los ojos con las manos mientras lo atravesábamos con las azagayas. ¡Ah, esos no mueren como los mashonas! Nunca gritan ni se quejan. Esos son hombres.

Esto fue en 1893, y Lobengula murió dos meses después, fugitivo en el monte.

La segunda campaña de Matabeleland

Llegamos ahora a 1896. Los matabeles se habían asentado y esperaban que la invasión británica del país fuera solo una incursión pasajera, como las que ellos solían hacerse unos a otros.

Al ver que los británicos pretendían quedarse, plantearon su dilema al Mlimo, su dios, al que durante generaciones habían acudido en busca de consejo en los momentos de crisis nacional.

Este oráculo daba sus instrucciones en una cueva de los Matopos y también en dos o tres lugares de Mashonaland.

En esta ocasión aconsejó que los guerreros matabeles se dirigieran a Buluwayo una noche determinada y mataran a los blancos del lugar, y que después salieran a matar a los blancos que se habían instalado en sus granjas.

El plan fracasó por la impaciencia de los guerreros, que, de camino a la cita, no pudieron resistir la tentación de matar a algunos granjeros al pasar cerca de sus casas. Muchos de ellos, sin embargo, lograron escapar y llegar a Buluwayo, y dieron aviso del ataque inminente. Entre los que escaparon estaba Selous, el célebre cazador, que tenía una granja a unas treinta millas de Buluwayo.

Los habitantes de Buluwayo levantaron una sólida defensa en la plaza del Mercado y se refugiaron allí para protegerse del ataque. Los matabeles que llegaron de noche al pueblo lo encontraron todo a oscuras y extrañamente silencioso, y sospecharon que podía tratarse de una trampa.

Así que no se atrevieron a entrar y se contentaron con destruir las granjas de los alrededores y asesinar a los blancos que se encontraran por los caminos.

Entretanto, los colonos se organizaron en unidades de combate, a caballo y a pie, y llevaron a cabo audaces ataques contra el enemigo cuando y donde lo encontraban.

Mientras tanto se reunían fuerzas de socorro entre los habitantes de Salisbury, en Mashonaland, y, en la Colonia del Cabo, a cargo del coronel Plumer; y para que se hiciera cargo de esas fuerzas y de la situación en general, se llamó al general Carrington.

La estación de ferrocarril más cercana a Buluwayo estaba en Mafeking, a 587 millas, y el camino era de arena pesada y sin agua durante la mayor parte del trayecto. Las carretas de bueyes eran el único medio de transportar cargas pesadas y, a la velocidad habitual de dos millas por hora, traer víveres, municiones, equipo y material sanitario suponía, naturalmente, un viaje muy largo.

Como si esta adversidad no fuera suficiente, se declaró una peste que arrasó el país, de modo que murieron todas las yuntas de bueyes por los caminos y cientos de carretas quedaron abandonadas a lo largo de la ruta.

Desde Mafeking, el general y su Estado Mayor (formado por el coronel Vyvyan como ayudante general adjunto, el capitán Ferguson como ayudante de campo, el coronel Bridge como intendente del ejército y yo mismo como jefe del Estado Mayor) emprendimos nuestro largo viaje en diligencia, un carromato «de los de antes» tirado por ocho mulas.



Diligencia en Rodesia

Tardamos diez días Y DIEZ NOCHES en llegar: el viaje más agotador que he soportado nunca. Cambiábamos de mulas en las postas, más o menos cada quince millas. Lo asombroso fue que, aunque estábamos en territorio enemigo, los matabeles nunca interfirieron en el tráfico de esos caminos.

La razón que dieron más tarde fue que suponían que, si dejaban abierta una vía de retirada, los habitantes de Buluwayo estarían encantados de aprovecharla para huir del país.

No entraba en sus planes que la usáramos en sentido contrario.

Nada más llegar a Buluwayo instalamos nuestra oficina y empezamos a organizarnos.

Hubo unos cuantos combates en los alrededores, y al final los matabeles se retiraron a su gran fortaleza de los montes Matopos.

Aquellos montes eran una extensión de terreno quebrado en montones de granito apilados que en muchos sitios alcanzaban ochocientos o

novecientos pies de altura (unos 250 o 275 metros), llenos de cuevas y de simas medio ocultas por la vegetación de cactus, mohabahobas y baobabs.

La zona tenía unas cincuenta millas de largo por veinte de ancho y era el país más endiablado que pueda imaginarse para hacer la guerra.

Allí escondió el enemigo su ganado y a sus mujeres, y tomó posiciones fuertes para defenderse, no en uno, sino en media docena de lugares distintos. Aunque teníamos muchos nativos amigos y bastantes voluntarios blancos que hacían de exploradores, comprobamos que la información que traían carecía tanto de detalles militares que apenas servía para preparar nuestros planes tácticos. Al final, el general me mandó a reconocer las posiciones, y yo dejé mis tareas de la oficina en manos de mi ayudante, el capitán, hoy Sir Courtenay, Vyvyan.

Aquellos reconocimientos se convirtieron en la aventura que más he disfrutado en mi vida, aunque fueran un poco duros.

En este trabajo coincidí varias veces con el mayor Fred Burnham, el explorador norteamericano, cuyas aventuras cuenta con todo detalle en su libro *Exploración en dos continentes* (*Scouting in Two Continents*).

Los montes Matopos estaban a unas treinta y cinco millas de Buluwayo. Después de uno o dos tanteos, mi método habitual era este: salir a caballo con un acompañante y hacer de día la mitad del camino. El resto del trayecto había que hacerlo a oscuras para no ser vistos. Nuestro plan era llegar antes del amanecer a un punto desde el que pudiéramos ver sin ser vistos y averiguar, si era posible, las posiciones y la fuerza del enemigo.

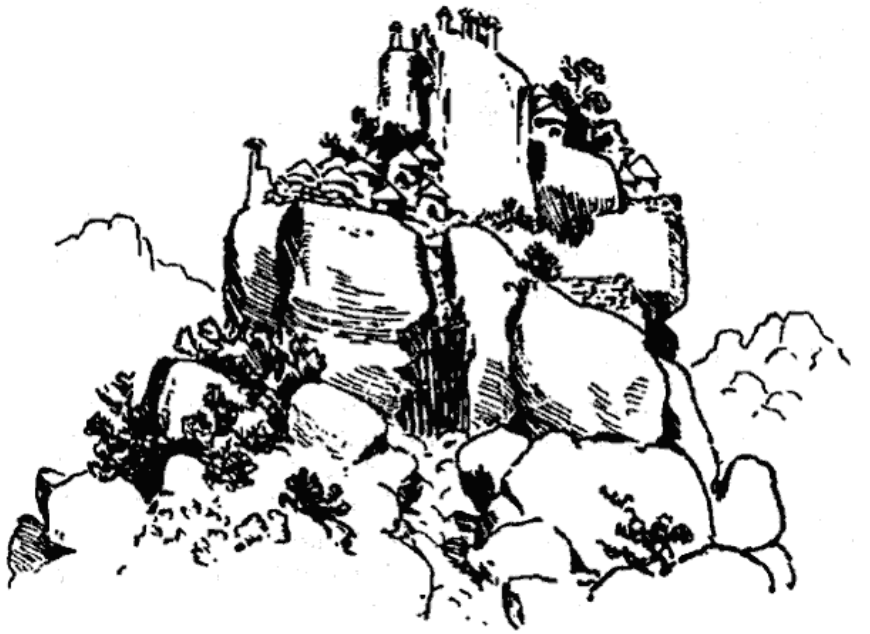
Esto resultaba más fácil gracias a los fuegos que encendían temprano por la mañana para cocinar.

Así podíamos localizar las distintas posiciones que ocupaba el enemigo y atacarlas una por una.

Estos ataques exigieron métodos nada ortodoxos, por lo insólito del terreno en el que teníamos que trabajar. Las alturas que formaban las

alezas estaban hechas sobre todo de rocas gigantescas apiladas unas sobre otras, entre las que había cuevas y túneles naturales, y en algunas de ellas, manantiales.

Así, el enemigo pasaba la mayor parte del tiempo fuera de la vista y a salvo del fuego de artillería, metido en agujeros que se abrían en varias direcciones.



Una típica cueva fortificada

Nuestro contingente de muchachos mestizos del Cabo era especialmente apto para el tipo de lucha que exigían aquellas cuevas. Al mando del mayor Robertson, un hombre de las Tierras Altas de Escocia, se metían a rastras y sin hacer ruido donde ni los ángeles se habrían atrevido a entrar, y ponían manos a la obra con la bayoneta, su arma favorita.

A propósito, a este contingente lo apodaban «la Avanzada Perdida» (*Forlorn Hope*) porque, aunque tenían rifles y bayonetas, no teníamos equipo suficiente para darles cinturones y correajes, de modo que iban siempre con la bayoneta calada y parecían especialmente dispuestos a ir al grano.

Y así, con algunos combates duros, fuimos venciendo poco a poco la resistencia en los Matopos.

Uwini

Al final me pusieron al mando de una columna ligera para limpiar el país de las bandas dispersas de matabeles.

Una de las tareas de mi columna era capturar, si era posible, a uno de los dos «mlimos» que incitaban a la gente a seguir luchando contra nosotros. El mayor Watts había conseguido detener a uno de ellos, Makoni, y el hombre fue juzgado y ejecutado. El mayor Burnham mató a otro.

Por las mismas fechas, mi columna se topó con el tercero, llamado Uwini, que con cerca de mil hombres ocupaba varios *kopjes* (cerros) fortificados. Nos propusimos atacarlos con tesón, y al tomar el primero perdimos cuatro hombres; pero, tras una emocionante escaramuza en oscuros túneles subterráneos, nuestros hombres capturaron al jefe en persona, herido pero desafiante.

Pesaban sobre él varios crímenes, entre ellos el asesinato de al menos dos hombres blancos. Lo juzgamos en consejo de guerra, fue declarado culpable y condenado a muerte.

Pocos días después llegó una orden sorprendente del gobernador de Sudáfrica: debían juzgarme en consejo de guerra por ser el responsable de la ejecución de Uwini, ya que yo había firmado su sentencia de muerte, y había que ponerme bajo arresto inmediatamente.

Sir Frederick Carrington respondió al gobernador por telegrama pidiendo que «al coronel Baden-Powell se le ahorrara la humillación del arresto, por ser un oficial que había prestado tan excelentes servicios», y proponiendo que se convocara un tribunal de investigación.

El tribunal se reunió a su debido tiempo en Gwelo. El cargo contra mí era que, una vez detenido el malhechor, debería haberlo entregado al puesto de policía más cercano para que lo juzgaran las autoridades civiles.

En mi defensa alegué el argumento legal de que, según la ley militar, tenía potestad para juzgar por mí mismo si me encontraba a más de cien millas de una autoridad superior.

Estaba a más de cien millas de mi general y a más de mil de mi gobernador, aunque, de haber estado a solo cincuenta, habría actuado igual, porque el castigo inmediato en presencia de su propia gente había brindado una ocasión excelente para destruir su fe en el Mlimo. Además, consiguió que se rindieran, y así se salvaron las muchas vidas que se habrían perdido, tanto entre nuestros hombres como entre el enemigo, si hubiéramos tenido que seguir atacando uno tras otro los ocho *kopjes* que formaban su fortaleza.

Por supuesto, el tribunal me declaró «no culpable» y quedé libre sin ninguna mancha en mi expediente, y ahí acabó todo.

Si el gobernador no estaba contento conmigo, mi general sí lo estaba, y me dijo en privado que me había propuesto para la C.M.G.; pero nunca la obtuve... ¡salvo de otra manera!

Años después, cuando volví a África para la guerra de los bóeres, se me acercó un hombre en Ciudad del Cabo y me preguntó:

—¿Llegó a conseguir aquella C.M.G. por la ejecución de Uwini?

Y cuando, muy divertido, le dije que no, se quitó de la muñeca un brazalete de hierro corriente, me lo dio y me dijo:

—Pues aquí la tiene: el brazalete que llevaba Uwini cuando lo matamos. Yo formaba parte del pelotón de fusilamiento.

He contado con detalle el caso de Uwini porque ilustra un hecho: a veces a los hombres con autoridad les entra un prurito que los empuja a seguir moviendo los hilos cuando, en la práctica, ya han dejado la responsabilidad en manos del encargado de dirigir el espectáculo.

Se ve de vez en cuando en los generales, en quienes puede ser algo más disculpable, pero no es cosa de risa, sino un asunto serio y peligroso, cuando los gobernadores se entrometen, como hicieron en aquel embrollo de Zululandia, retrasando nuestro ataque contra Dinizulu y acusando sin razón a un oficial de matar a súbditos de una potencia aliada, y también en Matabeleland, ordenando arrestar a oficiales y criticando las tácticas del mando.

Incluso los políticos que buscan popularidad sienten a veces ese prurito, y en algunos casos se les permite tener una voz decisiva, como en el del coronel Dyer, en la India, y el del general Gough, en Francia.

Si se tratara de algo sin importancia, daría igual; pero el peligro de que a uno lo arresten y lo arruinen profesionalmente por alguna influencia ajena no puede dejar de afectar a muchos buenos oficiales: ante una situación difícil, tendrán un ojo puesto en las consecuencias personales, en lugar de concentrarse de todo corazón en llevar bien el asunto que tienen entre manos.

Joseph Chamberlain fue un modelo para otros que presumen de estadistas y se llaman así a sí mismos cuando, en un momento en que me enfrentaba a ciertas dificultades en Sudáfrica, me dijo: «No tenga miedo de hacer lo que crea que es correcto. Nosotros (la Oficina Colonial) le respaldaremos».

Así es como debe ser. Cuando se ha elegido a un hombre de confianza, hay que confiar en él. Y si no tiene éxito, no hay que convertirlo en

o expiatorio de lo que, en realidad, es un error propio: haberlo elegido mal.

Al final los matabeles se rindieron, pero algunos biógrafos de Cecil Rhodes han hecho de su rendición un episodio más dramático de lo que justificaban los hechos.

Mashonaland

Justo cuando habíamos sofocado la rebelión de Matabeleland, estalló otra en Mashonaland, que puso en contra nuestra a unos veinte mil hombres, mientras que los blancos armados de la zona no pasaban de dos mil. Pero llegaron tropas regulares de la Colonia del Cabo, al mando del coronel Alderson, y en poco tiempo se dominó toda la sublevación, justo antes de la temporada de lluvias.

En esta campaña tuvimos ciento ochenta y siete muertos y ciento ochenta y ocho heridos, y, además, habían sido asesinados doscientos sesenta y cuatro blancos.

Al terminar la campaña, el general y yo viajamos con Cecil Rhodes desde Mashonaland hasta la costa. Al llegar a Umtali ocurrió un incidente curioso. El pueblo se había construido y poblado contando con que el ferrocarril de Beira pasaría por él en cuanto fuera posible, pero se había descubierto que ciertas dificultades técnicas impedían que la línea se acercara a menos de dieciocho millas.

Esto, como es natural, había molestado a los vecinos, y cuando llegamos le dijeron al señor Rhodes que pensaban pedirle cuentas por ello.

Él, sin embargo, resolvió el asunto a su manera, tan original como siempre. Fue llamando a su habitación a los propietarios, uno tras otro, les preguntó cuánto habían gastado en sus propiedades, les extendió un

cheque por esa cantidad y los animó a instalarse en el nuevo poblado que se pensaba construir junto a la vía del tren.

Cuando vino a comer aquel día, Rhodes preguntó:

—¿Alguien quiere comprar un pueblo? Acabo de comprar este entero, con todas sus casas, hoteles, iglesias y cárcel. ¿Quién da más?

Adiós al 13.º de Húsares

Al volver a casa después de la campaña contra los matabeles, me reincorporé a mi regimiento, el 13.º de Húsares, en Dublín. Llegué de madrugada y fui a darme un baño. Al desnudarme, me quité del cuello un pequeño amuleto que me había dado mi criado irlandés, Martin Deilleon, cuando empecé la campaña el año anterior. Me había rogado encarecidamente que lo llevara, porque su sacerdote le había dado una bendición especial, y yo lo hice para tenerlo contento.

Como decía, me lo quité para ducharme y, al vestirme de nuevo, no pude encontrarlo por ninguna parte.

Esa mañana, cuando vi al viejo Deilleon, le conté la misteriosa desaparición, y no se sorprendió lo más mínimo; solo comentó que era de lo más natural. Me lo había dado únicamente para proteger mi vida durante la campaña y, una vez cumplida su misión, como es lógico, había desaparecido.

El caso es que nunca volví a verlo, aunque lo busqué por todas partes.

Llevaba con el regimiento el tiempo justo para comprarme un equipo nuevo cuando, de repente, ¡bum!, me cayó otro bombazo.

Por la campaña de Ashanti me habían concedido el grado honorario de teniente coronel, y por la de los matabeles, el de coronel. De modo que, aunque en el regimiento figuraba como mayor, por debajo del ten-

iente coronel que lo mandaba y del mayor segundo jefe, por graduación estaba por encima de los dos, lo cual era un poco anómalo.

No había caído en ello hasta que un día el coronel me mandó llamar y me comunicó que me habían nombrado jefe del 5.º Regimiento de Dragones de la Guardia.

Aquello sí que fue un bombazo, pero intenté esquivarlo diciéndole al coronel:

—No quiero irme; prefiero quedarme en el regimiento.

Sin embargo, me explicó que, siendo coronel, me era imposible seguir donde estaba, así que tuve que marcharme.

Dejar mi viejo regimiento fue uno de los momentos más amargos de mi vida. Había servido en él veintiún años, los mejores de mi vida, y la marcha fue un gran desgarro, sobre todo la despedida, que resultó mucho peor de lo que esperaba.

Había acordado con mi criado escabullirme temprano, antes del desayuno; para que nadie se diera cuenta, él tendría un coche de alquiler esperándome en la puerta trasera de mi alojamiento, cargado con mi equipaje, para que pudiera irme sin ser visto.

Cuando todo estuvo listo, salí a hurtadillas por la puerta trasera y me encontré el coche con el sargento mayor del regimiento sentado en el pescante, la banda, que también estaba allí, los hombres de mi escuadrón tirando de largas cuerdas... ¡y el regimiento entero a la puerta del cuartel para verme salir!

Y así nos pusimos en marcha: la experiencia más abrumadora que he vivido. Lo último que vi del cuartel fueron sábanas agitándose en todas las ventanas, y aquella procesión de locos me acompañó por las calles de Dublín hasta dejarme en la estación entre gritos de despedida.

Gracias a Dios, unos años después se me permitió volver al regimiento como su coronel honorario, y así sigo, con más de cincuenta y seis años de

convivencia con los viejos «Lillywhites» *(N. del T.: tal vez sea el apodo por el que se conocía al regimiento).*

El 5.º de Dragones de la Guardia

Los bombazos me habían ido cayendo uno tras otro. Nada más volver a casa de Ashanti me habían ordenado ir a Matabeleland, y ahora, apenas instalado otra vez en casa, recibía la orden de partir hacia la India.

Pedí que me concedieran un permiso, porque dos campañas tan duras seguidas lo dejan a uno algo cansado.

Pero me dijeron que se necesitaban con urgencia mis servicios en el 5.º, que debía ir de inmediato y que, en cuanto hubiera puesto en orden las cosas allí, podría pedir todo el permiso que quisiera.

Así que me fui.

Al poco de llegar a Meerut comprobé que, con un cuadro excelente de oficiales y suboficiales, no tendría ninguna dificultad para poner el regimiento en perfecto orden en cuanto ellos me conocieran a mí y yo a ellos.

No conozco en el mundo un trabajo tan delicioso como el de coronel de un regimiento, sobre todo si, como era mi caso con Sir Bindon Blood, tu general comprende tus manías.

Vi que tanto los oficiales como la tropa formaban un equipo de soldados muy responsables y bien formados, y entre todos pusimos en marcha varias líneas nuevas de formación para mejorar la eficacia. Fueron experimentos interesantes y provechosos, con resultados útiles.

Don de mando

El dominio del caballo era, naturalmente, el primer y gran objetivo de todo regimiento de caballería; pero, además, nosotros cultivábamos el «dominio de los hombres», algo que a veces se perdía de vista. Porque, aunque el caballo es, al fin y al cabo, un instrumento para llevar al hombre a la acción, lo que importa es el hombre: su preparación, su eficacia y su espíritu.

Un hombre solo puede dominar bien un caballo si le tiene cariño. Solo puede ser un buen soldado si le tiene cariño a la milicia. Del mismo modo, un oficial solo puede tener verdadero don de mando si les tiene cariño a sus hombres.

Por don de mando no me refiero a ser un negrero, sino a lo que hace el buen jinete con su caballo: tener a sus hombres en la mejor condición para combatir. Eso exige mantenerlos en forma y bien alimentados, y darles el espíritu que los mantenga alegres, despiertos y leales.

Cualquier tonto puede dar órdenes, pero para ser un buen jefe hay que tener don de mando.

Sabiendo por experiencia propia lo valioso que había sido para mí, de joven oficial, tener responsabilidades ante mi coronel, llevé ese principio hasta el final con los oficiales jóvenes del regimiento. Y al organizar a los hombres en pequeños grupos, la responsabilidad se repartía entre los suboficiales más jóvenes, que eran la columna vertebral de la disciplina y la eficacia.



El coronel me echa encima la responsabilidad

Cuando mandaba un escuadrón, me acostumbré, aunque iba totalmente en contra del reglamento, a recibir a cada hombre de mi escuadrón en privado, a solas en mi cuarto. Lo hacía sentirse a gusto ofreciéndole algo de fumar o invitándole a tomar el té conmigo y, charlando de cosas corrientes, lo animaba a contarme qué lo había llevado al ejército, cómo había sido su vida, cuáles eran sus ambiciones, quién era su familia, y así sucesivamente. De este modo se establecía un contacto cercano y amistoso con cada uno y, al invitarle a hacer confidencias, uno se ganaba su confianza.

Así descubrí hasta qué punto, sorprendente, tenían en cuenta las opiniones y los sentimientos de sus padres.

Estoy absolutamente convencido de que es el trato personal entre los oficiales y cada uno de sus hombres lo que lleva a una disciplina más fuerte, la disciplina que nace de dentro, mucho más que cualquier disciplina impuesta desde fuera por el reglamento o por miedo al castigo.

La fiebre tifoidea estaba causando estragos entre las tropas de Meerut. Después de revisar todas las instalaciones sanitarias del cuartel, incluido el abastecimiento de agua y todo lo necesario para mantener las moscas fuera de la cocina y esta impecablemente limpia bajo vigilancia, llegué a la conclusión de que quizá los hombres se contagiaban al comprar comida en las tiendas de los nativos.

Así que un día reuní al regimiento y le sugerí que, a modo de experimento, se abstuvieran durante unas cuantas noches de ir al bazar de los nativos, para ver si eso influía en la salud general del regimiento.

Les expliqué que no quería dar una orden general al respecto, porque trataba con hombres sensatos y no con niños, y dejé el asunto en sus manos.

Unos días después, un hombre ingresó en el hospital muy enfermo, pero no sabía decir cómo se había contagiado. Luego se supo que había ido al bazar, en contra del deseo general del regimiento, y el regimiento, en consecuencia, le hizo saber su disgusto.

Sin embargo, el resultado del experimento parecía indicar que íbamos por buen camino, así que montamos por nuestra cuenta una panadería, a cargo de un sargento que había sido pastelero y sabía hacer toda clase de delicias.

También teníamos nuestra propia fábrica de agua mineral y de limonada, y abrimos una cantina de refrigerios donde los hombres podían tomar comidas ligeras a cualquier hora y cenas calientes por la tarde.

Además, en contra del reglamento, permití que los hombres tomaran una pinta de cerveza *(N. del T.: medida de capacidad inglesa que equivale*

aproximadamente a medio litro) con las comidas si les apetecía, de modo que ya no tenían que hacer su peregrinación habitual a la cantina y quedarse allí holgazaneando y bebiendo en la barra.

Por cierto, el encargado de la cantina, un sargento, vino a verme un día para decirme que en toda la jornada no había ido ni un solo hombre y que, por tanto, en adelante podría arreglárselas con un ayudante en lugar de dos. Para celebrarlo, le regalé un par de guantes blancos.

También pusimos en marcha una lechería del regimiento, con nuestro propio rebaño de vacas y un sargento encargado de garantizar una limpieza escrupulosa. Hacíamos nuestra propia mantequilla y esterilizábamos la nata y el queso. Esta industria prosperó mucho: venía gente de fuera a comprarnos leche y mantequilla.

La leche india da una mantequilla muy pálida, así que solíamos añadirle un poco de azafrán para darle un aspecto cremoso. Un día se volcó el bote de azafrán y la mantequilla salió de un amarillo intenso. Aquello conquistó a muchos clientes, que pedían más y más de aquella preciosa mantequilla amarilla, y tuvimos que ser generosos con el bote de azafrán; eso sí, subimos dos peniques el precio de la libra de mantequilla, que era exactamente la misma, no porque el azafrán fuera muy caro, sino porque les gustaba... bueno, ya sabes lo que eso significa.

Pero lo más importante de nuestra lechería fue que las enfermedades en el regimiento se redujeron notablemente. Y nos dejó en buen lugar cuando, a final de año, presentamos nuestros informes sobre el número de delitos, etcétera: no hubo ningún caso de embriaguez y solo faltas menores. Esto inquietó a las autoridades del Ministerio de la Guerra, que comunicaron a nuestro general que, sin duda, el regimiento estaba ocultando hechos.

Nuestro general, que estaba totalmente de acuerdo con nuestras medidas internas, escribió al ministerio diciendo que, si el regimiento

a sus delitos, no podía ocultar sus muertes, y que estas eran muy inferiores a las de los demás regimientos, en los que la tifoidea se estaba cobrando gran número de víctimas.

Daba la casualidad de que yo llevaba un registro de los casos de tifoidea a medida que se producían: anotaba en qué barracón había aparecido el caso, si estaba techado con paja o con teja, a qué altura se encontraba sobre el suelo, de qué dirección le daba el viento, etcétera. Podría parecer una tontería, pero, en el corto plazo de dos años, empezábamos a obtener datos concluyentes; y cuando nos marchamos de Meerut, el general envió estos informes a los oficiales médicos para que continuaran el trabajo.

Exploradores del regimiento

Puse en marcha en el regimiento un sistema de organización y formación de exploradores que con el tiempo adoptó todo el ejército.

Obtuve autorización del Estado Mayor para que los hombres que se habían tomado la molestia de completar la formación llevaran en el brazo una insignia que los distinguiera como exploradores. Para ello elegí la flor de lis, que señala el norte en la brújula, porque un explorador es el hombre capaz de mostrar el camino, como la aguja de una brújula.

Más tarde, lord Haldane me informó de que este sistema de exploradores se había adoptado en todo el ejército y de que, para animar a los hombres que aprobaran el examen de explorador, recibirían una paga extra de dos peniques al día.

Yo le aseguré que dos peniques al año, gastados en una insignia, serían un truco más barato. Los hombres hacen mucho por una insignia: somos criaturas vanidosas.



La vanidad de las insignias

Nuestros exploradores trabajaban mucho más de noche que de día. Para que los hombres hicieran prácticas, conseguí permiso para que participaran en las maniobras del ejército en Attock. Tenían que moverse con sigilo, porque estas maniobras se desarrollan por completo en la montaña.

Las compañías de patanes de los regimientos indios fueron enviadas a hacer de enemigo con sus propios métodos de combate, que a veces se acercaban mucho a la realidad.



Muy cerca de la realidad

El primer día, mis exploradores se quedaron muy asombrados al ver que las operaciones se suspendían al caer la noche, y el general en jefe se sorprendió igualmente cuando le dijeron que la noche era justo el tiempo que necesitaban para hacer su trabajo. Hasta entonces él había pensado que la noche era para que sus hombres descansaran, pero, por sugerencia de ellos, le pareció bien concederles algunas noches para operar. Después expresó su asombro y su satisfacción por el trabajo de reconocimiento que habían hecho los exploradores y por la buena información que habían conseguido. También le pareció bien que fueran independientes:

que llevaran en la mochila todo lo que necesitaban y que se cocinaran ellos mismos la comida cuando y como les hiciera falta.

Además de los exploradores, formamos también a mensajeros que usaban las bicicletas del Regimiento. Así se desplazaban deprisa y en silencio, y ahorrábamos mucho esfuerzo a los caballos.

Naturalmente, cada explorador tenía que ser capaz de cruzar los ríos a nado con su caballo.



Caballos nadando

Movilización rápida

Otra novedad que introdujimos fue tener siempre un escuadrón de turno, listo para salir en servicio activo pocas horas después de recibir el aviso. Cada escuadrón hacía un turno de un mes, con los caballos y los hombres preparados, las nóminas listas, la munición, los pertrechos, etc., y las espadas afiladas.

Esto último despertaba la ira de las autoridades de Intendencia, porque había una norma según la cual las espadas debían estar sin filo hasta que se necesitaran en servicio activo, y entonces las afilaría la armería del Regimiento.

Calculé que afilar las espadas con el personal disponible podía llevar dos o tres semanas. Por eso tenía en cada escuadrón hombres formados como afiladores, a los que también se enseñó a quitarles el filo después de haberlas afilado.

Conviene recordar el caso de los carabineros que, durante el Motín de la India de 1857, con las espadas sin filo, recibieron de repente la orden de cargar contra la guarnición de caballería india sublevada, que solía llevar las espadas afiladas como navajas de afeitar.

En la caballería de la India hay un dicho: «Tan inútil como una espada sin filo».

Cuando daba la alarma para movilizar al escuadrón de servicio, con la orden de llevar lo necesario para una marcha de tres días hacia un destino desconocido, salían con todo completo hasta el último detalle, incluida la banda de música del escuadrón, que los acompañaba a la estación y tocaba *Auld Lang Syne* cuando el tren arrancaba.

Algunas veces los movilizábamos solo unos centenares de yardas y luego volvían; otras veces los enviábamos una hora o así en tren, y entonces desembarcaban y montaban el campamento.

De esta forma, todo el Regimiento estaba preparado para movilizarse con rapidez.

La caballería de la India

En aquella época tuve la gran suerte de mandar brigadas de caballería en varias maniobras, y así llegué a sentir un gran aprecio y admiración por la

caballería de la India. Estuvieron a mis órdenes, en distintos momentos, los regimientos III, IV, V, XIII, XIV y XVIII de la Caballería de Bengala y el XV de Multanis. Este último lo formaban unos tipos espléndidos y salvajes. Todavía los veo con los ojos de la memoria rompiendo filas para lanzarse como furias detrás de una liebre que había saltado delante del Regimiento, y a todo el escuadrón tirándole los turbantes.



Unos tipos espléndidos

La frontera del Noroeste

Lo que hace todavía más agradable servir como militar en la India es que siempre hay alguna trifulca en algún punto de la frontera del Noroeste.

Sir Bindon Blood, nuestro general en Meerut, había librado algunas de las mayores batallas de la frontera y tenía en mucha estima el uso de la caballería incluso en aquella región montañosa, porque entre las montañas hay valles y llanuras donde se puede combatir.

Así que, aunque ya tenía más de un año de experiencia en Afganistán y Beluchistán, pensé que debía aprender más sobre esta clase de lucha, si era posible.

Por eso asistí a las maniobras de la frontera en Attock. Además, como Sir Bindon, que había sostenido una dura lucha en la campaña cerca del paso de Malakand, me había invitado, me apresuré a aprovecharlo.

Llegué al paso de Malakand solo para descubrir que él estaba en Dargai, pero me recibió con hospitalidad el general Jeffreys, que mandaba aquel puesto. (No podía imaginar que, antes de un año, yo, que era un simple coronel, sería nombrado general de división para sustituirlo. En realidad solo fui general durante cuatro días, por orden del Cuartel General de Simla, porque el Ministerio de la Guerra en Inglaterra canceló mi ascenso, ¡con el argumento de que era demasiado joven para el puesto!).

El paso de Malakand, ahora una posición fuertemente armada, lo habían tomado los británicos dos años y cuatro meses antes, y poco antes de mi llegada había resistido un tremendo intento de los hombres de las tribus por recuperarlo.

La lucha se prolongó casi sin interrupción durante cuatro días y cuatro noches, y en muchas ocasiones el enemigo llegó a pelear cuerpo a cuerpo con nuestros hombres.

Micky Doyne, que había sido capitán conmigo en el XIII y poco después fue ascendido a coronel de la 4.ª de Dragones de la Guardia, se las arregló para dejar su mando y hacerse pasar por soldado en el K.O.S.B. *(N. del T.: The King's Own Scottish Borderers, regimiento escocés)* para poder estar «dentro».

Sir Bindon me llevó al escenario de seis batallas distintas libradas durante aquella campaña. Me enseñó dónde había empleado la caballería con efecto demoledor en dos de ellas, y dónde Fincastle y Adams ganaron la Cruz de la Victoria al rescatar el cuerpo de Greaves, que se había adelantado a sus hombres persiguiendo al enemigo en su huida.

Después me llevó al puente sobre el río Swat y a su fuerte protector, Chakdara, donde 300 sijs resistieron heroicamente durante seis días y seis noches el ataque continuo de doce mil hombres de las tribus.

En Chakdara había muchos restos de templos budistas, y sus relieves eran claramente esculturas griegas. (Yo me traje una preciosa cabeza pequeña). Un soldado que cavaba una zanja alrededor de su tienda para desaguar la lluvia desenterró un anillo de sello griego, y en los alrededores se encontraron varias monedas griegas, lo que parecía demostrar que fue allí donde Alejandro Magno cruzó el Swat en su invasión de la India, en el año 327 a. C.

Poco después de volver a Meerut, el 4 de enero, recibí un telegrama de Sir Bindon Blood que decía: «El día 7 tendremos una cacería de faisanes. Espero que pueda unirse a nosotros».

Leí entre líneas y salí hacia Nowshera, la estación más cercana a Mardan y Dargai.

Al final me reuní con el general y su columna en Sanghao. Allí me dieron una calurosa bienvenida muchos amigos.

A la mañana siguiente, temprano, estábamos todos preparados para un ataque muy espectacular en el paso de Sanghao.

Estábamos en un valle estrecho, frente a una cresta rocosa de unos dos mil pies (unos 600 metros) de altura. A lo largo de ella se veían hordas de hombres de las tribus con sus estandartes, veintinueve en total, esperando nuestro ataque. Habían levantado en la cima pequeños fortines de piedra, o *sangars*, que ofrecían unos blancos magníficos a nuestros cañones. Eso los mantuvo a cubierto mientras nuestras tropas atacaban y escalaban las alturas por distintos puntos.

En nuestra cresta, que formaba el lado más cercano del valle, estaban los cañones y los Buffs, que con tiros de largo alcance podían mantener al enemigo bajo el fuego mientras avanzaba el ataque.

Sin embargo, el enemigo no se molestaba en ponerse a cubierto, y algunos grupos sostenían grandes rocas a punto para hacerlas rodar por los precipicios contra los atacantes que subían desde abajo.

Durante esta batalla presencié el acto más valiente que he visto nunca. Uno de nuestros proyectiles destrozó un *sangar*, y de la explosión de piedras y polvo salieron tres figuras que, por lo visto, estaban bastante enfadadas por el insulto. Parecían decir: «¡Esto ya es el colmo!».

Empezaron a bajar a la carga por la ladera para atacar a toda la fuerza británica. Cayó sobre ellos un fuego intenso; dos se detuvieron, se lo pensaron mejor y volvieron a toda prisa a la cresta. Pero el tercero siguió adelante. Era un espectáculo espléndido, con su ropa azul ondeando detrás de él y una gran espada reluciente en la mano.

Bajó corriendo y saltando a una velocidad increíble hasta que llegó junto a un precipicio, donde tuvo que detenerse a buscar un paso para cruzarlo. Lo encontró y siguió bajando, brincando de roca en roca. Se veían saltar pequeñas nubes de polvo a su alrededor, pero no lo detenían, hasta que de repente tropezó y cayó.

Fue solo un momento: estaba herido, sí, pero solo en la pierna. Recogió la espada y, agitándola hacia nosotros, siguió avanzando cojeando,

idido a llegar. Era un espectáculo grandioso y conmovedor ver a aquel valiente avanzar él solo contra una multitud. Nuestros hombres de primera línea dejaron de dispararle, quizá por admiración o porque se lo ordenaron, no lo sé; pero un par de minutos después, de pronto, se desplomó hacia delante, rodó y quedó encogido en un bulto. Estaba muerto.



Un espectáculo espléndido... ¡visto de lejos!

Más tarde, cuando subimos a la cima, pasamos junto a él, y me alegró ver que algunos soldados de las tropas indias que habían pasado antes lo habían enderezado y cubierto, por la admiración que sentían por él.

Antes de que se pusiera de moda bombardear desde aviones, nuestros enemigos del otro lado de la frontera y nuestras propias fuerzas peleaban con admiración y respeto mutuos.

Waziristán es hoy un buen ejemplo. Antes era el territorio más turbulento, y se ha conseguido pacificarlo estableciendo puestos fortificados al mando de oficiales simpáticos y aficionados al deporte. Se han abierto caminos y se han creado mercados. Pero los bombardeos, en los que han muerto mujeres y niños, han producido un resentimiento amargo que será más difícil de vencer.

Después de estas pequeñas vacaciones en Malakand, que eran casi una prolongación de mi propio oficio *(N. del T.: el autor usa la expresión inglesa «vacaciones de conductor de autobús», que se dice de quien pasa sus días libres haciendo lo mismo que en su trabajo)*, volví a mi Regimiento con conocimientos más actualizados sobre la guerra en la frontera y sobre la necesidad de la caballería en aquellos lugares.

Aunque el Regimiento no era el primero de la lista para el servicio activo en la India, pensé que, si surgía una urgencia en verano mientras yo estaba fuera, las autoridades debían saber que el V de Dragones era el que estaba más preparado, y por eso lo utilizarían.

No esperaba que aquella preparación se pusiera a prueba tan pronto, pero cuando llegó de improviso la petición de tropas para Sudáfrica, unos meses más tarde, el V de Dragones fue el primero en recibir la orden de partir.

Mientras tanto, me habían concedido un permiso, y recogí mis cosas para volver a casa con la ilusión de pasar una buena temporada de descanso. Durante el viaje me alcanzó un telegrama que hizo aún más alegre mi regreso: decía que el comandante en jefe, Sir George White, había felicitado al V de Dragones por haber sido considerado la mejor unidad de todas las armas destinadas en la India.

El ejército como universidad

Supongo que alguien me dirá, por lo que he contado en las páginas anteriores, que se podría pensar que hablo con orgullo de preparar a hombres para matar.

Una vez me lo dijeron, y mi respuesta fue: estoy de acuerdo en que podría pensarse, pero no era así.

Dejé claro que la cuestión tenía otra cara.

Lord Allenby ha dicho: «Los soldados no hacen la guerra; la hacen los políticos. Los soldados la terminan».

Shalimar escribió en la revista *Blackwood's Magazine* comentando las palabras de un soldado americano: «La guerra no es el infierno, y cualquier joven que lo piense ya está muerto. No conozco pensamiento más glorioso en la tierra ni en el mar que el de llevar a la acción a cien hombres como los míos, bajo el mando seguro de un general como Stonewall Jackson; y en aquellos días me sentía tan orgulloso y feliz que no habría llamado tío al rey de Inglaterra». *(N. del T.: es una expresión que significa «no me habría cambiado por nadie»)*.

Pero, aparte de esta agitación en la superficie, aparte del compañerismo en los deportes y de la aventura de abrir caminos y de pescar en rincones lejanos del mundo, cosas que fascinan a cualquier hombre de sangre caliente, el oficial tiene una alta vocación y una gran oportunidad: educar para la ciudadanía de su país a los miles de jóvenes que pasan por sus manos.

El káiser alemán me dijo una vez que el valor del servicio militar obligatorio para Alemania no estaba tanto en proporcionar cierto número de soldados como en dar a la juventud del país una educación continuada en cualidades como la lealtad, el patriotismo, la obediencia, la autodisciplina,

el respeto a uno mismo, el espíritu de equipo, la puntualidad y el sentido del deber. Todo ello contribuía a formar el mejor carácter en sus ciudadanos, y no había otra manera de inculcárselo una vez dejada la escuela.

El ejército es la mejor universidad que tenemos para que un gran número de nuestros futuros ciudadanos siga educándose después de la escuela. Allí, además de los conocimientos escolares, consiguen por fin desarrollar la salud y el vigor físico, y adquieren muchísimas cualidades valiosísimas con las que pueden hacer frente a la vida y ayudar a su país.

Por eso un oficial tiene en sus manos un poder inmenso, tan grande como el de un maestro o un clérigo, para desarrollar en sus hombres las mejores cualidades del buen ciudadano.

Por lo que he dicho, ya habrás deducido que mis propuestas sobre la vida militar no siguen la rutina habitual de la instrucción y la táctica, sino que van más bien en la línea del Escultismo y de la formación de hombres.

Esta es la explicación, y la excusa, de buena parte de lo que haría más adelante.

7. La guerra de Sudáfrica

La misión a Sudáfrica

Estaba en casa, en Londres, recién llegado de la India en junio de 1899 y disfrutando de lo que consideraba un permiso bien ganado, cuando, mientras almorzaba en el Club Naval y Militar, me cayó encima otra bomba.

George Gough, ayudante de campo de lord Wolseley, que estaba sentado en una mesa cercana, se acercó de repente y me dijo:

—Creía que estaba usted en la India. Le acabo de mandar un cable para que vuelva a casa, porque el comandante en jefe quiere verlo.

Con toda la seguridad que pude reunir, le contesté:

—Pues aquí estoy.

Después del almuerzo fuimos juntos al Ministerio de la Guerra y, una vez más, me presenté en el despacho de lord Wolseley.

Tenía la manía de intentar sorprender a la gente, y disfrutaba más cuanto menos se inmutaba uno. Creo que era su forma de juzgar el carácter de los hombres, y yo procuraba que no me pillara desprevenido, si podía evitarlo.

En esta ocasión me dijo:

—Quiero que vaya a Sudáfrica.

Con el aire de un mayordomo bien enseñado, le respondí:

—Sí, señor.

—Bien, ¿puede salir el próximo sábado? —Era lunes.

—No, señor.

—¿Por qué no?

Como conocía bien los horarios de los vapores a Sudáfrica, le respondí:

—No hay barco el sábado, pero puedo salir el viernes.

Se echó a reír y pasó a explicarme que había peligro de guerra con los bóeres. Quería que fuera allí y que, sin llamar la atención, levantara dos batallones de infantería montada y organizara las fuerzas de policía de la frontera noroeste de la colonia del Cabo, para que estuvieran preparadas si surgía algún problema.

Ya había asignado el Estado Mayor: lord Edward Cecil, de los Granaderos de la Guardia, sería mi jefe de Estado Mayor, y el mayor Hanbury-Tracy, de la Guardia Real de Caballería, mi oficial de Estado Mayor.

Luego me preguntó cuál sería mi dirección antes de embarcar, y le contesté que, si no me necesitaba en Londres, estaría en Henley para las regatas.

—¿Y el equipo?

—Tengo todo lo necesario, y Sudáfrica es un país civilizado.

Entonces me llevó a ver a lord Lansdowne, secretario de Estado para la Guerra, que me dio el pomposo título de «Comandante en Jefe de las Fuerzas de la Frontera Noroeste».

Recibí mis instrucciones y esa misma tarde ya tenía trazado en la cabeza un plan de campaña.

Mientras volvía a casa andando (casi bailando), fui a parar a una isleta de la calle, detenido por el tráfico, y allí descubrí que mi vecino era el sarg-

ento mayor Manning, de mi Regimiento, que estaba en casa de permiso.

Le conté que me enviaban a Sudáfrica y me rogó que lo llevara conmigo. Le dije que no tenía autoridad para llevarme a un sargento mayor. Me respondió que se me permitiría llevar un asistente y que él podía hacer ese papel; y así lo acordamos y lo dejamos arreglado en plena calle.

Casi no hace falta decir que no siguió siendo mi asistente mucho tiempo: lo nombré sargento mayor del primer regimiento que levantamos, después llegó a ayudante y finalmente a mayor.

Mis órdenes eran reclutar dos batallones de infantería montada, darles caballos, equiparlos, instruirlos y abastecerlos con el menor retraso y el mayor sigilo posibles.

Con ese fin, el coronel Plumer y el coronel Hore, con varios oficiales del ejército imperial, vendrían a reunirse conmigo, y yo tendría que preparar en la colonia la plantilla de oficiales para esos hombres.

También tenía que hacerme cargo de la policía de Rodesia y de Bechuanaland y organizarla como parte de mi fuerza.

Pero debía hacer estos preparativos con la menor ostentación posible, por miedo a precipitar la guerra si despertaba la hostilidad de los bóeres.

El objetivo de mi fuerza y de su despliegue en la frontera noroeste del Transvaal era, en caso de guerra, atraer a las fuerzas bóeres lejos de la costa para que no estorbaran el desembarco de las tropas inglesas; en segundo lugar, proteger nuestras posesiones en Rodesia, Mafeking, etc.; y, en tercer lugar, mantener el prestigio británico entre las grandes tribus nativas de aquella zona.

El Estado Mayor que me habían asignado era completamente nuevo en Sudáfrica. Habría preferido elegir yo mismo a mis oficiales antes de salir de Inglaterra, si me lo hubieran permitido, para contar con hombres que conocieran Sudáfrica y a los que yo conociera personalmente. Si se

hace a un hombre responsable de un trabajo y se quiere ser justo con él, hay que dejarle elegir sus propias herramientas.

De todos modos, en Rodesia encontré a muchos viejos conocidos que ya habían servido conmigo, y entre ellos y los que nos enviaron después desde Inglaterra formamos un grupo excelente, que incluía a algunos veteranos de Sudáfrica como el coronel Plumer, el coronel Vyvyan, el mayor Godley y el capitán Maclaren.

La misión de mi fuerza era guardar la frontera occidental del Transvaal, desde Vryburg, en la colonia del Cabo, hasta Bulawayo, en Rodesia, una distancia de unas 650 millas (unos 1.050 kilómetros), con dos regimientos de infantería montada (si conseguíamos reclutarlos) y unos cuatrocientos policías, pero sin ninguna clase de tropas regulares.

La vía del tren discurría casi todo el trayecto cerca de la frontera del Transvaal, y buena parte del territorio era prácticamente un desierto habitado por tribus nativas.

Me di cuenta de que repartir a los hombres a lo largo de la frontera sería inútil. Así que el coronel Plumer se encargó de levantar su regimiento en Rodesia, mientras que el coronel Hore organizaba el suyo en Ramatlabama, dieciséis millas al norte de Mafeking.

El motivo era que Ramatlabama estaba en territorio imperial, en el Protectorado de Bechuanaland, mientras que Mafeking estaba en la colonia del Cabo, y el Gobierno del Cabo, que simpatizaba con los bóeres, no nos permitía reclutar tropas en su territorio.



De paso, esto nos ayudó en nuestro plan de causar un efecto moral en el enemigo, porque Ramatlabama era para los bóeres un lugar de mal recuerdo: allí había organizado Jameson, tres años antes, su incursión contra Johannesburgo.

Por eso, formar una columna montada en ese mismo lugar hacía pensar, naturalmente, que preparábamos otra incursión para capturar Pretoria y al presidente. Al menos eso pensó el presidente Kruger, a juzgar por los frecuentes telegramas en los que insistía a los comandantes de la frontera en que vigilaran Ramatlabama.

Ramatlabama no era más que un nombre, un pequeño apeadero junto a la vía del tren; allí no había ningún pueblo.

Mafeking, en cambio, era un pueblo de unos dos mil habitantes blancos, a novecientas millas de Ciudad del Cabo, con talleres del ferrocarril y varias tiendas. Por eso fue allí donde reuní los víveres, el equipo, etc., que traíamos de Ciudad del Cabo.

Cuando por fin el coronel Hore tuvo organizado su regimiento en Ramatlabama, conseguí permiso del Gobierno del Cabo para poner una guardia armada en Mafeking que protegiera esos almacenes; pero, como no se había fijado el tamaño de esa guardia, trasladé allí a todo el regimiento sin perder un momento.

Al mismo tiempo, el regimiento de Rodesia, recién reclutado bajo el mando de Plumer, junto con la Policía Británica de Sudáfrica en Rodesia, tomó posiciones en Tuli, en la frontera del río Crocodile, por donde entraba en Rodesia el camino principal del Transvaal.

Así, a finales de septiembre ocupamos dos puntos estratégicos importantes, que atrajeron a fuerzas bóeres considerables durante mucho tiempo en los primeros meses de la guerra. Atrajeron todavía más la atención de los bóeres porque las dos fuerzas eran montadas y, por tanto, parecían claramente destinadas a una agresión activa, y no solo a una defensa pasiva.

De este modo nos esforzamos por cumplir lo mejor posible nuestras instrucciones, que, como recordaréis, eran:

1. Atraer a las fuerzas bóeres lejos de la costa durante el desembarco de las tropas británicas.
2. Proteger a los súbditos británicos en Rodesia, Bechuanaland y Mafeking.
3. Mantener el prestigio británico entre los bechuana, los matabele y otras tribus nativas de aquella zona.

Más adelante podríamos reunir nuestras fuerzas y formar una columna para atacar el Transvaal desde el noroeste, en colaboración con las tropas que llegaran desde el sur.

Esa era la idea general. Pero, entretanto, para no precipitar la guerra, teníamos que reclutar a nuestros hombres discretamente en distintas partes de la colonia del Cabo, Natal y Rodesia, equiparlos, conseguir caballos de remonta e instruirlos al mismo tiempo que a los hombres, reunir víveres y medios de transporte; y todo eso en el plazo de tres meses, con muy poca ayuda del general o de nuestro Gobierno local.

Hay que recordar que la instrucción normal de un soldado, aun teniéndolo todo preparado, suele llevar doce meses. En nuestro caso, por tanto, aquello exigía un trabajo intensivo y enérgico de todos.

Lo asombroso fue que, a pesar de haber empezado en julio, teníamos nuestra fuerza lista para el servicio y para el combate cuando los bóeres declararon la guerra, el 11 de octubre de 1899.

No me propongo aburrirte con una descripción detallada del llamado sitio de Mafeking; ya se ha escrito bastante, y más que bastante, en los libros y en los periódicos de la época. Como hecho de armas fue una operación menor y, sobre todo, una cuestión de apariencias; pero las apariencias estaban justificadas por las circunstancias especiales y, al final, consiguieron su objetivo.

Los sitiados éramos mil hombres recién organizados y armados, seiscientas mujeres y niños blancos y siete mil nativos. Al principio retuvimos allí a unos 10.000 bóeres al mando de Cronje, y después a contingentes más pequeños al mando de Snyman, desde octubre de 1899 hasta el 17 de mayo de 1900.

La defensa de Mafeking

Después de que el enemigo cortara la línea al norte y al sur de nuestra posición, el 11 de octubre su artillería apareció en Signal Hill, a tres millas de un puesto que teníamos para observar.

Nos avisaron con tiempo suficiente, así que pude ver cómo colocaban los cañones en posición y abrían fuego sobre nosotros.

El primer proyectil se quedó muy corto, y mientras lo observaba desde una esquina pasó por detrás de mí una niña en bicicleta. Le dije:

—Señorita, más vale que se vaya a casa y se ponga a cubierto. Los bóeres han empezado a bombardearnos.

Ella me contestó:

—¡Oh! ¿Eso son bombas? ¿Puedo quedarme aquí a verlas?

Pero la mandé a casa. Pronto tendría ocasión de aprender bastante sobre bombas, cuando el enemigo afinó la puntería sobre el pueblo. Pero su valentía era típica del espíritu que distinguía a todas las mujeres de Mafeking.

Siempre esperaba un ataque nocturno y, para desanimarlo, encendíamos reflectores en cada fuerte. Los hacíamos con una gran campana de chapa de latón colocada en la punta de una vara, que sosteníamos sobre el suelo y girábamos despacio hacia donde hiciera falta.

En Mafeking había un viajante de comercio que vendía lámparas de acetileno y llevaba unas cuantas consigo, con una pequeña provisión de acetileno. Así que monté una lámpara con un quemador de acetileno dentro del reflector, y una noche apareció brillando con fuerza desde nuestro fuerte de Cannon Kopje, con un haz espléndido que barría en silencio el terreno de alrededor. Más tarde, esa misma noche, la misma lámpara aparecía en un fuerte situado en una parte totalmente distinta de las

defensas. Lo repetimos varias noches, cada vez en un fuerte diferente, para que el enemigo creyera que estábamos bien provistos de reflectores y que los encenderíamos en cuanto intentara cualquier ataque. En realidad, enseguida nos quedamos sin acetileno, así que no pudimos hacer mucho más en ese sentido.



Nuestro reflector

ventrílocuo, porque descubrí que la voz se oía fácilmente a unas mil doscientas yardas (casi 1.100 metros). Así que dirigía a un grupo de asalto imaginario: daba con la voz del oficial la orden de avanzar en silencio y le preguntaba al sargento Jackson si sus hombres estaban preparados.

Entonces «el sargento Jackson» respondía:

—Dígale al soldado Thomas que tenga lista la bayoneta, etc., etc.

Al instante nos contestaban con un tremendo fuego de fusilería, porque los bóeres se alarmaban y, tal como yo esperaba, llamaban a las reservas de su campamento nocturno.



¡Habla fuerte!

Siempre procurábamos que las noches fueran lo más animadas posible para nuestros enemigos y lo más tranquilas posible para nosotros, porque los hombres necesitaban todo el descanso que pudieran conseguir.

Francotiradores

En el campamento teníamos un buen número de excelentes tiradores, y los formamos para salir al terreno y abatir a los artilleros y oficiales del enemigo, etc. Idearon un método: cada hombre salía de noche con una herramienta de zapa y una lona verde. Al llegar al punto desde donde esperaba ver bien el emplazamiento de los cañones enemigos, se cavaba una trinchera y, cuando llegaba la luz del día, se metía en ella, se tapaba con la lona verde para ocultar el agujero y esperaba allí quieto hasta la tarde.

Por lo general se ponía a trabajar a la puesta del sol, con el sol a la espalda y dando de cara al enemigo. Disparaba muy a menudo y con una eficacia mortal, porque, al estar en el ojo del sol poniente, era casi imposible que el enemigo lo localizara y le devolviera el fuego.

Hicimos el mismo juego incluso con nuestros cañones: durante la noche los acercábamos mucho al campamento enemigo, permanecíamos quietos todo el día y, justo cuando el sol se ponía en el horizonte, disparaban una y otra vez durante los pocos minutos de luz que quedaban.

Otro gran invento que nos obligó a crear la necesidad fueron las bombas de mano. Cuando el enemigo se atrincheró cerca del pueblo, fuimos acercando nuestras trincheras a las suyas, para que nuestros hombres pudieran estar a cubierto mientras los hostigaban y acabar haciéndolos retroceder. Para eso teníamos que excavar corredores profundos.

Así que establecimos un sistema regular de trincheras de aproximación, basado en las líneas de las guerras de asedio de antaño. Al final llegamos a un punto en el que estábamos a solo treinta yardas del enemigo, y

allí nos quedamos parados unos días, hasta que se nos ocurrieron las bombas, o granadas de mano.

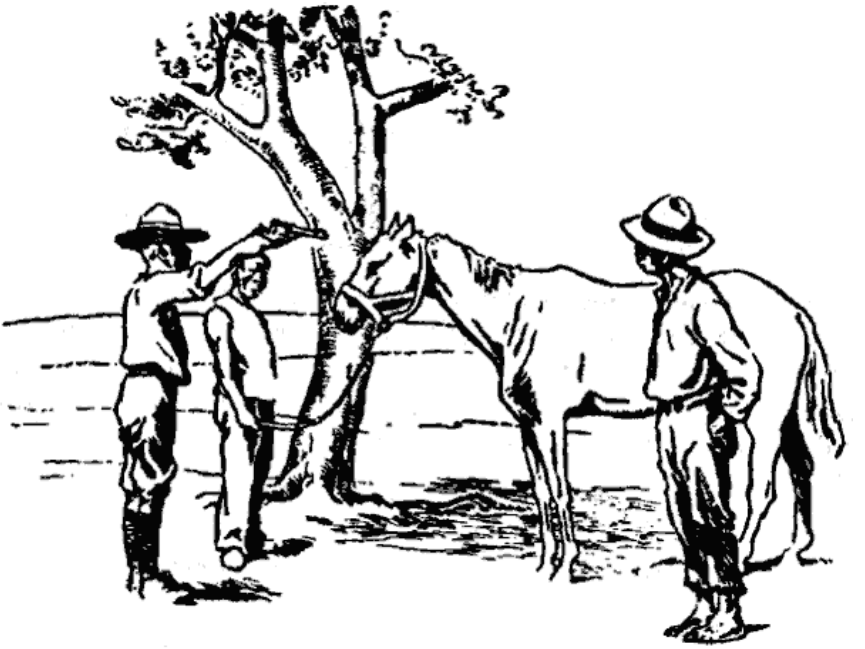
Las hacíamos con viejas latas rellenas de dinamita o de pólvora, con una mecha, y las lanzábamos a las trincheras bóeres. Ellos pronto nos contestaron con granadas de mano más elaboradas. Pero las nuestras no les gustaban y retiraron unas cuantas yardas su trinchera avanzada, de modo que pasábamos la noche a unas sesenta y ocho yardas de distancia.

Al sargento Page, que había sido aficionado a pescar desde las rocas de East London, se le ocurrió lanzar las bombas con el sedal de una caña de pescar, y lo hizo con eficacia a una distancia de casi cien yardas.

Hubo quien se rio de la idea de volver a los métodos medievales de nuestras trincheras y bombas; pero pocos años más tarde volverían a emplearse en la Gran Guerra, junto con las armas más modernas.

Al mismo tiempo, como es natural, empezó a preocuparnos el abastecimiento de alimentos. Todo estaba estrictamente racionado, y mi desventurado Estado Mayor tenía que vivir con una ración menor que la del resto de los hombres. Así podíamos comprobar lo poco que necesitábamos para seguir adelante, y además los hombres no podían quejarse de que los oficiales vivieran en la abundancia mientras ellos se morían de hambre.

Aprendimos a economizar la comida con todo rigor y también a inventar sustitutos.



Muriendo por una buena causa

Cuando se mataba un caballo, se le cortaban la crin y la cola y se enviaban al hospital para rellenar colchones y almohadas. Las herraduras iban a la fundición para hacer proyectiles. La piel, después de quitarle el pelo, se hervía durante muchas horas con la cabeza y las patas, se picaba en trocitos con un poco de salitre y se servía como pasta de carne.

La carne se separaba de los huesos y se picaba en una gran máquina; con los intestinos se hacían las tripas en las que se embutía la carne, y cada hombre recibía una salchicha como ración.

Los huesos se hervían para hacer un caldo sustancioso que se repartía entre las distintas cocinas; después se molían hasta convertirlos en polvo,

que se mezclaba con la harina. Así que no quedaba gran cosa de aquel caballo sin aprovechar.

Nuestra harina se hacía con la avena de los caballos, molida y cernida. Pero, con todas nuestras herramientas, nunca conseguimos dejarla totalmente libre de cáscaras. De este modo, cada hombre recibía todos los días un gran pan de avena como comida.

Las cáscaras de la avena se ponían a remojo en grandes tinas de agua durante varias horas; al cabo de ellas, la capa que formaban las cáscaras se separaba y se daba de comer a las gallinas del hospital, mientras que el residuo formaba una pasta muy parecida al engrudo de los que pegan carteles. La llamábamos *sowens*: un batido de sabor agrio, pero muy sano y que llenaba mucho.

Entre otras cosas, a los enfermos del hospital les dábamos una papilla blanca especial hecha con los polvos de arroz que vendían las farmacias y las peluquerías.

Dinero

Como necesitábamos dinero para pagar los sueldos y los encargos, depositamos el efectivo en el Standard Bank, pero vimos que también hacía falta emitir papel moneda propio. Así que dibujé un diseño para los billetes de una libra e imprimí otros más pequeños para los de dos chelines y un chelín.

El diseño de los billetes de una libra lo dibujé sobre un bloque de madera, hecho con un mazo de croquet partido por la mitad, y se lo mandé a un tal señor Riesle, que tenía algo de experiencia en grabado en madera. Pero el resultado no fue satisfactorio desde el punto de vista artístico, así que lo usamos para los billetes de diez chelines y dibujé otro diseño, que se fotografió, para los billetes de una libra.



Billete de Mafeking

Todos podían cambiarse por dinero en efectivo si se presentaban en los seis meses siguientes al final del sitio. Pero nadie presentó ninguno, porque la gente se los quedó o los vendió como recuerdos curiosos.

Así que el Gobierno se ahorró por lo menos seis mil libras, y durante los dos años siguientes me estuvieron pidiendo explicaciones por lo que creían una mala gestión de unos libros de cuentas que mostraban tanto saldo a favor. El sentimentalismo no entraba en sus cálculos.

Sellos

También tuvimos que emitir sellos de correos para el transporte de cartas dentro de las defensas. Mi equipo, encargado de diseñar algunos, sacó una serie con mi busto en uno de ellos, sin que yo lo supiera. Como eran solo para uso local y provisional, no tenía ninguna importancia; pero más tarde me enteré de que se había considerado un acto de lesa majestad por mi parte, casi de auténtica traición, eso de imprimir mi propio busto en los sellos, ¡y que la reina estaba muy molesta conmigo! Pues bien, si lo estaba, Su Majestad no lo demostró. Al contrario: me envió mensajes muy amables y de reconocimiento durante el sitio y después, y ella misma dispuso mi ascenso a general de división. Es muy curioso observar cómo se extienden los rumores.

Buena parte de los elogios que se dedicaron a Mafeking por retener a tres grandes fuerzas bóeres en el noroeste cuando se las necesitaba en el sur, y por tranquilizar a las tribus nativas de la frontera, se debían en realidad al (entonces) coronel Plumer y a su columna de Rodesia, que colaboraron con nosotros desde fuera del sitio. Si hiciera falta alguna prueba, se encontraría en los telegramas de Kruger que capturamos, enviados a sus comandantes frente a Mafeking, en los que mostraba su inquietud con continuas recomendaciones de «Vigilad a Plumer a toda costa» y con su insistente pregunta: «¿Dónde está Plumer?».

El ataque de Eloff

En una o dos ocasiones nos llegaron cartas de los bóeres de una manera poco ortodoxa: las disparaban dentro del pueblo metidas en proyectiles. Eran para pedir noticias de amigos de familias bóeres que teníamos en el

pueblo. En una de ellas, el artillero que disparó el proyectil decía que solo deseaba tener algo con qué brindar por nuestra salud. Fue un gesto tan galante que le mandé una botella de whisky bajo bandera blanca.

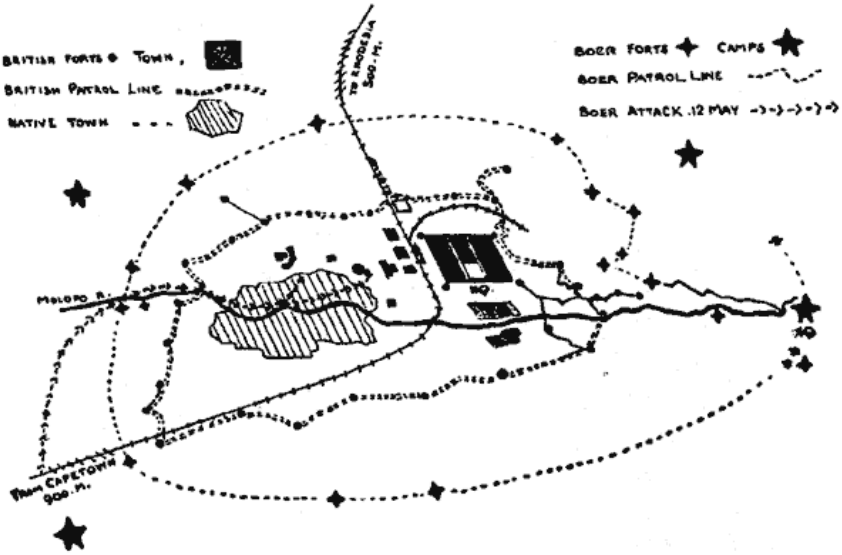
Cuando volví a estar en Sudáfrica, en De Aar se me acercó un hombre y me dijo que llevaba muchos años deseando conocerme para darme las gracias por una excelente botella de whisky que le había enviado. Era mi amigo el artillero.

Un día recibí una carta del comandante bóer Sarel Eloff, en la que decía que él y sus amigos pensaban venir pronto a Mafeking para jugar al críquet con nosotros.

Le respondí:

—De momento nos toca batear a nosotros, y a ustedes estar en el campo. Tendrán que eliminarnos antes de que les toque batear.

No mucho después lo intentaron, pero fracasaron, y capturamos al comandante Eloff y a más de un centenar de sus oficiales y hombres.



Vista de pájaro de las defensas de Mafeking

La liberación

Una semana después de rechazar el ataque de Eloff, el 17 de mayo, Mafeking fue finalmente liberado por las columnas de Mahon y de Plumer, que actuaron conjuntamente.

Recibimos entonces un emocionante telegrama que me envió la reina: «Yo y todo mi Imperio nos alegramos enormemente por la liberación de Mafeking, tras la espléndida defensa que ha hecho usted durante todos estos meses. Le felicito de todo corazón, a usted y a todos los que están bajo su mando, militares y civiles, británicos y nativos, por el heroísmo y la entrega que han demostrado. V. R. I.».

En campaña por el norte del Transvaal

Cuando salimos de Mafeking, mi columna, reforzada con buenos contingentes de australianos y canadienses, se adentró en el Transvaal por los distritos de Zeerust y Rustenburg, y al final se reunió con el ejército principal de lord Roberts en Pretoria.

Es una larga historia de mucho marchar, pocas provisiones, pocos tiroteos y muchos incidentes, pero no vale tanto como para aburrirte con los detalles.

Hubo un toque cómico en una ocasión, cuando sorprendimos a la columna de De Wet en Warmbad. Los australianos capturaron a un grupo de bóeres que se estaban bañando. Los *diggers* («cavadores», como llamaban a los australianos), que iban ellos mismos hechos harapos, se apropiaron con avidez de la ropa de los prisioneros y, vestidos con abrigos y sombreros bóeres, trajeron a sus cautivos envueltos en toallas.



Trayendo a un prisionero

En un retrato que hizo de mí el señor Winston Churchill, señaló algo de lo que yo todavía no me había dado cuenta claramente: que mis servicios, sobrevalorados, en la campaña de Sudáfrica me habían atraído la antipatía del Cuartel General del Ejército, que mi «brillante fortuna y mi éxito pronto quedarían ensombrecidos por una niebla helada» y que quiz

á fue una suerte para mí que no me emplearan después en «aquellos arduos y secretos planes para la Gran Guerra» que la precedieron.

En realidad, durante los siete años siguientes a mi participación en la campaña de Sudáfrica, las autoridades me tuvieron plenamente ocupado en dos de los mayores trabajos de mi vida, uno de ellos dedicado directamente a preparar la Gran Guerra (como mostrarán los dos capítulos siguientes), y por ellos recibí honores mayores que los que había recibido hasta entonces. Así que nunca llegué a notar aquella «niebla helada» de la que él hablaba.

8. La Policía de Sudáfrica

«Quiero que venga a verme sin ninguna tardanza para tratar de la formación de una fuerza de policía para el Transvaal, la Colonia del Río Orange y Suazilandia».

Ese fue el bombazo que me cayó encima el 29 de agosto de 1900, en un telegrama de lord Roberts desde Belfast (Transvaal), justo cuando acababa de tomar el mando en Nylstroom de una columna de todas las armas con la que, en principio, iba a operar en los distritos del norte.

Como se me pedía ir «sin ninguna tardanza», entregué el mando que acababa de recibir al coronel Plumer (más tarde mariscal de campo), que entonces mandaba su contingente rodesiano. Después lo sucedió en ese puesto el coronel Godley (hoy general sir Alexander Godley).



Uniforme y equipo de la Policía de Sudáfrica

Aquel mismo día habíamos restablecido la comunicación por tren con Pretoria. Utilizábamos la vía hasta el río Pienaars, donde el enemigo había volado el puente. Pero, como en ese tramo no había locomotora, los trenes los arrastraban bueyes. Mientras tanto, mi hermano, de la Guardia Escocesa, que se había convertido en oficial de Estado Mayor encargado de los trenes, se desplazaba por la vía para hacer su trabajo en una vagoneta... ¡a la que había puesto un mástil y velas!

De camino a Belfast esbocé en media hoja de papel mis ideas para una fuerza de policía, calculando sus efectivos según la superficie, la población blanca y nativa, los centros mineros y las ciudades de cada zona. Lord Roberts dio su aprobación.

Pocos días después atravesaba el país para ver a lord Milner, el alto comisionado, en Ciudad del Cabo, porque la policía, como fuerza civil, ten

ía que estar bajo su autoridad.

En aquellos días de puentes volados, paradas de toda una noche, vías cortadas y «desvíos», el viaje en tren era muy largo; pero aproveché el tiempo para desarrollar el plan hasta el último detalle en muchas hojas de papel, con cálculos de personal, graduaciones, equipo, víveres, caballos, transporte, instrucción, distribución, servicios, financiación, servicio médico, alojamiento, etcétera, etcétera.

Para pasar el rato en un viaje largo, probad a planear una fuerza de policía: gana de calle a los rompecabezas y a los crucigramas.

Recibimiento en Ciudad del Cabo

Durante aquel viaje a través del país viví una experiencia maravillosa. En varios lugares donde paraba el tren había largas filas de campamentos de las líneas de comunicación, y los hombres se arremolinaban junto al tren para aclamarme. En un sitio llegaron a abarrotar el mismo vagón para estrecharme la mano, algo que, por cierto, volvería a pasarme más adelante en Rusia.

De pronto pareció entrarle a la multitud una especie de manía: cada hombre quería darme algo de recuerdo. Podía ser una pipa, un encendedor, una navaja vieja, dinero, cualquier cosa que llevara encima. Un buen amigo, al ver que tenía los bolsillos vacíos, se arrancó del pecho lo único que tenía: la cinta de una medalla. Todavía la conservo como un gran tesoro. ¡Bendito sea, quienquiera que fuese!

La víspera de mi llegada a Ciudad del Cabo me llegó el rumor de que me esperaba un trance agotador: el alcalde y la corporación municipal iban a recibirme en la estación. Para librarme de aquello, telegrafié a la Casa de Gobierno, donde tenía que presentarme, diciendo que por des-

ués. Sabía que se lo comunicarían al alcalde, que aplazaría el recibimiento por lo menos hasta el día siguiente; y mientras tanto yo podría colarme sin que nadie me viera y sin que me «recibieran».

Así que, cuando el tren entró en la estación de Ciudad del Cabo, enrollé muy contento mi pequeño equipaje, dispuesto a ir a pie hasta la Casa de Gobierno con la ilusión de bañarme y desayunar. Pero, ¡santo Dios!, ¿qué era aquello? El andén era una masa humana que se agitaba como un mar, que se desbordaba hasta los techos de los trenes vecinos, y todos aclamaban y saludaban.

De lo que siguió solo guardo recuerdos confusos. Creo que se abrió un pequeño hueco en el que el alcalde pudo felicitarme con un breve discurso, y luego me subieron a hombros de una multitud rugiente que me sacó de la estación a la luz del sol de la calle Adderley. Lo que sí recuerdo es a dos tipos estupendos que me sujetaban por las costuras de los bolsillos para que no se me cayera el dinero. Y así me llevaron, más o menos cabeza abajo, a través de todo Ciudad del Cabo hasta la Casa de Gobierno. Allí me metieron y me dejaron caer sin miramientos en el vestíbulo.

El mayordomo, interrumpido de golpe en sus tareas, entró en escena y se encontró con una figura sucia y desaliñada, vestida de caqui, plantada allí, y con una multitud rugiendo a la puerta. Naturalmente, me miró como si fuera el cabecilla feroz de alguna revolución.

Pero un mayordomo británico no es nada si no sabe conservar la dignidad hasta en la peor de las crisis, así que me preguntó con toda calma qué deseaba. Yo estaba perdido. Comprendí que allí no me esperaban hasta el día siguiente y que en la Casa de Gobierno no habían avisado a la gente de mi mensaje. Lo único que se me ocurrió balbucear en aquel momento fue:

—¿Podría darme un baño, por favor?

Lord Milner aprobó mi plan y volví a Pretoria para ponerlo en marcha. Me alegraba de verdad tener aquel trabajo, porque mucho antes de la guerra había servido en Sudáfrica y había hecho amistad con los afrikáneres, los holandeses de Sudáfrica. Por eso me resultaba terrible verme en campaña contra ellos. Ahora mi deber iba a ser ayudar a pacificar el país y volver a tener con ellos un trato amistoso.

La Policía de Sudáfrica en la guerra: dificultades de organización

La Policía de Sudáfrica (*South African Constabulary*) se creó oficialmente el 22 de octubre de 1900, pero antes de esa fecha ya habíamos reclutado lo que sería el núcleo del Estado Mayor: un grupo de oficiales y de tropa procedentes de varias unidades en campaña. También absorbimos el pequeño contingente de policía local que se había organizado, por necesidad, a las órdenes del general Ivor Maxse.

El plan original de lord Roberts, trazado en septiembre de 1900, era tener para mediados de 1901 una fuerza de diez mil hombres a caballo que se hiciera cargo de las tareas de policía en el país.

Se me autorizó a reclutar en el ejército suboficiales y soldados hasta cierto porcentaje, así como a obtener de él caballos, transporte, ropa, víveres, equipo, atención a los enfermos, etcétera.

Todo muy bonito, pero casi desde el principio aquellos acuerdos empezaron a venirse abajo.

Lo que más necesitaba, como es lógico, eran oficiales especialmente preparados para organizar. Pero los que pedí —Godley, Alderson, Rimington, Kekewich, Pulteney y otros— no me los pudieron prestar. El coronel John Nicholson, del 7.º de Húsares, era el que quería sobre todo como mano derecha. Era comandante de la Policía Británica Sudafricana

en Rodesia y en aquel momento servía como oficial de Estado Mayor en la columna que yo había entregado al general Plumer. Llegué a tenerlo, pero solo unos días: luego lo devolvieron al servicio militar. No conseguí recuperarlo hasta unos meses después. Entretanto tuve que arreglármelas lo mejor que pude con los oficiales que logré reunir.

Salvo en víveres y equipo, el ejército no pudo atender nuestras necesidades de ropa, hombres, caballos, transporte, etcétera. Más adelante se nos dijo que no pidiéramos esas cosas a los proveedores del ejército, porque ya trabajaban a toda máquina.

En consecuencia, tuvimos que encargarnos nosotros mismos de nuestro reclutamiento y del transporte por mar de hombres y caballos, de buena parte de su equipamiento y de organizar nuestro propio servicio médico y nuestros hospitales.

Además, a medida que pasaba el tiempo y la guerra no terminaba como se esperaba, cambió nuestro objetivo: de ser una policía, tuvimos que prepararnos, en formación y en organización, para ser una fuerza combatiente en campaña, que es harina de otro costal.

Como fracasé en mis intentos de conseguir oficiales del ejército, recurrí al campamento de depósito de Stellenbosch. Era una especie de purgatorio adonde se mandaba a los oficiales que habían sido responsables de algún «incidente lamentable» durante la campaña, y allí había un buen número de ellos arrinconados.

Pero yo creo que todo hombre comete un error alguna que otra vez en su carrera. Como dijo Napoleón: «El hombre que nunca ha cometido un error nunca ha hecho nada». Aquellos hombres ya habían cometido sus errores y, por tanto, eran los candidatos más indicados para no volver a cometerlos, así que me los llevé. No recuerdo haber tenido que lamentarlo ni una sola vez.

En cuanto se reconoció oficialmente la fuerza, llovieron las solicitudes para obtener un puesto de oficial, en tal cantidad que era difícil manejarlas. Se recibieron unas tres mil para solo trescientas plazas de oficial. Literalmente cientos de madres me suplicaron por carta que aceptara a sus hijos, y algunas consiguieron que amigos influyentes los recomendaran. Uno de mis oficiales tenía un trabajo a tiempo completo abriendo todas esas cartas, tomando nota de ellas y quemándolas.

Organizar, con un Estado Mayor sin experiencia, una fuerza de caballería grande y eficaz, preparada tanto para el trabajo militar como para el de policía, y tenerla formada en solo ocho meses, era sin duda una tarea ardua. Pero al mismo tiempo era la más interesante y alegre, porque la fuerza tenía que ser del todo autosuficiente, con sus propios servicios auxiliares: suministro de víveres, alojamiento, atención médica, pagas, transporte, caballos, investigación criminal... Y todo ello en campaña, con las dificultades de ir acampando de un lado a otro del país.

Se nos pidió que tuviéramos la fuerza completa y en campaña, si era posible, para junio de 1901. Pues bien, fuimos a buscar soldados y oficiales en cualquier lugar del Imperio donde pudiéramos encontrarlos: jinetes de Australia, granjeros de Nueva Zelanda, policías montados del Noroeste y vaqueros de Canadá, plantadores de la India y de Ceilán, miembros de la Real Policía de Irlanda y hacendados de Inglaterra.

Una gran dificultad era que, según nuestras maravillosas leyes del Imperio británico, no se nos permitía alistar a los hombres fuera del país en el que iban a servir. Así que, por ejemplo, nuestros oficiales de reclutamiento en Inglaterra examinaban a los candidatos y, cuando encontraban a los adecuados, les daban el dinero del pasaje para ir a Sudáfrica, y confiábamos en su palabra de que irían allí a alistarse. No creo que hubiera ni un solo caso de alguien que abusara de esa confianza.

En aquella época era frecuente un tipo de fraude para entrar en el ejército: hacerse pasar por otro. Por eso, en la Policía de Sudáfrica, cada recluta, al presentarse ante el oficial de reclutamiento, ponía su huella dactilar en su tarjeta de identidad. Con esa tarjeta lo llamaba después el médico militar, que le hacía «firmar» por segunda vez con su huella, y la comparaba con la primera para asegurarse de que se trataba de la misma persona. Cuando hacía la prueba de equitación, volvía a firmarla del mismo modo, y lo mismo en la prueba de tiro. Así le resultaba imposible conseguir que otro pasara las pruebas en su lugar, porque no hay dos hombres con las mismas huellas dactilares.

Además de este contingente británico, reclutamos unos seiscientos bóeres afines y dos mil zulúes para tareas de policía. Un grupo muy variado, pero de primera calidad.

Formación rápida de los hombres

Instalamos un centro de formación y un cuartel general en una fábrica de dinamita de Modderfontein, entre Johannesburgo y Pretoria. Allí empezamos a formar a nuestros hombres por tandas, a medida que llegaban, con nuestro método de grupos pequeños.

Otros métodos de formación, desde luego los habituales en el ejército, no habrían dado resultado en el poco tiempo de que disponíamos. Lo conseguimos haciendo que los hombres se formaran en gran medida a sí mismos, y el espíritu con que respondieron y los resultados que se obtuvieron nos abrieron los ojos a muchos de nosotros.

El secreto fue descentralizar la responsabilidad: se le dio a cada hombre, desde el comandante de división hasta el último cabo al frente de un grupo, la responsabilidad de su trabajo, y también el mérito o la culpa por sus resultados.

La disciplina nacía desde dentro, en lugar de imponerse desde fuera. Es verdad que muchos militares partidarios de la disciplina tradicional criticaron nuestro método de formación, sobre todo después de que dijera que no quería soldados veteranos en la Policía de Sudáfrica. Quería jóvenes inteligentes, capaces de usar su ingenio, a los que no se hubiera convertido en máquinas sin alma, solo capaces de actuar cuando reciben una orden directa.

(Por cierto, al estar en una fábrica de dinamita, podíamos dar a los hombres prácticas reales de colocación de minas. Esto tuvo consecuencias desafortunadas para el bóer de la zona que nos traía la leche, que llegó una mañana temprano, antes de que se hubieran desconectado los cables de las minas).



¡Ay, la leche!

Instrucción práctica para la guerra

En Modderfontein enseñábamos a los reclutas a montar, a manejar el fusil y diversas tácticas; también a construir blocaos y trincheras, que levantaban alrededor de nuestro depósito, con rollos de alambre de espino y todo lo demás.

A pocas millas de Modderfontein, los bóeres se habían hecho fuertes en un *kopje*, una colina que les servía de base para sus reconocimientos y avances.

Para enseñar a nuestros reclutas táctica y maniobras de campaña, aquella posición resultó un blanco magnífico para nuestros ataques, porque daba a los muchachos una idea de lo que es entrar en acción bajo el fuego enemigo; así aprendían a cuidar la cabeza y a mantener la disciplina en condiciones reales de guerra.

Cuando habíamos avanzado lo suficiente, tocábamos «retirada» y practicábamos la retirada, y los bóeres se quedaban muy ufanos creyendo que nos habían derrotado.

Repetimos la jugada una y otra vez hasta que, al terminar nuestra estancia en Modderfontein, decidimos atacar de verdad y tomar la posición.

El disgusto de los bóeres al verse capturados no fue nada comparado con su rabia cuando les dijimos que hasta entonces los habíamos utilizado para que nuestros reclutas hicieran prácticas.

Nuestra organización

Tuve la suerte de contar con un grupo de oficiales de primera, procedentes de distintas ramas del servicio y de distintas partes del Imperio. Organizamos la fuerza en tres divisiones autosuficientes para el Transvaal y Suazilandia, y una cuarta para el Estado Libre de Orange. Cada división tenía entre dos y tres mil hombres, y cada una tenía su propia administración descentralizada.

Estas divisiones las mandaban, respectivamente, el coronel Edwards, de la 5.ª de Dragones de la Guardia, antiguo comandante de la Caballería Ligera Imperial; el coronel «Sam» Steele, el famoso jefe de la Policía Montada del Noroeste de Canadá; el coronel Fair, del 21.º de Lanceros, y

el coronel Ridley, de los Fusileros de Northumberland, a quien más tarde sucedió el coronel Pilkington, que había estado en el 19.º de Húsares y en las fuerzas montadas de Australia.



Distribución de las divisiones de la Policía de Sudáfrica

El mayor Wilberforce, de Intendencia, mandaba el campamento de instrucción, donde se preparaba a los reclutas y a los caballos antes de enviarlos a las divisiones.

La remonta estaba a cargo del subteniente Mackenzie, que había sido mi oficial de transportes en Mafeking.

El servicio de veterinaria lo dirigía el mayor Sanderson, de Nueva Zelanda.

Uniforme

Diseñé el uniforme de los hombres según mi experiencia de trabajo en distintos climas: económico y distinto del del ejército. Como oficiales y soldados iban a estar continuamente de servicio, y por tanto continuamente de uniforme, era esencial que no solo fuera elegante, sino también cómodo.

Por eso adoptamos guerreras caquis de cuello vuelto, y camisas caquis con cuello y corbata, en lugar del cuello alto militar. Más tarde, el ejército adoptó nuestra innovación.

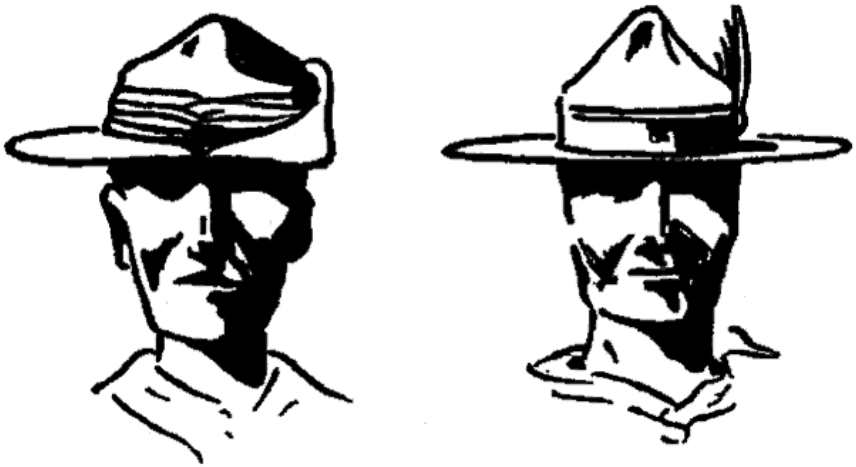


Uniforme ordinario de sargento y uniforme de campaña de teniente coronel

Las bocamangas del uniforme de los policías eran verdes y amarillo vivo, los colores del Transvaal y del Estado Libre de Orange, respectivamente.

Como prenda de cabeza usábamos sombreros Stetson de ala plana *(N. del T.: marca de sombreros que dio nombre a los sombreros parecidos a*

los que hoy llevan los scouts), que los distinguían de los del ejército, de ala blanda levantada por un lado. Estos sombreros se importaban de América y se conocían comercialmente como modelo «Amo de las Llanuras» o «B. P.», lo que hizo creer, equivocadamente, que tenían algo que ver conmigo.



Sombrero del ejército (izquierda) y de la Policía de Sudáfrica (derecha)

Para que el tocado se distinguiera aún más del del ejército, los sombreros de los policías llevaban una pluma, llamada en el comercio «ala de grajo». En realidad no eran más que plumas de gallina teñidas de verde para la ocasión, pero aun así recibí airadas protestas de amantes de los pájaros de Inglaterra por masacrar a los grajos.

En marzo de 1901, los bóeres interceptaron un tren que llevaba un cargamento de sombreros para nuestra Policía de Sudáfrica. Temiendo que pudieran usarlos para disfrazarse, mandé imprimir un aviso en holandés y lo hice colocar por todo el país, advirtiendo a todo el mundo de que cualquiera que fuese sorprendido con uno de esos sombreros sin la debid-

a autorización se exponía a que le dispararan. Aunque tuvimos cientos de casos de bóeres que llevaban equipo militar británico, nunca encontramos a ninguno con un sombrero de policía.

Además de decidir cómo sería el uniforme de los hombres, también me tocó diseñar el de nuestras enfermeras; y que un hombre, y encima novato en la materia, se pusiera a dictar lo que debían llevar aquellas señoritas era una aventura muy arriesgada por mi parte.

Daba por seguro que habría un motín, porque, entre otras cosas, rompí con la costumbre universal de que las enfermeras llevaran un gran tocado con el uniforme y, en lugar de eso, les di guerreras caquis como las de los oficiales. Para mi sorpresa, tuvieron tanto éxito que las enfermeras, al pedir la baja (cosa que debían hacer al casarse, y siempre se casaban), pedían siempre poder comprarlas.

El resto de su uniforme también gustó. Consistía en un vestido de tela holandesa con una esclavina verde y amarillo vivo sobre los hombros, una cofia blanca para el servicio bajo techo y, al aire libre, un sombrero de vaquero como el de los oficiales.



Enfermera de la Policía de Sudáfrica

En cuanto a la paga, nuestro principio era pagar bien a los hombres, con periodos de servicio cortos y un paso fácil a la reserva. La idea era que,

irse mucho, y se facilitaría que los hombres se asentaran en los nuevos territorios, dándoles ranchos sin dificultad y pasándolos a la reserva, de modo que pudieran ser llamados ante cualquier emergencia nacional.

Se les pagaría una pensión de doce libras al año, a cambio de la cual se comprometían a prestar una semana de servicio al año en el puesto de policía más cercano, para mantener su eficacia y su conocimiento de la ley. La paga era generosa porque los hombres no tendrían pensión por largo servicio. Sé por la Policía de Irlanda que los policías viejos no se mueren nunca, y una lista de pensiones con esos tipos le habría costado al erario público más que la nómina de la fuerza en activo.

Monturas

Los policías tenían que ser una fuerza montada, pero la primera dificultad era encontrar caballos. Todos los mercados de caballos del mundo se habían agotado para dar monturas a nuestro enorme ejército montado en Sudáfrica.

Sin embargo, en el pasado yo había tenido éxito al montar a mi regimiento, aunque fuera con caballos de un tipo que otros no aceptaban. Así que, aprovechando aquella experiencia, encargué a Australia siete mil caballos de una alzada justo por debajo del mínimo exigido para las monturas del ejército.

Así conseguí una partida de caballos muy útil. Los hombres pequeños aguantan mucho más esfuerzo que los grandes. (Por ejemplo, la armadura de nuestros antepasados sería demasiado pesada para que la mayoría de nosotros la lleváramos hoy, suponiendo que cupiéramos en ella. Eran hombres pequeños, pero debían de ser muy fuertes para su tamaño).

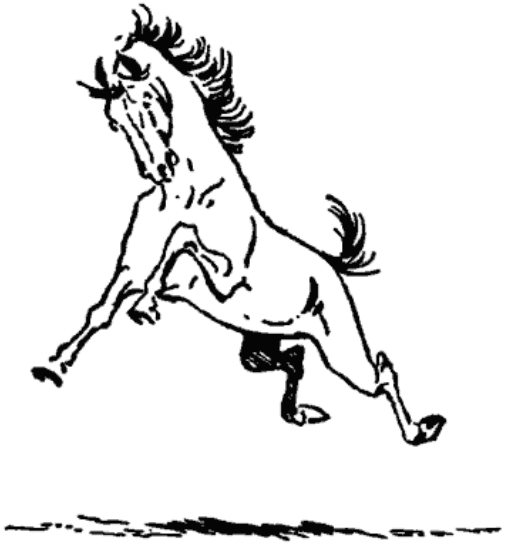
Con los caballos pasa lo mismo. Aquellos jacos eran mejores que los grandes caballos de tropa para nuestro trabajo, que consistía sobre todo

en patrullas de largo recorrido.

Además, las monturas del ejército que venían de ultramar solían llegar en muy malas condiciones después de una larga travesía, y muchas no llegaban a estar en forma para el servicio. Así que ofrecí a los capitanes de los barcos que traían los caballos de los policías una libra por cada caballo desembarcado en buen estado. Eso suponía cien o doscientas libras directamente al bolsillo del capitán, de modo que le interesaba abrir las escotillas cuando hacía calor, etcétera; y así nuestros caballos solían llegarnos con forma de caballo y no de esqueleto.



Una montura tal como llega al ejército (copiada de una fotografía)



Una montura tal como llega a la Policía de Sudáfrica (de memoria)

Otro punto que algunas de las altas autoridades habían pasado por alto es que a los caballos les afecta la altitud todavía más que a los hombres. Gran parte de nuestro trabajo en el Transvaal y en el Estado Libre de Orange se hacía a entre cuatro y cinco mil pies de altitud (unos 1200 a 1500 metros) o más, y obligar a caballos blandos y mal preparados por el viaje a trabajar duro a esa altura les reventaba el corazón y los mataba. Y, de hecho, morían a cientos.

Por eso, en la Policía de Sudáfrica alquilamos un rancho en Natal, a una altitud de entre dos y tres mil pies, y allí llevábamos la remonta al llegar, para que se aclimatara, se pusiera en forma y se adiestrara para el servicio. Así, cuando se enviaban a campaña según las necesidades, era una ventaja no solo para los caballos, sino también para los hombres que tenían que montarlos.

Pero, para ser del todo sinceros, debo reconocer que no declarábamos las remontas hasta que se habían aclimatado; de lo contrario, las autoridades del ejército nos las habrían reclamado para mandarlas a campaña, lo que habría sido sacrificarlas enseguida.

Las unidades de policías, en cuanto estaban listas para el servicio, se prestaban al ejército para emplearlas como unidades de combate. Cada semana enviábamos a lord Kitchener hombres y caballos listos para el servicio, pero de las remontas no decíamos nada. De hecho, temblé en una ocasión en que fue a inspeccionar una granja de convalecencia del ejército que estaba muy cerca de mi rancho de remonta en Natal, y me quedé muy tranquilo cuando tomó mi depósito secreto de caballos por una parte de aquella granja del ejército.

No creía que nuestro plan se conociera fuera del círculo íntimo de la Policía de Sudáfrica. Pero, cuando más tarde volví a casa y el rey Eduardo me mandó llamar, una de las primeras preguntas que me hizo Su Majestad fue: «¿Cómo es que los caballos de su Policía de Sudáfrica no morían tanto como los demás?».

Al rey Eduardo no se le escapaba nada, pero cómo se había enterado es difícil de saber.

Recuerdo también que su primera pregunta aquel día, cuando me presenté ante él con uniforme de gala, fue: «Supongo que es la primera vez que se pone el uniforme de general. ¿Esas espuelas son de oro o doradas?». Le interesó mucho saber que eran de oro, porque me las había regalado la gente de Lewisham.

Las cuestiones de indumentaria tenían gran importancia para él, y pocos errores en ese terreno se le pasaban por alto.

Tácticas de campaña

Como ya he dicho, la organización de la fuerza data del 22 de octubre de 1900 y tenía que estar lista para mediados de 1901. Pero antes de que terminara 1900 llegaron llamadas urgentes del comandante en jefe, y lo sorprendente es que pudimos responder, con medios insuficientes, desde luego, pero no sin eficacia.

De hecho, el 12 de octubre, cuando aún estábamos formando el núcleo de la fuerza, tuvimos nuestro primer combate en campaña. Fue en el paso de Strydom, en el Estado Libre de Orange, donde nuestra pequeña fuerza logró la victoria. Murieron seis bóeres, entre ellos su comandante, Brand, y capturamos a diez heridos; nuestras bajas fueron cinco muertos y cinco heridos.

La fuerza se empleó principalmente de dos maneras: como columna móvil que actuaba en cooperación con las tropas regulares, y en la construcción y defensa de líneas de blocaos para impedir que el enemigo se moviera por determinadas zonas del país.

Como principio general para las columnas móviles en campaña adoptamos un sistema de triángulo: la columna se dividía en tres unidades que avanzaban por el terreno formando un triángulo, cada una a una milla de las otras.

Así la formación estaba siempre preparada para un ataque enemigo por cualquier lado: la unidad más cercana al enemigo pasaba a la ofensiva, y las otras dos servían automáticamente de apoyo y de reserva.

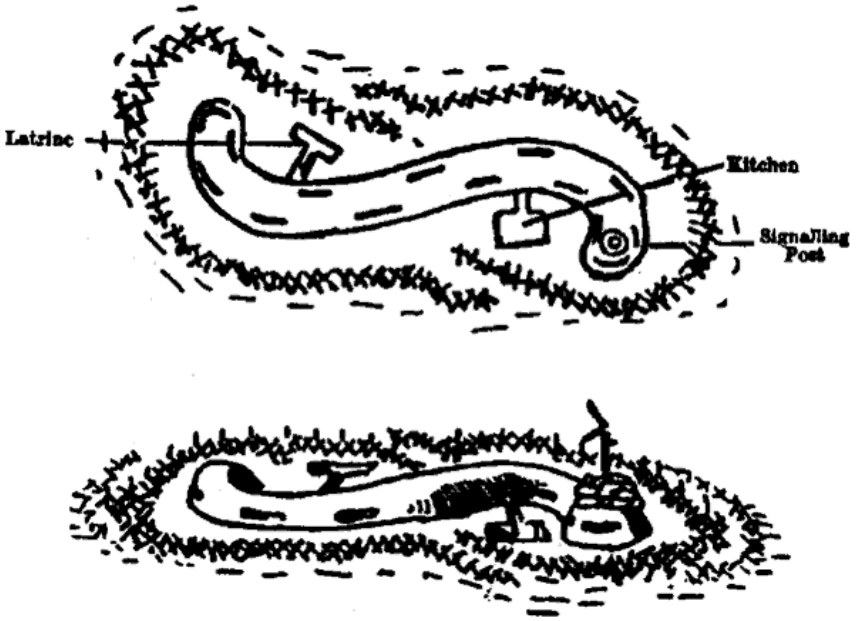
Cuando los bóeres veían un grupo que avanzaba por el campo, solían distraer su atención atacando de frente y desviarla luego con un ataque por la retaguardia. Pero, cuando intentaban hacerlo contra la formación

en triángulo, en más de una ocasión se vieron acorralados y bajo el fuego de dos unidades con las que no contaban.

La formación demostró su valor sobre todo en una batalla en la que el comandante bóer Erasmus sufrió una derrota a manos de la Policía de Sudáfrica, y lord Kitchener escribió un informe favorable sobre el uso de esta formación.

Para mantener una línea en el terreno, cuando hacía falta, ideamos un tipo de trinchera que servía de fortificación y que no se podía reconocer como los blocaos que se usaban normalmente.

Se las llamaba trincheras C.S., es decir, de «sentido común» (*common sense*), porque su trazado tenía la forma de una «C» alternada con una «S»: una trinchera profunda y estrecha, con seis pies (unos dos metros) de longitud por cada hombre de la guarnición.



Trincheras de "sentido común"

En cada lado, a ras de suelo, se abrían troneras anchas y bajas, y toda la trinchera estaba sólidamente techada. Se disimulaba con matorrales, hierba, etcétera, para que no se viera desde lejos. Cualquier disparo desde las troneras barría la superficie del terreno, y por eso eran tan eficaces de noche como de día. La trinchera no ofrecía ningún blanco a la artillería, y las troneras, al ser anchas pero bajas, daban a los defensores un buen campo de visión mientras estaban a salvo de las balas que caían.



Una buena tronera... y una mala

Para que nuestra línea fuera impenetrable, naturalmente teníamos que emplear innumerables obstáculos improvisados, adaptados a las peculiaridades del terreno. Pero, por lo general, nuestras trincheras-blocao se agrupaban en triángulos, de modo que, si los bóeres rebasaban una, quedaban bajo el fuego de las otras dos. Los rollos de alambre de espino los detenían en puntos inesperados; los fuertes de señuelo y los campamentos de tiendas vacías daban a diario falsas impresiones a sus exploradores; y entre los blocaos se colocaban, a intervalos, alambres que disparaban armas al tropezar con ellos, linternas encendidas, perros guardianes, etcétera.

Se preparaban fogatas de alarma con montones de hierba seca colgados de estacas, que un centinela podía encender en un instante para dar la alarma y dejar al enemigo a la vista.

Para asegurarse de que los centinelas vigilaban de verdad durante la noche, el oficial al mando encendía una linterna sorda desde su puesto de mando en dirección a sus puestos avanzados, y cada centinela respondía encendiendo una cerilla dentro de un bote de latón cuya abertura apuntab-

a hacia el oficial, mientras que los costados impedían que el enemigo viera la luz.

Era una idea ingeniosa, pero no nueva: cuando los espartanos sitiaban Atenas, Alcibíades comprobaba que sus centinelas estaban despiertos encendiendo una luz, a la que cada centinela respondía. Y también sir Frederick Carrington, en la campaña contra los basutos, usó el mismo sistema de señales, porque sus centinelas avanzados estaban apostados en puntos inaccesibles, entre riscos a los que un oficial de ronda no podía llegar de noche.

Cómo conseguimos algo de transporte

Nos resultaba muy difícil obtener el transporte necesario para abastecer a la fuerza, porque el ejército, como es natural, se había quedado con todos los animales de tiro y vehículos disponibles en el país.

Un día lord Kitchener me dijo que había conseguido a un hombre de primera para mandar una columna de granjeros británicos y de holandeses leales. Añadió que se llamaba Colenbrander. No pude evitar una sonrisa repentina. Lord Kitchener se dio cuenta y me preguntó a qué venía. Le contesté que conocía bien a Colenbrander, pero que me resultaba raro oír que lo llamaran por su apellido en vez de por su apodo más habitual, «Collar'em and Brand'em» («Atrápalos y márcalos»), que se había ganado por una costumbre que tenía cuando veíamos ganado suelto por ahí.

Pues bien, el viejo «Collar'em» y su fuerza vinieron a acampar junto a mi columna de policías durante un tiempo. Le dije que, aparte de que éramos viejos amigos, no tenía por qué preocuparse por echar mano de nuestros animales de transporte, porque no teníamos prácticamente ninguno y, de hecho, necesitábamos con urgencia cualquiera que pudiéram-

os conseguir. Desde luego, yo no iba a quedarme con ninguno de los suyos.

Lo entendió y demostró ser un verdadero amigo. A los pocos días teníamos carretas y yuntas que pasaban a nuestras líneas. Nunca supe de dónde venían, ni lo pregunté. Me bastaba con que las tuviéramos y con que llevaran nuestra marca. Así que tenían que ser nuestras.

Se contaba del viejo Colenbrander, aunque no lo sé con certeza, que, al terminar la guerra, lord Kitchener le permitió comprar unos cuantos miles de caballos del ejército a un precio por cabeza muy bajo, que dependía de la cantidad que se llevara.

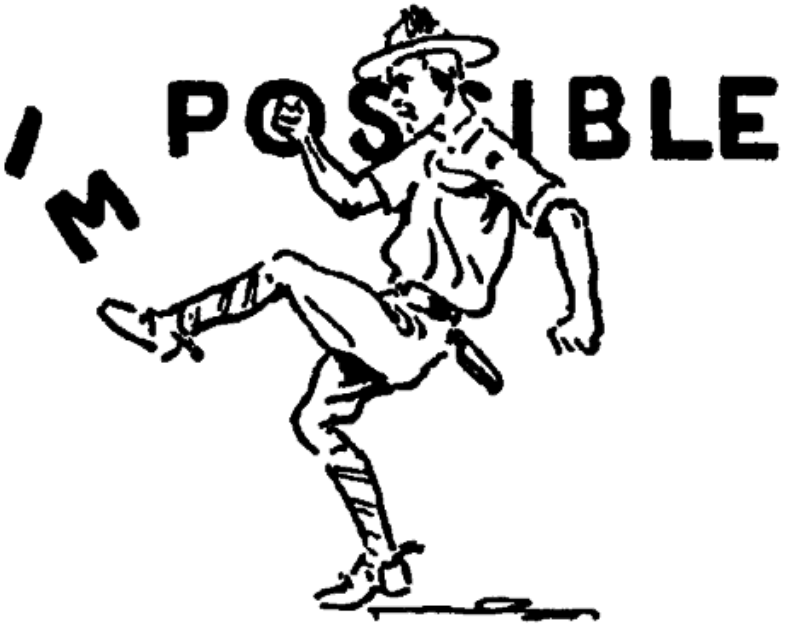
Quienes conocían el estado de sus finanzas se preguntaban entonces cómo iba a pagarlos. Pero confiaban en que, de un modo u otro, una pequeña dificultad como esa no se le iba a poner por delante.

Y, en efecto, la superó. Por pura suerte, uno o dos días después de que hubiera encerrado a su ejército de caballos en un cercado, se desató un tornado. Colenbrander se presentó desolado ante lord Kitchener: la mayor parte de los caballos que había comprado, que estaban en muy malas condiciones, habían sucumbido a una tormenta de nieve y viento; se enfrentaba a la ruina y no tenía forma de pagarlos. Imploró piedad para un viejo guerrero en desgracia, y su súplica no fue en vano.

Pero la historia sigue diciendo que después hizo una fortuna con los caballos que sobrevivieron (que fueron la gran mayoría). Yo apenas me lo creo.

El espíritu vence a lo imposible

Siempre he sostenido que, si hay buen espíritu, se le puede quitar el «im» a la palabra «imposible», y así se demostró en los primeros días de la Policía de Sudáfrica.



Uno de los trabajos de la Policía de Sudáfrica

El espíritu de los oficiales y de los hombres era indomable. Mal alimentados en buena parte, mal vestidos y viviendo en los refugios que podían improvisar, seguían adelante. En una ocasión destaqué su comportamiento cuando los encontré cavando trincheras bajo una lluvia intensa y continua, desnudos, para mantener seca la única muda de ropa que tenían.

Un fragmento de una de mis cartas al ayudante general dice: «Nuestros caballos están en buen estado, y el transporte está organizado y funciona bien. Nuestros hombres van hechos harapos y hacen un trabajo realmente duro en las expediciones nocturnas y las emboscadas. No han

tenido descanso en once meses, pero están llenos de ganas y de ambición por trabajar en campaña».

Así que, a pesar de todas las dificultades, en junio de 1901 los policías eran ocho mil, de los diez mil previstos en su plantilla, montados, equipados, instruidos y trabajando eficazmente en campaña.

Vuelta a casa por enfermedad

Por desgracia, en aquella ocasión fui yo quien no pudo más. Había trabajado muy duro, prácticamente día y noche, desde que llegué al país en julio de 1899. Los médicos movían la cabeza al verme y me dijeron que debía tomarme unos meses de descanso, así que me mandaron a casa.

Al llegar a Southampton me avisaron de que me esperaba un gran recibimiento en Londres, pero las autoridades se portaron de maravilla: pusieron a mi disposición el vagón que llevaba el correo desde el muelle del barco hasta el tren de Londres, y dieron orden al maquinista de que parara y me dejara en Woking. Allí me alojé tranquilamente con mi hermano y con el viejo «Boy» Maclaren, hasta que pude escaparme a mi casa de campo.

En Balmoral

Poco después de mi feliz regreso a Londres, empecé a abrir mi correspondencia y, entre las cartas, me cayó otro bombazo: una invitación oficial, que era una orden, para pasar un fin de semana en Balmoral.

Salí de Londres en el tren de la noche hacia Aberdeen y de allí a Ballater (que, según descubrí, se pronunciaba «Bahleter», a la manera escocesa).

Poco después de llegar, el coronel Davidson, que era el ayuda de cámara, me llevó a dar un paseo por el castillo y sus jardines. Él y yo habíamos viajado juntos a la India en 1876, en el *Serapis*.

Más tarde, aquel mismo día, el rey Eduardo me mandó llamar a su despacho, donde me pidió que me sentara, y tuvimos una conversación larga y cordial en la que me pidió información.

Al cabo de un rato tocó la campanilla y dijo al lacayo: «Diga a la reina que venga». Me pareció un poco de *Alicia en el país de las maravillas*.

La reina Alejandra entró acompañada de su pequeño nieto, el actual príncipe de Gales.

Hice una reverencia y le besé la mano, o al menos lo intenté. Me habían advertido de que conseguirlo era un honor realmente raro, porque ella tenía la habilidad de retirar la mano en el momento crítico, de modo que uno acababa besándose ridículamente sus propios dedos. Y eso fue lo que me pasó.

El rey y la reina me preguntaron muchas cosas sobre Mafeking, sobre lady Sarah Wilson y Ronnie Moncrieff, sobre la situación de la guerra en aquel momento y sobre el valor de las tropas coloniales y de la Policía de Sudáfrica.

Fue una conversación larga y amistosa. Al final, con unas pocas palabras afectuosas de agradecimiento y felicitación, el rey me impuso la insignia de compañero de la Orden del Baño y la Medalla de la Guerra de Sudáfrica, y me dijo que debía quedarme unos días de vacaciones en Balmoral.

Además, cuando dejé el castillo dos días después, el rey salió al zaguán a despedirme y me regaló un bastón como recuerdo.

Entonces me llevó aparte y empezó a hablarme con voz seria, lo que por un momento me puso el corazón en un puño:

—Quiero hablar con usted seriamente. Le he observado en las comidas y me he dado cuenta de que no come lo suficiente. Cuando se trabaja como usted lo ha hecho, hay que cuidarse. Le voy a enviar carne de venado para ver si así come más. No se olvide de comer más.

Y, guiñándome un ojo con mucha gracia, se echó a reír y me dio un cordial apretón de manos.

Pocas veces he encontrado un anfitrión tan alegre y amable. Uno o dos días después se lo escribí al coronel Davidson en una carta privada, y él se la enseñó al rey y a la reina.

Aquel día viajé, y también toda la noche, hasta Cornualles, para pasar unos días con unos amigos en Fowey. A la noche siguiente uno de ellos me dijo:

—¿No te apetecería tocarnos algo con tu violín?

—¿Violín? No tengo ninguno.

—Claro que sí. Vimos que llegó uno con tu equipaje.

Fui a mi cuarto a mirar y allí, debajo de la cama, había una caja muy bien hecha, como el estuche de un violín, que contenía la pierna de venado que me había regalado el rey.

De vuelta en Sudáfrica

Por fin pasé el reconocimiento de los médicos y, aunque mi permiso por enfermedad no había terminado, a finales de aquel año (1901) ya estaba de vuelta en Sudáfrica.

Al llegar a Johannesburgo, me encontré con que el cuartel general de la Policía de Sudáfrica se había instalado de forma permanente en esa ciudad. Escribí a casa: «Es estupendo volver al trabajo. Nosotros, la Policía de Sudáfrica, somos ahora una fuerza en el país, y hacemos un trabajo excelente en muchos frentes».

Tuvimos tantos casos de valor individual entre oficiales y hombres que resultaba difícil que las autoridades del ejército los reconocieran todos, sobre todo porque en muchos casos no estaban integrados de forma regular en unidades del ejército. Así que, aunque teníamos tres Cruces Victoria *(N. del T.: condecoración británica muy apreciada)* y un gran número de condecoraciones de la Orden de Servicios Distinguidos y de Medallas de Conducta Distinguida, me pareció conveniente crear una medalla al valor propia, y llegó a ser la condecoración más apreciada de mi fuerza.

Hablando de Cruces Victoria, entre los oficiales de la Policía de Sudáfrica tuvimos dos que batieron récords: el mayor Martin Leake, V. C., que ganó una segunda Cruz Victoria en la Gran Guerra, y el general de brigada E. Wood, que más tarde recibió la Orden de Servicios Distinguidos en tres ocasiones durante la Gran Guerra.

En los primeros dieciocho meses de nuestra existencia tuvimos frecuentes combates con los bóeres, de modo que, a principios de febrero de 1902, habían perdido a manos nuestras 93 muertos, 117 heridos, 543 prisioneros, 154 rendidos, 3578 caballos, 248 mulas, 184 carros de transporte, etcétera.

Nuestras nuevas responsabilidades

Nuestro servicio militar terminó el 7 de junio, cuando se firmó la paz con los bóeres en Vereeniging.

La Policía de Sudáfrica quedó relevada de sus obligaciones militares y asumió las de policía civil. Unos diez días después, lord Kitchener dejó Sudáfrica para volver a Inglaterra, pero antes de partir telegrafió expresando «su cálido aprecio por la buena conducta, la resistencia y el valor que han distinguido a la Policía de Sudáfrica. Oficiales y soldados han soport-

ado las penalidades, el aislamiento y el peligro con alegre buen humor, y se han ganado el aprecio y el respeto del resto del ejército. La Policía de Sudáfrica tiene ahora la inmensa y noble tarea de mostrar a los habitantes el carácter inglés, y lord Kitchener no podría dejar el buen nombre de nuestra nación en mejores manos».

La pacificación de quienes habían sido nuestros enemigos era sin duda el trabajo más importante, y no era fácil.

Por eso me atreví a sugerir a Su Excelencia que se ofrecieran puestos de oficial en la policía a algunos de los jefes bóeres, en especial a Botha, Smuts, De la Rey y De Wet. La idea era que así no se sintieran una casta de vencidos, que fueran más leales a su nuevo regimiento y que estuvieran menos tentados de aceptar las ofertas de gente sin escrúpulos para irse a dar conferencias por Europa.

Por haberlos tratado desde hace mucho, siento simpatía y una admiración especial por la mayoría de los bóeres. Entonces se mostraban muy desconfiados y astutos, y sus mujeres todavía más; y, como es natural, estaban llenos de inquietud, por lo que podíamos ver, ante posibles represalias y venganzas una vez desarmados.

Tienen un amor propio que podía hacer que se sintieran agraviados en sus familias.

Al mismo tiempo, si les dábamos alguna muestra de blandura, la tomarían por debilidad y se aprovecharían. Por eso teníamos que actuar con mucho tacto y demostrar un gran sentido de la justicia y del deber, junto con comprensión humana.



Un policía de Sudáfrica

Naturalmente, todos veían que esa era la línea correcta, pero el mayor problema era conseguir que la aplicaran nuestros hombres, que actuaban cada uno por su cuenta.

Al dar a la fuerza las órdenes sobre sus nuevas tareas, recordé el conocido discurso de Abraham Lincoln al final de la Guerra de Secesión de América, porque sus palabras encajaban de lleno en la situación:

> «Sin malicia hacia nadie, con caridad para todos, con firmeza en el bien tal como Dios nos permite verlo, esforcémonos por terminar la obra que hemos emprendido: vendar las heridas de la nación, cuidar de quien ha soportado la batalla, y de su viuda y sus huérfanos, y hacer todo lo que pueda lograr y mantener una paz justa y duradera entre nosotros y con todas las naciones».

Los hombres estuvieron a la altura de las circunstancias y, bien instruidos por sus oficiales, dejaron atrás el odio de la guerra y asumieron de buen grado su papel de pacificadores, con una capacidad de adaptación que me atrevo a considerar esencialmente británica.

Como escribe sir John Fortescue en *El Imperio y el Ejército* (*The Empire and the Army*): «No solo con plomo y acero ha consolidado el soldado británico su Imperio. Sabe hacer la guerra cuando se ve empujado a ella, pero también sabe hacer la paz... Posee ese lenguaje universal que nace de la bondad natural y de la amabilidad de corazón».

Los *burghers*, los ciudadanos bóeres, se habían dividido en facciones enconadas: los que se habían rendido y los que habían resistido hasta el final.

Los nativos, como he dicho, estaban deseosos de saquear donde pudieran. Aventureros blancos y personajes de mala calaña de varias nacionalidades se aprovechaban de la situación desorganizada del país, y la usurpación de tierras y el robo se practicaban a gran escala.

El comercio ilegal de alcohol y el contrabando de armas estaban en auge, y las langostas diezmaban las escasas cosechas.

Por eso, las tareas que se pedían a los policías eran muchas, variadas y urgentes.

Pero oficiales y hombres emprendieron su nuevo trabajo con habilidad y determinación, y pronto tuvieron estos males bajo control.

Un caso notable de esta eficacia llena de recursos se dio al principio de nuestra etapa como policía, cuando hubo una fiebre del oro en los yacimientos de Letaba. El coronel Steele, que mandaba la División B, había vivido las fiebres del oro del Klondike, así que se adelantó a esta instalando en el lugar un puesto de policía, con una oficina de registro y unas normas para regular la avalancha de buscadores, que llegaron unos días después.

Al poco tiempo llegó una petición urgente del alto comisionado para que enviáramos a la policía al lugar, y cuando se vio que ya lo habíamos dispuesto todo con antelación y con mucho sentido práctico, recibimos el más cordial agradecimiento del Departamento de Minas.

En nuestras órdenes incluí un aviso para que los miembros del cuerpo, dondequiera que estuvieran destinados, buscaran e identificaran todas las tumbas de los caídos en la guerra, las arreglaran y asumieran como parte de su deber mantenerlas en buen estado. Y no solo las de los británicos, sino también las «de nuestros antiguos enemigos, los bóeres, que cayeron luchando valerosamente por su causa y que también merecen nuestro respeto».

El coronel Steele, jefe de la División B, era canadiense y todo un personaje. Había ascendido desde los rangos más bajos hasta llegar a comandante de la Real Policía Montada del Noroeste, y había hecho un duro trabajo policial, lleno de experiencias emocionantes, en el territorio del Yukón.

Después de la guerra bóer lo visité en Canadá. Al enseñarme los restos de Fort Garry, en Winnipeg, me contó que él estaba de centinela en la

puerta cuando el coronel Garnet Wolseley llegó para entrevistarse con el señor Smith, el factor de la Compañía de la Bahía de Hudson en el fuerte. Al señor Smith se le conoció después como lord Strathcona.

Esto ocurrió hacia la época de la rebelión de Riel. Cuenta la historia que, cuando a Riel lo llevaron por fin al patíbulo, se dirigió a la multitud y les dijo que, aunque lo ahorcaran, resucitaría como Cristo al tercer día y los guiaría hacia nuevas revoluciones.

El oficial de policía encargado de la ejecución habló después de él y recordó a los presentes que, en el caso al que Riel aludía, los que montaban guardia eran soldados romanos, pero que esta vez se trataba de la Real Policía Montada del Noroeste, y que Riel no resucitaría.

Y no resucitó.

En cuanto a los hombres que formaban la Policía de Sudáfrica, una autoridad muy capacitada para juzgarlo dijo que eran «la mejor unidad de ese tamaño que haya visto el mundo», y yo me lo creo.

Todos sus miembros eran hombres escogidos, y a los indeseables se los eliminaba sin contemplaciones (en una sola vez di de baja a once oficiales y trescientos hombres y los mandé a casa).

Cerca de dos mil de aquellos hombres habían estudiado en escuelas privadas de prestigio. Con un personal así se podía confiar en su honor y en que harían su trabajo en sus puestos dispersos.

Los ascensos se daban, en lo posible, por méritos. Establecimos un sistema por el que un buen suboficial o soldado podía llegar a oficial de la fuerza. El candidato tenía que aprobar un examen de trabajo de campaña, régimen interior, equitación y legislación policial.

Entonces pasaba a ser oficial en periodo de prueba, con el grado de corneta, y se le destinaba sucesivamente a cuatro escuadrones distintos, tres meses en cada uno.

Al final del año tenía que aprobar otro examen de servicio policial, conocimientos de veterinaria y llevanza de registros, cuentas, etcétera.

Cada uno de los jefes de escuadrón a cuyas órdenes había servido redactaba un informe sobre él y decía si le gustaría tenerlo de forma permanente en su escuadrón o no. Si todo iba bien, el corneta podía ser nombrado subteniente.

El rey Eduardo y Sudáfrica

Después de firmada la paz, se preguntó, y se ha seguido preguntando desde entonces, si, en justicia para todas las partes, los británicos no se precipitaron un poco al poner el gobierno del país en manos poco preparadas.

El rey Eduardo, que veía esta cuestión con simpatía pero desde lejos, cuando Winston Churchill le explicó en 1906 la propuesta de autogobierno de Campbell-Bannerman para Sudáfrica, le dijo que «esperaba que las fervientes esperanzas de Churchill se cumplieran. Pero le rogaba que recordara que era un país recién conquistado, y no una colonia ya establecida que aspirara al autogobierno, y que le parecía algo arriesgado para la supremacía británica conceder el autogobierno prematuramente».

«¿Cuál será el desenlace final? —continuó Su Majestad, en tono profético—. ¿Serán los británicos o los bóeres quienes tengan la mayoría?».

Instó a Churchill a anteponer su país a su partido al decidir en estos asuntos.

Cuando el señor Asquith propuso a lord Gladstone para suceder a lord Selborne como alto comisionado, el rey Eduardo escribió: «¿No hay nadie mejor? ¿Se ha consultado a los dirigentes de Sudáfrica?».

El 19 de octubre de 1907, el Gobierno del Transvaal regaló al rey Eduardo el diamante Cullinan «como muestra de la lealtad y el afecto del pueblo del Transvaal a la persona de Su Majestad y al trono».

¡Qué distinta habría sido la historia de Sudáfrica si el rey hubiera visitado personalmente el país!

Se reconoce el trabajo de los policías

El señor Chamberlain, secretario de Estado para las Colonias, habló en términos muy elogiosos de la Policía de Sudáfrica en la Cámara de los Comunes en 1903. Dijo: «Concedo la mayor importancia a los policías sudafricanos como gran influencia civilizadora y unificadora. En el pasado se les ha visto exclusivamente en su faceta militar y, en verdad, durante la guerra se distinguieron a las órdenes del mando militar, y algunas de las pequeñas acciones más valerosas de la guerra dieron gran renombre a esta fuerza».

Explicó a continuación lo difícil que era que un nuevo gobierno central entrara en contacto personal con la gente del campo abierto, pero que, gracias a la labor de la Policía de Sudáfrica, ya se había creado una relación de simpatía.

«Una y otra vez —dijo— he comprobado, al conversar con los hombres y también con los granjeros, que, mientras aprendían la lengua del país, se iban haciendo amigos de la gente: eran bien recibidos en todas las granjas, hacían pequeños favores a los vecinos, les llevaban las cartas y los recados, les daban información y resolvían sus disputas. Hasta tal punto es así que he recibido serias quejas de un magistrado residente porque su juzgado se estaba quedando casi desierto a causa de un sargento de la Policía de Sudáfrica que resolvía todos los problemas sin siquiera llevárselos a él (risas). Puedo comprender al magistrado residente, pero debo decir que no puedo sino expresar mi total aprobación de la actuación del sargento de policía».

Dejo la Policía de Sudáfrica

Mi propia relación con la fuerza terminó de repente a principios de 1903. Recibí la noticia de que se me había nombrado inspector general de Caballería para Gran Bretaña e Irlanda.

¡Otro bombazo! Era un ascenso que nunca había esperado, sobre todo estando destinado en un servicio activo en Sudáfrica.

Como servía a sus órdenes, me puse enseguida en manos de lord Milner para que me dijera si debía aceptar el nombramiento o no.

Él me respondió con generosidad, haciéndome ver que aquel nombramiento era, según sus propias palabras, «el Cordón Azul» de la Caballería, y que, como la Policía de Sudáfrica ya funcionaba bien, podía aceptarlo con la conciencia tranquila.

Con sentimientos encontrados de alegría y pesar, acepté. Hice una ronda de despedida por mis divisiones y finalmente entregué el mando de la Policía de Sudáfrica al coronel Nicholson.

Solo entonces me di cuenta de lo difícil que es separarse de un hijo propio, pero mi pena se vio aliviada por las amables felicitaciones que recibí, no solo de los policías, sino de amigos civiles y militares, británicos y bóeres por igual.

Como consuelo, recibí un magnífico homenaje de lord Milner, escrito de su puño y letra, a la eficacia y el valor de la fuerza, y también unas palabras de altísimo aprecio de sir Arthur Lawley, gobernador del Transvaal.

El fin de la Policía de Sudáfrica

En Inglaterra la gente supo poco de lo que la Policía de Sudáfrica (*South African Constabulary*) había hecho por el Imperio en Sudáfrica y, por desgracia, tampoco se interesó por saberlo. Pocos años más tarde, cuando el país pasó sin condiciones a manos de los políticos locales, el cuerpo se disolvió, y oficiales y tropa quedaron abandonados a su suerte para embarcarse de vuelta a casa sin ayuda ni comprensión de nadie.

Ocurrió unos cinco años después de que yo dejara el Cuerpo, y recibí de ellos un telegrama con una despedida conmovedora: «Morituri te salutant» *(N. del T.: «Los que van a morir te saludan», el saludo que dirigían al César los gladiadores romanos antes de empezar a luchar)*. Yo les respondí: «Phoenix ex cineribus resurgat» («Que el Fénix resurja de sus cenizas»), con la resignada esperanza de que, de alguna manera, el cuerpo pudiera reorganizarse.

Eso llegó a ocurrir, aunque solo en parte, y con oficiales holandeses ascendidos para ocupar el lugar de los que habían sido destituidos.

En cualquier caso, la Policía de Sudáfrica, como se llama ahora, es un cuerpo excelente, tal como pude comprobar el año pasado, construido sobre lo que quedaba de las tradiciones de la antigua Policía de Sudáfrica. Así que, en cierto modo, el Fénix ha resurgido.

En muchos lugares de África, Canadá, Australia y Gran Bretaña existen asociaciones de antiguos miembros de la Policía de Sudáfrica, que todavía se reúnen cada año el 22 de octubre para intercambiar recuerdos y mantener vivo su viejo espíritu de lealtad y compañerismo.

Cuando llegó la Gran Guerra, me ofrecí a reunir a los antiguos oficiales y hombres de la Policía de Sudáfrica para formar un regimiento comp-

leto, con sus reservas, unido por el espíritu y la tradición, y listo a tiempo para servir en el frente.

Lord Kitchener acogió la idea con mucha simpatía, pero al final la rechazó. Sostenía que aquellos hombres serían más valiosos repartidos como levadura entre los soldados jóvenes de los distintos batallones que se estaban reclutando por entonces.

9. Inspector general de la caballería



Recibí con enorme recelo la orden de hacerme cargo del puesto más codiciado del arma de Caballería, el «cordón azul», que suponía responder de la eficacia de la caballería regular y de la Guardia Real en Gran Bretaña y en Irlanda, así como de la caballería destacada en Egipto y en Sudáfrica.

¡Menudo encargo!

Lo primero que hice al asumir mis obligaciones fue ponerme al día, en todo lo posible, sobre los métodos más modernos de la caballería.

Con ese fin visité personalmente, primero, las escuelas de caballería de Francia, Alemania, Austria, Bélgica, Italia y América *(N. del T.: se refiere a los Estados Unidos)*, y después las maniobras de Francia, Alemania e Italia, para ver en el terreno y en grandes concentraciones de tropas los resultados de su formación.

Escuelas de caballería

Cuando visité la Escuela de Caballería de Saumur, en Francia, me impresionó la buena formación general que allí recibían los oficiales de caballería.

No se limitaba a la equitación, la veterinaria y el manejo del caballo, que era lo habitual en otras escuelas de caballería, sino que incluía exploración, ingeniería de campaña, historia militar, táctica y estrategia.

La formación de Saumur era tan práctica que, con el tiempo, enviamos allí a uno o dos de nuestros oficiales para que se formaran.

En Alemania pasé unos días muy interesantes en la Escuela de Caballería de Hannover. Allí, por orden del káiser, tenían una jauría de sabuesos como parte del equipo. Como en aquella zona del país no había zorros, me dijeron que cazaban jabalíes.

El káiser

En Darmstadt, cuando subía a mi vagón del tren especial que nos llevaba a las maniobras, una voz a mi espalda pronunció mi nombre sin ningún acento, en un inglés perfecto. Me di la vuelta y me encontré cara a cara con el káiser.

Estuvo muy cordial y lleno de ocurrencias. Me hizo muchas preguntas sobre la caballería y nunca dejaba de rematar mis respuestas con comentarios críticos muy ingeniosos, que a veces no iban nada desencaminados.

Medidas para el progreso

Después de visitar la mayor parte de las caballerías de Europa y América, convoqué una conferencia de oficiales para exponer las medidas que me proponía aplicar para mejorar la caballería. Recibí el apoyo del duque de Connaught, sir Evelyn Wood, lord French y lord Chesham (en representación de la caballería voluntaria). También el coronel Rimington, de los Dragones de Inniskilling, el coronel Lumley, del 11.º de Húsares, y el cor-

onel Fowle, del 21.º de Lanceros, aprobaron en general las ideas que les presenté.

Esas ideas se recogían en puntos como estos:

1. Responsabilidad para los oficiales jóvenes, algo deseable en las nuevas condiciones de trabajo.
2. Pequeños grupos permanentes dentro de cada escuadrón para desarrollar la responsabilidad y la eficacia.
3. Formación en línea sencilla.
4. Formación en triángulo de doble escalón como principio general, pero no como regla obligatoria.
5. Una escuela de caballería para formar a los oficiales en equitación, reconocimiento, etc.
6. Señales con la mano, además de los toques de trompeta y las voces de mando, para dirigir los movimientos.
7. Exploradores *(N. del T.: en inglés, «scouts»)* bien formados y organizados de forma regular, a las órdenes de oficiales exploradores.

El dominio del caballo

La guerra de los bóeres, con su espantosa pérdida de caballos, bien pudo hacer dudar a más de uno de que los británicos fuéramos los mejores jinetes del mundo.

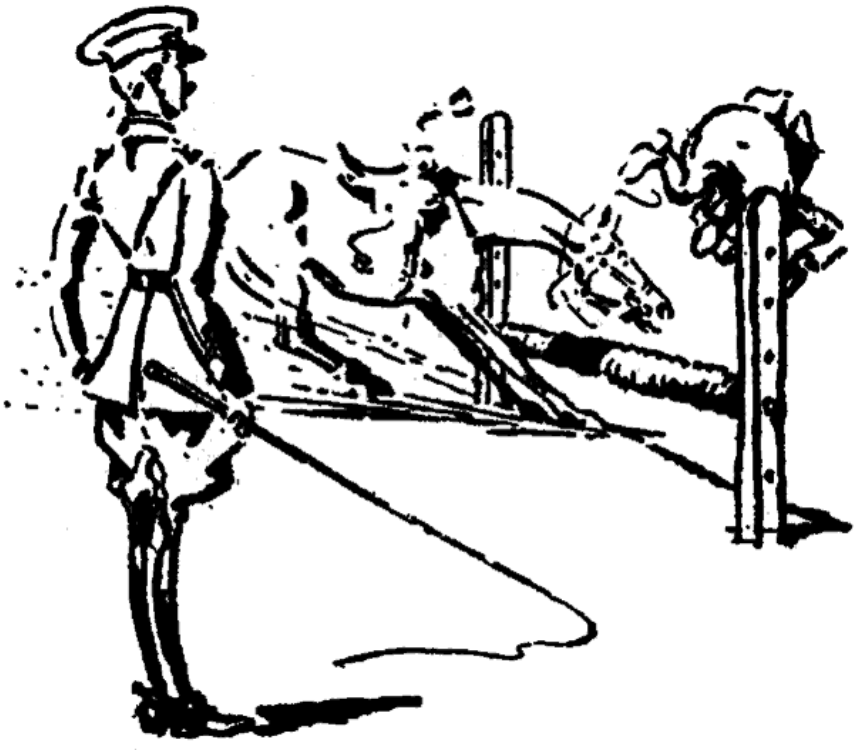
Ya había habido dudas al respecto en tiempos de la guerra peninsular, cuando los caballos de la caballería británica estaban destrozados mientras que los de las tropas auxiliares de Hannover conservaban su buen estado.

Era cuestión de fe o de tradición que los británicos éramos la nación de jinetes por excelencia, pero esa tradición no siempre se cumplía.

Mucho antes de alcanzar un rango importante en el arma, yo había estudiado las revistas de caballería de otros países. Estaba suscrito a *La Revue de Cavalerie* y era miembro honorario de la Asociación de Caballería de Fort Leavenworth, en América. En Gran Bretaña no teníamos ninguna revista de caballería.

También asistía a las marchas a caballo de larga distancia que se hacían en el continente. Pese a toda nuestra experiencia en Sudáfrica, no podíamos competir con los extranjeros en esas pruebas.

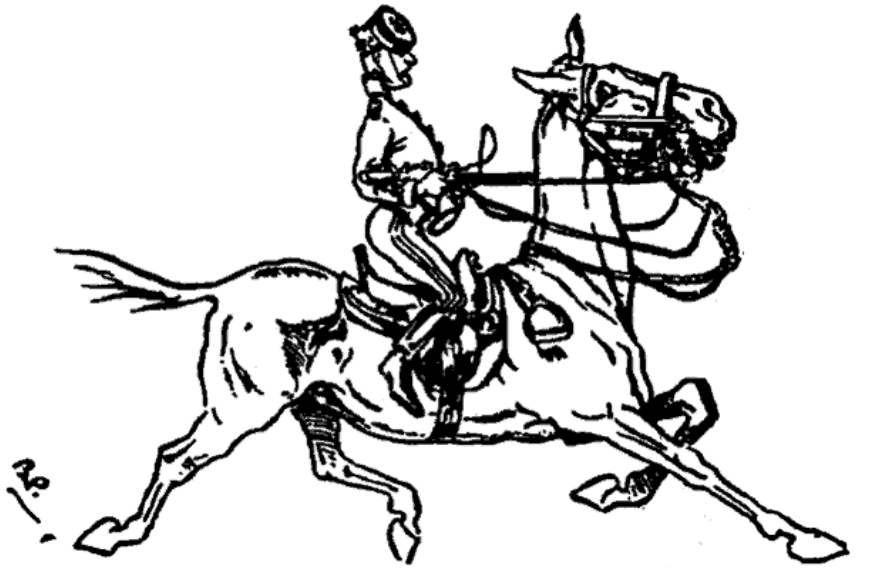
El dominio del caballo, tal como lo entendíamos entonces, significaba ser capaz de mantenerse sobre su lomo. No incluía, como debería, el arte de manejar al caballo.



La doma de caballos, al estilo antiguo

El maestro de equitación de aquellos días solía ser más un domador rudo que un buen conocedor de caballos, y enseñaba a sus hombres igual que a sus caballos, con el mismo principio: domarlos a fuerza de métodos que hoy se considerarían, con razón, brutos, y a ojo de buen cubero.

Le daba igual que el oficial recién incorporado fuera uno de los jugadores de polo más prometedores del regimiento o un jinete experto en la caza con perros; su comentario siempre era el mismo: «Acorte los estribos tres agujeros, baje los talones y siéntese como un soldado. No puedo permitirle que monte como una gallina cualquiera».



Escuela de equitación: bien erguido, como debe ser

Todo eso lo cambiamos. El resultado de la mejora que se introdujo entonces en el manejo de los caballos se vio durante la Gran Guerra: el trabajo que hicieron los caballos en Palestina, por ejemplo, comparado con el que eran capaces de hacer en Sudáfrica años antes, mostró un progreso increíble.

En aquel país sin agua, los caballos de las tres divisiones montadas aguantaron setenta y dos horas sin beber durante la tercera batalla de Gaza y seguían siendo capaces de trabajar.

La Caballería Voluntaria de Lincolnshire aguantó ochenta y cuatro horas sin agua, y la de Dorset recorrió sesenta millas (casi cien kilómetros) en cincuenta y cuatro horas sin beber. En las operaciones finales, la 5.ª Div-

isión de Caballería recorrió 550 millas (unos 885 kilómetros) en treinta y ocho días.

El dominio de los hombres

El jinete no sirve para nada sin su caballo, así que el dominio del caballo forma parte esencial de la caballería. Pero tampoco el caballo sirve para nada sin su hombre, de modo que el dominio de los hombres es imprescindible para los oficiales, como ya expliqué en el capítulo 7.

Parece que a veces hemos exagerado el valor de tener los caballos en buena forma y nos hemos olvidado de tener también en forma a los hombres que han de montarlos. Aun así, el dominio de los hombres resulta relativamente fácil gracias al espíritu de compañerismo que caracteriza a la caballería.

El compañerismo entre oficiales y soldados es fuerte porque comparten la afición deportiva por el caballo. Por eso, cuando por fin pusimos en marcha la Escuela de Caballería, no fue solo una escuela de equitación ni solo una escuela de manejo del caballo, sino también de esa energía y esa confianza que forman «el espíritu de la caballería».

Ese espíritu es valioso no solo para el arma, sino para todo el Ejército. Lo comprendí en una conversación con el rey Alberto de Bélgica, después de la Gran Guerra, a propósito de la reducción de los regimientos de caballería en nuestro Ejército. Me dijo que, pese a las críticas, él mantendría la caballería belga con todos sus efectivos, porque era valiosa en la guerra moderna por una sola razón: creaba el espíritu de lucha de todo el Ejército.

Personalmente creo que tiene un valor añadido: no solo infunde espíritu combativo, sino también lealtad y patriotismo, y en eso veo al Ejército

como una escuela inestimable para la nación, capaz de inculcar el espíritu adecuado a la flor de su juventud.

Gentilezas del Ministerio de la Guerra

Quizá parezca que en estas notas he hecho comentarios sarcásticos sobre el Ministerio de la Guerra. Estoy seguro de que sus funcionarios actuales no me guardarán rencor por mis burlas, porque no van dirigidas contra ellos, sino contra sus predecesores de hace mucho tiempo. Ahora las cosas son distintas.

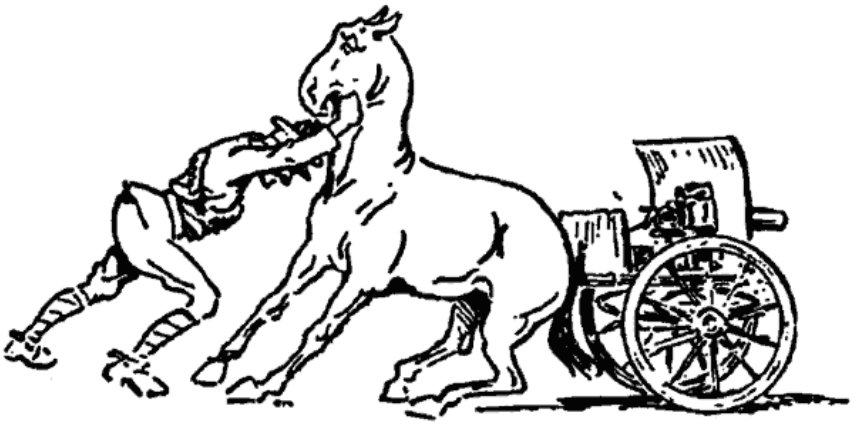
Pero incluso en aquellos días, teniéndolo todo en cuenta, los que mandaban encajaban mis bromas de buen talante.

Más de una vez comprobé que la correspondencia oficial no estaba reñida con una sonrisa. Por ejemplo, cuando mandaba una división territorial, el Ejército dio la orden de que cada batallón debía dotarse de dos ametralladoras y de los caballos necesarios para arrastrarlas.

Llegaron las ametralladoras y, con ellas, unos caballos preciosos. Pero los arneses necesarios para enganchar unos a otras no llegaron. Así que las ametralladoras se quedaron paradas y sin usar durante semanas, mientras los caballos se comían en sus cuadras toneladas de forraje del Gobierno, «y nunca los dos se encontraban».

Escribí al Ministerio de la Guerra una y otra vez, rogando que nos enviaran aunque fuera unos pocos arneses. Acusaban recibo, pero no hacían nada. El tiempo pasaba sin resultados.

Un día tuve una idea brillante. Les escribí pidiéndoles que anularan mis peticiones anteriores y explicándoles que acababa de darme cuenta de que no hacían falta arneses: estaba enseñando a los caballos a apoyarse contra las ametralladoras y empujarlas hasta la línea de combate, como mostraba el dibujo que adjuntaba.



El nuevo método para llevar las ametralladoras a la acción

Funcionó. La caricatura causó cierto revuelo en las altas esferas y fue circulando por todo el Ministerio, hasta que alguien preguntó si aquello tenía algún fundamento y si de verdad no teníamos arneses.

Así, al cabo de mucho tiempo, el departamento de arneses, del que hasta entonces nadie se había acordado, recibió la invitación oficial de colaborar y nos envió lo que necesitábamos.

Inspecciones

Hasta que me nombraron a mí, el inspector general de la caballería desempeñaba su cargo con mucha caballerosidad. Avisaba a los regimientos con varios meses de antelación de la fecha de su inspección anual, les informaba con todo detalle de lo que quería ver hacer a cada escuadrón y ordenaba que todos los oficiales estuvieran presentes ese día.

Así, todo el mundo sabía lo que se esperaba de él, y cada escuadrón se dedicaba a ensayar los ejercicios en que iba a ser examinado. De hecho, aquello se convertía en una especie de juego.

El escuadrón tenía que actuar de forma impecable y el inspector general tenía que encontrarle fallos. Si los encontraba, ganaba él; si no, ganaba el regimiento.

Pues bien, cuando era capitán me di cuenta de esto y también de que sería muy diplomático dejar ganar al inspector general. Así que, sabiendo que iban a inspeccionar mis cuadras, lo tuve todo en perfecto orden: la paja bien recogida, los caballos abrevados unos minutos antes de que llegara el general (para que se les llenaran los ijares), etc., etc. Todo lo que se podía arreglar y ordenar estaba arreglado y ordenado, y todas las apuestas parecían favorecer al escuadrón.

Pero yo sabía que eso no debía ocurrir. Así que dejé colgado un farol del establo lleno de telarañas, sucio y sin limpiar.

El inspector general recorría las cuadras buscando fallos sin encontrar ninguno, cada vez más nervioso al ver que se le escapaban las posibilidades de ganar, mientras oficiales y soldados aguardaban firmes y angustiados.

Casi había terminado de recorrer las cuadras cuando sus ojos se posaron en el farol. Entonces estalló: «¡Santo Dios! ¿Qué es eso? ¡Maldita sea!», y así sucesivamente. Tras un buen chorro de improperios, su enfado fue cediendo a medida que comprendía que había ganado, y su tono pasó a ser el de un vencedor magnánimo:

«Es una lástima, mi querido muchacho, que haya esa mancha en lo que, por lo demás, yo llamaría unas cuadras dignas de elogio. Sus caballos están bien, sus hombres están bien, su forraje está bien, y podría seguir así, pero ese farol... En fin, usted se encargará de eso, ¿verdad?».

Y el gran hombre se quedó muy satisfecho de sí mismo y de su victoria, mientras en las cuadras todos sentíamos un gran alivio, porque ning-

uno de nosotros había perdido.



El truco del farol sucio

Sí, me inclino a pensar que con algunos inspectores era más el tacto que el mérito lo que ganaba la partida. Era otra vez la misma historia que

la de los exámenes escolares: una inspección general no ponía a prueba la verdadera eficacia de un regimiento.

Cuando me tocó a mí ser inspector general, no me preocupé de programas ni contagié a los oficiales el virus de la «fiebre de la inspección». Mi costumbre era quedarme unos días con cada regimiento y verlo en su jornada normal de trabajo y de juego. Así se obtiene una idea más justa y práctica de su eficacia, y conseguí además que los oficiales acogieran con mucho más entusiasmo las novedades que yo quería que se probaran.

Fue el trato personal, y no los oficios, lo que dio resultado.



Lo mejor que podemos hacer hoy en día como estatua ecuestre de un general

No exigía que todos los oficiales estuvieran presentes en mis inspecciones, ya que los juzgaba por los resultados de su trabajo. El estado de sus escuadrones me daba una medida muy exacta de sus cualidades.

Como consecuencia, aunque no había ninguna orden al respecto, eran poquísimos los oficiales que faltaban. Por un lado, no les gustaba que los juzgaran en su ausencia; por otro, con la mayor responsabilidad

que ahora se les había dado, tenían también más interés y más deseos de demostrar que sus escuadrones estaban preparados para el servicio.

En uno de mis escritos a los oficiales decía:

> «Sobre nuestro país pende un grave peligro, bien evidente para cualquiera que viaje y esté en contacto con los militares del otro lado de la frontera. Nuestra tarea en la caballería es hacer de nuestra arma la máquina de combate más perfecta de su clase, para compensar su gran inferioridad numérica. Esa inferioridad no se puede remediar cuando estalle la guerra... La caballería es la única fuerza que tiene que estar lista desde el primer día de las hostilidades. Tenemos que conseguirlo con un trabajo paciente y sistemático, y no tan lento que nos adelanten, porque nuestros vecinos avanzan con empeño en la misma dirección».

En el curso de mis inspecciones descubrí, de paso, que en muchos casos los cuarteles de caballería no estaban en condiciones de ser habitados.

En uno de ellos, en Norwich, informé de que el edificio estaba en ruinas. Nadie hizo caso. En mi informe del año siguiente escribí: «El cuartel se encuentra en el mismo estado insatisfactorio que el año pasado, salvo que, desde entonces, se ha derrumbado una cocina».

Mientras inspeccionaba a los Greys en el cuartel de Piershill, en Edimburgo, pregunté, como de costumbre: «¿Alguien tiene alguna queja?».

Un soldado contestó muy agrio: «Sí, señor. Antes dormía en una cama en el rincón del fondo de la compañía, y ahora me han ordenado dormir aquí. No quiero cambiarme, porque desde aquel rincón podía mirar por un buen agujero del suelo y ver a mi caballo en la cuadra de abajo».

Me llevó a inspeccionar el «buen agujero», y no cabía duda de que desde allí se veía estupendamente a su caballo en la cuadra de abajo.

Informé del caso al Ministerio de la Guerra y añadí que, cuando se fregaban los dormitorios del piso de arriba, había que sacar los caballos de la cuadra hiciera el tiempo que hiciera, para librarlos de las duchas de agua sucia. Eso quizá no tuviera mucha importancia en otros regimientos, pero en el caso de los Greys se notaba muchísimo *(N. del T.: los Royal Scots Greys montaban caballos tordos, de capa gris clara, en los que la suciedad se nota mucho)*.

El 5 de mayo de 1907 terminó mi etapa como inspector general de la caballería. Varios compañeros de caballería me ofrecieron generosamente una cena de despedida, a la que asistieron:

- Sir Douglas Haig, inspector general de la Caballería de la India.
- Sir John Maxwell, jefe del Estado Mayor del inspector general de las Fuerzas.
- Coronel Fanshawe, brigadier.
- General Hon. Julian Byng, brigadier.
- Coronel Hon. O. Lumley, brigadier.
- Coronel Allenby, brigadier.
- General Rochfort, Artillería Real a Caballo.
- General Benson, Remontas.
- General Rimington, brigadier.
- Coronel Hon. R. Lindley, Escuela de Caballería.
- General Scobell, inspector de caballería.
- Coronel Fenwick, Caballería de la Guardia Real.
- General Birkbeck, Remontas.

Mi ayudante general adjunto era lord Erroll, de la Guardia Real a Caballo, y mis ayudantes de campo eran Harvey Kearsley, de la 5.ª Guardia de

Dragones; Owain Greaves, de la Guardia Real a Caballo, y Tom Marchant, del 13.º de Húsares.

Me emocionó muchísimo esa muestra inesperada de buena voluntad, acompañada además de numerosas cartas que aprobaban las medidas que habíamos ido tomando para poner la caballería en la mejor forma posible. Como colofón, recibí una carta del duque de Connaught en la que me decía cosas que me hicieron sonrojar de honor y de alegría.

Las «medidas» a las que se aludía eran, en resumen, estas:

- Se suprimieron las plantillas reducidas («de esqueleto») y los regimientos pasaron a funcionar sobre una nueva base de trabajo.
- Se restablecieron las remontas.
- Se formaron brigadas permanentes.
- Se redujeron los gastos de los oficiales.
- Se publicó un nuevo manual de táctica con un sistema de formación mejorado.
- Se dio responsabilidad a los oficiales de escuadrón y de sección.
- Se autorizaron la formación y la creación de exploradores.
- Se impulsaron un nuevo fusil y mejores tácticas de tiro.
- Se creó la Escuela de Caballería para oficiales y suboficiales.
- Se empezó a publicar una revista de caballería.
- Se implantaron ejercicios de movilización en todos los regimientos.
- Se estableció una nueva base para la doma y el manejo de los caballos.
- Se desarrolló la formación táctica de los suboficiales.
- Se fomentaron el espíritu de la caballería y el dominio de los hombres.

Yo, personalmente, no acepté para mí esas generosas alabanzas, porque nuestro éxito se debió al trabajo entusiasta de todo el equipo de oficiales de caballería.

Ahora que ya es demasiado tarde para que me expulsen del Ejército, no me importa confesar que yo era, física e intelectualmente, del todo inadecuado para el cargo de inspector general de la caballería.

Físicamente, porque desde hacía mucho tiempo tenía una pierna lesionada por un accidente de caza en Afganistán y, más recientemente, me había roto los cartílagos y ligamentos de la otra rodilla, de modo que tenía las dos piernas como dos trozos de cuerda y no podía dar, como debía, ejemplo de buen jinete.

Intelectualmente, estaba en desventaja porque no había pasado por la Escuela de Estado Mayor, y mis conocimientos de estrategia y de historia militar se limitaban al sentido común y a mi admiración por los métodos de Oliver Cromwell.

Por suerte, en aquel momento conté con la ayuda de Douglas Haig, que ocupaba el puesto equivalente al mío como inspector general de la caballería en la India. Éramos amigos y estábamos en contacto constante y en completo acuerdo de ideas, así que le debo muchas de sus visiones de largo alcance y de sus consejos prácticos.

Douglas Haig era único. Era un jinete de primera (nada que ver con la figura de cuello de cisne, al estilo de Hindenburg, que se ha propuesto para su monumento en Londres); tenía plenamente el espíritu de la caballería, una mente rápida y resolutiva, y al mismo tiempo era un estudioso serio de la ciencia militar: una combinación poco común en un oficial de caballería. Él fue nuestro salvador en la Gran Guerra.

La feliz casualidad de que estuviera en situación de llegar a comandante en jefe en aquella crisis fue un golpe de suerte para la nación.

Quizá uno de los resultados de la Gran Guerra sea enseñarnos que el servicio militar es en sí mismo una educación, tanto para los oficiales como para los soldados. Y aunque a ciertas armas se las llame la parte científica del Ejército, no me cabe duda de que la formación que reciben los oficiales de caballería con la práctica en el terreno desarrolla en alto grado rasgos de carácter como la rapidez de juicio, la prontitud, la decisión y otras cualidades que hacen de ellos jefes en la guerra.

Si hiciera falta probarlo, basta con ver los nombres de quienes mandaron nuestros ejércitos en campaña: la mayoría se formó en el arma montada. French, Haig, Allenby, Byng, Horne, Plumer, Gough, Rimington y otros.

Territoriales

El final de mi etapa como inspector general de la caballería no fue el último acto de mi servicio. Me dejó como teniente general en lo más alto del escalafón de la caballería, una posición que nunca imaginé en sueños, y menos aún deseé.

Y entonces me pusieron a media paga.

La costumbre era que uno pasaba cuatro años a media paga y, si en ese tiempo no había ningún nuevo nombramiento para él, se retiraba con la pensión correspondiente a su rango.

Por entonces lord Haldane era ministro de la Guerra y estaba estudiando cómo reforzar las reservas organizando cuerpos de formación de oficiales territoriales. Me invitó a pasar unos días con él en Cloan para hablar de estos asuntos y, estando allí, me preguntó si quería hacerme cargo del mando de una división territorial y poner en práctica las ideas que tuviera para mejorar la formación de esa fuerza.

Para mí no contaba como un destino normal, porque aquel mando correspondía a un general de división y yo era teniente general. Pero, como se me ofrecía trabajo, y además un trabajo interesante, acepté sin dudarlo. Conocía algo de los planes alemanes y me daba cuenta de que era urgente que nuestras reservas fueran eficaces en el campo de batalla y no solo sobre el papel.

Me destinaron al mando de la División de Northumberland, que abarcaba Northumberland, Durham y las zonas este y norte del condado de York. Allí encontré hombres espléndidos con los que trabajar, sobre todo los que venían de los distritos mineros. Eran muy rudos, pero deportistas de corazón y muchachos con agallas.

En la guerra de los bóeres habíamos tenido como enemigos a hombres que no habían hecho un solo día de servicio militar en su vida y que, sin embargo, fueron eficaces en el campo contra nuestras tropas instruidas gracias a su inteligencia individual, su valor y su ingenio.

Así que traté de orientar la formación de mi división en ese sentido.

Tenía un coche hecho a mi medida que me servía unas veces de dormitorio y otras de despacho, y viajaba continuamente por mi división, en contacto personal con cada unidad y estudiando las condiciones locales en que tenía que trabajar. Organizaba «batallas» de fin de semana a las que se acudía voluntariamente, pero que tenían más asistencia que los desfiles obligatorios.

A los hombres de aquella región, por supuesto, les va en la sangre apostar, así que hacían apuestas sobre el resultado de estos combates. Eso exigía árbitros especialmente buenos y, una vez más, ponía de relieve las dotes de mando de los oficiales.

Avisos de la Gran Guerra

En una ocasión me metí en un buen lío por una charla con mi Estado Mayor sobre la posibilidad de una invasión alemana.

Los alemanes coincidían en que el momento más adecuado para invadir Inglaterra serían los días festivos de agosto de cualquier año *(N. del T.: los «bank holidays», festivos oficiales en que cierran los bancos y que eran prácticamente los únicos días de vacaciones generales en el Reino Unido)*, cuando estaríamos menos preparados. Yo escogí precisamente esos festivos como la ocasión más adecuada para ensayar la movilización de las unidades, y di una charla a mis oficiales para explicarles el motivo y el plan de los alemanes.

Aquello hizo que ciertos miembros de la Cámara de los Comunes (uno de ellos, ministro en el último Gobierno) pidieran mi destitución. Pero, lo que era mucho más significativo, desde Alemania me llegaron algunas cartas anónimas furiosas, y también noticias de amigos particulares en el sentido de que mi nombramiento para aquel distrito concreto con el rango de teniente general (en lugar del habitual general de división) había causado bastantes comentarios en los círculos militares.

Así que, por lo visto, habíamos dado en el clavo.

Mientras en el Parlamento me ponían de vuelta y media por ese motivo, tomé el tren nocturno a Londres y le expliqué a lord Haldane que el discurso que había salido en la prensa era una charla privada para mis oficiales que nunca debería haberse publicado, y que quería disculparme por el revuelo que había causado en la Cámara.

Para mi sorpresa, me contestó que estaba encantado y que era bueno que la gente abriera los ojos ante el peligro que venía de Alemania.

Lo cierto es que en Inglaterra la gente no podía ni quería creer que pudiera volver a haber guerra en Europa, y veía con complacencia cómo Alemania se armaba y construía una flota que no podía tener otro objetivo que nosotros.

A lord Roberts y a otros que intentaron abrirles los ojos ante ese peligro los tomaban por fanáticos.

Fue una suerte para el país que el Ejército no estuviera ciego y que tuviera su pequeña fuerza móvil, bien «compacta», lista para la emergencia cuando la guerra se nos echó encima.

El rey Eduardo y mi retiro

Pero, más o menos por entonces, me cayó encima otra bomba. Fue la explosión del Escultismo, a partir de una sugerencia que yo había hecho y que produjo tal cosecha de boy scouts por todo el país que exigía una parte cada vez mayor de mi tiempo y de mis energías. Llegué a plantearme si estaba justificado que siguiera en el Ejército o si debía hacerme cargo de esta nueva criatura y organizarla.

El rey Eduardo me invitó a Balmoral y allí habló largamente conmigo de los boy scouts. Aunque todo estaba todavía en embrión, se mostró muy convencido de las posibilidades del Escultismo y de la urgencia de que yo me dedicara a él. Por eso, más adelante, cuando llegué a la conclusión de que no podía hacer bien los dos trabajos, le dije al rey que estaba pensando en retirarme del Ejército. Él me envió enseguida un mensaje diciéndome que, si era así, le parecía imprudente que dejara el servicio cuando, según esperaba, estaba empezando a subir por la escalera.

Pero al día siguiente, después de pensarlo mejor, me dio la razón: en vista de las posibilidades del Movimiento Scout y de la necesidad de organ-

izarlo, al fin y al cabo hacía bien en dejar el Ejército y dedicarme a esta tarea.

Una investidura repentina

A propósito de mi visita a Balmoral: fui allí para recibir de Su Majestad el honor de ser nombrado caballero comendador de la Real Orden Victoriana. Llegué al final de la tarde y me dijeron que la investidura sería al día siguiente. Pero, cuando me estaba vistiendo para la cena, Legge, el caballerizo del rey, entró precipitadamente en mi habitación y me dijo que Su Majestad quería condecorarme en ese mismo momento, así que corrí a su vestidor.

Mi diario dice:

> Ya ante la puerta, el coronel Legge me quitó las medallas en miniatura, me prendió dos imperdibles en la chaqueta y mandó a un paje traer un cojín, y a otro, una espada.
>
> Parecían los preparativos de una ejecución.
>
> Entonces entramos.
>
> El rey, vestido con traje escocés, me recibió con una amplia sonrisa y me retuvo la mano mientras me decía que, por mis muchos servicios en el pasado y en especial por el que ahora prestaba al país organizando a los boy scouts, se proponía nombrarme caballero comendador de la Real Orden Victoriana.
>
> Luego se sentó, yo me arrodillé en el cojín ante él, el paje le dio la espada y me tocó con ella en ambos hombros. Me colgó la cruz al cuello, me prendió la estrella de la Orden en la chaqueta y me dio la mano a

besar. Después, riéndose, me dijo que su ayuda de cámara me pondría bien la banda, y salí.

(Curiosamente, el otro día, la primera vez que fui a colgar mi sombrero en la Cámara de los Lores, el ujier que me recibió me recordó que él era el mismo ayuda de cámara que me había atendido aquel día, y me contó también que esa noche había dormido en la habitación contigua a la del rey).

Aquello me retrasó unos minutos y, cuando bajé al comedor, todos los invitados me estaban esperando, y los que tenían la Real Orden Victoriana se habían formado junto a la puerta como una pequeña guardia de honor para felicitarme. Fue todo muy violento y muy agradable.

Más tarde supe la razón de tanta prisa: las tarjetas que indicaban el sitio de cada invitado en la mesa ya estaban hechas, y el oficial encargado de prepararlas había supuesto que me armarían caballero ese día y no el siguiente, así que en la mía puso «Sir Robert». Para que la tarjeta fuera correcta, el rey me invistió sin más demora.

El rey Eduardo era famoso por lo rápido que detectaba cualquier fallo en los detalles del vestuario, y esa noche presencié un ejemplo. Durante la cena, detrás de su silla, le servía un criado egipcio, todo un artista preparando café, vestido con una librea espléndida. De pronto el rey, que por lo visto tenía ojos en la nuca, le soltó una reprimenda en francés. El hombre salió volando del salón: se le había olvidado ponerse las medallas. A los pocos minutos estaba de vuelta, solo para recibir una bronca todavía más furiosa: se las había puesto en el lado equivocado del pecho.

Después de la cena, el rey Eduardo me llamó, me hizo sentar a su lado en un sofá y estuvo media hora hablándome de los boy scouts.

El Movimiento aún no tenía dos años, pero se había extendido rápidamente. El día anterior yo había estado en Glasgow, en una concentrac-

ión a la que asistieron 5640 muchachos, y el mes anterior se habían reunido 11 000 en el Crystal Palace.

Su Majestad me preguntó por nuestros objetivos y nuestros métodos, y me dijo que creía firmemente que el Movimiento era justo lo que el país necesitaba. Aseguró que llegaría a ser una institución de gran valor y que le gustaría pasar revista a los scouts en el parque de Windsor. También aceptó que los muchachos que se esforzaran y superaran pruebas especiales de habilidad tuvieran el rango de «Scout del Rey».

Aquella noche me fui a la cama como un hombre feliz.

El fin de mi vida número uno

Al presentar mi solicitud de retiro del Ejército surgió la cuestión de mi pensión. Para mi horror, me dijeron que el Real Decreto no permitía conceder la pensión correspondiente a alguien de mi edad.

Mis ascensos habían sido tan rápidos que era teniente general a los cincuenta años, mientras que el Decreto no preveía que nadie alcanzara ese rango antes de los sesenta y dos.

Desde luego, había tenido una suerte extraordinaria con los ascensos honorarios *(N. del T.: ascensos que no suponen aumento de sueldo)* en cada escalón del rango. Fue así:

- Obtuve el despacho de oficial directamente, en vez de pasar dos años en Sandhurst *(N. del T.: la academia de oficiales del Ejército británico)*.
- Me nombraron subteniente con dos años de antigüedad, por haber aprobado con honores el examen de ascenso a teniente.
- Siendo teniente y ayudante, me ascendieron a capitán supernumerario.

- Siendo capitán, actué como secretario militar en campaña y me ascendieron a comandante honorario.
- Siendo comandante, en Ashanti, me ascendieron a teniente coronel honorario.
- Siendo teniente coronel honorario, en Matabelelandia, me ascendieron a coronel.
- Siendo coronel, en la guerra de los bóeres, recibí un ascenso especial a general de división, a la edad relativamente temprana de cuarenta y tres años.

Aun así, se arreglaron las cosas para que tuviera mi pensión.

Me nombraron coronel honorario de mi antiguo regimiento, el 13.º de Húsares, y el rey me concedió el honor de ser caballero comendador de la Orden del Baño.

Ian Hamilton, al felicitarme, me escribió: «Siempre llueve sobre mojado, y a ti te ha llovido tanto que hasta te han dado un Baño». *(N. del T.: juego de palabras con el nombre de la Orden del Baño)*

Me habría dolido mucho dar este último paso y dejar el servicio, al que tanto había querido, de no ser porque ya no tenía ningún interés en seguir subiendo por la escalera. No estaba hecho para ser general. Me gustaba ser oficial de regimiento, en contacto personal con los soldados.

No fue poco consuelo recibir la carta del ministro de la Guerra en la que me expresaba su sincero pesar por perderme para el Ejército, y añadía: «... Pero creo que la organización de tus boy scouts tiene tanta importancia para el futuro que probablemente el mayor servicio que puedes prestar a la patria es dedicarte a ella».

Y así terminó mi vida número uno.

10. Vida número dos

Los Boy Scouts y las Girl Guides

Y ENTONCES EMPECÉ MI SEGUNDA VIDA EN ESTE MUNDO.

Dejé definitivamente el Ejército en 1910. Me había asentado como buen ciudadano, nombrado guardián de la Compañía de Merceros, el gremio de los comerciantes de telas (nota: un mercero, como un poeta, nace, no se hace). El Movimiento de los Boy Scouts había echado a andar por sí solo y se abría camino a lo largo y a lo ancho del mundo.

Pensé que esta sería la obra más grande de mi vida, y era a la vez la más fácil, porque todos los que estaban relacionados con ella, con su entusiasmo, me salían al encuentro más allá de la mitad del camino.

En 1912 todo marchaba bien y sin tropiezos cuando, de repente, me cayó una especie de bomba en el estómago.

Doble problema

Ocurrió de esta manera. Durante mi primera vida había estado tan ocupado que apenas tenía tiempo libre para pensar en cosas tan extraordinarias como el matrimonio. De hecho, mi mejor amigo, «Ginger» Gordon,

del 15.º de Húsares, me describía como un solterón empedernido. Cuando yo le decía que no tenía ganas de casarme y que no creía que hubiera nadie dispuesto a casarse conmigo, él me miraba un rato con sorna y luego soltaba, con la carcajada del que sabe de lo que habla: «Ya caerás de cabeza el día que menos te lo esperes, muchacho».

Y así fue.

Al estudiar el arte del rastreo, practiqué también el de deducir el carácter de las personas por sus huellas y su forma de andar. Los rastreadores nativos de todo el mundo leen en las huellas el carácter, además de las acciones y las intenciones de quien las ha dejado. Por ejemplo, los dedos de los pies vueltos hacia fuera indican que uno es mentiroso; la huella del talón hundida hacia fuera, que es aventurero, y así sucesivamente.

En estas investigaciones llegué a la conclusión, por ejemplo, de que alrededor del cuarenta y seis por ciento de las mujeres pisaban con decisión con un pie y con indecisión con el otro, es decir, que tendían a actuar por impulsos.

Por eso, cuando di con una huella prometedora, me llamó la atención.

Una vez me fijé en una muchacha a la que no conocía de nada y cuya cara ni siquiera había visto. Pisaba de un modo que revelaba sinceridad, determinación y sentido común, además de espíritu de aventura.

Me fijé también en que llevaba un perro de aguas.

Esto ocurrió cuando todavía estaba en el Ejército, cerca del cuartel de Knightsbridge. No volví a pensar en ello.

Dos años más tarde, a bordo de un barco en el que viajaba a las Indias Occidentales, reconocí la misma forma de andar en una compañera de viaje. Cuando nos presentaron, supuse que vivía en Londres. Me equivoqué: mi deducción había fallado, porque vivía en Dorsetshire.

—Pero usted tiene un perro de aguas, marrón y blanco.

—Sí —contestó, sorprendida.

—¿Y no estuvo usted en Londres, cerca del cuartel de Knightsbridge?

—Sí, hace dos años.

Así que nos casamos y vivimos felices para siempre.

Así empezó mi segunda vida, y también, con ella, los Boy Scouts y las Girl Guides.

El origen de los Boy Scouts y de las Girl Guides

La notoriedad que me cayó encima por el afán del público de tener un héroe al que ensalzar durante la guerra de los bóeres me causó cierta inquietud. Había sido todo tan inesperado, tan inmerecido y tan poco buscado...

¿Podía haber detrás de todo aquello algún propósito más alto? ¿Era una llamada para mí? ¿Podía aprovecharse para un buen fin? Y, si era así, ¿qué debía hacer yo?

Esas eran las preguntas que me rondaban.

Empezaron a responderse por sí solas gracias a las cartas que me llovieron, mientras todavía estaba en Sudáfrica, entre 1901 y 1903, de niños y niñas de distintas partes del Imperio. Sin proponérmelo, había captado su atención y estaba en contacto con ellos.

Un día, lord Allenby se llevó la sorpresa de encontrar a su hijo pequeño y a la institutriz encaramados en lo alto de un árbol para tenderle una emboscada.



La institutriz, subida al árbol

(*Aids to Scouting*), escrito para soldados, que allí se usaba como libro de texto para enseñar a observar y deducir.

Fue la primera indicación seria que tuve de que el escultismo tenía valor educativo.

Ahí parecía haber una oportunidad de hacer algo, si supiera qué había que hacer para aprovecharla mientras el hierro estaba todavía caliente.

Así que a las muchas preguntas y a las peticiones de mensajes de asociaciones juveniles respondí con los consejos y sugerencias que podía darles en mi escaso tiempo libre allí, y por lo general los basaba en las prácticas de los exploradores y de los hombres de los bosques, porque eran los héroes de los chicos.

Sobre el tabaco, por ejemplo, escribí:

> «Un scout, o cualquier hombre cuya vida dependa de tener los nervios bien templados, buen fuelle y la vista o el olfato en perfecto estado, no debe, por regla general, entregarse al tabaco, porque sabe que perjudica todo eso. Por esa razón, el scout americano mayor Burnham no fuma, y el gran cazador africano F. C. Selous tampoco.
>
> Fumar hace más daño cuando uno es joven que cuando es mayor. Por eso, un muchacho, si no es *tonto*, evitará fumar, por si algún día lo llaman para trabajar como scout o en otras tareas en las que necesite la cabeza despejada y los nervios firmes».

Escribí docenas de cartas así, sobre este y otros asuntos en los que los muchachos me pedían consejo, y eso me hizo ver que estaban deseando tener un guía y dispuestos a seguirlo.

Así que fueron ellos quienes me dieron a mí esa guía que puso fin a mi vida de soldado y me llevó a mi segunda vida en 1910.

Una necesidad nacional: formar el carácter

Como ayudante y como jefe de unidad, pasaron por mis manos cientos de jóvenes reclutas.

Eran el resultado típico de la educación corriente de nuestras escuelas.

La educación solo puede juzgarse por sus resultados, no por sus métodos, por buenos que sean.

Es algo que con frecuencia se pierde de vista.

Esos resultados eran jóvenes estimables, que sabían leer y escribir, educados y dóciles a la disciplina, que enseguida se convertían en soldados de desfile de aspecto despierto, pero sin personalidad ni fuerza de carácter, y menos aún con recursos, iniciativa o agallas para la aventura.

Las condiciones de la vida moderna, con su artificialidad, los estaban convirtiendo en miembros de un rebaño, con todo hecho para ellos y con el fetiche de «la seguridad ante todo» delante de los ojos.

Hablo, claro está, de hace veinte años. Cabe esperar que desde entonces la educación haya mejorado, y creo que así es, porque prepara a nuestros chicos y chicas menos para aprobar cursos o exámenes y más para aprovechar al máximo su vida como ciudadanos.

Pero hoy la educación tiene que hacer frente a nuevas dificultades: un instinto gregario cada vez mayor, las enseñanzas indeseables de una prensa dominical sensacionalista, los cines inmorales, el fácil acceso a placeres baratos y malsanos, y el juego y las apuestas.

Con la expansión moderna de pueblos, ciudades y fábricas, de grandes carreteras asfaltadas y de líneas de telégrafo, de teléfono y eléctricas que cubren el país, la civilización está alejando la naturaleza cada vez más del alcance de la mayoría. Así, la conciencia de sus bellezas y maravillas, y

iendo en la vida materialista de la multitud, con sus deprimentes condiciones de trabajo y su búsqueda desenfrenada del placer entre los sórdidos ladrillos y el mortero levantados por el hombre.

Lo artificial está ahogando lo natural en nuestra vida. Con los coches, las bicicletas y los ascensores, nuestros miembros, igual que nuestra mente, se atrofiarán por falta de ejercicio, y nuestros hijos desarrollarán el cerebro en lugar de los músculos.

El valor educativo de la formación scout en el Ejército

Pues bien, al formar a nuestros muchachos en el Ejército para hacer de ellos soldados, teníamos que remediar algunas de las carencias de su carácter y suplir las lagunas de su educación, desarrollando las diversas cualidades necesarias para hacer de ellos *hombres* de confianza. Teníamos que inculcarles muchas cualidades que no aparecen en los libros de texto, como el valor personal, la inteligencia, la iniciativa y el espíritu de aventura. Y no lo hicimos mediante la instrucción militar ni con órdenes impuestas, sino con una vuelta a la naturaleza y a la vida en los bosques, llevando al hombre lo más atrás posible, hacia el hombre primitivo: enseñándole a rastrear, a orientarse en el campo, a observar de noche y de día, a acechar y a esconderse, a improvisar refugios, a procurarse la comida y a valerse por sí mismo.

El programa resultó tan atractivo para aquellos jóvenes que no faltaban voluntarios para la formación.

Una señal notable de su popularidad fue que, mientras antes perdíamos a muchos jóvenes por deserción, a causa del aburrimiento de la vida de cuartel y de la instrucción continua, ahora apenas se daban casos.

Los resultados de la formación que dábamos a los hombres pronto nos mostraron que, además de la habilidad y el valor de los exploradores del Ejército, había surgido de paso algo más. Se veía que habían ganado orgullo por su trabajo, confianza en sí mismos y sentido de la responsabilidad, además de ser dignos de confianza, entre otras cualidades que los situaban en un nivel más alto de hombría, respeto por sí mismos y lealtad.

La aplicación de la formación scout a la formación de ciudadanos

Durante el sitio de Mafeking, a lord Edward Cecil, mi jefe de Estado Mayor, se le ocurrió utilizar a los muchachos del pueblo para sustituir a los hombres que hacían de ordenanzas, mensajeros, etc., y dejar a estos libres para su servicio en las trincheras.

Los muchachos se organizaron en un cuerpo a las órdenes de uno de ellos, el cabo Goodyear, y cumplieron sus tareas de forma satisfactoria en todos los sentidos y con muy buena suerte, incluso bajo el fuego enemigo.

La conciencia con que hacían su trabajo me abrió los ojos: si se les daba responsabilidad y se confiaba en ellos para que hicieran su trabajo, los muchachos podían ser tan de fiar como los hombres.

Para mí fue una lección importante.

En 1904, a raíz de estas experiencias, esbocé algunas ideas para formar a los muchachos siguiendo el modelo de los exploradores del Ejército.

En 1905, sir William Smith me invitó a pasar revista en Glasgow a su Boys' Brigade (Brigada de Muchachos) con motivo del vigésimo primer aniversario de su fundación.

Cuando vi aquella espléndida concentración de unos seis mil muchachos y supe lo extendido que estaba su movimiento, descubrí otro rasgo

de los muchachos: acudirían en masa, por millares, de buena gana, para que los formaran, siempre que la formación les resultara atractiva.

Y descubrí también que había cientos de adultos dispuestos a sacrificar su tiempo y su energía para formar a esos muchachos.

Esto era algo que ninguna teoría habría podido predecir.

Cuando sir William me dijo que tenía nada menos que cincuenta y cuatro mil muchachos en la Brigada, lo felicité por el magnífico resultado de su trabajo. Pero enseguida se me ocurrió comentarle que, en vista del número de muchachos que había en el país, después de veinte años podría tener diez veces más, siempre que el programa que les ofreciera fuera lo bastante variado y atractivo.

Me preguntó cómo podía hacerlo más atractivo, y le conté que la exploración había demostrado su popularidad entre los jóvenes de la caballería, y que algo parecido podría atraer igual a los muchachos, cambiando sus objetivos de guerra por otros de paz, si se basaba en el desarrollo del carácter, la salud y la hombría, que eran tan necesarios para los ciudadanos como para los soldados.

Estuvo de acuerdo de todo corazón y me sugirió que escribiera un libro para muchachos con las ideas de *Ayudas para el escultismo*.

Así que, en los pocos ratos libres que me dejaba mi trabajo de inspector general de la caballería, me puse a dar forma a mi idea. Parecía que el trabajo me estaba esperando, porque la detestable notoriedad que había adquirido podía servir ahora para algo.



Material para el escultismo

La casualidad, o el destino, quiso que por aquella época coincidiera con sir Arthur Pearson, y descubrí en él una sensibilidad discreta para escuchar y comprender a los muchachos con problemas y a los jóvenes, unida a un patriotismo entregado.

Era el hombre que yo buscaba, y le confié mis ideas sobre la nueva formación para los muchachos. Enseguida me dio su apoyo personal y la ayuda de su equipo, del que salió quien desde entonces hasta hoy ha sido mi mano derecha, sir Percy Everett.

Antes de sacar el libro que tenía pensado, puse a prueba mi plan con un campamento para ensayar el programa.

La señora Van Raalte me invitó a usar con ese fin su isla, Brownsea, en el puerto de Poole, porque yo buscaba con impaciencia un sitio para acampar lejos de la prensa, de los periodistas y de otros «bichos», donde pudiera experimentar sin interrupciones.

Así que hice el experimento con muchachos de todas las clases y condiciones, todos mezclados.

Conseguí lo que pretendía y publiqué *Escultismo para muchachos* (*Scouting for Boys*).

El armazón

Para construir un plan, sea una charla, un libro o un movimiento, tienes que:

1. Fijar con claridad los objetivos.
2. En un movimiento para muchachos, lo siguiente imprescindible es hacerlo atractivo para ellos.
3. Después, idear un código de conducta.
4. Por último, crear una organización adecuada, con jefes competentes.

Objetivo. Nuestro objetivo era elevar el nivel de la futura ciudadanía, sobre todo en lo que se refiere al *carácter* y la *salud*. Había que pensar en los puntos débiles de nuestro carácter nacional y esforzarse por erradicarlos, sustituyéndolos por las virtudes contrarias, en aquello que las escuelas corrientes no estaban en condiciones de hacer. Así, las actividades al aire libre, los trabajos manuales y el servicio a los demás pasaron a primer plano en nuestro programa.

Atracción. Todo el programa se planteó como un *juego* educativo, una diversión en la que el muchacho se viera llevado, sin darse cuenta, a educarse a sí mismo. ¿Cómo llamarlo? Hubo muchos nombres. Si lo hubiéramos llamado por lo que era, algo así como «Sociedad para la Propagación de Cualidades Morales», a los muchachos no les habría interesado lo más mínimo. Pero llamarlo *Scouting (N. del T.: escultismo y exploración)* y hacerles sentir scouts en ciernes era harina de otro costal. Su instinto natural de «pandilla» quedaría satisfecho al hacerse miembros de una «Tropa» y de una «Patrulla». Dales un uniforme que ponerse, con insignias que ganar y lucir a medida que avanzan en el Escultismo, y ahí lo tienes.

La palabra «scout» permitía apelar a su admiración por los héroes: el hombre de los bosques, el explorador, el cazador, el marino, el pionero o el hombre de la frontera.



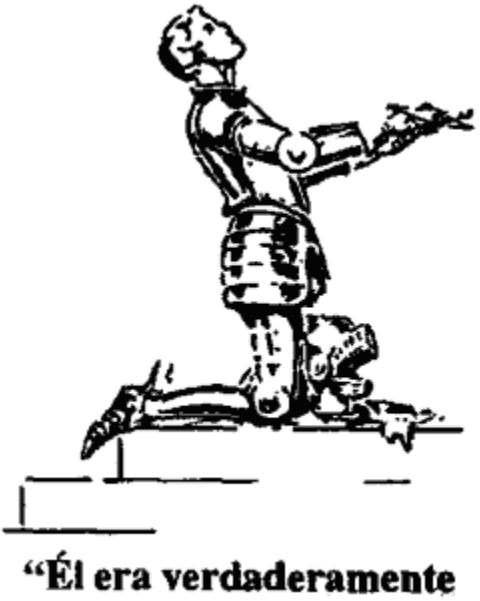
Hombres de la frontera: Búfalo Bill con un scout y un explorador piel roja (copiados de una fotografía)

Cualquier muchacho de ciudad podía hacerse un poco hombre de los bosques mediante el acecho, el rastreo, la acampada, la construcción de estructuras, la cocina de campamento, el conocimiento del bosque y otras actividades al aire libre.

Todas estas actividades podían resultarle atractivas y, al mismo tiempo, debían desarrollar su salud, sus recursos, su inteligencia, su habilidad y su energía.

Código. En aquel tiempo, las novelas de caballeros medievales atraían a los muchachos y, además, apelaban a su sentido moral. El código de la caballería incluía el honor, la disciplina personal, la cortesía, el valor, el

sentido del deber y del servicio, y la guía de la religión. Estos y otros valores se aceptarían fácilmente si se incluían en una ley para los scouts.



Era en verdad un gentil caballero

La Ley Scout. Por eso la Ley Scout no se redactó como una lista de *noes*. Las prohibiciones suelen invitar a saltárselas, porque son un desafío para cualquier muchacho u hombre de sangre caliente.

Al muchacho no se le gobierna con *noes*, sino que se le guía con *haz*. Por lo tanto, la Ley Scout se concibió como una guía para sus actos, más que como un instrumento para reprimir sus faltas. Sus artículos describen, más bien, lo que es adecuado y lo que se espera de un scout *(N. del T.: en inglés, cada artículo de la Ley Scout empieza con las palabras «A Scout», «Un scout»; no ha sido posible conservarlas en la traducción)*:

1. El honor del scout es ser digno de confianza.
2. El scout es leal.
3. El deber del scout es ser útil.
4. El scout es amigo de todos.
5. El scout es cortés.
6. El scout es amigo de los animales.
7. El scout obedece las órdenes.
8. El scout sonríe y silba ante cualquier dificultad.
9. El scout es ahorrador.
10. El scout es limpio en pensamiento, palabra y obra.

La Promesa. Una carta que recibí en 1902 de un muchacho pequeño me hizo ver que un chico pone mucho cuidado en cumplir lo que promete, cuando hace una promesa. (Me gustaría saber si aquel corresponsal desconocido sigue vivo hoy en día).

Esto es lo que me escribió: «Te prometo con todo mi corazón no tocar nunca las bebidas fuertes ni fumar. Y si tú eres un soldado valiente, yo seré igual que tú. Tu amigo H..., Halifax, Nueva Escocia».

Por eso pedí a los scouts una Promesa breve y solemne, más fácil de cumplir que un juramento, por la que se comprometían a HACER TODO LO POSIBLE POR:

- Cumplir sus deberes para con Dios y el Rey. (Nota: no se trata solo de ser leal, que es un estado de ánimo, sino de hacer algo).
- Hacer cada día una buena acción a alguien (es decir, el deber para con los demás).
- Obedecer la Ley Scout.

Scouts Marinos. En mi niñez, mis hermanos me hicieron trabajar de lo lindo como marinero a bordo de varios yates pequeños que tuvimos en una época u otra, y así comprendí el extraordinario valor de esta formación.

Desarrolló en mí varias cualidades que ninguna formación en tierra habría podido producir en la misma medida.

> Además de fortalecer la salud, familiariza al muchacho con los peligros y los incidentes del mar, propios de la navegación con cualquier tiempo, y le exige valor y prudencia, junto con disciplina, confianza en sí mismo y recursos; todo lo cual contribuye a hacer de él un hombre.
>
> En estos tiempos modernos de mimos excesivos y de culto a «la seguridad ante todo», los Scouts Marinos pueden aportar algo de la dureza tan necesaria en la formación del hombre moderno.

Así que creamos en el Movimiento una Rama de Scouts Marinos, que, casualmente, demostró su valía cinco años después, cuando el país se vio envuelto en la Gran Guerra.



Scout marino

El Movimiento pudo responder a la llamada del Gobierno y se hizo cargo de la vigilancia de las costas, de modo que los guardacostas quedaron libres para prestar servicio a bordo.

Organización. Al principio, los Boy Scouts se organizaron en Tropas de unos treinta y dos muchachos, subdivididas en Patrullas de ocho.

Al cabo de algunos años, por razones psicológicas, se dividieron en tres ramas, más o menos según la edad:

- Lobatos, de 8 a 11 años, en Manadas formadas por seisenas, cada una al mando de un muchacho.
- Scouts, de 12 a 17 años, en Tropas formadas por Patrullas de seis a ocho, cada una al mando de un muchacho.
- Rovers, a partir de los 17 años y medio, en Clanes formados por Patrullas al mando de un jefe.

Las tres ramas del Grupo dependen del Jefe de Grupo.

Conviene que la Manada o la Tropa no pase de 32 miembros. Propongo esa cifra porque, cuando yo formaba a muchachos, descubrí que unos 16 era lo más que podía atender si quería conocer a cada uno y formar su carácter individualmente. Admito que otras personas pueden ser capaces de atender al doble que yo, y de ahí sale el total de 32.

Análisis del plan scout de formación

1. Carácter e inteligencia

- *Lo intelectual.* Cualidades que se buscan: observación y deducción. Se cultivan con la práctica del escultismo y del rastreo de huellas.
- *Lo cívico.* Cualidades que se buscan: juego limpio, disciplina, liderazgo y responsabilidad. Se cultivan con los juegos en equipo, el trabajo de Patrulla y la Corte de Honor.
- *Lo moral.* Cualidades que se buscan: honor, caballerosidad, confianza en uno mismo y valor. Se cultivan con la Ley Scout, el trabajo scout y las actividades.
- Cualidades que se buscan: aprecio por la naturaleza, capacidad de disfrutar, expresión a través del arte, elevación de pensamiento, bondad

hacia los animales y religión. Se cultivan con el estudio de la naturaleza, la astronomía, etc.

2. Salud y fortaleza

- *La salud.* Cualidades que se buscan: responsabilidad por la propia salud, higiene, continencia, templanza, etc. Se cultivan con la vida de campamento.
- *La fuerza.* Cualidad que se busca: desarrollo físico. Se cultiva con los juegos, la natación, la escalada, la trepa y las actividades al aire libre.

3. Artesanía y habilidades

- Cualidades que se buscan: habilidad técnica, aficiones e inventiva. Se cultivan con las pruebas de competencia técnica, la talla en madera, etc., y las insignias de más de 60 especialidades de artesanía.

Nota: además de fomentar la eficacia y ocupar las horas de ocio, este apartado ayuda a llenar los huecos de la formación del muchacho para su futura profesión.

4. Servicio y civismo

- Cualidades que se buscan: generosidad, deberes cívicos, respeto por los derechos de los demás, patriotismo, servicio a la patria, servicio a la humanidad, servicio a Dios y servicio a los demás.
- Se cultivan con las buenas acciones, los primeros auxilios, el salvamento, las brigadas contra incendios, los cuerpos de auxilio, la ayuda en los hospitales y el trabajo «misionero».

Una vez formadas las cualidades INDIVIDUALES, se encauzan hacia el bien de la comunidad.

El Jefe de Tropa

(N. del T.: Baden-Powell usa la palabra «Scoutmaster», que puede traducirse como Scouter, Dirigente o Jefe de Tropa).

La idea del Escultismo parecía muy buena en lo que tocaba al muchacho; pero, por muchas ganas que yo tuviera de llevarla a la práctica, quedaba por resolver una cuestión muy importante: conseguir adultos capaces de dirigir para que la organizaran en la práctica.

En gran medida, fueron los propios muchachos quienes resolvieron esta cuestión. Tuvieron el buen juicio de aceptar que necesitaban responsables adultos, y fueron preguntando a los hombres de su vecindario hasta encontrar a algunos dispuestos a ser sus jefes.

Yo había visto con mis propios ojos la espléndida entrega con que trabajaban, como voluntarios, los oficiales de las Boys' Brigades, y eso me había hecho comprender que en nuestro país había un gran número de patriotas dispuestos a sacrificar su tiempo y sus diversiones para hacerse cargo de los muchachos.

Pero nunca imaginé la enorme respuesta que darían aquellos hombres a la llamada del Movimiento Scout.

A ellos se deben el gran crecimiento y los resultados conseguidos hasta hoy.



El truco de magia del Jefe de Tropa

Establecí que el papel del Jefe de Tropa no debía ser el del maestro de escuela ni el del oficial al mando, sino el del hermano mayor de esos muchachos: no separado de ellos ni por encima de ellos, sino uno más en sus actividades, que comparte su entusiasmo. Así está en condiciones de conocerlos uno a uno, de animar sus esfuerzos y de proponerles nuevas diversiones cuando el pulso le dice que la afición del momento empieza a decaer.

El término «Scoutmaster» no era nuevo. Es un viejo título inglés: Cromwell tenía Scoutmasters en su ejército, y el servicio de información estaba a las órdenes de un Scoutmaster General.

Uniforme

Para el muchacho, el uniforme es un gran atractivo, y como se parece a la ropa de los exploradores, al ponérselo se imagina directamente unido a los hombres de la frontera, que son sus héroes.



Soldado de la Policía de Sudáfrica, diseño original del uniforme de los Boy Scouts

El uniforme crea también hermandad, porque, al haberse adoptado en todo el mundo, borra las diferencias de clase y de país.

Además, el uniforme scout es sencillo e higiénico (un paso que hoy sigue la moda) y nos acerca a nuestros antepasados. Nos acordamos de él

cuando cantamos, en el fuego de campamento, la canción «Hombres de Harlech»:

> ¿De qué sirven los tirantes, las camisetas, los pantalones, las botas con cordones, las polainas o los sombreros que compras en sitios como Brompton Road? ¿De qué sirve la camisa de algodón, los gemelos que siempre se olvidan? Todas esas cosas son pura basura; es mejor la hierba.

Las ligas

Otro detalle del uniforme, pequeño pero importante, es el «Honi Soit», o sea, las ligas de las medias *(N. del T.: juego de palabras con «Honi soit qui mal y pense», el lema de la Orden de la Jarretera; «jarretera» es una liga)*. No solo cumplen la función necesaria de sujetar las medias, sino que, como están hechas de la misma lana, proporcionan el material para zurcir los agujeros cuando hace falta. Las tiras que llevan en el extremo tienen colores que distinguen la rama de quien las lleva: rojo para los Rover Scouts y verde para los Scouts.

La insignia scout

Hace algunos años, poco después de que empezaran los Scouts, ciertos críticos acusaron al Movimiento de ser militarista.

Siempre que se pone en marcha algo nuevo, hay personas que se apresuran a buscarle defectos, muchas veces sin saber de qué se trata.

En este caso, decían que el Movimiento Scout se había creado para enseñar a los muchachos a ser soldados, y como prueba señalaban que su

emblema era, según su descripción, «la punta de lanza, símbolo de la batalla y del derramamiento de sangre».

Me preguntaron por telegrama qué tenía que decir a eso. Contesté con otro telegrama: «El emblema es la flor de lis, un lirio, símbolo de la paz y de la pureza».

Pero no fue por eso por lo que el Escultismo la adoptó. En la Edad Media, Carlos, rey de Nápoles, llevaba en su escudo la flor de lis, de acuerdo con su ascendencia francesa.

Fue durante su reinado cuando el navegante Flavio Gioja hizo de la brújula de los marineros un instrumento fiable. La rosa de los vientos lleva las iniciales del norte, el sur, el este y el oeste. En italiano, al norte se le llamaba Tramontana.

Por eso Gioja puso una T mayúscula para marcar el norte. Pero, como homenaje al rey, combinó la letra T con la flor de lis del escudo real. Desde entonces, el norte aparece señalado con ese signo en los mapas y las brújulas de todo el mundo.

El significado que hoy debe leerse en la insignia de la flor de lis es que señala la dirección correcta (hacia arriba) y que, aunque se gire a la derecha o a la izquierda, siempre vuelve a su posición. Las estrellas de los dos brazos representan los dos ojos del Lobato, que debe abrir antes de ser scout, cuando consigue la insignia de Primera Clase, de dos estrellas. Las tres puntas de la flor de lis recuerdan al scout los tres puntos de la Promesa Scout: el deber para con Dios y el Rey, la ayuda a los demás y la obediencia a la Ley Scout.

El lema

El lema de los scouts es «Siempre listo» *(N. del T.: en inglés, «Be Prepared»)*. Lo tomamos, como muchas cosas del uniforme, del Cuerpo de

icía de Sudáfrica. Los hombres de aquel cuerpo eligieron ese lema, por una parte, porque expresaba que estaban preparados para cumplir cualquier encargo en cualquier momento, y también porque tenía mis iniciales.



El Escultismo no es instrucción militar

La flor de lis se ha convertido en el signo de los scouts en casi todos los países del mundo.

Para distinguir una nacionalidad de otra, cada país coloca su emblema «superpuesto» sobre la flor de lis.

En los Estados Unidos, por ejemplo, puedes ver delante el águila y el escudo nacional y, detrás, la flor de lis de la Hermandad Scout Mundial. Y así en todas partes.

El nudo

Debajo de la flor de lis y del lema cuelga un cordoncito con un nudo. Este nudo, como el que te haces en el pañuelo, sirve para recordar al muchacho que cada día debe hacer una buena acción a alguien.

El bordón scout

Y, ya que hablamos de indicadores del camino, hay otro que se usa en la mayoría de las Tropas: el bordón scout.

Es un elemento valiosísimo, casi imprescindible, para orientarse por un mal sendero de noche.

Varios bordones atados pueden formar un puente muy seguro sobre un río, o servir para construir un puesto de vigía, una torre de señales o un mástil para la bandera. También pueden usarse como barrera para contener a la multitud, o para hacer camillas y transportar heridos o el equipo de acampada de dos scouts.

Insignias de especialidad

Los muchachos no son los únicos a quienes les gusta llevar insignias. He oído hablar de hombres hechos y derechos que arriesgarían la vida, y la han arriesgado, por conseguir una medalla.

Así que, aunque pueda parecer poco ético apelar a esta pizca de vanidad del muchacho, creamos unas insignias de especialidad que cualquier Boy Scout puede ganar si se toma la molestia de prepararse y de aprobar los exámenes correspondientes.

Estas insignias se conceden por la competencia en materias como la carpintería, la natación, el socorrismo, etc., etc. Hay unas 60 materias distintas, entre las que todo muchacho debería encontrar una o más que le vayan.

Así se le anima a adoptar una afición, y un muchacho con aficiones, por regla general, no desperdiciará su vida.

Además, solo hay un criterio para juzgar si un muchacho merece una insignia: el grado de esfuerzo que pone en su trabajo. Esto es un estímulo directo para el muchacho torpe o desmañado, aquel en quien muchos fracasos han hecho nacer un complejo de inferioridad. Si se esfuerza, por torpe que sea, su examinador puede concederle la insignia, y eso suele animarle a seguir intentándolo hasta ganar otras insignias y convertirse en un muchacho de capacidad normal.

La insignia más alta es la Insignia Cornwell al Valor, creada en memoria del antiguo scout Jack Cornwell, condecorado con la Cruz Victoria, que murió a bordo del *Chester* en la batalla de Jutlandia, durante la Gran Guerra.

El rey Eduardo y los Boy Scouts

Después de escribir mi libro *Escultismo para muchachos* (*Scouting for Boys*), pensé, como es natural, que las organizaciones juveniles lo usarían en su trabajo y que a mí me quedaría poco más que hacer en ese terreno. Pero al poco tiempo, en la primavera de 1909, me di cuenta de que, al margen de esas organizaciones, cientos de muchachos estaban formando Tropas scouts por su cuenta.

Fue en 1909 cuando el rey Eduardo tuvo aquella conversación conmigo sobre el Movimiento. Aunque entonces apenas estaba en embrión, Su Majestad vio en él tantas promesas y posibilidades que me animó a seguir

adelante, aunque me costara los ahorros que tanto me había costado reunir (como así fue).

Así que lo pensé y seguí adelante.

Se invitó a todos los scouts a reunirse conmigo cierto día en el Crystal Palace, y el resultado fue un desfile en el que se presentaron más de 11.000 scouts: la mayor concentración de muchachos que se había celebrado hasta entonces. ¡Y el Movimiento no tenía ni dos años!

Para mí fue todo un bombazo.

Comprendí que no podía compaginar la vida de soldado con el Escultismo. Tenía que dejar una de las dos cosas, pero ¿cuál?

Desde el punto de vista personal, tenía cincuenta y dos años y era teniente general, es decir, había llegado a lo más alto de la escala profesional que cabía esperar a mi edad. Pero, al mismo tiempo, sería una lástima dejar que aquel recién nacido se disolviera; y, además, no veía a nadie que pudiera o quisiera hacerse cargo de él por entonces.

Como he dicho, el rey me interrogó sobre este punto, y, sabiendo que había hecho completamente suya la idea, me puse en sus manos para que me dijera qué camino debía tomar. Al final estuvo de acuerdo en que el experimento scout era lo más importante.

Así que dejé el Ejército.

Su Majestad siguió demostrando interés por nuestros progresos. El 5 de mayo de 1910 se me citó en el palacio de Buckingham entre las tres y las cuatro de la tarde, porque el rey deseaba verme para hablar de un rally scout en Windsor.

Cuando llegué, el marqués de Soveral estaba con él, y yo esperé en la sala contigua. Cuando Soveral salió, un caballerizo vino a decirme que el rey no se encontraba bien y que solo quería comunicarme que en junio se celebraría un rally de Boy Scouts en el Gran Parque de Windsor.

Antes de mi visita, esa misma tarde, lord Islington había acudido a besar la mano del rey con motivo de su nombramiento como gobernador de Nueva Zelanda, y sir Thomas Robinson, agente general de Queensland, le había entregado un tintero de oro como regalo del gobierno de ese estado. Robinson fue el último visitante oficial que vio al rey; yo solo le oí a través de la puerta abierta.

Al día siguiente, aunque estaba indispuesto, el rey se empeñó en levantarse y vestirse. Mandó llamar a sir Ernest Cassel y estuvo hablando con él. Ese día, el caballo de Su Majestad, «Bruja del Aire», ganó en Kempton Park. Recibió la noticia con mucha alegría hacia las cinco, pero por la noche sufrió un desmayo y lo acostaron. Murió a las once y cuarenta y cinco.

El aliento que nos dio el rey Eduardo lo secundó plenamente Su Alteza Real el duque de Connaught, que, viendo las posibilidades del Movimiento ya en aquellos primeros tiempos, aceptó su presidencia y desde entonces lo ha apoyado de todo corazón.

He recibido cartas de aliento de hombres destacados como lord Roberts, lord Rosebery, lord Grey, el almirante lord Charles Beresford y otros; pero lo que más me animó fue contar con la aprobación y los consejos de mi madre. Educadora ella misma, vio en el Escultismo posibilidades aún mayores de las que yo había soñado.

El rey Jorge pasó revista a los scouts en el parque de Windsor, tal como lo había planeado el rey Eduardo, y ha manifestado a menudo su vivo interés por el Movimiento.

Desarrollo del Movimiento

Así nació el Movimiento Scout. Su historia y su crecimiento posteriores los ha relatado de maravilla E. K. Wade en su libro *Veintiún años de*

ismo (*Twenty-One Years of Scouting*).

La guerra

El Movimiento era todavía muy joven, solo tenía seis años, cuando estalló la guerra. Pero estaba sano. Los muchachos habían desarrollado el espíritu adecuado y estaban todos deseando prestar un servicio al país. Hubo hombres y mujeres que ocuparon el lugar de los Jefes de Tropa que se habían ido al frente, y donde no los había, los muchachos mayores tomaron el mando y sacaron adelante las Tropas.

Rovers

Después de la guerra, en 1919, pusimos en marcha la rama mayor del Movimiento Scout, para los mayores de 17 años y medio, a los que llamamos Rovers. Esta rama fue tomando forma poco a poco bajo la dirección del coronel Ulick de Burgh, y promete cubrir una necesidad acuciante. Por eso escribí un libro titulado *Roverismo hacia el éxito* (*Rovering to Success*), en el que repetía mucho de lo que he contado al principio de este libro: «Siempre me ha parecido muy extraño que, cuando un hombre muere, se lleve consigo todo el conocimiento que ha adquirido a lo largo de su vida, mientras sembraba su semilla o cosechaba sus triunfos. Deja a sus hijos o a sus hermanos menores la tarea de recorrer todo el aprendizaje desde el principio, a base de su propia experiencia.

»¿Por qué no puede transmitírselo, para que empiecen con ese caudal de conocimientos y alcancen así, desde el principio, un nivel más alto de eficacia y de sensatez?».

En el libro advierto a los jóvenes sobre los diversos escollos con los que pueden toparse a lo largo de la vida, y que en general pueden

e en caballos, vino, mujeres, avaricia e irreligión.

El libro describe después la organización de los Rovers como una Hermandad del Servicio Alegre a los demás.

Roverismo hacia el éxito ha tenido una respuesta enorme, quizá mayor que la de *Escultismo para muchachos*, a juzgar por la gran cantidad de jóvenes a los que ha movido a escribirme personal y privadamente para pedirme más consejos.

He tratado todas esas cartas con absoluta confidencialidad y las he contestado yo mismo lo mejor que he sabido. Me han abierto los ojos sobre lo mucho que necesita el adolescente esa clase de consejos, pues muchos me han explicado que, como los habían dejado en la ignorancia, les daba vergüenza preguntar a sus padres o a sus pastores, pero que después de leer el libro habían acudido a mí porque se sentían comprendidos.

Esos muchos documentos humanos me han llegado directamente al corazón, porque resulta turbador descubrir que lo han adoptado a uno como padre confesor cuando, en persona, es un completo desconocido para ellos. Pero he aceptado su confianza.

Gilwell

En 1919, el señor De Bois Maclaren regaló a nuestra Asociación el terreno de Gilwell Park, junto al bosque de Epping. Su idea era ofrecer un campo de acampada de fácil acceso desde Londres para los niños más pobres; pero, al ver que en la finca había edificios adecuados, aceptó mi propuesta de convertirlo también en la Escuela de Formación de Jefes de Tropa, que yo consideraba el paso más importante en el desarrollo del Movimiento.

Se nombró jefe de campo, al frente de la formación, al capitán Frank Gidney, y no podía haberse hecho mejor elección.

Es sobre todo gracias a esta escuela y a su programa por lo que nuestros métodos se han entendido y aplicado bien, no solo en todo el Reino Unido, sino en todos los países del mundo, ya que las naciones extranjeras han enviado representantes a formarse en Gilwell para volver luego a sus países como organizadores del mismo sistema.

Administración

Hacia 1920, la mayoría de los países civilizados del mundo habían adoptado el Escultismo y habían organizado sus asociaciones, en general, según nuestras líneas. Con una expansión tan amplia se hizo necesario descentralizar nuestra administración todo lo posible.

El Cuartel General Imperial se dividió en departamentos que se ocupaban, respectivamente, de áreas como estas:

- Dominios británicos de ultramar
- Formación de responsables
- Países extranjeros
- Publicaciones
- Equipo
- Finanzas
- Asociaciones afines
- Rovers
- Lobatos
- Scouts Marinos

Cada departamento lo dirigía una persona escogida, capacitada para ese trabajo, que actuaba como voluntaria.

Crecimiento internacional

Después de la guerra se organizó en Londres una gran concentración de scouts para reunir a todas las naciones por medio del Escultismo y celebrar la paz. Era algo más grande que un rally, así que lo llamamos jamboree.

Muchas veces me preguntaron: «¿Por qué lo llamas así?». Y yo respondía: «¿Y de qué otra forma lo iba a llamar?».

Se celebró en Olympia y duró diez días. Asistieron unos doce mil muchachos, y vinieron para la ocasión delegaciones de muchos países extranjeros.

El espectáculo superó todas nuestras expectativas. No lo habíamos previsto, el espacio para el público era muy limitado y perdimos dinero; pero, al mismo tiempo, ganamos en prestigio.

El último día, los representantes de todos los países extranjeros se reunieron y me eligieron Jefe Scout Mundial, cosa que se anunció con un magnífico desfile de naciones, con trajes típicos y banderas. Fue un desfile maravilloso, al que dieron un toque teatral dos espléndidas damas que representaban a Britania y a Columbia. Se habló mucho de ello.

En mitad del desfile, en la pista, un muchacho estadounidense se adelantó y me trajo una silla tallada. Le pregunté para qué era y me contestó que para sentarme, así que me senté en ella allí mismo. El maestro de ceremonias y sus ayudantes se abalanzaron sobre mí desde varios lados y se llevaron al muchacho con su silla, como si yo estuviera desbaratando todo el espectáculo. Se consideró un obsequio no autorizado por parte del muchacho, que había tallado la silla para mí y había creído que era una buena ocasión para dármela.

En otra ocasión, viajando en tren de casa al campo, llevaba la correspondencia para leerla durante el trayecto, cuando me cayó un bombazo.

Una carta con las siglas «O.H.M.S.» *(N. del T.: «On His Majesty's Service», «Al servicio de Su Majestad»)* tenía todo el aspecto incómodo de una notificación de impuestos, así que la dejé para el final. Cuando la abrí, vi que me anunciaba que el rey me había nombrado baronet.

Fue un bombazo porque era algo totalmente inesperado y, en lo que a mí respectaba, inmerecido, ya que la Organización Scout había sido para mí una alegría.

A unos les gusta el golf, a otros las carreras de caballos, y a mí me gustan los scouts. Pero que me premiaran y me concedieran honores por tener una afición iba más allá de lo que nunca había imaginado. No me quedé tranquilo hasta que comprendí que aquello era una señal de aprecio del rey por el trabajo voluntario de ese gran ejército de hombres que dedicaban su tiempo, su energía y, en cierta medida, su dinero a formar a los muchachos para que fueran buenos ciudadanos de su país.

India

Ese mismo año recibimos un telegrama de lord Chelmsford, virrey de la India, en el que nos invitaba a mi mujer, que era Jefa de las Girl Guides, y a mí a visitar aquel país y ayudar a poner en marcha como es debido a los Scouts y a las Guías.

No nos lo tomamos como una orden, pero fuimos, y resultó un viaje de un interés extraordinario y lo pasamos de maravilla. Encontramos unas seis organizaciones que se llamaban a sí mismas scouts, que trabajaban según unas líneas deficientes, muchas de ellas muy impregnadas de política y todas empeñadas en diferenciarse de las demás.

Visitamos muchos lugares del país y vimos grandes posibilidades, con tal de que se unieran y se consolidaran en una sola asociación.

Muchos de sus dirigentes tenían ideas totalmente equivocadas sobre algunas cuestiones, como el objetivo del Movimiento; pero, cuando se hablaba de esos asuntos con ellos, se mostraban dispuestos a atender a razones.

Finalmente, la señora Annie Besant, que encabezaba un grupo muy numeroso, aceptó unirse al Movimiento principal, y como ella gozaba en general del respeto de los indios, no cabía duda de que su decisión sería un ejemplo muy convincente para los demás.

Así que organicé un gran rally con todas las ramas del Movimiento, en el que la señora Besant debía salir al centro y pedirme que le tomara la Promesa Scout.

Con todo el dramatismo del que fui capaz, y de la manera más solemne, le pedí que repitiera después de mí las palabras de la Promesa Scout. En ese momento se me nubló la mente, pensé en otras cosas y, por primera vez en mi vida, ¡no fui capaz de recordar las palabras de la Promesa Scout! Fue un momento muy desagradable. Me sentí un completo tonto. Tragué saliva una o dos veces e intenté empezar, pero las palabras se me habían borrado.

Sin embargo, la señora Besant estuvo a la altura de las circunstancias. Con toda la habilidad de un apuntador de teatro, me dio el pie susurrándome las palabras, y yo las repetí en voz alta con tanto aplomo como si nunca las hubiera olvidado.

Después visitamos Birmania y Ceilán y, en el viaje de vuelta a casa, Egipto y Palestina, para ver a los Scouts y a las Guías de cada país.

Kandersteg

En 1923, nuestro Buró Internacional *(N. del T.: nombre que se daba en aquellos tiempos a la Oficina Scout Mundial)* adquirió un gran chalé en Kandersteg, Suiza, que se convirtió en albergue para los scouts de todas las naciones. Allí pueden alojarse grupos grandes o pequeños y hacer escalada o montañismo por la comarca. Tiene un entorno muy agradable y es un centro muy bien situado dentro de Europa. Nunca ha dejado de atraer a scouts de todos los países durante todo el año, y los muchachos de las distintas naciones conviven allí con un espíritu de amistosa camaradería.

Mortimer Schiff, una de las figuras que dirigían a los Boy Scouts of America, poco antes de morir aumentó las comodidades del lugar regalando un terreno cercano con capacidad para que acampasen dos mil muchachos.

Aquello dio un impulso tremendo al desarrollo del Escultismo internacional.

Scouts del Imperio

Ese mismo año, la Jefa Guía y yo fuimos invitados a Canadá por el Consejo Nacional de Educación. Visitamos nueve ciudades, en las que dimos charlas y visitamos a los Scouts y a las Guías.

En 1924 organizamos un Rally Imperial de Scouts en la Exposición Imperial de Wembley, para el que se preparó un campamento capaz de alojar a 12.500 muchachos. Vinieron de todos los rincones del Imperio, y otros 28.000 llegaron en tren de distintas partes del país, además de los scouts de la zona y de Londres.

Para hacerse una idea de cuántos eran, basta saber que el desfile, en columna de a cuatro, duró dos horas y cuarto.

La ocasión fue lo bastante importante para que el arzobispo de York hablara a los muchachos en un oficio especial de acción de gracias el domingo. Y lo fue también porque el príncipe de Gales, cuando le preguntaron si asistiría al campamento, no solo aceptó la invitación, sino que se ofreció a alojarse en él.

Después de ver el rally, cenó con los Scouters en su tienda y estuvo con los muchachos en el fuego de campamento de la noche. Cuando vio a los muchachos escoceses bailando un *reel (N. del T.: baile escocés muy rápido)*, no pudo resistirse: saltó de su trono y se unió a la danza encantado.

Al retirarse a su tienda, después de una jornada agotadora, cuando debería haberse tomado un merecido descanso, me llamó para charlar largo y tendido sobre la caza del jabalí y los deportes en la India y en otros lugares.

Su Alteza Real tenía, sin saberlo, una guardia voluntaria de Rovers vigilando su tienda. Cuando lo dejé y me fui a la mía, uno de los Rovers vino a preguntarme qué debían hacer: el príncipe había salido a dar un paseo. ¿Debían seguirlo como escolta? Así lo hicieron, con discreción, y después informaron de que había ido a ver al granjero en cuyas tierras estábamos acampados y había charlado animadamente con él durante media hora antes de irse a dormir.

Al salir a la mañana siguiente, me encontré al príncipe ya preparado y, para mi satisfacción, rodeado de scouts, cada uno con su cámara, sacándole fotos informales.

Me había dicho que no quería más fotografías después de lo que había vivido el primer día, pero por lo visto se refería a los fotógrafos de prensa, porque con los muchachos estaba como en casa: parecía disfrutar

posando para ellos, les aconsejaba dónde ponerse para tener mejor luz y cosas por el estilo.

Así se ganó el aprecio de estos amigos, y como venían de los rincones más apartados del Imperio, estableció con ellos un contacto personal de gran valor.

Sudáfrica

En 1925, mi mujer y yo visitamos los Estados Unidos y asistimos a la Conferencia Mundial de las Girl Guides, en la que se inauguró su Buró Mundial.

En otoño nos embarcamos rumbo a Sudáfrica para un viaje de inspección de los Scouts y las Guías. Nos llevó siete meses y fue una peregrinación de enorme interés, porque revivimos recuerdos, vimos los progresos y descubrimos las posibilidades futuras.

G.C.M.G.

A mi regreso a casa, el rey me sorprendió concediéndome la Gran Cruz de San Miguel y San Jorge.

Alguien me había contado que más de una vez —tres, según creo— me habían propuesto para la C.M.G. (Companion of St Michael and St George, o, como se la apodaba, «Colonial Made Gentleman») *(N. del T.: «La Colonia hace Caballero»)* por los servicios prestados en Ashanti, Suazilandia y Matabeleland, respectivamente. Que me la denegaran despertó, como es natural, mi deseo de tener esa orden, aunque por regla general no me gustan las condecoraciones (y, en consecuencia, me he visto cargado de ellas). Pero la C.M.G. sí la ambicionaba. Y de repente me encontré investido con la Gran Cruz.

Escribí con toda franqueza al secretario privado del rey, que era amigo personal mío, contándole mi alegría y sus motivos, y creo que fue a enseñarle la carta a Su Majestad. No fue muy justo conmigo, pero, en cualquier caso, yo había expresado con sinceridad mi gratitud.

El Jamboree

En 1929 tuvo lugar el mayor acontecimiento de nuestra historia scout desde la fundación del Movimiento: abrimos un campamento para 50.000 scouts de todas las naciones en Arrowe Park, cerca de Birkenhead.

Con él, el Movimiento celebraba su mayoría de edad.

El verano de 1929 había sido un periodo excepcionalmente largo de sol y sequía hasta el día de la apertura del campamento, en que empezó a llover a cántaros, y siguió lloviendo los tres días siguientes.

Pero, aunque parecía que aquello iba a arruinar la ocasión, no fue así. Los muchachos lo superaron y hasta parecían disfrutar de la desventura y del barro. Fue la prueba más dura de su técnica de acampada, y pronto quedó claro que se habían formado como es debido, es decir, en la vida de campamento al aire libre.

No hubo enfermedades ni quejas, y se desarrolló una hermandad internacional que se extendió en gran medida entre los miles de muchachos de todas las naciones allí representadas.

El duque de Connaught inauguró el campamento. El príncipe de Gales asistió en representación de Su Majestad el rey. También visitaron el campamento numerosos personajes distinguidos, tanto extranjeros como británicos.

Una vez más, el príncipe quiso vivir en una tienda con los muchachos a pesar de la humedad, y una vez más aumentó su popularidad entre ellos.

Su Alteza Real me soltó un bombazo al anunciarme que el rey tendría a bien elevarme a la nobleza, como muestra de la aprobación de Su Majestad al Movimiento y a sus objetivos.

Este nuevo honor me abrumó, y durante un tiempo no supe decidirme a aceptarlo. Alegué en vano que no era yo, sino los miles de Scouters, quienes con su abnegado trabajo habían hecho del Movimiento lo que era.

A ese bombazo le siguió enseguida otro, de parte de los propios muchachos: el regalo de una caravana de acampada motorizada, de un retrato mío pintado por Jagger y, por último, aunque no menos importante, de un par de gemelos.

El motivo de esto último es que aquellos regalos eran fruto de una suscripción general en todo el Movimiento, de un penique por muchacho. Se organizó en el mayor secreto desde Dinamarca. Para averiguar qué clase de regalo me agradaría, se dirigieron a mi mujer y le pidieron que descubriera, sin que yo me enterase, qué era lo que más deseaba.

Un día me preguntó qué me gustaría más si me ofrecieran un regalo. Se lo agradecí con suavidad, pero le respondí que no necesitaba nada.

—Pero piénsalo otra vez —me dijo—; seguro que hay algo que te gustaría.

Reflexioné un momento y contesté:

—Sí, mis gemelos están pasados de moda; si quisieras regalarme un par nuevo, te lo agradecería.

Así que a su debido tiempo me regalaron los gemelos, y también la caravana y todo lo demás.

¡Qué regalo tan maravilloso, viniendo de un millón y medio de muchachos de todos los países! Y hecho, como uno tenía motivos para saber, con entusiasmo y con una lealtad de todo corazón a una idea. Lo hacía sentirse a uno humilde y muy poca cosa ante la inmensa posibilidad que

se revelaba de traer la paz y la buena voluntad entre los hombres de las próximas generaciones de todo el mundo.

Aquí hay un camino para quien tenga el poder y la visión de recorrerlo. Nosotros, los scouts, en cualquier caso, pondremos nuestro granito de arena para alcanzar esa gran meta.

En el desfile final, al término de aquella noche maravillosa, los muchachos de las distintas nacionalidades se mezclaron y formaron una inmensa rueda: un gran círculo con filas de scouts dispuestas como radios desde el centro.

Mi papel, en el centro de la rueda, consistió en enterrar un hacha, el hacha de la guerra y de la mala voluntad, y después entregar al muchacho que encabezaba cada fila una flecha dorada, símbolo de la paz y la buena voluntad, para que pasara de mano en mano hasta llegar al jefe de cada contingente nacional, que la llevaría a su país, de modo que el mensaje del Jamboree llegara a todas las naciones y prosperara.

Pronuncié una breve exhortación en la que les pedí que llevaran este símbolo de paz y buena voluntad a todo el mundo, y que cada scout fuera un embajador del amor y la amistad ante todos los que encontrara a su alrededor.

Claro que, cuando uno intenta ser sublime, aparece lo ridículo. Dirigí mis palabras a todo el círculo, pero el muchacho que estaba justo delante de mí, y que por tanto recibía de lleno mis comentarios, parecía, como es natural, impasible. Supuse que sería un extranjero que no sabía inglés. ¡Luego me enteré de que era uno de los 50.000 muchachos, y era sordomudo! ¡Qué mala suerte!

Australasia

Al año siguiente, mi mujer y yo visitamos a los Scouts y a las Guías de Nueva Zelanda y Australia, y a la vuelta pasamos otra vez por Sudáfrica. Fue un viaje muy interesante y en cierto modo muy cansado, pero que mereció con creces el esfuerzo.

El viaje nos llevó unos siete meses, y una semana después de regresar a Inglaterra ya estábamos otra vez embarcados: primero para asistir a una Conferencia Scout Internacional en Viena, y después a un Moot Internacional de unos 2.000 Rovers en nuestro campamento de Kandersteg, en Suiza. Este último, el primero de su clase, demostró que se había dado un paso adelante en el fomento de la buena voluntad internacional, gracias al conocimiento mutuo de las personas y a la camaradería entre los jóvenes de distintos países. Con este fin tenemos hoy (1933) en el Movimiento 2.159.984 scouts repartidos en 45 países, además de varios millones de jóvenes que, entre la población, ya han pasado por esta formación.

Las Girl Guides

Por rápido que fuera el comienzo del Movimiento Scout, y por sorprendente que fuera su adopción por los países extranjeros, el Movimiento de las Girl Guides lo superó en ambos aspectos.

«Somos Girl Scouts», anunció con cierto aire de seguridad en sí misma una personita muy despierta de unos once años en el primer rally de los Boy Scouts, celebrado en el Crystal Palace en 1909. Era la portavoz de un grupito de muchachas vestidas imitando lo mejor posible a sus hermanos los scouts.

La presencia de aquellas niñas y sus evidentes ganas abrieron los ojos a más de uno: ahí había un nuevo campo de aplicación para el método scout de formación del carácter y de desarrollo personal.

En aquel momento, hace más de veinte años, las mujeres empezaban a abrirse paso por sí mismas en el trabajo del mundo, y el desarrollo del carácter les hacía más falta que a sus hermanos, porque, con la vida más recluida que llevaban, tenían menos oportunidades de formarlo.

Lo necesitaban por sus crecientes responsabilidades en la vida social, y lo necesitaban también como madres, para transmitirlo a sus hijos.

La educación escolar de las niñas se ha asentado sobre unas bases cada vez más altas y provechosas, pero el problema de la formación de su carácter sigue sin resolverse.

El carácter no se enseña en el aula. Tiene que desarrollarse de forma individual y, en gran parte, gracias al esfuerzo de la propia alumna.

Con los Boy Scouts nos propusimos ayudar a desarrollar el carácter por medio del deporte y la aventura al aire libre, unidos estrechamente a un código moral de caballería. Se ha comprobado que, en general, las niñas prefieren leer la literatura de los muchachos: las historias del Salvaje Oeste y los dramas les interesan mucho más que esos libros sobre heroínas que se leen en los colegios para señoritas.

Esto se había vuelto algo normal en 1933, pero en 1909 fue una gran novedad.

Sin embargo, con ese espíritu ya se tenía andada la mitad del camino, de modo que no fue difícil diseñar un plan con los mismos principios que el de los Scouts, pero distinto en los detalles, para dar a las muchachas lo que necesitaban.

La señorita Charlotte Mason, fundadora de la House of Education para la formación de maestras, lo había previsto cuando adoptó como li-

rito para soldados. Encontró en él algo educativo, así que, antes de mi encuentro con las que se habían dado a sí mismas el nombre de «Girl Scouts», yo ya tenía la esperanza de proponer un movimiento hermano del de los Boy Scouts. Le dimos el nombre de «Girl Guides».

El término «Guides» (Guías) pretendía sugerir romanticismo y aventura, e indicaba también sus futuras responsabilidades: guiar a sus hombres y ayudar a sus hijos por el buen camino.

El objetivo general de esta formación era parecido al de los Scouts: el desarrollo del carácter, de la salud y del sentido de servicio a los demás; y, en particular, se enseñaría a las muchachas las tareas domésticas, las habilidades propias de una madre, etc.

Este objetivo debía alcanzarse, en buena parte, mediante la autoeducación a través del recreo al aire libre y en buena compañía. La formación estaría dirigida por una «Guiadora», es decir, alguien que no fuera para ellas ni una maestra de escuela ni una jefa, sino más bien una hermana mayor.

Las Guías, como los Scouts, se organizaron en pequeñas Compañías de no más de treinta y dos, para poder estudiar y educar el temperamento de cada una.

Además, las niñas se agrupan progresivamente según su edad, como Brownies (Haditas), Guides (Guías) y Rangers (Guías Mayores).

En los dos o tres primeros años se pudo hacer poco por organizar a las Guías, porque uno estaba desbordado por el crecimiento fenomenal del Movimiento Scout; pero, en manos de un comité de enérgicas damas, las cosas empezaron a tomar forma, y al poco tiempo el Movimiento tenía sus propias oficinas, su uniforme, su manual y sus normas, como una asociación en pleno funcionamiento.

El uniforme era un asunto importante, no solo porque resultaba atractivo, como sin duda lo era para las muchachas, sino porque con él se

ocultaban y se olvidaban las diferencias de posición social.

Uno de nuestros principios es extender nuestra buena voluntad y nuestra tolerancia hasta pasar por alto las diferencias de clase, país o credo. Se acepta en la hermandad a todas las que puedan estar de acuerdo con nuestra política religiosa, que se basa en el sencillo fundamento común a la mayoría de los creyentes del mundo, es decir, el amor a Dios y el amor al prójimo. La forma concreta de expresarlo se deja a los pastores y a los padres de familia; para nosotros no tiene importancia cómo se exprese.

Así, a partir de la iniciativa de un pequeño grupo de muchachas, el Movimiento creció por sí solo.

Hoy se ha adoptado en todos los dominios británicos de ultramar y en la mayor parte de las colonias y territorios dependientes. Además, lo han acogido con entusiasmo muchos países extranjeros, de modo que nuestra familia cuenta hoy con unas 1.094.000 personas en cuarenta países. De estas muchachas, 885.000 son británicas.

Al mirar atrás y ver lo que se ha conseguido en treinta y un años, partiendo de la nada, uno puede imaginar, hasta cierto punto, las posibilidades que se abren ante el Movimiento en los próximos veintiún años. No deja de crecer (147.990 miembros más en 1931) y cada año envía a la corriente de la vida a miles de muchachas formadas en el servicio a Dios y al prójimo, desarrolladas en la salud del cuerpo y de la mente y en el compañerismo.

Así, en nuestro país, si las niñas responden a la formación (como sin duda parece que lo están haciendo), tendremos un aumento considerable de mujeres formadas en economía doméstica, en el cuidado del hogar y en las artes maternales, tanto en carácter y eficacia en el trabajo para el mundo como en amistad con sus hermanas de otros países.

Muchas veces se ha planteado la pregunta: «¿Por qué envió Dios la Gran Guerra?».

Quizá para hacernos ver que ni la educación ni la religión se están llevando por el camino adecuado para elevar al hombre al plano superior al que está destinado; que, a pesar de nuestra tan alabada civilización y de dos mil años de cristianismo, solo hemos conseguido un barniz de civilización; que el cristianismo que profesamos no es el que practicamos realmente en nuestra vida y en nuestros actos; y que el mundo lo gobiernan el interés personal y la desconfianza, en lugar del amor y la buena voluntad.

La guerra ha demostrado que las naciones más civilizadas estaban dispuestas a saltarse unas a otras al cuello con toda la furia de los salvajes primitivos.

La Sociedad de Naciones hace lo que puede, mediante la consulta mutua y la legislación, por instaurar un estado de paz. Pero, para conseguir sus objetivos, tiene que presionar recurriendo al miedo a las consecuencias de la guerra.

En cualquier caso, la única base sólida sobre la que construir es el espíritu de amor y de buena voluntad entre los pueblos, en lugar de los celos mutuos. Y eso solo puede asegurarse educando a la nueva generación con un punto de vista diferente.

Esto parece un sueño utópico, y podrían burlarse de él con razón, si no fuera por el experimento que estamos llevando a cabo con el Movimiento de los Boy Scouts y las Girl Guides, que ha demostrado, aunque sea a pequeña escala, que no tendría por qué ser imposible.



El moderno san Jorge



¿Es san Jorge, o más bien don Quijote? El sentido del dibujo es que el caballero moderno atacaría a su malvado dragón con más eficacia si fuera mejor montado y mejor equipado, como su compatriota

Si en veinte años, con la desventaja de los comienzos y el retraso que supuso la mayor guerra de la historia, hemos sido capaces de formar a unos nueve millones de jóvenes en cuarenta y dos países distintos en el espíritu de la tolerancia y la amistad mutuas, hace falta la cooperación leal de hombres y mujeres patriotas (y los hay en gran número) de todos los países para extender el Movimiento y que llegue a la mayor parte posible de la juventud del mundo.

No pretendo que el Movimiento Scout y el Guía puedan conseguirlo por sí solos, pero sí pueden ayudar.

Si las escuelas y las iglesias hacen su trabajo, podremos ver un tipo de civilización más auténtico y un verdadero paso hacia el establecimiento del Reino de Dios, de la paz y la buena voluntad en la Tierra.



¡Despierta, Inglaterra, y ayuda a tus jóvenes!

11. La guerra

Ahora tengo que volver al año 1914 y contar algo del trabajo que hicieron los scouts y las guías en aquellos días.

Cuando se declaró la guerra, fui a ver a lord Kitchener y le ofrecí mis servicios para lo que hiciera falta.

Él, sin embargo, estaba firmemente convencido de que los Boy Scouts podían prestar un gran servicio en la retaguardia, sustituyendo a los hombres que se necesitaban en el frente. Y como los médicos no me daban el visto bueno para incorporarme enseguida al servicio activo, me pidió con insistencia que organizara a los muchachos para las muchas tareas en que podían ser útiles.

Por suerte, el momento era propicio para una aventura así. Tras seis años de vida, el Movimiento Scout se asentaba ya sobre una administración descentralizada y sólida en todo el Imperio, y contaba con muchos miembros y con un buen equipo de dirigentes. Es verdad que muchos de estos y de los muchachos mayores se alistaron directamente en cuanto se declaró la guerra (diez mil de ellos nunca volvieron). Pero nos arreglamos con los mejores de los que quedaban, dándoles responsabilidades y animándolos a seguir adelante, y salió bien.

Como conocía algo de los planes alemanes por mis antiguos trabajos de inteligencia, lo primero que hice fue poner cuadrillas de scouts a vigilar todos los puentes, las vías de ferrocarril, las líneas de telégrafo y de cable, las instalaciones de agua, etc., para impedir cualquier intento de cortar las comunicaciones por parte de los cerca de 100 000 alemanes que vivían en el Reino Unido. Hay que recordar que yo había previsto que intentarían atacarnos, si podían, durante las fiestas bancarias de agosto y sembrar la confusión cortando las líneas de telégrafo y de teléfono.

Los muchachos se movilizaron de inmediato en sus localidades y ocuparon sus puestos de guardia con gran entusiasmo, hasta que, unos días más tarde, los relevaron las tropas territoriales.

Los scouts marinos protagonizaron una movilización memorable cuando el Almirantazgo llamó a filas a los guardacostas para servir en la guerra. Se nos pidió que los sustituyéramos con scouts marinos. Lo hicimos con eficacia en muy pocas horas, y los Boy Scouts se hicieron cargo del servicio de guardacostas, a las órdenes de unos pocos suboficiales de la Marina, desde John o' Groats hasta Land's End *(N. del T.: los dos extremos de Gran Bretaña, en el norte de Escocia y en la punta de Cornualles)*.

Nos hicimos muy famosos por la extraordinaria rapidez de aquella movilización, pero tenía su explicación. Desde hacía semanas habíamos planeado celebrar un gran campamento de scouts marinos y una regata en la isla de Wight durante las fiestas bancarias de agosto. Llegaron las fiestas y los scouts se reunieron por centenares, organizados en unidades de seis, con su equipo de campamento, etc. Justo en ese momento llegó la llamada al servicio.

Fue casi un calco de la célebre movilización del almirante Rawson con la flota del océano Índico, cuando el sultán de Zanzíbar declaró la guerra a Gran Bretaña y su flota (un solo barco) disparó uno o dos cañonazos contra un buque de guerra británico, que lo hundió en el acto. En cuarenta y

ocho horas, toda la flota inglesa apareció reunida en el lugar, con barcos llegados de distintas direcciones. Como aquello ocurrió antes de que existiera la radio, una movilización tan rápida dio mucho que hablar, por no decir que causó inquietud, en otras naciones.

El almirante me contó que le habían preguntado con mucha insistencia por el secreto de aquella concentración. Entonces se negó a revelarlo, pero a mí me confesó que, unos meses antes, los barcos que navegaban por aguas de la India habían quedado en reunirse en Zanzíbar en una fecha determinada para jugar un torneo de críquet, y el sultán tuvo la mala suerte de elegir justo ese día para atacar.

Así pues, los Boy Scouts ocuparon sus puestos en los primeros días de la guerra a lo largo de toda la costa este y sur, y cumplieron con su deber de vigilar de día y de noche hasta el día del Armisticio, cuando los guardacostas de oficio volvieron a ocuparse de sus tareas.

De este modo, aunque nuestra formación no tiene nada de militar y está orientada a la paz, nuestro lema «Siempre listos» permitió a los scouts y a las guías adaptarse en un momento a las necesidades del país en aquella época. Sirvieron de mensajeros y de ordenanzas de uniforme en las oficinas del Gobierno y en el Ministerio de la Guerra, y también en ayuntamientos, hospitales, oficinas municipales, comisarías de policía, etc.

También organizaron y atendieron muchos centros de recreo y ambulancias en el frente de Francia.

Todo esto lo hicieron con un entusiasmo leal, que no fue solo el entusiasmo del primer momento, sino uno que les permitió seguir haciendo su trabajo con un nivel muy alto hasta el final de aquel periodo terrible y desgarrador de la Gran Guerra.

12. Mirando hacia atrás



Cuando uno ha pasado de los setenta y cinco años, ha llegado a esa etapa de la vida en que se lo piensa dos veces antes de decidir si todavía merece la pena encargarse un frac nuevo, y entonces se le permite mirar hacia atrás, al camino recorrido.

Lo natural sería ponerse a predicar y allanar a los caminantes las dificultades del sendero; pero ¿no sería mejor señalarles algunas de las alegrías que, de otro modo, se perderían?



Pasando la piedra miliar número 75

Lo que más te sorprende cuando miras hacia atrás es lo deprisa que has llegado hasta aquí. ¡Qué breve es el paso por la tierra! Por eso conviene no malgastar en cosas que al final no cuentan lo poco que uno puede dar; y, por otro lado, la vida no hay que tomársela tan en serio como hacen algunos. Ahí es donde cualquier hombre puede alcanzar el éxito.

Hay ideas muy distintas de lo que es el «éxito»: dinero, posición, poder, hazañas, honores y cosas por el estilo. Pero eso no está al alcance de

cualquiera, o no da lo que es el verdadero éxito, que es la felicidad. La felicidad, en cambio, está al alcance de todos, porque, si la destilas, consiste solo en la satisfacción de haber hecho por los demás lo que estaba en tu mano.

Como resume sir Henry Newbolt: «La verdadera prueba del éxito es que una vida haya sido feliz y haya dado felicidad».

Autocomplacencia

Creo que los adoradores del diablo de Oriente creen que el diablo gobernará el mundo durante seis mil años y que después Cristo lo gobernará durante otro periodo igual. Ahora le toca el turno al diablo, y su reinado puede describirse como autocomplacencia, o falta de amplitud de miras y de perspectiva.

Se ve hoy en cada individuo, en cada clase, secta o nación.

Cada uno de nosotros está metido en su propio surco, ya sea el Ejército, la vida de club, el deporte o cualquier otro.

Del mismo modo, solo vemos a nuestra propia clase social.

La educación no ha conseguido más que hacer eruditos.

La religión no ha conseguido más que hacer clérigos.

El nacionalismo no ha conseguido más que la autodeterminación de cada país.

El cristianismo, es decir, el amor compasivo puesto en práctica, no está presente en el mundo como lo estuvo en otro tiempo.

En el Movimiento de los Boy Scouts y de las Girl Guides nos esforzamos por desterrar la autocomplacencia inculcando en los jóvenes una visión amplia de buena voluntad y servicio mutuos.

No pretendemos que el Escultismo haga milagros; pero, como ha crecido con una rapidez tan extraordinaria como hermandad en países tan

diversos, sin fijarse en clases, credos ni razas, se puede esperar sin ninguna duda que sea un paso firme en la dirección deseada.

Consejos

Cuando miro hacia atrás en mi vida, veo que he tenido en todo momento una suerte espléndida. Por ejemplo, tuve la suerte de vivir la época de mayor evolución y más interesante de la historia del mundo, en la que llegaron en poco tiempo los automóviles, los aviones, los aparatos de radio, Tutankamón, la Gran Guerra, la convulsión del mundo y otras muchas cosas.

También me he encontrado con mucha bondad en todas partes, no solo de los amigos, sino también de los desconocidos.

También tuve la suerte de vivir dos vidas distintas: la primera como soldado y soltero; la segunda como pacifista y padre de familia. En las dos he tenido el Escultismo como rasgo propio, y en las dos he sido inmensamente feliz.

Eso no significa que no haya tenido dificultades y pruebas que afrontar, pero han sido la sal que ha dado sabor al banquete.

Gracias a ellas he descubierto que una sonrisa y una canción te sacan adelante, y que en noventa y nueve casos de cada cien es la sonrisa la que hace la canción.

(Cuando estés nervioso o enfadado, haz un esfuerzo: levanta las comisuras de la boca y sonríe, y verás lo que vale este consejo).

«Poco a poco se atrapa al mono» es un refrán de África Oriental que vale mucho. Una gran cantidad de hombres fracasan por falta de constancia.



Aguantando firme ante las dificultades

He llegado a dominar pocas cosas, pero he sido aficionado a muchas, y por eso he disfrutado de la gran cantidad de cosas buenas que el mundo tiene para ofrecer.

¿Has pensado alguna vez que la vida adulta de un hombre de setenta años suma 291 000 horas despierto?

Muchos hombres duermen ocho horas cuando con siete les bastaría. El que duerme siete horas gana a lo largo de su vida tres años o más de vigilia.

Me ha resultado un buen sistema imaginar que me han regalado esos tres años más de vida. Entonces sientes que tienes tiempo para hacer cosas, y cuando tienes grandes sueños, llega de verdad la felicidad.

No hay que desperdiciar el tiempo.

Los jóvenes, desde luego, no quieren que los guíen los viejos de la retaguardia; pero, al mismo tiempo, sé que en mi caso aprendí mucho estudiando el carácter de los jefes a cuyas órdenes serví a lo largo de los años.

Lord Wolseley, por ejemplo, decía: «Usa tu sentido común más que las instrucciones de los libros».

Sir Baker Russell daba responsabilidad y confianza a sus oficiales. Además, daba órdenes rápidas para tomar decisiones rápidas y, fueran acertadas o no, las llevaba hasta el final. Sir Henry Smith era exactamente lo contrario: ponía un cuidado meticuloso en pensar las cosas en la dirección correcta y en usar siempre las palabras exactas, de modo que nunca cometió un error.

Cecil Rhodes, por su parte, tenía una visión amplia, pero también sabía ver los detalles.

Lord Roberts era de los que usaban esa poderosa palanca que es el trato humano, y lord Plumer siempre jugó para su equipo, sin buscar nada para sí mismo.

Sir Bindon Blood, con toda su experiencia, estaba siempre dispuesto a aprender.

Sir Frederick Carrington se enfrentaba a las dificultades y acababa con ellas con una risa contagiosa.

Este estudio de caracteres de carne y hueso me ayudó, y puede resultar útil a quien quiera aprovecharlo.

A menudo animo a mis jóvenes amigos, cuando se enfrentan a un adversario, a que «jueguen al polo» con él: es decir, a no ir directamente

ro terreno. Y a no perder nunca la calma con él: si tienes razón, no te hace falta enfadarte; y si no la tienes, no te lo puedes permitir.

En una situación difícil, una guía que nunca falla es preguntarse: «¿Qué habría hecho Cristo?». Y luego hacerlo, lo más fielmente que uno pueda.

Quizá el mejor consejo resumido sobre cómo vivir me lo dio mi viejo director del colegio, el doctor Haig Brown, en 1904, cuando escribió su «Receta para la edad adulta»:

> Una dieta moderada y frugal, libertad de apuros económicos, mucho trabajo y poco descanso, más amor al deber que al placer, una mente serena y coherente, caridad con toda la humanidad, algunos pensamientos demasiado sagrados para mostrarlos a la luz del día corriente, un hogar en paz, una esposa amorosa, hijos, que son la corona de la vida: esto alarga la vida del hombre más allá del breve plazo del salmista.

(N. del T.: el salmista fija en setenta años la duración de la vida humana, en el Salmo 90).

Al contemplar mi propio «breve plazo», hay dos recuerdos luminosos, entre muchos, que me vienen a la mente sin pensarlo:

En la Vida número 1, los tiempos duros entre buenos compañeros en la tierra abrasada por el sol de la campaña de Matabele; y en la Vida número 2, una manita tibia que tira de mí hacia abajo hasta que sus dos brazos pueden rodearme el cuello, y entonces, con un beso suave y húmedo, ella me susurra: «Solo un cuento más de buenas noches, papá».

Vesperascit

(N. del T.: en latín, «Se hace tarde, anochece»).

Escribo esto sentado en mi jardín, al final de un día perfecto de finales de septiembre. El sol brillante del atardecer da un tono nuevo a las luces y las sombras de los bosques que se apiñan abajo, y un resplandor violeta cubre las tierras altas por donde he caminado.

En el aire flota el aroma de las rosas y del escaramujo. Un grajo grazna adormilado en los olmos cercanos, respondiendo a la llamada lejana de una paloma. Una abeja zumba soñolienta sobre los alrededores de su colmena. Todo es paz en casa mientras oscurece y la noche se nos echa encima.

Ella se acerca a mi lado, en un silencio de camaradas: la que ha compartido el trabajo del día y también su alegría. Es bueno descansar, honradamente medio cansado, mirar hacia atrás y sentir que, aunque uno ya ha tenido su día, y a pesar de sus propias limitaciones, no ha sido un día aburrido, porque lo ha disfrutado al máximo y tiene la suerte de ser rico por tener pocas necesidades y menos remordimientos todavía.

Por una ventana del piso de arriba llega la charla alegre de los jóvenes que se van a la cama.

Mañana llegará su día.

Ojalá sea tan feliz como lo ha sido el mío. ¡Dios los bendiga!

Para mí, pronto será la hora de irme a la cama. Así que:

«¡Buenas noches!».

> «El sueño tras la fatiga, el puerto tras el mar borrascoso, el descanso tras la guerra, la muerte tras la vida: todo eso agrada mucho».

(N. del T.: versos del poeta inglés Edmund Spenser).